

Emilio Rodríguez Demorizi

Hostos en
Santo Domingo
Volumen I

 Colección
Bibliófilos 2000



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





Hostos en Santo Domingo

Volumen I



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

colección
Bibliófilos 2000



EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI

HOSTOS EN SANTO DOMINGO
Volumen I



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIÓFILOS
2004

Rodríguez Demorizi, Emilio
Hostos en Santo Domingo. Volumen I / Emilio Rodríguez Demorizi
Santo Domingo, República Dominicana
Sociedad Dominicana de Bibliófilos
2da. Edición. 329 páginas

ISBN: Colección: 99934-906-0-1
99934-906-1-X (Encuadernación rústica)
99934-906-7-9 (Encuadernación de lujo)

TEMA DE LA OBRA
Historia. Biografía

© Colección Bibliófilos 2000
Sociedad Dominicana de Bibliófilos (2004)

SUPERVISIÓN DE LA EDICIÓN
Sócrates Olivo Álvarez

CUIDADO DE EDICIÓN
Mario Suárez

DISEÑO GRÁFICO Y
DIAGRAMACIÓN ELECTRÓNICA
Iris M. Cuevas

FOTOGRAFÍA DE PORTADA
Tomada del libro Hostos en Santo Domingo, 1939

IMPRESIÓN
Editora Amigo del Hogar
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en la República Dominicana
Printed in the Dominican Republic



SOCIEDAD
DOMINICANA
DE BIBLIÓFILOS

CONSEJO DIRECTIVO

Mariano Mella
PRESIDENTE

Dennis R. Simó
VICEPRESIDENTE

Tomás Fernández
TESORERO

Manuel García Arévalo
VICETESORERO

Octavio Amiama
SECRETARIO

Sócrates Olivo Álvarez
VICESECRETARIO

Julio Ortega Tous
Eugenio Pérez Montás
Miguel De Camps
Mu-Kien Sang Ben
Edwin Espinal
VOCALES

Antonio Morel
COMISARIO DE CUENTAS

Gustavo Tavares Espaillat
Bolívar Báez Ortiz
Práxedes Castillo
José Alcántara Almánzar
Andrés L. Mateo
Manuel Mora Serrano
Virtudes Uribe
Héctor Abreu
Eduardo Fernández Pichardo
ASESORES

Enrique Apolinar Henríquez †
Frank Moya Pons
Juan Tomás Tavares K.
Bernardo Vega
José Chez Checo
Juan Daniel Balcácer
EX PRESIDENTES

Eleanor Grimaldi Silié
DIRECTORA EJECUTIVA





CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	11
ESTUDIO PRELIMINAR	13
LA ANTILLANÍA	13
EL ANTILLANISMO: LA CONFEDERACIÓN DE LAS ANTILLAS	15
DEL OZAMA AL JURA	17
VISIÓN HOSTOSIANA DE LOS DOMINICANOS Y SU SOCIEDAD	18
INTERPRETACIÓN SOCIOLÓGICA Y APRECIACIÓN DE LA COTIDIANIDAD DE LOS DOMINICANOS	20
LA COTIDIANIDAD, LOS RECREOS Y LAS FIESTAS DE LOS DOMINICANOS ...	22
HOSTOS EL PRÓCER DE LA EDUCACIÓN	23
CAMINO DE HOSTOS	29
ANTECEDENTES	29
PÁGINAS DOMINICANAS	45
NOTAS DE VIAJERO	47
LOS ANTILLANOS	55
EL COLEGIO MUNICIPAL	57
UNA LECCIÓN DE ECONOMÍA POLÍTICA EN UN PLANO DE FERROCARRIL	61
LA HISTORIA DE QUISQUEYA	69
MÁXIMO GÓMEZ Y LA REVOLUCIÓN DE CUBA	75
EL 16 DE AGOSTO	77
LA ESTATUA DE COLÓN	79
DEL OZAMA AL JURA	95
INMIGRACIÓN Y COLONIZACIÓN	111
DE LA PRESIDENCIA AL RECTORADO	119
EDUARDO CARRERAS	121
BANÍ COMO EJEMPLO DEL DEBER DE CONTRIBUCIÓN	125
DUARTE Y SÁNCHEZ COMO EJEMPLOS DE PATRIOTISMO INFORTUNADO	127
GREGORIO RIVA, COMO EJEMPLO DEL DEBER DE FOMENTO	131
LA PROVINCIA DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS COMO EJEMPLO DE ADHESIÓN	133
EL SUR: COMO EJEMPLO DE AMOR A LA INDEPENDENCIA	135



SUD Y NORTE:	137
NORTE Y SUD	137
POR LA HISTORIA	141
LA QUE ALGÚN DÍA SERÁ UNA GRAN NACIONALIDAD	143
OEGRI SOMNIA	147
EL 16 DE AGOSTO	151
DISCURSO, EN LA INVESTIDURA DE LOS PRIMEROS MAESTROS NORMALES	155
FALSA ALARMA. CRISIS AGRÍCOLA.....	167
CENTRO DE INMIGRACIÓN Y COLONIAS AGRICOLAS	181
MONÓLOGO (27 DE FEBRERO)	187
POESÍAS DE LA SRTA PERDOMO	189
MANUEL PICHARDO PATÍN	191
DISCURSO EN LA INVESTIDURA DE LOS SEGUNDOS MAESTROS NORMALES	193
LA ABNEGACIÓN DE SÍ MISMO	199
VEINTE Y SIETE Y DIEZ Y SEIS	207
DISCURSO EN LA PRIMERA INVESTIDURA DE ALUMNAS DEL INSTITUTO DE SEÑORITAS	209
LOS CUADROS DE FIALLO	215
SOLEDAD	217
EL FERROCARRIL	219
LAS CAÑITAS; SANCHEZ, INDIGNACION	225
ANTE UN PIANO	229
PASA AÑOS	233
LA ASAMBLEA DEL 27	235
QUISQUEYA, SU SOCIEDAD Y ALGUNOS DE SUS HIJOS	241
LOS RESTOS DE COLÓN	289



INTRODUCCIÓN

La Sociedad Dominicana de Bibliófilos se complace en publicar la obra *Hostos en Santo Domingo*, del historiador don Emilio Rodríguez Demorizi, que integra el volumen No. 11 de nuestra Colección Bibliófilos 2000.

Este libro está escrito en dos volúmenes y constituye un compendio que abarca desde el nacimiento de Eugenio María de Hostos, hasta las diversas funciones que desempeñó durante su vida en la República Dominicana.

Fue editado por primera vez en el año 1939, al celebrar el centenario de su nacimiento, constituyendo un homenaje póstumo al ilustre pensador, cuyas huellas aún perviven en la educación dominicana.

Las ideas implantadas por Hostos en América, sirvieron como un complemento para el desarrollo de las ideas de independencia en Hispanoamérica.

Esta obra fue realizada partiendo del análisis de escritos producidos por Hostos y por personas que se ocuparon de recoger su obra educativa en revistas y periódicos dominicanos.

Así lo confiesa don Emilio Rodríguez Demorizi, cuando afirma: “Hemos utilizado principalmente los escritos de Hostos, colecciones de revistas y de periódicos dominicanos; el artículo *Genealogía de don Eugenio María de Hostos por línea paterna*”.

La Directiva de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos agradece a la señora Clara Rodríguez Demorizi, su gentileza al cedernos los derechos para la presente edición y al Lic. Francisco Antonio Avelino García por haber realizado el estudio preliminar de esta obra.

Esperamos continuar con la edición de obras que contribuyan al rescate de la labor cultural, social y educativa de la nación, en beneficio de las generaciones del presente y del porvenir.

Mariano Mella
Presidente



ESTUDIO PRELIMINAR

POR F. ANTONIO AVELINO

Los libros escritos por Eugenio María de Hostos fueron principalmente material para la enseñanza: *Tratado de Sociología* (Resumen 1883-Tratado 1904); *Tratado de Moral* (Moral Social 1888); *Ciencia de la Pedagogía*; *Lecciones de Derecho Constitucional*; *Lecciones de Derecho Penal*; *Tratado de Lógica*, etc. Además de sus novelas autobiográficas y patrióticas, *La peregrinación de Bayoán* y *La Tela de Araña*, su *Diario*, *Epistolario*, *Cuento*, *Poesía*, los ensayos y numerosos artículos de crítica literaria y artística. En los dos volúmenes que el lector tiene en sus manos, se recopilan los escritos sobre la isla de Santo Domingo, su pueblo, sociedad, y algunos de sus próceres más sobresalientes. Es en estos escritos donde el talento del investigador social se manifiesta con mayor originalidad y es más aguda la profundidad del análisis. Don Emilio Rodríguez Demorizi, que recopiló y anotó la edición de 1939, tuvo el acierto de escoger lo mejor del pensamiento hostosiano sobre el ser de los dominicanos. Su visión sobre la dominicanidad es de valor imperecedero. Los temas abordados van desde la inmigración vista como panacea para los males sociales de nuestra colectividad; la educación como camino obligado de la virtud moral y de convivencia civilizada y democrática; la historia y la formación étnica de los dominicanos; sus hábitos de convivencia, esto es, las costumbres diversas de su cotidianidad y tradiciones; sus recreos y diversiones; sus virtudes y sus vicios; todos productos de la formación etnológica: hibridación de españoles, indios y negros; las imposiciones de las naciones imperialistas que dominaron los cuatro siglos y once años que transcurrieron de 1492 a 1903.

LA ANTILLANÍA

En el primero de los artículos de la antología, *Notas de Viajero*, en su primera página, Hostos admira el sol de las Antillas, y reflexiona: "Es lo único que no cambia en aquellas latitudes, por ser lo único que no ha sido educado por España". Este resabio antiespañol del maestro era una pauta común seguida por casi todos los pensadores latinoamericanos posteriores a las guerras de independencia, iniciadas en 1810. España era la colonia; es decir, la autocracia



monárquica, el feudalismo esclavista, la intolerancia religiosa de un catolicismo oscurantista e intransigente, adversario de la ciencia y el progreso. Más, al ver las tres Antillas hispánicas, Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba, reflexiona, expresando un juicio de valoración jerárquica, cuya esencia conceptual es la lucha por la independencia: “Realmente es bueno, y siempre me he aproximado a la isla esclava (la poblada por unos colonos que podrían ser puertorriqueños), a la isla heroica (la honrada por sus hijos, los dominicanos), o la isla mártir (la redimida por los que saben ser cubanos), siempre he bendecido con exclamaciones de gratitud el aliento embalsamador que respiran estas tierras”.¹

En el segundo artículo, *Los Antillanos*, explica el cese de la publicación del periódico *Los Antillanos*, que intentaba defender las independencias de Cuba y Puerto Rico.

El quinto artículo, *Historia de Quisqueya*, es una admirable joya de interpretación de la Historia Universal y en particular, de la historiografía dominicana. La historia no debe ser el relato de las victorias o derrotas militares, las matanzas y catástrofes, la enumeración de los cambios de gobiernos y las revoluciones políticas, sino también y sobre todo, la narración de los progresos de las ciencias, las letras y las artes que el ingenio y el trabajo de los seres humanos formadores de los pueblos y las naciones. No son los grandes héroes, magnos hombres, ni las razas pretendidamente superiores, los forjadores de la historia, sino el talento y el trabajo de los pueblos. Está refutando, sin citarlo, a Thomas Carlyle,² y su peregrina tesis de la autoría de los grandes hombres (los héroes), como la causa fundamental del desarrollo de la humanidad. El maestro antillano nos dice: “Mas aunque desde Aristóteles, y hasta puede afirmarse desde Heródoto, la simple razón común basta para hacer comprender que la historia no podía reducirse a la narración, parece que los hechos consumados por este o aquel imperio poderoso, o esta o aquella raza dominante, el entusiasmo y la adulación, fueron poco a poco concretando el objeto de la historia a la relación artificiosa de las grandezas atribuidas a conquistadores, generales, monarcas y demás usurpadores de libertades y derechos”.³

El maestro conocía muy bien a Vico y a Voltaire, y sabía de la existencia de un progresivo desarrollo de la humanidad, cuyo movimiento era impulsado por la razón; en otros términos, el conocimiento, el saber, el avance de las ciencias era la causa fundamental del ascendente desarrollo de los seres humanos. Las filosofías sociales del siglo XIX, el evolucionismo spenceriano y darwinista, y el marxismo, se basaban en una concepción de las luchas sociales; en un caso, lucha de razas y en el otro, lucha de clases que motorizaban el

1. Hostos en Santo Domingo, Vol. 1, Imprenta de la Vda. García, Sucs., C.T.R.D., 1939, p. 3.

2. Thomas Carlyle. “De los Héroes Hombres Representativos”, J.M. Jackson, Inc. México, 1973.

3. Hostos en Santo Domingo, pp. 27 y 28, ob. cit.

desarrollo histórico: basamento biológico racial en una filosofía, y económico-social en la otra filosofía.

En las siete páginas de este enjundioso artículo se hace una síntesis de la Historia Universal, para destacar no sólo los horrores de las luchas y guerras sociales, sino sobre todo, los progresos de las ciencias en el dominio de la naturaleza, las letras y las artes, y la convivencia civilizada. El lector tiene en este breve escrito una síntesis prodigiosa de la historia de la humanidad como si hubiese leído un largo tratado de 25 ó 30 volúmenes.

“Si no hubiera sido por Vico que, desentendiéndose de la historia aduladora o entusiasta, supo no ver otra cosa que símbolos, alegorías y apoteosis en los orígenes de Roma; y que de un solo examen de razón echó por tierra todas las cabezas coronadas de Roma primitiva, viendo usurpadores y bandidos en donde la tradición orgullosa había visto una ordenada sucesión de hechuras del derecho divino; si no hubiera sido por Vico, la tradición caprichosa hubiera impuesto sus leyendas como historia de todos los orígenes de los pueblos, y acaso no se le hubiera ocurrido a nadie, hasta el siglo XIX o quizás el anterior, ver que en esa exposición del desarrollo de la vida de la humanidad, como en esencia es la historia, todos los hechos históricos de todo tiempo y lugar habían por fuerza de corresponder a la naturaleza del ser que los producía, y que pues era, es y será hombre el productor de los hechos que constituyen la historia, al hombre en todas sus manifestaciones, tenía ella que referirse, y no tan sólo a su actividad brutal, y mucho menos a la brutalidad genial de tales o cuales monstruos brotados de la profundidad del Asia, como Atila y Gengis Kan, o de la obscuridad de Macedonia, como Filipo y Alejandro, o de la podredumbre de Roma imperial, como Nerón y aun más, Tiberio, o de las pasiones de una sociedad, como Napoleón, o de las monstruosidades de la hipocresía, como Felipe II o del fanatismo de un propósito, como Gustavo Adolfo, o de la personificación de una barbarie como Rosas y otros cien adalides del salvajismo victorioso en muchas sociedades de la América Latina”.⁴

Al final del artículo se refiere al Compendio de Historia de Santo Domingo, de José Gabriel García. El elogioso juicio no tiene desperdicios; se inicia reconociéndole como el fundador de la historiografía dominicana, sus mesurados y muy ponderados criterios de interpretación, además aplaude la persistente labor de investigación.

EL ANTILLANISMO: LA CONFEDERACIÓN DE LAS ANTILLAS

Otros de los artículos de la recopilación es LO QUE ALGUN DIA SERA UNA GRAN NACIONALIDAD. En siete páginas se defiende y expone la necesidad política, económica y social de la idea de una Confederación Antillana que

4. Hostos en Santo Domingo, p. 29, ob. cit.



unifique los pueblos de Puerto Rico, Cuba y Santo Domingo, a quienes la geografía, la etnología, la historia, las costumbres y la cultura unen en homogénea realidad social. La idea de la Confederación de las Antillas la concibió por vez primera el Padre de la Patria puertorriqueña, Ramón Emeterio Betances, en 1867, en un manifiesto y en un artículo de 1869 que firma con el seudónimo de El Antillano, cuando escribía desde Caracas. Recogía la gran tradición política bolivariana. La mejor exposición de sus ideas en este trascendente objetivo se expusieron en su discurso en la gran Logia Masónica de Port-au-Prince; es allí donde acuña la famosísima frase: “Las Antillas para los hijos de las Antillas” y que más luego abrevió: “Las Antillas para los antillanos”.

La concepción de Betances es muy amplia y, englobaría a los pueblos de la isla de Santo Domingo hispanoparlantes y francoparlantes. Hostos recoge este legado de su amigo y compatriota y lo expone de un modo algo más restringido, limitándolo a los pueblos de origen hispánico de las tres grandes Antillas: Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico, y se contenta con la esperanza de que en un futuro pueda incorporársele Jamaica. Precisa Hostos en otro escrito los conceptos de nacionalidad y nación: la nacionalidad es de institución natural, la nación es la institución jurídica, y nos describe la fenoménica social de la nacionalidad con tal claridad que creemos más prudente reproducir sus literales conceptos: “La geografía, la historia, sobre todo la etnología, la ética misma concurren a la formación de la nacionalidad, en tanto que la nación puede constituirse aún contra los elementos éticos, étnicos, históricos y geográficos, así, Suiza, una de las naciones más poderosas por la fuerza orgánica de sus componentes, es un compuesto heterogéneo. Las naciones todas de Europa y sobre todo España, y Austria aún más que España, son naciones híbridas en cuya composición han entrado casi todos cuantos elementos históricos han funcionado en Europa desde la acción de Roma sobre las confusas naciones que hormigueaban en su contorno hasta la reacción de los pueblos bárbaros sobre Roma y desde la descomposición del Imperio de Occidente hasta la recomposición de las naciones europeas.”⁵

Considera que en las Antillas Mayores hay un esbozo de nacionalidad, y llega a afirmar que Cuba, Jamaica, Santo Domingo, y Puerto Rico “No son sino miembros de un mismo cuerpo, fracciones de un mismo entero, partes de un mismo todo”.

En realidad es una consecuencia lógica del ideal bolivariano de una magna patria latinoamericana que debe constituirse en una gran unión de Estados.

El microorganismo no tiene sentido en la política internacional, ni en la época de Bolívar, ni en la de Hostos, Betances y Martí, ni menos en este inicio del siglo XXI, donde una superpotencia arrastra tras sí a las grandes potencias

5. Hostos en Santo Domingo, p. 130, edición citada.



para aplastar las pequeñas naciones. La soberanía de los Estados minúsculos es ficticia, sólo la unidad en grandes asociaciones de Estado hace posible la soberanía de los pequeños Estados.

El más alto grado de desarrollo de los pueblos hasta ahora, es el grupo nacional y sus partes se mantienen unidas por la conciencia colectiva de la mismidad de su ser histórico; en esto consiste el sentimiento nacional en su más alta expresión.

En el artículo, Máximo Gómez y la Revolución de Cuba, además de reconocer el principal papel que como soldado y hombre de acrisoladas virtudes cívicas jugó Máximo Gómez en la Guerra de los Diez Años, (1868-1878), aprovecha para teorizar sobre la independencia de las Antillas. La independencia de las Antillas que será el resultado histórico de la Independencia de Cuba tendrá en Máximo Gómez su máxima personificación. Hostos se eleva en el juicio histórico cuando asevera: “Desde ese punto de vista, que es el más vasto y desde el que más vastos horizontes se columbran, Máximo Gómez es la personificación más absoluta que ha tenido la revolución de Cuba. Otros antillanos no nacidos en Cuba y consagrados en cuerpo y alma al triunfo de la independencia en Cuba, han personificado tan absolutamente como Máximo Gómez el principio esencial de la independencia de las Antillas y el objetivo final, la Confederación de las Antillas, que serán resultado histórico de la Independencia de Cuba: hasta más absolutamente que él han personificado ese o esos antillanos no nacidos en Cuba el principio y el objetivo de la revolución, puesto que él o ellos han sido los que han enarbolado la bandera de la Confederación, que materializara ese ideal, pero nadie ha tenido la fortuna militar tan victoriosamente como Máximo Gómez en favor de ese propósito, y a él le toca la gloria que merece determinar la primera meta del camino; les tocará a los otros el dolor que ha de costar hacer practicable ese camino”.⁶

El proceso de independencia latinoamericano lo iniciaron Bolívar y San Martín, liberando varias naciones en una cruenta y larga guerra de independencia iniciada en 1810 y vino a finalizar en 1899, con la Independencia de Cuba, cuya principal dirección militar recae en el dominicano Máximo Gómez. Esta es una lección agorera del futuro. Nuestra real independencia definitiva será en el siglo XXI, cristalizada por hombres de muchas naciones latinoamericanas.

DEL OZAMA AL JURA

El maestro antillano viajó desde Santo Domingo hasta Baní, y al pasar por San Cristóbal tuvo una primera impresión de su pueblo y su colectividad, y luego, la compara con los banilejos y su sociedad. “San Cristóbal es una calle

6. Hostos, ob. cit., pp. 36-37.



larguísima que empieza en Jubaso y acaba a más de una milla de distancia en Cañada-Honda”. Según su relato, la aldea le recuerda a la mente reflexiva, aquellas sociedades vigorosas en donde “Los hijos de mil suelos se han reunido para representar en todos sus tipos y en todas sus aptitudes a la madre humanidad”. Parece un elogio, pero, parecer no es ser; pues más adelante afirma que es una de esas sociedades que “Fueron sumergidas en la oscuridad de la ignorancia impuesta a una indefensa población”, y concluye: “Aquél era un aduar de la gente primitiva del país”. Menos mal que usa el vocablo primitivo y se olvida de su sinónimo despectivo, salvaje. Baní, por el contrario le deslumbra, es un “Valle encantador, pero yo no he visto en Baní, más que la gente de Baní”. Enamorado de Baní medita hasta el fondo de la cuestión, y lo hace con profundidad de buzo, le inquieta la cuestión etnológica, y al efecto se cuestiona: “He aquí el problema”: ¿En virtud de que fuerza de afinidades electivas o de poder de selección, se han atraído y combinado elementos de población tan homogéneas en Baní? ¿Cómo y porqué se ha formado allí un verdadero paréntesis etnológico, y la raza caucásica prevalece con tan fuerte predominio que hasta en los tipos numerables de la raza etiópica o de razas combinadas que se encuentran sin frecuencia, han prevalecido los caracteres fisionómicos de los caucásicos?” Hostos no alcanza a comprender la fenoménica, pues no conocía, más exactamente no se conocía bien en su tiempo la historia dominicana, y de ahí sus interrogantes sobre la fenoménica etnológica banileja. La explicación se encuentra en una política de Estado iniciada en 1684 con la llegada de los primeros inmigrantes canarios que en un largo proceso repoblarían la colonia española: Baní, San Carlos, Sabana de la Mar, Puerto Plata, Monte Cristi, Hinchá, San Juan de la Maguana, Bánica, etc. Fue un proceso que se prolongó a todo lo largo del siglo XVIII. La colonia española de Santo Domingo es sui géneris, totalmente diferente a las colonias españolas de Puerto Rico y Cuba, donde en ningún momento de la historia hubo despoblaciones parecidas a las Devastaciones de 1605 y 1606. Las repoblaciones se hicieron con el expreso propósito de que los canarios tuvieran como principal faena colaborar en la defensa de las fronteras y preservar en su presencia y aporte racial la idiosincrasia española y católica de la población de la colonia. Había una fuerte carga ideológica antifrancesa y antiafricana en esa política de Estado que influyó decisivamente en la psicología selectiva de pareja de los nuevos colonos canarios. He ahí la clave de la realidad etnológica banileja, y de otras regiones del país dominicano, San José de las Matas, por ejemplo.

VISIÓN HOSTOSIANA DE LOS DOMINICANOS Y SU SOCIEDAD

Quisqueya, Su Sociedad y Algunos De Sus Hijos, es una serie de artículos donde se hace una síntesis de la historia, la sociedad y las biografías esquemáticas de Duarte, Sánchez, Mella y Luperón, todo en apenas cincuenta y seis páginas; en la recopilación se le añaden siete páginas más de un esbozo



de valoración histórica, a propósito de la partida hacia lo ignoto de Gregorio Luperón. Los artículos con excepción de este último, que es de 1897, se publicaron en Valparaíso, Chile, en agosto y octubre de 1892 y se reprodujeron en el periódico *El Eco de la Opinión*, de Santo Domingo, en noviembre del mismo año. Tal vez no exista una síntesis de la historia dominicana enriquecida con una apreciación sociológica a la luz del conocimiento de esa ciencia en su tiempo, de mayor consideración, riqueza de datos y apreciables juicios de valoración. Cuando leemos este escrito a más de un siglo de distancia, nos sobrecoge su enjundia científica y la claridad del estilo en la prosa. Es cierto que muchos de sus juicios históricos debió tomarlos el investigador puertorriqueño de sus conversaciones con Federico y Francisco Henríquez y Carvajal, José Gabriel García, Emiliano Tejera, Manuel de Jesús Galván y otros pensadores dominicanos eruditos de nuestra historia. Ahora bien, la síntesis y la claridad de la prosa son de Hostos, aunque su redacción es tan apretada, dejando muchas cosas sin explicar, pero, sirve como buena introducción para quienes quieran tener una rápida visión de conjunto de la historia dominicana hasta 1892.

Se parte de la despoblación de la isla a consecuencia del proceso de la conquista de América Continental en el siglo XVI. La población indígena disminuyó de dos millones a unos cien mil; los trabajos, los contagios, la emigración, y el horror a los conquistadores se aducen como las causas directas del genocidio de la población indígena (este último concepto no lo emplea Hostos). Rebelión de Enriquillo. Después vinieron las luchas con los filibusteros, quienes terminaron “apoderándose de todo el occidente de la isla”. La lucha realmente portentosa de los negros de Haití, encabezados por Toussaint Louverture. La lucha de los dominicanos con los franceses con el objeto de volver a la dependencia colonial de España. La independencia breve de Núñez de Cáceres para confederarse a la Gran Colombia de Bolívar. Los africanos ya independientes y señores de la parte occidental de la isla, “Se abalanzaron sobre la que ellos llamaban la partie de l’est, y la sojuzgaron”.⁷ 22 años de dominación haitiana. Duarte, Sánchez, Mella y sus colaboradores “arrebataron de las garras haitianas la presa y fue la libertad en 1844, y todavía en desgarradoras y sangrientas batallas combatían hasta 1856 los dominicanos y los haitianos. En 1861 intentaron los malos dominicanos reesclavizar su patria y donarla a España. Al fin después de la más cruenta de las guerras de liberación, los dominicanos volvieron a ser libres, “Mas no para curarse de los males de la guerra, sino para recomenzar la obra de destrucción”.⁸ Esta valoración negativa de la Guerra de la Restauración la hizo suya Rafael Augusto Sánchez, en su ensayo escrito en 1944, titulado *Al Cabo de los Cien Años*, como eje central de su interpretación pesimista de las consecuencias de la Guerra de la Restauración;

7. Hostos, ob. cit., p. 264.

8. Hostos, ob. cit., p. 264.



al efecto nos dice: “El movimiento de la Restauración careció de nobleza y estuvo maculado desde su nacimiento por la presencia de ideas políticas absorbentes y mezquinas que no permitieron el paso a un ideal nacionalista y republicano. La Restauración fue un movimiento político sin grandeza y sin pureza, obedecía a rencillas, a rivalidades, a intrigas, a ambiciones, todos motivos personales. La separación fue más bien obra racial y antihaitiana, la Restauración fue obra partidarista y antisantanista sin lineamientos nacionalistas y republicanos”.⁹

En otra parte del artículo, Hostos hace una consideración preñada de amor a las jerarquías sociales y raciales que nos explican los motivos de algunas de sus valuaciones; a tal efecto, nos dice el maestro: “La población que logró arraigarse en ella, pudo ir formando poco a poco una sociedad bastante homogénea en la que prevalecía la raza conquistadora, así en influencia social, como en relativa cultura y número.”¹⁰ Esto es falso, la población de la colonia española de la isla de Santo Domingo desde la segunda mitad del siglo XVII era mayoritariamente combinada, esto es, mezclada, híbrida, más exactamente mulata. Habían desaparecido los indígenas en los primeros cincuenta años de de la colonia y fueron sustituidos por los esclavos africanos. Hostos superficialmente estima que esto fue el error de De Las Casas. Esos esclavos africanos constituían la “casta abyecta”, los blancos eran la clase privilegiada y dominadora.

INTERPRETACIÓN SOCIOLÓGICA Y APRECIACIÓN DE LA COTIDIANIDAD DE LOS DOMINICANOS.

La cesión de la colonia española de la isla de Santo Domingo a Francia (Tratado de Basilea de 1795, ejecutado en 1801), dio lugar a las emigraciones masivas a las cercanas colonias españolas de Cuba, Puerto Rico y Venezuela; esas emigraciones las realizaron principalmente las familias blancas de la aristocracia colonial y se llevaron sus esclavos africanos. Hostos estima que el fenómeno fue tan general que si algunas familias no hubieran regresado a su patria, acaso no habría habido embrión caucásico de donde derivar la porción blanca que en la población actual de la República Dominicana lucha por reivindicar sus antiguos fueros y privilegios”.¹¹

En otra parte del mismo escrito considera muy justamente que la dominación haitiana (1822-1844), “barrió bienhechoramente con la esclavitud, con los privilegios de casta y con los de origen y mantuvo de tal modo en suspensión los elementos caucásicos que pudieron resistirla, ya resguardándose

9. Rafael Augusto Sánchez. Al Cabo de los Cien Años. pp. 224-225, Gráficas Manuel Pareja, Barcelona, 1976.

10. Hostos. Ob. cit., p. 264.

11. Hostos. Ob. cit., p. 265.



del contacto, ya transigiendo, ya aceptándola como hecho consumado, que el imperio durante veintidós años, de los haitianos sobre los dominicanos, se puede mejor considerar como un hecho social que como suceso político”.¹² Juzga de inmediato los aspectos positivos y los negativos de ese proceso histórico, y no esconde los aspectos positivos, para hipertrofiar aquellas otras circunstancias negativas que es la forma pasional de la historiografía chauvinista de un anacrónico nacionalismo en la interpretación histórica.

En una ponderación que resalta por el equilibrio de su equidad y la veracidad de su apreciación de los hechos, nos dice: “Mucho daño hizo a la sociedad civil ese predominio, porque era el predominio de los bárbaros, durante el cual padecieron hondo mal la constitución de la familia y de la propiedad, el progreso de las ideas y el curso de la civilización; pero a la sociedad política hizo el inestimable beneficio de democratizarla y de igualarla hasta el punto de borrar de la idea y de las costumbres la noción de autoridad privilegiada y la diferencia de castas”.

Así, gracias a eso, pudo, cuando sonó la hora de expulsar a los haitianos, constituirse en Gobierno de iguales, para blancos, negros y mestizos, sin que los blancos disputaran a los mestizos o a los negros, su elevación política y social, y sin que los mestizos y los negros se descontentaran de obedecer como jefe a hombres blancos”.¹³

La democracia racial, para usar la famosa frase de Gilberto Freyre, que somos hoy los dominicanos debe mucho a ese proceso histórico. Fue en verdad la culminación de un largo desarrollo que se venía gestando desde el siglo XVII; ya vimos que en la segunda mitad de ese siglo éramos ya una sociedad mayoritariamente híbrida, combinada racialmente, dígame una sociedad mezclada, mulata en su gran mayoría. El propio Hostos explica el proceso aunque no repara en estos últimos hechos. Es la teoría de la sociedad hatera que Hostos expone, probablemente influido por Antonio Sánchez Valverde y Mederic Louis Elie Moreau de Saint-Méry. Fue la vida semi-pastoral en los hatos, el proceso social que acercó al amo blanco al esclavo negro. En efecto, nos relata Hostos: “Y como, por otra parte, la falta de estímulos había reducido la producción industrial del país al espontáneo crecer de greyes y rebaños en los hatos, y a la siembra y cosecha de algunas plantas de alimentación, y el trabajo de los esclavos era blando, las dos clases sociales vivían en recíproca estimación, contenta del buen trato de la blanca la clase esclava, contentos de los servicios humildes de los negros, sus señores”.¹⁴

En realidad no era la supuesta bondad de los señores blancos, sino que estos por el empobrecimiento general de la sociedad, a consecuencia de las

12. Hostos. Ob. cit., p. 266.

13. Las negritas son del autor.

14. Hostos, ob. cit., p. 264.



Devastaciones de Osorio, 1605, 1606, ya casi no eran señores, pues tenían que trabajar juntos a sus esclavos armados ambos por igual, señores y esclavos de cuchillo, machete, y lanza para la caza del ganado cimarrón. El señor blanco no podía azotar a su esclavo que estaba armado como él y no podía prescindir de este hecho, pues la caza del ganado montaraz era la labor más rentable de los hateros, además tenía que contar con la colaboración de sus esclavos para defender el territorio de la amenazante e invasora colonia francesa.

El proceso de acercamiento entre amos y esclavos fue una imposición del trabajo en los hatos y la defensa frente a la colonia francesa; podría pensarse en un pacto tácito entre blancos españoles y esclavos negros para la defensa del territorio. Hostos no llega hasta estas conclusiones que nosotros ya hemos sostenido en otros escritos, pero ellas están implícitas en su análisis.

LA COTIDIANIDAD, LOS RECREOS Y LAS FIESTAS DE LOS DOMINICANOS

El agudo sociólogo que era Hostos percibió la cotidianidad del dominicano, observando sus fiestas religiosas y laicas a las que encomia, pues los pueblos cuyos gobiernos no les proporcionan las sanas diversiones deben procurárselas por ellos mismos. No obstante, critica a los fandangos y los juegos de gallos. Parece no advertir que nuestra música es sincrética como nuestra cultura en general, mezcla de los cantos, ritmos y bailes españoles y los cantos, ritmos y bailes de los esclavos africanos. Desgraciadamente describe con palabras y apreciaciones infravaloradoras al dominicano a quien considera en ocasiones, semisalvaje o semibárbaro. Veamos cómo nos ve:

“En esas diversiones parroquiales, lo mismo que en las del carnaval, que allí tiene la particularidad de durar casi todo el año, no sé si por la índole festiva de la gente o por el afán que las tristezas crónicas, en pueblos e individuos, tienen de enloquecer para curarse, es verdaderamente interesante el espectáculo.

Es, como pensaba quien pensaba al contemplarlo, el espectáculo que da la embriología comparada a quien la estudia. Al mismo tiempo se presentaban a la vista las representaciones vivientes de un pueblo sin tipo étnico definido y sin tipo de civilización determinada, que trata de romper, y está rompiendo, el molde de las organizaciones inferiores para amoldarse a modelos superiores.

Todas las variedades del cruzamiento entre el etíope y el caucásico, juntas a los representantes más bellos de la familia caucásica y a los más feos de la familia etiópica; todas las ingenuas alegrías de la gente primitiva, que ni en las Antillas, ni en la Hotentosa fue nunca feroz, son, al contrario, dulces, ingenuas y halagüeñas; todos los matices de la inteligencia, así la que es sutil como la que es capaz de celebrar la sutileza; todas las exterioridades de todas las formas de cultura; la del bárbaro, que empieza a vestir su desnudez a la vista con colorines; la del semibárbaro, que completa su vestidura con su armamento, y



que en calles, como en caminos, anda armado de todas armas, con machete, revólver, cuchillo y a veces fusil; la del semicivilizado, que no atina a adecuar el traje a la persona y concluye por parecer mono vestido, antes que vestido para no ser mono: la del civilizado o imitador de los civilizados, que con su persona contrasta casi tanto como en su actitud y en el género reservado de la alegría con la muchedumbre circunstante. Todo, todo es parte, elemento y componente del espectáculo de una evolución embriológica, que tanto atrae al que piensa, como distrae al que imagina, abstrae al que siente y retrae al que se disgusta de todo lo que no es indicio o apariencia de civilización”.¹⁵

Ese **mulato que le parece mono vestido para no parecer mono** era el producto de una larga evolución histórica que desde las Devastaciones de 1605 y 1606, habían acercado en pobreza, amistad, y defensa del territorio colonial a blancos, mulatos y negros. M.L. Moreau de Saint-Mery, estima que los prejuicios de color, tan poderosos en otras naciones, donde se ha establecido una barrera entre los blancos y los libertos o sus descendientes, casi no existen en la parte española.¹⁶

HOSTOS EL PRÓCER DE LA EDUCACIÓN

La riqueza testimonial y el análisis sociológico de los escritos antologados en los dos volúmenes de Hostos en Santo Domingo, nos embriagaron y prolongaron, tal vez, excesivamente nuestra atención. Estos dos volúmenes se bastan a sí mismos, influyen en la mente del lector de tal manera que le sustraen de cualquier otra consideración por importante que pueda ser ella. Ahora bien, el prócer Eugenio María de Hostos fue tan o más grande como civilista y educador que como patriota puertorriqueño y teórico de la Confederación de las Antillas.

Su ciclópea labor como educador y reformador del sistema de enseñanza dominicana, merecen la reverencia, el respeto, el perfume de una perpetua gratitud.

El laicismo, el imperio de la razón científica, el fomento de la formación lógica de las mentes de los educandos como objetivo primordial de la enseñanza, basada en su mayor jerarquía que la misma transmisión de conocimientos, y sobre todo, el fomento de la moral privada, social y pública, como elemento básico de la praxis educativa fueron el legado fundamental de su contribución a la construcción del bien social en Santo Domingo y Latinoamérica. Hostos fue tan o más grande como educador que como patriota y luchador por la independencia de Puerto Rico y Cuba; piénsese en las reformas de la enseñanza, la fundación y dirección de las escuelas normales dominicanas, sus profundas

15. Hostos. Ob. cit., pp. 282-283.

16. M. L. Moreau de Saint-Mery. *Descripción de la Parte Española de Santo Domingo*. Editora Montalvo, C.T.R.D., 1944, p. 93.



y elocuentes cátedras que enamoraban y embriagaban de admiración a sus discípulos, pues su oratoria académica puede compararse con la oratoria sagrada de su gran adversario el arzobispo Meriño. Muchos de sus discípulos, ya en las postrimerías de su vida, decían que la palabra de Hostos era tan profunda como elocuente, y las pasiones que provocaban en sus admiradores fomentaron un ferviente amor a la verdad científica, moralidad social y la defensa de la democracia y la soberanía nacional.

Fue ese un legado que los dominicanos tendremos siempre que agradecer. Conste el reconocimiento, pues, es merecido. El movimiento feminista le debe la implementación en nuestro país de la educación científica de la mujer, que tiene en Salomé Ureña de Henríquez a uno de sus primeros y más brillantes logros.



JUNTA DOMINICANA PRO CENTENARIO DE HOSTOS (CONSTITUÍDA EL 11 DE AGOSTO DE 1938)

DIRECTIVA

PRESIDENTE

Dr. Fed. Henríquez y Carvajal, Presidente de la Academia de la Historia y de la Junta Erectora del Monumento a Hostos.

VICEPRESIDENTES:

D. Félix E. Mejía, Maestro Normal, Académico

Dr. Pedro Barón Coiscou, Maestro Normal

Lic. Mario A. Saviñón, Maestro Normal

SECRETARIOS:

Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Académico

Lic. Carlos Larrazábal Blanco, Académico

TESORERO:

Dr. Parmenio Troncoso de la Concha, Director de la Escuela Normal

VOCALES:

Dr. M. de J. Troncoso de la Concha, Vicepresidente de la República, Académico

Lic. Virgilio Díaz Ordoñez, Secretario de Justicia, Educación y Bellas Artes, Presidente del Ateneo

Lic. Julio Ortega Frier, Rector de la Universidad

Lic. Enrique Henríquez

Lic. C. Armando Rodríguez, Académico

Dr. Eduardo R. Soler, Vicepresidente del Ateneo, Catedrático

D. Virgilio Alvarez Pina, Presidente del Consejo Administrativo

D. Ramón Emilio Jiménez, Diputado, Académico

D. Arturo Pellerano Sardá, Director del Listín Diario, Presidente de la Cámara de Diputados

Lic. H. Cruz Ayala

Lic. Julio F. Peynado

D. José de J. Ravelo, Director del Liceo Musical



D. Luis Emilio Aybar, Director de la Escuela "Chile"
 Lic. Emilio C. Joubert
 D. Fabio Fiallo
 D. Sócrates Nolasco
 Dr. Viriato A. Fiallo
 D. Enriquillo Henríquez García
 Dr. Arturo Grullón, Maestro Normal
 Lic. Ml. Ubaldo Gómez Moya, Académico
 Lic. Rafael A. Moscoso, Maestro Normal
 Dr. Carlos A. Zafra, Maestro Normal
 D. Rosendo Grullón

COMISIONES:

JUNTA ERECTORA DEL MONUMENTO A HOSTOS:

Dr. Jacinto B. Peynado, Presidente de la República
 Dr. Fed. Henríquez y Carvajal
 D. Felix E. Mejía
 Lic. Emilio C. Joubert
 Lic. Julio F. Peynado

COMISIÓN PARA PROMOVER LA EDICIÓN DE UN LIBRO CON LA LABOR DOMINICANA DE HOSTOS:

Dr. Fed. Henríquez y Carvajal
 D. Felix E. Mejía
 Lic. C. Armando Rodríguez
 Dr. M. de J. Troncoso de la Concha
 Dr. Viriato A. Fiallo
 Lic. C. Larrazábal Blanco

COMISIÓN DE PROPAGANDA EN LA PRENSA:

D. Fabio Fiallo
 D. Fco. Prats Ramírez
 D. Sócrates Nolasco
 D. Luis E. Aybar Delgado
 D. Enriquillo Henríquez García

COMISIÓN DE DAMAS PARA ORGANIZAR EL CONCURSO DE LA MUJER DOMINICANA Y PARA ORGANIZAR LOS ACTOS ESCOLARES:

Sra. Carmen González Vda. Peynado
 Sra. Altagracia Henríquez Vda. Coiscou, Maestra Normal
 Sta. Ana Josefa Puello, Maestra Normal
 Sta. Mercedes Laura Aguiar, Maestra Normal
 Sta. Eva María Pellerano Castro, Maestra Normal
 Sta. Mercedes M. Echenique, Maestra Normal



Sta. Luz Henríquez García, Maestra Normal
Sra. Ana Zulema Brea Vda. Marchena, Maestra Normal
Sra. Matilde García de Ricart, Maestra Normal

COMISIÓN ORGANIZADORA DEL HOMENAJE DE LA ESCUELA NORMAL:

El Director y los Profesores de la Escuela

COMISIÓN PARA UN ACTO EN LA UNIVERSIDAD:

El Rector y el Consejo Universitario

COMISIÓN PARA UN ACTO EN EL ATENEO:

La Directiva

COMISIÓN PARA UN ACTO EN LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA:

El Presidente, el Bibliotecario y el Secretario

COMISIÓN Y JURADO DEL CONCURSO PARA EL MONUMENTO A HOSTOS:

Dr. Ml. de Js. Troncoso de la Concha
D. Felix E. Mejía
Dr. Arturo Grullón
Lic. V. Díaz Ordoñez
Lic. C. Larrazábal Blanco



JUNTA DOMINICANA PRO CENTENARIO DE HOSTOS

Acuerdo

La JUNTA DOMINICANA PRO CENTENARIO DE HOSTOS, visto el parecer de la Comisión encargada de promover la publicación de un libro que contenga las **páginas dominicanas** del Maestro, acuerda patrocinar como uno de los homenajes que la República tributará al Apóstol antillano con motivo del primer centenario de su nacimiento, la edición de la obra HOSTOS EN SANTO DOMINGO, que prepara el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, cuyos gastos serán sufragados de los fondos suministrados para tal fin por el Gobierno de la Nación.

El Lic. Rodríguez Demorizi queda encargado de todo lo relativo al cumplimiento de este Acuerdo.

En Ciudad Trujillo, Santo Domingo, a los 11 días del mes de agosto de 1938.

Dr. Fed. Henríquez y Carvajal,
Presidente.



CAMINO DE HOSTOS(*)

ANTECEDENTES (**)

OSTOS, 1437.

La casa solar más antigua de este linaje, OSTOS, de que se tiene noticia, radicó en la ciudad de Écija, provincia de Sevilla, con capilla blasonada en la Iglesia Parroquial de Santa Cruz, de aquella ciudad. Su nobleza fué probada por los hermanos PEDRO SANCHEZ DE OSTOS y ALFONSO GARCIA DE OSTOS, hijos de SUERO SANCHEZ OSTOS, quienes obtuvieron Real Carta Ejecutoria de Hidalguía del Rey Juan II, dada en Valladolid el 23 de agosto de 1437.

En el Cabildo celebrado en Écija el 12 de septiembre de 1547, el Corregidor y Justicia Don Pedro Méndez de Sotomayor mandó a los jurados de las colaciones, que guardasen las gracias y preeminencias de nobles hijosdalgo a Don ANTON DE OSTOS, y a su sobrino el Licenciado Don PEDRO DE OSTOS, por ser albaes con Ejecutoria de S.M., según consta en el expediente de nobleza del caballero Don PEDRO OSTOS DE ZAYAS Y TORRES, para ingresar en la Orden de Calatrava (9 de mayo de 1639), todos descendientes del mencionado PEDRO SANCHEZ DE OSTOS.

De los OSTOS de Écija dimanaron las ramas que se establecieron en Antequera (Málaga), Fuentes de Andalucía (Sevilla), Méjico y las Antillas (Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico).

(*) Véase la reseña histórica **Hostos en Santo Domingo**, en el vol. II.

(**) En la preparación de este trabajo hemos utilizado, principalmente, los escritos de Hostos; colecciones de revistas y de periódicos dominicanos; el artículo **Genealogía de don Eugenio M. de Hostos, por línea paterna**, por Enrique T. Blanco (INDICE, Río Piedras, P. R., 1931); y documentos del Archivo General de la Nación (R. D.) y de la Arquidiócesis de Santo Domingo. Estas páginas, ahora aumentadas y corregidas, aparecieron en el **Boletín** No. 6, de la Comisión del Centenario de Hostos, de Puerto Rico; en la revista **Puerto Rico Ilustrado**, No. 1504, 14 de enero 1939; y en folleto que circuló en Ciudad Tujillo, Santo Domingo, el 11 de enero de 1939, Centenario del Maestro.



Las armas nobiliarias de los OSTOS eran las siguientes:

Escudo de plata con un león de gules detrás de una reja de sable, como existían pintadas en la iglesia parroquial de Santa Cruz de Écija, y figuran en el expediente de nobleza del caballero DON DIEGO DE SANTISTEBAN Y CASTILLA, DE NAVA Y DE OSTOS, de la rama de Antequera, para su ingreso en la Orden de Alcántara el año 1682, y son las mismas que describe el Rey de Armas de S. M. C., Don Félix de Rújula, como propias de la rama de las Antillas, en certificación de armas expedida en Madrid el 18 de mayo de 1918, protocolada en el Archivo Heráldico.

FILIACION

De la rama de los DE OSTOS, establecida en las Antillas, procedió Don EUGENIO MARIA DE HOSTOS Y DE BONILLA, cuya filiación es la siguiente:

1) Don JUAN DE OSTOS, empadronado como hijodalgo en Écija en 1674, fué padre de:

2) Don JUAN DIEGO DE OSTOS, bautizado en la Parroquia de Santa Cruz de Écija el 27 de abril de 1666, y casado en la misma Parroquia con Doña María del Valle y Ortiz. Su hijo:

3) Don EUGENIO DE OSTOS Y DEL VALLE, natural de Écija, se trasladó a la Isla de Cuba, donde contrajo matrimonio, en la ciudad de Camagüey (Puerto Príncipe), el 19 de abril de 1735, con Doña María Josefa del Castillo y Aranda, hija de Don José del Castillo y de Doña Catalina Aranda. Falleció en la misma ciudad el 10 de enero de 1764, y fué padre de:

4) Don JUAN JOSE DE OSTOS Y DEL CASTILLO, nacido en Camagüey el 30 de mayo de 1750.

1773, oct. 11

Ciudad de Santo Domingo, Isla Española. Contraen matrimonio José Manuel Rodríguez, natural de Santa María del Puerto Príncipe (Cuba) y María de Belén Velasco, natural de Santo Domingo, hija de Domingo Velasco y Josefa de Armas.

Frutos de esta unión fueron: Pedro Antonio, nacido el 17 de enero de 1797; Ana Josefa Joaquina, bautizada el 4 de julio de 1792; y MARIA ALTAGRACIA RODRIGUEZ Y VELASCOS (abuela de E. M. de HOSTOS), nacida en la villa

de San Carlos, inmediaciones de Santo Domingo, el 10 de octubre de 1785, y bautizada allí mismo el día 24.

(Doña María de Belén Velasco de Rodríguez falleció en la ciudad de Santo Domingo el 30 de abril de 1808).

Don Juan José de Ostos pasó a Santo Domingo, donde se encontraba cuando la parte española de la isla fué ocupada por Francia en virtud del Tratado de Basilea de 1795. Desde entonces agregó una H a su apellido, que siguieron usando sus descendientes.

1800

Hacia este año, al ser invadida por los haitianos la parte española de la isla (hoy República Dominicana), Don Juan José de Hostos emigró a Puerto Rico, estableciéndose en Mayagüez, donde fué escribano Real, y contrajo matrimonio el 20 de julio de 1806 (siendo viudo de Doña María Blanco), con la dominicana Doña María Altagracia Rodríguez y Velasco, anteriormente citada, cuya familia también había emigrado a Puerto Rico en la misma época. Don Juan José falleció en Mayagüez el 15 de febrero de 1816, y de los cuatro hijos que tuvo de su segunda esposa, fué el primero:

5) Don EUGENIO DE HOSTOS y RODRIGUEZ, que nació en Mayagüez el 15 de septiembre de 1807. Fué escribano Real y Secretario de la Reina Doña Isabel II, por Real Decreto del 24 de noviembre de 1848. Casado con Doña María Hilaria de Bonilla y Cintrón, hija de Don Francisco Javier de Bonilla y de Doña Antonia Cintrón, el 4 de mayo de 1831, en la Parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria, de Mayagüez. Fueron sus hijos: José, Engracia, Dolores, Eladia, Carlos, Adolfo y Rosa de Hostos y de Bonilla. El sexto y antepenúltimo vástago fue:

1839, enero 11

6) Don EUGENIO MARIA DE HOSTOS Y DE BONILLA. Nació en una “noche triste y lluviosa”, del 10 al 11 de enero, en una hacienda de Río Cañas, uno de los partidos de la jurisdicción de Mayagüez, puerto occidental de la isla de Puerto Rico. Fué bautizado en la Parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria el 12 de abril del mismo año, siendo padrinos Don Felipe y Doña Caridad de Bonilla.

CAMINO.

1847

De la escuela de Doña Rafaela, en Mayagüez, donde aprende a leer, pasa al Liceo que dirige en San Juan de Puerto Rico Don Jerónimo Gómez de Soto Mayor.



- 1851 Hacia este año es enviado a España a continuar los estudios del Bachillerato, en el Instituto de Segunda Enseñanza de Bilbao, donde permanece, probablemente, hasta 1856.
- 1854 Hacia este año pasa a Puerto Rico, donde permanece muy poco tiempo.
- 1857 Hacia este año pasa de Bilbao a Madrid, a estudiar Derecho en la Universidad Central.
- 1858 Dice Hostos: “Mi período de sentimientos, 1858 a 1863”.
- 1859 Pasa a Puerto Rico. Regresa a España.
- 1862, mayo 28 Muere en Madrid Doña María Hilaria de Bonilla y Cintrón, madre de Hostos.
Pasa a Puerto Rico.
- 1863 Regresa a España.
Propagandista de la libertad en España, 1863-1869.
Miembro de la Sociedad Abolicionista de la Esclavitud, Madrid.
Publica en Madrid su primer libro, *La peregrinación de Bayoán*. Diario recogido y publicado por Eugenio María Hostos. Madrid: Imprenta del Comercio. Fomento, 7, bajo, 1863. (430 páginas). Dice Hostos: “es un grito sofocado de independencia por donde empecé mi vida pública...”
- 1865, abril 10 Refiriéndose a los sangrientos sucesos estudiantiles de la noche de San Daniel, en Madrid, dice Hostos: “cuando comencé mi carrera política, la comencé por un acto de valor cívico...”
Socio del Ateneo de Madrid, 1865-1869.
- 1866 Escribe Hostos: “...ha sido el año más terrible de mi vida, porque ha sido el año en que más me ha hecho padecer la falta de recursos”.
- 1867 En Madrid.
- 1868, enero 15 En Barcelona
” agosto 5 En París.
” dic. 20 Pronuncia en el Ateneo de Madrid su célebre discurso contra el régimen colonial de España en América.



- 1869, enero 23 En Madrid.
- " sept. 1 Llega a París.
- " oct. 10 Hacia América.
- " " 31 Llega a New York.
- 1870 Miembro del Club de Artesanos, de la Sociedad de Instrucción, de la Liga de Independientes, de la Sociedad de Auxilios a los Cubanos.
- Publica, en la prensa de New York, una serie de artículos dedicados a la República Dominicana.
- oct. 4 A bordo del ARIZONA sale de New York hacia Sur América. Visita a Cartagena, Panamá, el Callao.
- nov. Llega a Lima.
- 1871 Funda la Sociedad de Auxilios para Cuba y la Sociedad de Amantes del Saber.
- nov. 7 En Chorrillos, Perú.
- " dic. Sale del Perú.
- " 29 Llega a Valparaíso, Chile.
- " 30 Llega a Santiago de Chile.
- 1872, mayo 18 En Valparaíso.
- Socio de la Academia de Bellas Letras de Santiago de Chile, 1872-1873.
- Funda la Sociedad de Auxilios para Cuba. Primer Premio por su **Memoria de la Exposición Nacional de Artes e Industrias, Santiago.**
- 1873, enero 18 En camino de Santiago de Chile a Aculco.
- " " 20 En Rancagua.
- " 21 En camino de Rancagua a Cauquenes. Viaje por el Sur de Chile, que dura hasta el 24 de mayo: San Fernando, El Sauce, Curicó, Talca, Longomilla, Linares, Parral, Chillán, Los Ángeles, Mulchén, Angel, Chihuaihue, Lumaco, Pinchén, Purén, Cañete, Arauco, Lota, Coronel, Concepción, Valparaíso.
- " mayo 26 En Santiago de Chile.
- agosto 17 En Curicó.
- " " 25 Regresa a Santiago de Chile.



- 1873, ag. 29 Llega a Valparaíso.
- " sep. 10 En viaje de Valparaíso a Buenos Aires; a bordo del IBIS. Por las costas de Chile.
- " " 27 En las embocaduras del Plata, frente a Montevideo.
- " " 28 En Montevideo. Sale ese mismo día.
- " " 29 En Buenos Aires.
- Miembro honorario de la Sociedad Fraternal Boliviana.
- Funda la Sociedad Pro Independencia de Cuba.
- " nov. 8 Sale para Río Cuarto. Viaje a Córdoba, Rosario.
- " dic. 26 En Buenos Aires.
- 1874, enero 12 Escribe: "Ya tengo treinta y cinco años. Ayer fué el sombrío aniversario".
- " feb. 22 Sale de Buenos Aires a bordo de LA VILLE DE BAHIA. Hacia el Brasil.
- " " 27 Llega a la bahía de Santos.
- " marzo 20 En Río de Janeiro.
- " " 25 Sale de Río de Janeiro a bordo del SOUTH AMERICA. Pasa por Saint Thomas.
- " abril 22 En New York.
- 1875, enero 12 Escribe: "La primera cana... fruto tardío de un dolor temprano".
- " abril Sale para Boston en el OLD COLONY.
- " " 29 En Boston. Tentativa de expedición a Cuba en compañía del Gral. Aguilera, a bordo del CHARLES MILLER.
- 1875, mayo Regresa a New York.
- " " Primer Premio y medalla de oro por su cooperación en la Exposición Internacional de Chile en New York.
- " " Sale para Puerto Plata, República Dominicana, a bordo del vapor americano TYBBE.
- " " 30 Llega. Escribe: "Ignoraba que allí había yo de conquistar algunos de los mejores amigos de mi vida". Ahí encuentra al Dr. Ramón Emeterio Betances. Conoce al General Gregorio Luperón, a Segundo Imbert, a Federico Henríquez y Carvajal...



Colabora en LAS DOS ANTILLAS (fundado el 3 de abril), periódico semanal dedicado exclusivamente a la defensa y propaganda de los intereses políticos de Cuba y Puerto Rico. Luego funda y redacta LAS TRES ANTILLAS (julio) y LOS ANTILLANOS (aparecido el 12 de agosto y desaparecido el 4 de noviembre). Era el mismo periódico que variaba de nombre al ser suprimido por el Gobierno en vista de las reclamaciones y amenazas de las autoridades españolas de Cuba y Puerto Rico.

- 1875, julio 12 Le escribe a Frco. Vicente Aguilera invitándole a formar parte de una expedición armada que debía salir de Samaná para Puerto Rico.
- ” agosto 20 **El Club Cubano de Puerto Plata** le nombra Socio honorario.
- Idea el plan de Escuelas Normales para la República. Se inicia en la profesión del Magisterio.
- ” sept. 15 Sale para Santo Domingo en el vapor TYBEE. Regresa a Puerto Plata a los pocos días.
- ” dic. 12 Discurso en la manifestación pública ofrecida por la inmigración cubano-puertorriqueña a la Srta. María Aguilar, a su llegada a Puerto Plata.
- 1876, marzo 5 Funda LA EDUCADORA, sociedad-escuela destinada a “popularizar las ideas del derecho individual y público, el conocimiento de las constituciones, dominicana, norteamericana, latino-americanas, y los principios económicos-sociales; en resumen: educar al pueblo”. Hostos pronuncia un discurso en el acto de instalación. Local del Gral. Luperón, donde funcionaba la célebre Sociedad patriótica LIGA DE LA PAZ, rama de la fundada en Santiago de los Caballeros por Manuel de Js. de Peña y Reynoso, en 1875.
- 1876, marzo 9 La LIGA DE LA PAZ renueva su directiva: Luperón, Presidente; Hostos, Vocal.
- ” abril 5 5 p.m., sale de Puerto Plata para New York, a bordo del TYBEE.
- ” nov. Sale a New York.
- ” ” 28 Llega a Venezuela, por Puerto Cabello. Rector del Colegio Nacional de Puerto Cabello, Venezuela.
- 1877 Profesor del Colegio de Soteldo, Caracas.
- ” julio 9 Contrae matrimonio en Caracas con Doña Belinda Otilia



- de Ayala, natural de la Habana, hija del Dr. Don Filipo Carlos de Ayala y de Doña Guadalupe Quintana, emigrados de Cuba. Oficia Monseñor Ponte, Arzobispo de Caracas.
- " " 11 En La Guayra.
- " " 15 En Puerto Cabello.
- " " En Nueva Esparta, Venezuela, Director del Instituto Comercial.
- 1878, abril 15 En Puerto Cabello.
- " junio 2 Sale de Puerto Cabello en el LOTHARINGIA.
- " " 3 Llega a La Guayra.
- " " 6 En el Puerto de Mayagüez, P. R. No desembarca.
- " " 7 Llega a Saint Thomas.
En Mayagüez.
- 1879, marzo Llega a Santo Domingo, R. D., en el vaporcito POMARROSA. El periódico EL ECO DE LA OPINION, del 23 de marzo, le da la bienvenida.
Inicia su labor cívica y educativa, sus **Nueve años en Quisqueya.**
- 1879, julio 3 Sale para el Cibao (interior de la República) en viaje de estudio, en compañía del Ministro Segundo Imbert.
- " " 20 Regresa a Santo Domingo.
- " agosto 26 Nace su primogénito, Eugenio Carlos.
- 1880, feb. 14 Ábrese el libro de inscripción de la Escuela Normal de Santo Domingo, fundada por Hostos. Local: casa núm. 34, calle de LOS MARTIRES (Duarte).
Su familia ocupaba la planta alta de la casa. A principios de enero de 1882, la Escuela fué trasladada al viejo edificio de la Tercera Orden, hoy Biblioteca Pública del Distrito de Santo Domingo.
- " " 18 La Escuela Normal inicia sus labores. Escribe Hostos: "La instalación de la Escuela Normal se hizo como se hacen las cosas de conciencia: sin ruido ni discurso. Se abrieron las puertas y se empezó a trabajar. Eso fué todo. Estaban presentes dos padres de familia, y esa fué toda la concurrencia".
- 1880, mayo 18 Llega a Santo Domingo el General Antonio Maceo. Sale el 28 de junio. (Años después escribirá Hostos la serie de



- artículos **La noticia de la muerte de Maceo, y Quién era Maceo**).
- ” nov. 25 Instituto Profesional de Santo Domingo. Inaugúrase, dictada por Hostos, la cátedra de Derecho Público (Constitucional e Internacional, tomando por base la Sociología). Pronuncia el discurso preliminar.
- ” dic. Constitúyese en Santo Domingo la Asociación del Cuerpo de Profesores, bajo la Presidencia de Hostos.
- 1881 Miembro honorario de la Sociedad Filarmónica, de Santo Domingo.
- Miembro honorario de la Sociedad La Esperanza, de Monte Cristi.
- Publica el opúsculo **Los Frutos de la Normal** (Exposición de pedagogía práctico-científica escrita por encargo del Gobierno Dominicano. Edición oficial).
- 1881, enero 19 Instálase en Santiago de los Caballeros la Escuela Normal, creada por Hostos. Preside el acto el Presidente de la República, Fernando Arturo de Meriño.
- ” marzo 7 Nace su hija Luisa Amelia.
- ” sept. 10 Escribe en el Album de Colón: “Eugenio M. Hostos quisiera que la última palabra de este libro, fuera la primera que él pronunció conmovido al reverenciar los restos sagrados: **estos son!**”.
- 1882 Miembro honorario del Club del Comercio, Santo Domingo.
- ” agosto Viaje a San Cristóbal, Baní y Azua.
- ” sept. 5 Regresa a Santo Domingo.
- 1883, enero Inaugura la cátedra de Economía Política, en el Instituto Profesional.
- Ocupa la casa que construyó en San Carlos (La Esperilla), inmediaciones de Santo Domingo, al lado de la de sus suegros. Fué destruída cuando el incendio de San Carlos, en la revolución de 1903.
- ” sept. 7 Nace su hijo Bayoán Lautaro.
- 1884 Miembro de la Sociedad Amigos del Deber, Santo Domingo.
- ” sept. 28 Investidura de los primeros maestros normalistas: Francisco José Peynado, Félix Evaristo Mejía, Agustín



- Fernandez, Lucas T. Gibbes, José María Alejandro Pichardo, Arturo Grullón. Hostos pronuncia el discurso calificado por Antonio Caso como la más alta página filosófica de la América española.
- 1885 Miembro honorario de la Sociedad Ibero-Americana, Santo Domingo.
- Llamado por el Presidente de Chile, D. Domingo Santamaria.
- 1885, nov. 24 Llega a Santo Domingo el General Máximo Gómez. Hostos le da la bienvenida a nombre de la juventud capitaléña.
- 1886, feb. 2 Investidura del segundo grupo de maestros normales: J. Arismendi Robiou, Jesús María Peña, Barón y Rodolfo Coiscou. Asiste el Padre F. X. Billini; declara que "la Escuela Normal es una verdadera fuente de moral y de progreso". Discurso de Hostos. Discurso del Ministro de Instrucción Pública, Domingo A. Rodríguez: "La República y el Gobierno están de enhorabuena; creíamos haber fundado una escuela más, y es que hemos echado los cimientos del edificio moral e intelectual más sólido que se ha levantado en la República... Otras veces nos equivocamos por exceso, y para mal; esta vez nos habíamos equivocado por defecto, y para bien!".
- 1887 Socio correspondiente del Ateneo de Lima, Perú.
- Publica en Santo Domingo su obra **Lecciones de Derecho Constitucional**.
- " enero 8 Nace su hijo Adolfo José.
- " abril 17 Gradúanse las primeras maestras normales, Leonor M. Feltz, Luisa Ozema Pellerano, Mercedes Laura Aguiar, Ana Josefa Puello, Altagracia Henríquez Perdomo y Catalina Pou, alumnas del Instituto de Señoritas dirigido por Salomé Ureña de Henríquez. Discurso de Hostos.
- 1887, julio A bordo del vapor SAMANA sale en viaje de vacaciones para Sánchez y el interior de la República.
- " agosto 9 En Almacén de Yuna (Villa Rivas)
- " " 11 En la Vega.
- " " 14 En Moca.
- " " 27 En Puerto Plata.



- ” sept. 7 Regresa a Santo Domingo.
Llamado por el Presidente de Chile, José Ml. Balmaceda.
- 1888 Miembro del Congreso Jurídico Internacional de Lisboa.
Miembro honorario de la Sociedad Unión Samanés,
de Samaná.
Miembro honorario de la Sociedad de Estudio, Santo Domingo.
- 1888, agosto Funda en Santo Domingo la Escuela Nocturna para la Clase Obrera.
Publica en Santo Domingo su obra **Moral Social**.
Llamado por el Gobierno de Chile, para trabajar en la reforma de la Enseñanza.
- ” dic. 18 Auséntase para Chile. A bordo de la goleta LEONOR; en Curazao se trasborda al HAYTIEN, que le lleva a Colón. Le acompañan su esposa, y sus hijos Eugenio Carlos, Luisa Amelia, Bayoán y Adolfo, nacidos en Santo Domingo. Conmovedora despedida.
- 1889, feb. 4 Llega a Valparaíso, Chile, en el vapor COLOMBIA.
En Chillán, Chile. Rector del Liceo de Chillán, de 1889 a 1890.
Presidente honorario de la Academia Carrasco Albano, Chillán.
- 1890, enero 1 La sociedad dominicana, por órgano de sus personalidades más conspicuas, le envía un Voto de Gracias por su labor educativa en Santo Domingo y por dedicarse en Chile a “dar a conocer y hacer amar a la República Dominicana”.
- ” abril En Santiago de Chile. Instala su familia en la calle Catedral No. 216, al lado de la familia Favre, frente a la Avenida Cummings. Asume la dirección del Liceo Miguel Luis Amunátegui, que desempeña hasta abril de 1898, en que renuncia.
Profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de Chile, Santiago.
- ” junio 12 Director del Congreso Pedagógico de Chile.
Director del Ateneo de Santiago de Chile.
Nace su hijo Filipo Luis Duarte.



- 1891 Miembro fundador de la Sociéte Scientifique du Chili, Santiago.
- " enero 1 Muda su residencia a la calle de Agustinas, altos del edificio de las Monjas del Monasterio de la Victoria. Ahí pasa la revolución que derrocó al Presidente Balmaceda.
- 1892, enero 1 Muda su residencia a la calle Catedral No. 273, edificio Izaga.
- Miembro honorario de la Academia Literaria Diego Barros Arana, Santiago.
- 1894 Director del Congreso Científico de Chile. Muda su residencia a la calle de la Compañía No. 271, altos esquina Riquelme.
- 1895 Director del Centro de Profesores de Chile, Santiago.
- Socio correspondiente del Centro Propagandista Cubano MARTI, de Caracas.
- Agente de la Junta del Partido Revolucionario de Cuba y Puerto Rico, de New York, en Santiago, 1895-98.
- 1896 Director de la Sociedad Unión Americana, Santiago.
- " feb. 14 Nace su hija María Angelina.
- 1897 Miembro honorario de la Academia Literaria La Ilustración, Chile.
- " sept. 16 Santiago de Chile. Inicia la serie de **Cartas públicas acerca de Cuba**. (Cuba ante América. Examen crítico del conflicto hispano-americano y del derecho de Cuba a la Independencia), publicadas en la prensa de Chile y de la República Dominicana.
- 1898, abril 16 Sale de Santiago de Chile. Comisionado por el gobierno de Chile para estudiar los Institutos de Psicología Experimental en los Estados Unidos.
- " " 27 Sale de Valparaíso, a bordo del IMPERIAL hacia New York, rumbo a Panamá.
- " junio En Caracas.
- " julio 6 En El Valle, Venezuela.
- " " 7 Sale de El Valle; llega a La Guayra.
- " " 8 A bordo del ABYDOS. Llega a Curazao.
- " " 9 Sale de Curazao, hacia New York.
- " " 16 Llega a New York.



- Delegado en New York de las emigraciones cubana y puertorriqueña de Caracas.
- " 25 Llega a Washington. Allí permanece durante siete días, en compañía del Dr. J. J. Henna y Don Roberto H. Todd.
En New York.
- " agosto 2 New York, Chymney Corner Hall, Avenida 6a., calle 25a. Funda la LIGA DE PATRIOTAS PUERTORRIQUEÑOS. Por aclamación es nombrado Presidente, y Don Roberto H. Todd, Secretario.
- 1898, sept. 8 Sale de New York a bordo del PHILADELPHIA.
- " 15 En Curazao, hacia Puerto Rico.
- " oct. 23 En Juana Díaz, P. R., funda el primer capítulo de la LIGA DE PATRIOTAS.
- " " 28 En San Juan, P. R., Hotel Mont Vernon, Tetúan 11.
Fundación del Instituto Municipal, de Juana Díaz. Voto de gracias del Ayuntamiento por gestiones cívicas.
Animador y propagandista de la LIGA DE PATRIOTAS, en P. R., 1898-1900.
- " nov. 21 En Ponce.
- " dic. 21 A bordo del PHILADELPHIA, hacia Washington, con el Dr. Zeno Gandía.
- " 26 Llega a New York; hospédase en el Westminster Hotel.
- 1899, enero 17 Sale de Washington; preside la COMISION DE PUERTO RICO, reunida en New York.
- " 21 Entrevista con el Presidente Mac Kinley en Washington.
Regresa a Puerto Rico.
- " abril En Mayagüez.
Llamado por el Gobierno Dominicano para reorganizar la enseñanza.
- 1900, enero 6 Llega a Santo Domingo, R. D., en compañía de su familia. Al desembarcar le da la bienvenida Emilio Prud'homme, a nombre de sus discípulos. Habla el Maestro. Dirígese la comitiva al antiguo local de la Escuela Normal: himnos; discurso de Federico Henríquez y Carvajal; Francisco Henríquez y Carvajal lo saluda a nombre del Gobierno de la República.



- 1900, junio 1 Nombrado Inspector General de Enseñanza Pública.
- " julio 5 Santo Domingo, Sale a bordo del CHEROKEE en viaje de inspección de la enseñanza en la República. En el mismo día llega a San Pedro de Macorís, y sale para Sánchez. Le acompañan sus hijos Adolfo y Filipo.
- " " 11 Después de 4 días de permanencia en Sánchez, sale para La Vega, en la mañana, y llega en la tarde.
- " " 25 Sale para Moca. Funda allí dos escuelas graduadas y dos suplementarias.
- " agosto 1 Regresa a La Vega.
- " " 8 Sale para Santiago.
- " " 10 Fundación de la Escuela de Comercio.
- " " 10 Paseo a Gurabo, campos de Santiago.
- " " 11 Entrevista con Don Manuel de Js. de Peña y Reynoso. Sale para Puerto Plata.
- " " 15 Recepción en el CLUB DE DAMAS.
- " " 15 Fundación de la Escuela de Comercio.
- " " 17 Visita el Ingenio Mercedes.
- " " 18 Sale de Puerto Plata. Llega a Santiago.
- " " 19 Paseo a Tamboril y Rincón Largo.
- " " 20 Regresa a Santiago.
- " " 22 Sale para La Vega. Llega.
- " " 23 Sale para Jarabacoa.
- " " 24 Regresa a La Vega.
- " sept. 18 Sale de La Vega. Llega a Sánchez.
- " " 20 Sale de Sánchez para Santo Domingo, a bordo del NEW YORK.
- " " 22 Llega a San Pedro de Macorís. Se trasborda al crucero PRESIDENTE y sale para Santo Domingo.
- " " 22 Miembro honorario del Ateneo de Santo Domingo, 1900-1903.



- Miembro honorario de la Sociedad La Progresista, La Vega.
- Miembro honorario de la Sociedad Amantes del Saber, La Vega.
- 1901 Voto de gracias del Ayuntamiento de La Vega, por gestiones cívicas.
- ” marzo Viaje al Cibao. Le acompaña su hijo Adolfo.
- ” 15 Llega a Monte Cristy. Visita la casa de Máximo Gómez, donde escribió Martí el célebre Manifiesto de 1895.
- ” 27 Llega a Puerto Plata.
- ” 30 Llega a Santiago de los Caballeros.
- ” abril 1 Llega a La Vega.
- ” ” Regresa a Santo Domingo.
- 1902, julio 4 Nombrado Director General de Enseñanza. Desempeña a la vez la Dirección de la Escuela Normal de Santo Domingo.
- Socio honorario del Ateneo de México.
- 1903, marzo 23 Santo Domingo, estancia LAS MARIAS. Escribe acerca de la cuartelada de ese día. Revolución.
- ” agosto Enfermo. Le asisten los doctores Francisco Henríquez y Carvajal, Arturo Grullón y Rodolfo Coiscou.
- ” 11 A las 11.15 p.m. en su residencia de LAS MARIAS, avenida Independencia, Santo Domingo, durante una perturbación atmosférica, muere EUGENIO MARIA DE HOSTOS Y DE BONILLA.
- ” 12 A las 5 p.m. se le da sepultura en el Cementerio de Santo Domingo, nicho número 3 del panteón de la familia del Lic. Cayetano Armando Rodríguez, cedido por éste. Don Federico Henríquez y Carvajal pronuncia la oración fúnebre. Una de sus frases repercute aún por todo el Continente: ¡OH AMERICA INFELIZ QUE SOLO SABES DE TUS GRANDES VIVOS CUANDO YA SON TUS GRANDES MUERTOS!
- 1904 Discípulos dominicanos de Hostos publican su TRATADO DE SOCIOLOGIA, “que la Historia de las Ciencias en Santo Domingo y la particular de ese ramo del saber humano recordarán como el primer ensayo de constitución de la Ciencia de la Sociología”.



- 1905 Publícate en Santo Domingo el libro EUGENIO M. HOSTOS. Biografía y Bibliografía. Ofrendas a su memoria. (Imp. Oiga....., 384 págs.)
- 1925, feb. 25 En la mañana, son exhumados los restos del Maestro y colocados en una urna de caoba con la siguiente inscripción: EUGENIO MARIA DE HOSTOS (1839-1903). La urna es conducida al edificio de la Escuela Normal de Santo Domingo y expuestos los restos en capilla ardiente.
- A las 4 p.m., la sagrada urna es llevada solemnemente al cementerio de Santo Domingo y depositada en el panteón de la familia HOSTOS-AYALA, en el nicho principal, junto con los restos de doña Belinda Ayala de Hostos, del doctor Carlos Filipo Ayala y de la niña Rosa Inda de Hostos y Ayala. (más tarde fueron colocados allí los restos de Luisa Amelia de Hostos y Ayala).
- En el acto, que tuvo carácter de apoteosis, pronunciaron sendos discursos: Arístides García Mella, a nombre de la Escuela Normal; Félix Evaristo Mejía, a nombre de los normalistas; y Federico Henríquez y Carvajal a nombre de la sociedad dominicana.
- 1926, agosto 11 Erígese por suscripción popular, en la Universidad de Puerto Rico, el Monumento a Hostos, obra del escultor español Victorio Macho.
- 1936 Circula el libro titulado ESSAIS (Traduit de l'espagnol par Max Daireaux. Prefaces de P. Henríquez Ureña et A. S. Pedreira), traducción francesa de algunos escritores de Hostos, cuya publicación fué auspiciada por el Instituto de Cooperación intelectual de la Sociedad de las Naciones.
- 1939, enero 11 Conmemórase, en todo el Continente americano, el primer centenario del natalicio de EUGENIO MARIA DE HOSTOS Y DE BONILLA, Ciudadano de América.



PÁGINAS DOMINICANAS

EUGENIO M. DE HOSTOS



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



NOTAS DE VIAJERO¹

Ya hacía mucho tiempo, mucho tiempo, que sólo con la vista anhelante del deseo veía yo la tierra y el sol de mis Antillas, cuando en la alborada del último día de Mayo de 1875, vi con los ojos mismos que tanto mal han visto, aparecer magestuosamente, en uno de los puntos cardinales, el bendecido sol, en otro de los puntos cardinales, la bendecida tierra que hacía mucho tiempo, mucho tiempo, no había visto.

No fué por complacer mi patriotismo, no fué por lisonjear mi orgullo de hijo, por lo que el sol de las Antillas apareció tan radiante, por lo que aquella tierra de las Antillas se presentó tan encantadora ante el sediento de su luz primera y de la primera memoria de su infancia. El sol y la tierra tienen en las Antillas la santa costumbre de ser continuamente lo que siempre han sido. Es lo único que no cambia en aquellas latitudes, por ser lo único que no ha sido educado por España.

Inmutables, el uno en su esplendor, la otra en su belleza, se presentaron como son y como fueron. Ni el espectáculo del mal ha empañado la luminosa sonrisa del que todo lo ha presenciado, ni la experiencia del dolor ha marchitado la belleza de la que todo lo ha sufrido. Íntegro en su magestad radiosa el sol de las Antillas, intacta la tierra de las Antillas en su tenaz virginidad, los cuatro siglos de injusticia contemplados por el uno, sufridos por la otra, no han logrado alterar lo inalterable; y como aparecieron ante Colón maravillado, así reaparecieron ante mi alma conmovida.

Dulcemente conmovida: que también el alma es tenaz en su capacidad de bien, y nunca tanto como después de un largo espectáculo del mal. Era un bien para mí la presencia real del pedazo de mundo que más experiencias de males me ha costado: era benéfico y dulce y placentero el efecto que sentía. Pero si el sol que contemplaba era el mismo de mis primeros días, no era aquella la tierra de mi infancia. Un horizonte detrás de otro horizonte la ocultaba a mi vista y a mi anhelo: delante, el horizonte que se ve; detrás el horizonte que se busca: allá, la obscuridad de la distancia; más allá, la oscuridad del porvenir.

1. En Puerto Plata.



Suspiro al recordar, no suspiré al pensar. Sombras y tinieblas envolvían el sol y la Isla que, desde antes de alborear, me había puesto a pedir al horizonte oscuro; y de las sombras de la noche había salido el sol, y de las tinieblas del espacio había salido la Isla. “Así saldrá de las sombras de hoy”, pensaba entonces, “así saldrá de las tinieblas del presente, la idea siempre oculta detrás de los horizontes del espacio y detrás de los horizontes del deseo”.

Desde aquel día, un año más: uno más en el tiempo, uno más en el esfuerzo, uno más en el duro sondeo del alma humana, uno más de sonrisas de desdén, uno más de sarcasmos de dolor, —y aun sigue escondida detrás de sus tinieblas invencibles, la idea perseverante y encarnizadamente perseguida. Razón hay para el suspiro.

Pero cualquier mercader puede atreverse a pensar que no hay razón para empezar con suspiros de conciencia, y mucho menos con los de una conciencia elegíaca, una simple narración de viaje. Y como es posible que yo acabe por hacer almoneda de ideas y sentimientos, empiezo a proporcionarme mercaderes. Con ese fin allá va la narración rapada.

Antes de la aurora, —puesto que dije: “en la alborada”,— me había levantado y puesto en la cubierta del buque de vapor en que viajaba, a esperar la salida del sol y la aparición de la tierra hacia donde me dirigía. No eran las cuatro de la mañana, y era el día 31 de Mayo.

Una de las cosas en que se puede conocer la enorme distancia a que están de la poesía intrínsecamente americana los poetas extrínsecamente europeos que (con excepciones, claro está) malpare a millares la tierra latino-americana, es lo incapaces que esos señores se han mostrado de apreciar y sentir y bendecir en versos vigorosos la atmósfera perfumada, la brisa deleitosa, el **terral** redivivente de nuestras Antillas. No siendo poeta, me es lícito entonar himnos silenciosos a lo que realmente es bueno, y siempre que me he aproximado a la Isla esclava (la poblada por unos colonos que podrían ser puerto-riqueños), a la Isla heroica (la honrada por sus hijos los dominicanos), o a la Isla mártir (la redimida por los que saben ser cubanos), siempre he bendecido con exclamaciones de gratitud el aliento embalsamado que respiran esas tierras.

Embalsamado es un adjetivo sensual: el aliento de esas tierras es **virginal**. Exactamente lo mismo que embriagan las exhalaciones de la virginidad sexual, así las de aquellas tierras siempre vírgenes: ni el sentimiento, ni la imaginación, ni los instintos se sustraen, en el primer caso, a la embriaguez; no los sentidos, no la fantasía, no la afectividad, en el segundo: mezcla en ambos, de solicitaciones materiales y morales de deliquio, en ambos es idéntico el efecto. Somos sentidos, y tenemos el sentido exterior de las emanaciones incontaminadas; somos conciencia, y tenemos el sentido íntimo de la pureza inmaculada. Nos aproximamos a una de aquellas tierras; se baña en su perfume sin olor toda la atmósfera, y a la vez que los pulmones se deleitan, el ánimo se enajena de alegría.



Deleitando mis pulmones, enajenando de alegría mi ánimo, complaciendo mis sentidos, reconfortando mi organismo, avivando mis facultades, la brisa bienhechora de las Antillas aquietó en aquella alborada venturosa las impacencias de la espera, y pude esperar la aparición del sol y de la tierra.

Una por una se apagaron despacio las luces compañeras de la noche; se había borrado la huella centelleante de la vía láctea; iba sustituyendo un azul transparente al azul impenetrable de las noches antillanas; el horizonte oriental empezaba a ser visible; repentinamente dejaban de serlo hacia occidente las estrellas de primera magnitud, y ya no quedaba en la bóveda celeste otra luz que la azul del primero y último lucero, cuando el traslúcido horizonte del oriente transmitió los ardientes colores de la aurora, y todo se coloró en el firmamento y en el mar.

En el límite oriental del firmamento estaba el sol; en el límite occidental del mar apareció una isla. El sol era el que ilumina a las Antillas: la Antilla que iluminaba era Quisqueya.

Fué la segunda que descubrió Colón y es la segunda en superficie; fué la primera que España colonizó y es la primera que ha perdido; el amor de sus hijos primeros la dividía con dos nombres líricos —Hayti, Quisqueya—, en dos porciones igualmente queridas; y el odio de sus torpes conquistadores la ha dividido en dos secciones igualmente dramáticas. La una de esas secciones se llama Santo Domingo, el santo de las hogueras de carne humana, siniestro emblema de la colonización de España: la otra sección conserva uno de los nombres primitivos, el de Haytí, y el recuerdo de la barbarie primitiva de los conquistadores franceses. Santo-Domingo es la sección oriental de la Isla; Haytí la occidental. El drama de la una empezó el día mismo del descubrimiento, continuó desde el primer momento de la colonización, continúa aún: primero, el indígena engañado y destrozado; después, los colonos desoidos y enjaulados en las rejas del despotismo colonial; todavía la herencia maldita, la maldecida herencia del coloniaje esclavizador, embrutecedor y corruptor. El drama de la otra sección empezó con Anacaona esclavizada, envilecida y ahorcada; continuó en la lucha de los usurpadores franceses contra los usurpadores españoles, y culminó en el horrendo, pero en el legítimo, en el justo, en el heroico predominio de esclavos contra amos.

Infelizmente ha sido la Isla; pero ha sido fuerte: la han malogrado; pero se ha vengado: la han obligado a tener una historia trágica; pero ella ha sabido hacer que la justicia sea la sangrienta moral de su tragedia. Con los dominicanos arroja dos veces de su seno a España injusta: con los haytianos aniquila para siempre la esclavitud inícuca.

Muchos dolores ha sufrido, y muchos tendrá que sufrir la pobre Isla; pero mientras haya una razón diferente a la verdad, y una conciencia indiferente a todo, menos a la justicia, no siempre sufrirá la predilecta de Colón el dolor de verse escarnecida y mal juzgada. Bastará decir la verdad, para hacer a todos



los ojos tan interesante, como es la Isla, en su pasado, en su presente y en su futuro. Bastará hacerle justicia, para descargar las abominaciones que hoy caen sobre ella sobre otra cabeza criminal.

Posible es que al intentar el desagravio, me encuentre con opiniones tan vacías como era y seguirá siendo la cabeza de un mi compañero de viaje, que se asombraba de la encantada atención con que yo contemplaba la costa de la Isla. Pero no por eso dejaré de hacer lo que creo bueno, así como no por que me zumbara al oído el rumor de uno de tantos, dejé de admirar las elegantes proporciones, la belleza magestuosa y las encantadoras perspectivas de la Isla.

Es ella en extremo montañosa, y a la altura de Monte Cristi en que estaba nuestro buque, todo el grupo 3° del sistema dominicano¹ se presentaba a nuestra vista. Debajo de los 1,220 metros de **Diego de Ocampo** se empinaban Muraso, Guanábana, la Cumbre, y más allá, y más alto, entre nubes flotantes que resplandecían como nieve sobre el azul-cobalto de los montes, señoreaba Pico del Norte. Las inflexiones del terreno, la gradación desordenada de los planos, la extraordinaria combinación de austeridad y placidez en el paisaje; la frecuencia de contrastes parciales en medio del contraste general de aquellas moles amontonadas en lo alto, con aquellas florestas amontonadas en la playa: el continuo circular de nubes blancas por los senos oscuros de la Sierra; el continuo romper de ondas verde-mar sobre los arrecifes negros; el azul inefable del firmamento, la indefinible delicia de la mañana tropical, aquel baño de vida de la brisa, la inundación interior de sensaciones reales, de emociones fugitivas, de recuerdos claro-oscuros, de reflexiones agri-dulces, todo contribuía a hacer voraz la vista para el espectáculo exterior, viva la atención para la actividad interior.

Pero en el mar no es posible prolongar por mucho tiempo un estado moral que se haya originado de una asociación de ideas con una escena de la naturaleza; la escena cambia a cada movimiento del buque, y el motivo de reflexión o de tristeza o de alegría se disipa.

El buque orzó, cambió la escena, y disipándose el motivo de tristes reflexiones, solicitó mi atención una nueva perspectiva.

Era risueña. Allá, en la lejanía, se levantaba, dominándolo todo, una cumbre iluminada por el sol. Unida a ella, como los eslabones se unen a los eslabones en una cadena de filigrana, descendía hasta la orilla del mar una serie de colinas, cuyas formas puntiagudas, cónicas o piramidales, producían en el claro azul del horizonte el juego de formas y de luz que más encanta por ser el que más esfuerzo cuesta para describir y el que más espontáneamente enseña la naturaleza a todos los amantes de lo bello. Detrás de aquella cadena de colinas, una cadena de montañas más lejanas, que, a no distinguirse por la

1. Se considera dividido en 10 grupos el sistema de montañas de la Isla. Ya se sabe que todos esos grupos pertenecen al sistema antillano, cuyo núcleo está allí, y no en Cuba.



forma peculiar que la caracterizaba, solo hubieran parecido un enorme macizo de color azul. Desde la orilla del mar hasta el límite mismo de las cumbres más cercanas, una cadena vegetal, que empezaba en el cocotero estimulante y que, en medio de masas indiscernibles de enormes vegetales, concluía en el pararrayos de la palmera que, allá en la eminencia, gallardeaba su luciente estrella vegetal. Detrás de aquel escenario encantador estaba Puerto Plata. La colina más elevada era **Isabel de Torre**, objetivo de todos los marinos que van hacia aquella parte de la Isla, y objeto de admiración continua para los que, viviendo en la ciudad y en el vasto contorno que domina, tienen ojos infatigables para lo que no se cansa de ser bello.

Estábamos ya próximos al término del viaje. Pocas millas más, poco más de una hora, y la sensación deprimente de lo desconocido iba a sustituir a la excitante emoción de lo bello nuevo. Era triste el objeto de mi viaje: ignoraba que allí había yo de conquistar algunos de los mejores amigos de mi vida; solo sabía que, habiendo allí muchos hermanos míos ante Cuba-Puerto-Rico, tal vez no estaría solo conmigo mismo al poner en tierra el pié, y trataba de prolongar hasta el último momento la admiración candorosa de aquella naturaleza siempre amable y la dulce evocación de la infancia siempre amada.

Mas como la realidad no consiente dilaciones, y espolea al lento y azota al que la esquivo, no tuve más remedio que dejar de extasiarme en la naturaleza para asociarme al interés y a los sentimientos de los hombres que me rodeaban y que a cada momento me llamaban a consideraciones menos vagas. Íbamos a un lugar de la tierra donde, como en todos los lugares de la tierra, hay otros hombres, otras mujeres, otros niños de todas edades, hay usos y costumbres, cosas que aprender, cosas que ridiculizar: el tema de las conversaciones era ese. Íbamos a una ciudad que muchos de nosotros no conocíamos, y en donde, como en todas las ciudades conocidas, era probable que se comiera, se bebiera y se vivieran: el objeto de casi todas las preguntas era ese. Íbamos al laberinto de preocupaciones, errores, intereses y pasiones que son todas las tierras habitadas, y los expertos que antes habían recorrido el laberinto y que podían servir de guías, se espontaneaban a prestar el servicio: ese era el sentido de las respuestas y de las instrucciones que se daban. Según el feriante, así la feria. Para unos, aquel era el peor de todos los países habitados. Para otros, ningún país tan habitable como aquel. Muy agradable para el uno de la ciudad. El otro no podía soportarla. Los fundamentos de juicios tan contrarios estaban en razones tan sólidas como éstas: “Qué, hombre, si ahí no puede uno hacer cien mil pesos ni en diez años!” Pues yo, bien gano ahí lo que no he ganado en otra parte.” “Y luego, vea usted: un país en donde uno se divierte como en Nueva York”. “Pero se divierte uno como en Puerto Plata.”

En cuanto a las condiciones reales de la vida civil, política y económica; en cuanto al origen de las peculiaridades de esa vida; en cuanto a las causas del mal o del bien que exageraban, ni una sola palabra. Ni una sola que demostrara en aquellos contrarios o partidarios del país, el más leve sentimiento



desinteresado o el más tímido conato de consideraciones que no fueran egoístas. Cada cual veía las cosas con sus dos ojos pequeños y al través del enorme cristal de su interés. Y para desgracia de toda nuestra pobre América latina, como de todos los países en donde es lento el movimiento del progreso o en donde las solicitudes de la vida no salen casi nunca del círculo de las solicitudes del egoísmo individual, esos los ojos, esos son los cristales con que se mira a esos países.

Ya estábamos a dos pasos del en que íbamos a desembarcar, y a la vista de la ciudad de Puerto Plata.

¡Qué pintoresca ciudad, y qué admirable situación! Para hacer de ambas un retiro de filósofos y un paraíso de poetas, no falta otra cosa a la ciudad actual, sino algunos hombres que, procedan de donde quieran, nativos o vecinos de ella, tengan ojos un poco más grandes para ver las cosas, y cristales un poco más pequeños para su interés individual. Así sabrían ver todo lo que les hace falta, mirar al interés de todos, confundir con éste el de cada uno, asociar toda esa masa de intereses, y, en vez de edificar en lo ruinoso para lo transitorio, construir en lo sólido para lo permanente. Pero, como a primera vista, la linda ciudad parece un nido, casi todos son allí aves de paso.

Las aves de paso salen siempre graznando del hoyo de arena, del hueco de roca, del tronco de ceiba o del paraíso desierto en que pernctaron. Eran tan pocas las personas a quienes yo había oído decir nada bueno de la ciudad, que, al verla tal cual es, un grupo de casas pintorescas entre un grupo de palmeras y vergeles, exclamé como he exclamado al recordarla: ¡Qué pintoresca ciudad, y qué admirable situación!" Está situada al pié del **Isabel de Torre**, y siguiendo sobre las ondulaciones del terreno, cuantos movimientos de perspectiva le imponen los declives y los accidentes del suelo. Interrumpida al norte por la cadena de colinas que la domina, y al Sudeste por el mogote desnudo en que cierra el puerto, la población tiene dos playas; la del puerto y la que al Sud limita su desarrollo. Desde el puerto hacia el fondo de la ciudad, el terreno se eleva en una pendiente que concluye por dominarla: aquella eminencia, casi exclusivamente habitada por cubanos, se llama **Cuba libre**. Desde la playa meridional hasta la falda de **Isabel de Torre**, la población se eleva y se oculta en una serie de declives. Por el lado del mar, un baño continuo de brisa; por el lado del cerro, salutíferos efluvios continuos de la selva intacta. Sentada en aquella pendiente con los pies en el mar, con la frente bajo una bóveda de plantas, con extremidades irregulares que ya se extienden hacia el camino de Santiago, ya hacia el de Sosúa, así está la tranquila Puerto-Plata. Vista desde el mar, es un conjunto irregular de casas, superado por tres grandes edificios; y una serie de palmeras y de huertos interiores que domina y atenebra la masa negra y alta de la selva que, de piés a cabeza, cubre la colina.

La abundancia de palmas y otros árboles en el interior y en el exterior de la ciudad, concierta de un modo tan pintoresco con el aspecto primitivo del bohío indígena y con las construcciones de arquitectura colonial, y el color



verde oscuro y verde claro de los vegetales y los montes, contrasta de una manera tan efectiva con el vivo color encarnado de los edificios y con el color serpentino de muchas techumbres, o con el blanco-amarillento de muchas fachadas de mampostería, que es imposible dejar de experimentar el agradable efecto que yo sentí, cuando al doblar el mogote de la entrada, y al alejarse del fuerte ruinoso que lo domina, el buque fondeó frente a la ciudad.





LOS ANTILLANOS

No habiéndose propuesto este periódico otro fin que el de probar, pensando y hablando, que los emigrados de Cuba y Puerto Rico tienen aquí el derecho de pensar y de hablar, y sabiendo el Redactor de Los Antillanos que la Emigración se manifiesta completamente satisfecha de las pruebas, prácticas dadas por el periódico y de los esfuerzos que, para completar esas pruebas, ha hecho el Redactor, las pruebas del uno y los esfuerzos del otro son inútiles.

Por tanto cesa la publicación de **Los Antillanos**, cesa la obra de su Redactor, y puede éste volver al retiro de que sólo salió para defender el derecho de sus hermanos.

En los papeles del Comité de la Emigración consta que el Redactor de Los Antillanos escribía desde la Capital que no volvería a publicar sino dos números de su periódico. Ha publicado tres. En el archivo del Club Cubano consta que el Redactor de Los Antillanos ofreció su periódico a esta patriótica Sociedad.

En las actas del mismo Club deben constar los esfuerzos, y las causas de los esfuerzos, hechos por el Redactor de Los Antillanos para persuadir a los emigrados de la necesidad de sostener un periódico que presente los derechos y los intereses de la emigración de Cuba y Puerto Rico.

En el ánimo de todos los emigrados que han asistido a las dos últimas Juntas generales de la asociación patriótica constarán los argumentos que el Redactor de Los Antillanos y uno de sus dos dignos auxiliares sostuvieron la necesidad de que el periódico que en lo sucesivo ha de sostener las ideas que Los Antillanos trató de defender, sea un periódico completamente independiente en su propaganda, en sus tendencias y en su conducta.

Seguro de todo eso, el Redactor de Los Antillanos se retira con su periódico. Uno y otros trataron de cumplir con su deber. Cumplido éste, ninguno de los dos hace ya falta. Por ese lógico motivo cesa su publicación Los Antillanos.

Puerto Plata,
4 de nov. de 1875.

(Hoja volante, reproducida en el periódico **El Porvenir**, núm. 150, Pto. Plata, 14 nov. 1875).





EL COLEGIO MUNICIPAL¹

Pasadas las aguadas vacaciones, vuelven los niños y los adolescentes de ambos sexos, vuelven profesoras y profesores a la tarea, dura acaso para ellos, grata y benéfica para la patria, de aprender y enseñar todo cuanto puede enseñarse y aprenderse en nuestras escuelas y colegios.

Ya las Señoras de Castro y la de Angulo ejercen otra vez su influencia intelectual sobre las niñas que les están encomendadas; ya el Sr. Silva tiene sus cien ojos sobre sus cien discípulos; ya el batallón de Profesores vigila, dirige, y adiestra en el Colegio del buen Benítez al regimiento de adolescentes y niños que allí disciplinan su entendimiento y su corazón bajo la conducta de jefes intelectuales tan expertos como el director y el profesorado del Colegio Municipal.

Si los pueblos niños de nuestra América imitaran aquella perpetua infancia risueña de la Historia que se llama Grecia, celebraríamos con regocijos y festejos públicos la apertura y la clausura de esos ejercicios de las facultades mentales de la adolescencia y la niñez; que si de los ejercicios físicos del gimnasio y del gynecceo lo esperaba todo el pueblo griego, de los ejercicios de la escuela de colegio deben esperarlo todo los pueblos del nuevo Continente.

En tanto que las fiestas escolares se instituyan, festejemos sin aguardarlas.

I para festejar, asistamos al plantel de educación que cuenta más recursos para darla. Es el Colegio del Sr. Benítez Correoso

De este hombre bueno, que cubanos, dominicanos y puerto-riqueños queremos con motivo, personalmente no teníamos nosotros opinión profesional hasta no ha muchas noches: departíamos sobre la influencia del estudio en las inteligencias tempranas, y siendo tan popular bajo nuestros trópicos el peligroso error de abrumar con los ejercicios más asiduos las inteligencias más precoces, temíamos que nuestro interlocutor abogara por el error común, cuando lo oímos exponer sobria, sencilla y lúcidamente la verdad.

Desde entonces nos dijimos para nosotros mismos: este es un excelente director de inteligencias, y al asistir a los recientes exámenes de su Colegio,

1. De Puerto Plata.



ningún esfuerzo nos costó descubrir en lo que vimos y oímos la influencia del mismo pensamiento pedagógico —pensamiento fundamental de la ciencia de enseñar—, que le habíamos oído.

Cierto es que, al lado del Sr. Benítez, emplea toda su sana fuerza intelectual el Sr. García Copley, digno auxiliar del director y de las inteligencias infantiles; cierto también que, desde Oller hasta Varona y Betancourt, y desde Benítez hijo hasta García hijo, todos esos profesores jóvenes secundan en sus respectivos ramos de enseñanza a los dos expertos guías; pero el éxito indudable, el progreso notorio de los niños y la utilidad probada del Colegio se deben especialmente a la idea inicial que inspira. En esa sola idea hay todo un método, y ese es el que allí se sigue. La inteligencia es una fuerza; fuerza, se desarrolla; desarrollo, debe ser gradual; gradual, tiene que ser sucesivo; sucesivo, debe ser razonado, no sólo por ser la razón que conoce la sucesión de sus operaciones, sino por ser ella misma a quien se aplica.

I de esa simple serie ha resultado la enseñanza metódica, gradual, sucesiva y razonada que se da y se recibe en el Colegio Municipal. Todavía se abusa un poco de la memoria del educando; todavía retiene éste demasiado la palabra del maestro; todavía repite con exceso la forma e indaga con defecto el fondo; pero los exámenes que presenciamos nos dieron estas dos buenas pruebas; primera, los niños sabían lo que acababan de estudiar y lo que en años anteriores habían tenido que aprender; segunda, los niños recordaban con nitidez los razonamientos con que sus profesores habían ampliado o mejorado o completado el texto. Estas dos pruebas eran como la demostración práctica de que no había sido inútil combatir los ejercicios de memoria personal en el niño con los de razón en su mentor, puesto que el desarrollo de una facultad contribuía al de la otra.

Pero de todos modos, nosotros hubiéramos preferido que hubieran sido más libres los por otra parte excelentes ejercicios de Cosmografía y de Historia Universal a que asistimos. El profesor García tiene en su método, con una leve modificación que haga, lo bastante para hacer lo que quiere, lo que se ve, en su clave de Historia, que quiere de sus discípulos. Todos estos, así los de primera como los de segunda clase, manifestaron una viveza y una destreza honrosas para ellos y para su maestro.

En su clase de Analogía, el Director Benítez expuso a sus alumnos a una prueba que, por sí sola, basta para abonar la idoneidad de educandos y educador. Pidió a la Comisión examinadora que dictara un período cualquiera, para someterlo inspiradamente al análisis de los alumnos. Hecho así; todos los analistas imberbes dieron muestras de saber analizar mucho mejor que muchísimos analistas barbados y barbudos.

Este artículo sería un engendro de la mentira, y sería totalmente inadecuado para hablar de un Colegio, templo que debe ser de la verdad, si narráramos como vistos por nosotros mismos los ejercicios a que no asistimos, y si



juzgáramos con juicio ajeno lo que no vimos. Por eso nos ceñimos a los únicos ejercicios a que asistimos y a los de que oímos hablar con más fervor. Fueron éstos los exámenes de Teneduría de libros. Según parece, fueron tales y tan apropiada es la enseñanza práctica adoptada en ese ramo por el profesor Oller, que muchos peritos en la materia nos han hablado con encomio.

Lo que ahora nos toca encomiar en la delicada idea de la dedicatoria de premios, y el muy sustancioso discurso verdadero que pronunció el Sr. Fernandez al aceptar la dedicatoria que de su premio le hizo un niño. Eso es lo que debe oír un niño, y eso lo que debe decirle un hombre. Por haber llegado tarde, no oímos al Presbítero Mena ni al Dr. Silva. Al Sr. Hostos, que también habló, lo tenemos demasiado cerca para oírlo. A los Sres. Lovatón, B. García, Garrido, Castellanos, Imbert, nos plugo oírlos estimulando cordialmente a los niños.

¡Que alegría la de estos, y que sana! Palmoteaban, voceaban, saltaban y victoreaban con una vehemencia y una espontaneidad que, si por una parte refrescaba el sentimiento de los cansados de dobleces, por otra parte probaba que estaban educados en aquella dulce y previsora familiaridad que concierta la aplicación seria de las facultades nacientes al estudio, con la expresión sencilla de los afectos espontáneos.

¡Pobres niños! En tanto que no lleguen los días en que os sea necesario poneros máscaras o arrancarlas, sed espontáneos, sed vehementes, palmotead, vocead, saltad, victoread, y para huir los riesgos de vítores y aplausos, quedaos, quedaos largo tiempo bajo el amparo de vuestros buenos profesores y en el recinto seguro del Colegio de Benítez.

A éste, a sus dignos comprofesores, a los muchos padres de familia que, por medio de uno de ellos me rogaron que expresara públicamente la gratitud de que están poseídos, —mil gracias por la ocasión que me han dado de hacer un poco de justicia dulce.





UNA LECCIÓN DE ECONOMÍA POLÍTICA EN UN PLANO DE FERROCARRIL

El Sr. Castillo, ingeniero de caminos, puso no ha mucho a nuestra vista el plano de los trabajos preliminares que recientemente hizo para el trazado de la vía férrea que se proyecta entre Samaná y Santiago.

Pudiéramos entretenernos en ponderar la excelencia del plano como obra de arte, y la prueba de asidua laboriosidad que ha dado el ingeniero al hacer en un sólo mes el cuantioso trabajo de inteligencia y diligencia que hace patente el plano. Pero es preferible examinar desde otro punto de vista ese trabajo.

Mucho celebraríamos que de ese plano se hiciera en los E. U. una tirada litográfica; de ese modo, lo que vamos a decir podría considerarse como comentario del trazado.

Lo que esto representa es todo el desarrollo de aquella parte de La Vega Real comprendida entre las hoyas del Yuna y del Yaque.

A simple vista se vé que el terreno ofrece poquísimas dificultades para la construcción de la idea; una extensa tembladera, o pantanos continuos, en las cercanías de Samaná; no mucho más lejos, un núcleo aislado de colinas; acá y allá, grietas más o menos hondas que ha abierto el impulso de las aguas, eso, y una red soberana de corrientes, en que llaman al agricultor los arroyos más modestos y el más vasto caudal de agua, son los obstáculos que la naturaleza opone allí al ingeniero. Mas como ni las tembladeras, ni las colinas, ni las zanjas naturales, ni torrentes, ni ríos, ocupan los espacios todos del terreno, el ingeniero no ha necesitado al trazar, ni necesitará al construir el ferrocarril, hacer esfuerzos de ingenio para salvar esas dificultades; las mayores y más frecuentes, que son las opuestas por los recursos del agua, con los no muchos puentes indicados en el plano quedan obviadas; con faldear la colina principal del grupo montañoso, basta. De modo que la construcción de la Vía es muy fácil, y los gastos no pueden pasar de un millón y medio de pesos, y pueden reducirse en 30%, cuando menos, si se opta entre la vía ancha, la angosta, por la angosta. De todos los ferrocarriles hasta ahora construidos en la América latina, sólo el del Rosario o Rio IV, en la República Argentina, o el que me parece impropriamente llamado del Oeste, en la misma República, pueden



comparar los fáciles terrenos que recorren la locomotora entre Samaná y Santiago. Allí la pampa, aquí la vega, parecen predestinadas a los rieles; casi no hay más que tenderlos sobre el suelo.

Aún cuando el Sr. Castillo no ha indicado en su precioso plano la pendiente que haya entre el punto de partida y el **terminus** de la Vía que ha trazado, se pueda inferir de la disposición topográfica la cuenca a que el dibujo se refiere, que la pendiente es insignificante.

Si sólo nos hubiéramos propuesto alabar la obra del ingeniero cubano, o demostrar la posibilidad de la empresa, o estimular a ella a cuantos por interés nacional o personal deseen ese ferrocarril, aquí habríamos concluído; pero es más extenso nuestro propósito, y lo cumpliremos en artículo o artículos sucesivos.

II

El Doctor Velez Sársfield, uno de los verdaderos hombres de Estado de la República Argentina, hoy muerto y entonces Ministro del Interior, se manifestó asombrado cuando, recorriendo juntos el trayecto de ferrocarril que inaugurábamos en 1873, —él como miembro del Gobierno y yo como viajero—, me oyó decir:

“Dichosos los que disponen de la pampa solitaria y despoblada que acabamos de recorrer”. —¿Por qué?, me preguntó. —Porque representa siglos de trabajo por hacer. Mientras la República tenga estos inmensos baldíos, sus tipos tienen espacio que ocupar, campo que roturar, poblados que agrupar, industrias que instruir, un porvenir que fundar en santa paz.

Recorriendo mentalmente el trayecto representado gráficamente en el plano del ferrocarril proyectado entre Samaná y Santiago podemos repetir y repetimos lo que, seis años ha, decíamos al acabar de recorrer la parte de pampa que media entre la ciudad de Rosario y de la de Río IV en la Confederación del Plata: ¡Dichoso el pueblo que puede disponer de esa soberbia Vega real!

Ahí, sin salirse del plano, está el tesoro. En primer lugar, la bahía de Samaná; en sus cercanías, las tembladeras; más allá, el llano; bañando el llano, centenares de corrientes; en el término del trayecto, las estribaciones del magnífico núcleo de montañas del Cibao.

Contemplando ese escenario delicioso, complázcase el amante platónico de su naturaleza, que bien tiene en qué: por lo que a nosotros hace, tenemos la lección que nos dá en su silencio ese pedazo de tierra.

Ante todo, una bahía. La de Nipe, en Cuba, que es magnífica; la de Cartajena, en Colombia; la de Santos en el Brasil; la de Mejillones en el territorio disputado de Bolivia y Chile, y que esperan todavía que las descubra el comercio universal; la de New York y Río de Janeiro, a que le debe su enorme movimiento comercial el Estado de New York y la Provincia capital del Imperio brasilero, no son



mejores que la bahía de Samaná. No son tan buenas, porque, a excepción del puerto de Panamá, si llega a perforarse el Istmo, ninguno de los accesos marítimos del mundo moderno tiene una posición equivalente a la de Samaná. A medio camino de la navegación entre el antiguo y el nuevo mundo, entre el Norte y el Sud, del Continente americano, está casi en la extremidad oriental de la Isla, y apenas impone a los navegantes una leve desviación para seguir su rumbo hacia el Sud del Continente. Depósito comercial de primer orden, su sola posición haría de ella un bazar para los productos naturales y transformados del mundo entero. Extensa como ninguna otra, sería la mejor de las estaciones navales. Formada por una península tan risueña como es fértil, y rodeada de terrenos carboníferos y metalíferos, devolvería el bien que recibiera, y podría llegar a ser un centro inapreciable de exportación. Bien sabían los norte-americanos en donde ponían la vista.

Después de la bahía, el contorno de la bahía. Es necesario sumergirse en el bosque virgen del Brasil para conocer una flora tan potente como la de Samaná. Los ingleses, que a fuerza de industria y ciencia han logrado hacer producir a cada uno de sus estériles acres de tierra hasta 28 fanegas de trigo, se exaltarían a la vista de una tierra que, espontáneamente y sin ciencia y sin industria, produce tres o cuatro cosechas anuales de nuestro ceretos de los trópicos. ¡Y qué cosecha en cantidad y en calidad! Si cualquiera de los **farmers** (estancieros) que en el Reino Unido o en los más fértiles terrenos de Norte y Este de los Estados Unidos, viniera a convertirse en estanciero en Samaná, y encontrara, como donativo grandioso del terreno, con las monstruosas producciones que obtiene allí la agricultura más perezosa y menos científica producción de frutos menores, haría en diez años un capital honrado.

Detrás de las tierras sólidas, los terrenos inundados. ¡Y un país que eso tiene, importa arroz! Con el que pudiera cosecharse allí, bastaría para abarrotar anualmente el mercado de arroz más insaciable. Los Estados Unidos, de quienes si es hoy tributario, concluirían por venir a pedir el tributo de su arroz a esas hoy inútiles marismas de Samaná. ¿Y la sal que de allí puede sacarse? ¿Y el mangle amigo de las aguas salinas, que la manipulación convierte en tinte, y que el curtidor ha convertido en necesidad primera de su industria? ¿Y las mil plantas textiles que se deshilachan por sí solas en los terrenos inundados?

Sigue tras ellos el llano portentoso que Colón fué el primero (aunque desde otro punto de vista y de mira) en admirar y en bendecir. ¡Qué llano el de esa Vega portentosa, formada por la hoya del Yuna navegable y del Yaque saluífero! Yucales, platanares, maizales, tabacales, cañaverales, cafetales, cacaoales, pensiles, vergeles, hortalizas, potreros, estancias, hacienda, oquedales, bosques selvas, cuanto la tierra generosa ofrece pródigamente a las Antillas, unido a cuanto de su libre ofrecimiento pueden obtener la industria forestal, la pecuaria y la agronomía, que es la más dulce de las ciencias prácticas, tanto se puede obtener de aquella tierra virgen. ¿Estaría ella en su estado de paciente virginidad, si florecieran siquiera las dos industrias primitivas; la forestal, que



utiliza las maderas; y la industria pecuaria, que aprovecha para el ganado los eriales? Hasta ahora la floresta no ha sido utilizada, ha sido destruída; el erial no ha sido aprovechado, sino abandonado a los animales que crecen y se multiplican porque crecimiento y multiplicación son una ley.

En medio de ese llano, centenares de arroyos y de ríos. Los que hayan tenido la suerte propicia de recorrer esa comarca, ¿han pesado alguna vez la fuerza motriz que representa esa red de aguas corrientes? ¿han calculado el número de siglos que esas aguas aseguran a la producción de esa tierra abandonada? ¿han meditado en lo que para el porvenir de la libertad en la República anuncian sin palabras las cien y cien corrientes fertilizantes de esa tierra? Pues nosotros vamos a hacerle pesar y meditar. Pero antes, volvamos a fijarnos en el plano de ferrocarril, para tomar un dato.

El trayecto que han de recorrer los rieles no es más de 250 kilómetros, que no son mucho más de treinta y una leguas. Suponemos (y si nó, lo aconsejamos) que, como en E. Unidos, Perú, Argentina y Méjico, se habrá hecho concesión del terreno marginal de la línea férrea a la Compañía contratadora; y suponemos que ésta ceda condicionalmente los terrenos a los carrileros, braceros y acarreadores que encuentre o traiga y a las familias que consiga atraer como inmigrantes. Siendo muy corta la porción del terreno marginal, los ocupantes de él no podrán formar lo que llamamos una población, es decir, un grupo denso y coherente de población; pero podrán formar un casi continuo caserío de 125 kilómetros de extensión a ambos lados de la vía; no podrán tampoco formar un grupo de agricultores, pero podrán utilizar para el pequeño cultivo el pequeño lote de tierra que por cesión de la Compañía ocuparen. En 125 kilómetros superficiales, caben 500 familias, a dos por kilómetro superficial, y a 250 familias en cada lado de la vía férrea. Según el cómputo común, 500 familias son 2500 individuos, tres quintos de los cuales son adultos; es decir, que a lo largo de la línea férrea que establecerían bastante más de mil individuos (1205) aptos para la producción, para el consumo, la circulación y la distribución de la riqueza. Según el cómputo de la Oficina de Inmigración en Nueva York, el valor medio de cada año de trabajo para cada adulto es de \$400; o lo que es lo mismo, cada adulto representa una producción anual de \$400. Multiplicado el producto industrial por el total de pobladores a lo largo de la vía férrea, tendríamos \$482.000. No contentos con las concesiones que hemos hecho con respecto al número de pobladores en cada kilómetro, queremos conceder que, siendo incapaces de asociarse para emprender en grande las industrias que puede emprender ese capital asociado, y que siendo incapaces también de la virtud económica que se llama ahorro, todos esos pobladores se consagran a la pequeña industria, y gastan anualmente los \$482,000, que producen. Gastan en sus necesidades o en sus escasos; pero aún siendo la peor población que pueda imaginarse, gastan cerca de medio millón anual. Al cabo, acuden todos los intermediarios comerciales e industriales que exigen las necesidades y los excesos, en que se consume anualmente esa suma. Más o menos pronto, al lado de la población que



consume cual produce, se establece otra que se distribuye la producción de la anterior.

Y como esa nueva población de comerciantes e industriales se forma para explotar a otra menos industrial, no tarda en buscar y en encontrar los medios mecánicos de producir más y mejor para, con los mismos recursos que obtiene de la población consumidora, extender sus operaciones. El campo no puede ser más vasto; todo un país, que come casabe y que no tiene trituradora de yuca; que come pan, y en vez de importar el trigo para molerlo, importa la harina; que tiene plantas textiles, y en vez de vestirse con sus tejidos propios, paga con exceso los agenos.

Y así todo. Para que eso se remedie ¿qué tiene que hacer el industrial? Girar la vista al rededor, ver la fuerza de propulsión que hay en las mil corrientes de agua de la vega, y utilizar la fuerza motriz del agua para trapiches, alambíques, trituradoras, aserradoras, molinos, etc.

La fuerza representativa de un caballo de vapor equivale a la fuerza utilizada de 21 trabajadores; o lo que tanto vale, un caballo de vapor ahorra el trabajo de 21 hombres: si calculamos en sólo un décimo el ahorro de trabajo humano que hace un volumen de agua equivalente al volumen fluido que llamamos un caballo de vapor, tendremos que, son los a veces enormes dispendios que exige la instalación de fábricas de vapor, y con el solo útil empleo de las corrientes de agua, una población industrial podría en los terrenos de la vega que acaso recorra algún día la locomotora, podría producir diez veces más de lo que produciría una población diez veces mayor que continuarán desatendiendo, como hoy, ese verdadero manantial de riqueza que hay en ese tejido de corrientes.

Y si además se calcula que ellas representan la casi perpetuidad de la producción de la tierra! Pero eso se calcula y se medita más despacio.

III

Como es seguro que muchos de los que hayan leído los artículos anteriores estarán ganosos de saber cómo, y por qué procedimiento ignorado, contribuyen corrientes de agua, y pueden contribuir las mil señaladas en el trazado del ferrocarril de Samaná, al porvenir de la libertad en la República, vamos a anticiparnos a la curiosidad, ya sea científica o ya idónea, de los que no siguen a nuestros razonamientos.

Decíamos que las abundantísimas aguas de La Vega perpetuarán en ella la fecundidad del suelo: diremos ahora que, para conseguirlo, bastaría que si los tiempos muy remotos del futuro en que lleguen a cansarse de producir esos terrenos, el drenaje que es el riego del sub-suelo, empape y refresque las capas interiores de la tierra. Tenemos, pues, que si en el plan de la naturaleza, esa multitud de cursos de agua aseguran para mucho tiempo la fuerza vejetativa de aquella comarca en el plan sencillo de una agricultura adelantada queda



asegurada para el tiempo indefinido que suceda al cansancio del terreno. Esa casi perpetuidad de producción es un dato importante para nuestra tesis. ¿Se conviene en que esa u otra cualquiera comarca puede con sus propios recursos naturales o con los recursos agronómicos, producir por un tiempo indefinido?

Pues, ipso facto, se demuestra que esa u otra cualquiera comarca será por un tiempo indefinido el factor más seguro de estabilidad.

Ahora bien: en donde quiera que el trabajo, en cualquiera de sus formas, asegura la estabilidad social, el problema de la libertad deja de ser un juego de pasiones para ser un progreso natural; es decir, un movimiento, tal vez lento, pero continuo, hacia adelante, que la sociedad hará por sí misma en virtud de su desarrollo natural. Es cierto que en la comarca representada en el plano que examinamos, basta la serie de corrientes que la fertilizan para asegurar la perpetuidad de producción. Pues también es cierta consecuencia de eso que la abundancia de aguas es un factor importantísimo para el porvenir de la libertad en el país a que esa comarca pertenece.

En éste punto, ya la economía política se entrelaza íntimamente con la ciencia-madre, la sociología, o se entra en indagaciones de un orden muy complejo, o se procede por sucinta expresión de principios excomáticos. Para dejar bien enunciada nuestra idea, optamos por el segundo método. Y decimos: pueblos industriales o manufactureros, pueblos cambiantes: las sociedades verdaderamente libres son aquellas en que se combinan del tal modo el trabajo de producción agrícola y el de reproducción industrial, que la fuerza expansiva de la una queda equilibrada por la fuerza conservadora de la otra. Si, pues, la naturaleza ha puesto en un territorio cualquiera cuanto de providencia depende para asegurar por tiempo ilimitado la producción agrícola, y el hombre completa la creación natural con la científica, transformando económica e industrialmente una región que en su principio era nada más que agrícola en una región de productos a la vez naturales y transformando, en ese territorio se habrá realizado uno de los ideales de la ciencia social. Ese ideal, que es el más elevado a que puedan aspirar las sociedades, y que consiste en equilibrar la producción agrícola con la manufacturera, puede conseguirse en todo el territorio dominicano, porque todo él tiene las mismas ventajosas circunstancias que la comarca feliz a que se refiere el plano de ferrocarril que examinamos.

Si nos hemos ceñido al plano y a la comarca que representa, y hemos prescindido de las estupendas fuerzas de transformación que el vapor y la mecánica moderna ponen a disposición de todo país que quiere transformarse, la razón es obvia: ha sido porque, contentándonos exclusivamente con las fuerzas naturales que posee aquella comarca, se le puede transformar en el breve tiempo que tardará el ferrocarril en producir el modestísimo fruto con que podíamos contentarnos; es decir, una corta población que tuviera ojos para ver los tesoros que representan para la riqueza pública y privada, para la libertad y la estabilidad de la República, esa bahía de Samaná, esos pantanos



de ese llano, esas corrientes de agua y esas montañas del Cibao que los rieles unirán algún día, si se lleva a cabo la obra del ferrocarril.

Y para concluir, preguntemos: ¿Es realizable esa obra? No solo es realizable, sino que basta querer para entregarla realizada. Los 125 kilómetros que recorrerían los rieles, se presupone que no costarán más de \$1.200.000. No es caro ni barato: eso representa poco menos de \$10,000 por kilómetro. Para trayecto tan fácil no es barato; pero para el bien que ha de producir, no es caro. Para la Compañía constructiva, el negocio sería pingüe, porque, para sostener y conservar la Vía, bastan y sobran las exportaciones del Cibao. Una comarca que exporta por valor de dos millones de pesos, puede sostener su camino de hierro.

En cualquiera otra ocasión lo demostraremos. Por ahora, bástenos la lección que en el plano hemos tomado.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LA HISTORIA DE QUISQUEYA

La Historia no es drama, y es mejor que drama. Por más que para la pluralidad de los historiadores antiguos, modernos, contemporáneos y coetáneos, no se haya tratado de otra cosa que de narrar la actividad militar de pueblos y naciones, la historia tiene un objetivo, un fin más alto que la relación cronológica de triunfos y conquistas, catástrofes y extorsiones. Tiene por objetivo el señalamiento del desarrollo orgánico, moral e intelectual a que ha llegado un pueblo cualquiera, o todos los pueblos de la tierra. En este último caso, historia universal; en el otro, particular. Particular o general, toda narración de hechos históricos se refiere necesariamente a la vida sentida, pensada y realizada, de una fracción de especie humana o de ella toda. Por lo tanto, no hay verdadera historia cuando se narra exclusivamente lo hecho por hombres para triunfar de otros hombres, y sólo hay verdadera historia cuando se relatan todos los esfuerzos de un pueblo o nación o raza para asegurar su vida, desarrollar su entendimiento y complacer su sensibilidad, bien sean esfuerzos de brazo, de corazón o de cabeza, o lo que tanto vale, de trabajo muscular, moral o mental.

Más, aunque desde Aristóteles, y hasta puede afirmarse, desde el mismo Herodoto, la simple razón común bastó para hacer comprender que la historia no podía reducirse a la narración parcial de los hechos consumados por este o aquel afortunado fundador o destructor de pueblos, por este o aquel imperio poderoso, por esta o aquella raza dominante, el entusiasmo y la adulación fueron poco a poco concretando el objeto de la historia a la relación artificiosa de las grandezas atribuidas a los conquistadores, guerreros, monarcas y demás usurpadores de libertades y derechos. Y si se trataba de la historia universal, se historiaban las guerras, conquistas, victorias, vencimientos y catástrofes, personificando triunfos y derrotas, crecimientos y decadencias, en Dios, Señor de los ejércitos, cuando se trataba del pueblo de Israel; o en alguno de sus delegados, desde Moisés hasta el último de los Macabeos; en Cheops, Moeris o Sesostris, si se trataba de Egipto; en Sardanápalo, Ciro o Darío, si se historiaba la fundación o la disolución de los imperios fundados, destruidos y refundidos en la supuesta cuna y en las cercanías de la supuesta cuna de la especie humana. Para esos historiadores, no hay más Grecia que la triunfante en Maratón y Salamina, ni otros griegos que Milciades, Temístocles, Pericles y Alcibiades,



aunque, gracias a la historia de la filosofía, y sobre todo, a Plutarco, a Diógenes Learcio, y al latín obligatorio de Cornelio Nepote, se han salvado del olvido los nombres de los capitanes de la libertad, Epaminondas, Pelópidas y Filopemen; la biografía de los tres legisladores, Licurgo, Dracón y Solón; el recuerdo de Homero, Hesiodo, Píndaro y Tirteo, la pasión trágica de Safo, el resplandor glorioso de Platón y Aristóteles, y la memoria augusta de Sócrates. Esa historia que sólo se fija en las grandes batallas y en los grandes nombres, o más bien, en los nombres ruidosos de los grandes batalladores, es la que no conoce a Macedonia sino cuando aparece Filipo, más bien que como diestro político, como precursor necesario de su hijo, Alejandro; la que no conoce de los escitas, sino unas cuantas anécdotas; la que sólo se acuerda de la India, cuando el conquistador Macedónico penetra en ella; la que reduce a la ciudad de Roma toda la historia del Lacio, y al nombre de Aníbal, toda la historia de Fenicia y de Cartago, su colonia; la que de todo el fecundo período de la lucha social, no exhuma otros hechos que los personificados en los dos Gracos y en Espartaco; la que ignora absolutamente la existencia de aquel hormiguero de pueblos que llama bárbaros del Norte, cuando bloquean a Roma, y absorben al mundo antiguo, y regeneran con su savia juvenil la sociedad decrepita, y la modifican con nuevas costumbres, y la transforman con su principio nuevo, el individualismo, generación espontánea del derecho de todo ser al ser completo, en que había de fundarse la única verdadera libertad, la derivada del derecho, y la única en la libertad de todos, en la aptitud de todos para gobernarse y administrar sin trabas ni privilegios sus intereses.

Si no hubiera sido por Vico que, desentendiéndose de la historia aduladora o entusiasta, supo no ver otra cosa que símbolos, alegorías y apoteosis en los orígenes de Roma; y que de un solo examen de razón echó por tierra todas las cabezas coronadas de Roma primitiva, viendo usurpadores y bandidos en donde la tradición orgullosa había visto una ordenada sucesión de hechuras del derecho divino; si no hubiera sido por Vico, la tradición caprichosa hubiera impuesto sus leyendas como historia de todos los orígenes de los pueblos, y acaso no se hubiera ocurrido a nadie hasta el siglo XIX o quizás el anterior, ver que en esa exposición del desarrollo de la vida de la humanidad, como en esencia es la historia, todos los hechos históricos de todo tiempo y lugar habían por fuerza de corresponder a la naturaleza del ser que los producía, y que pues era, es y será hombre el productor de los hechos que constituyen la historia, al hombre en todas sus manifestaciones tenía ella que referirse, y no tan sólo a su actividad brutal, y mucho menos a la brutalidad genial de tales o cuales monstruos brotados de la profundidad del Asia, como Atila y Gengis Kan, o de la obscuridad de Macedonia, como Filipo y Alejandro, o de la podredumbre de Roma imperial, como Nerón y aun más Tiberio, o de las pasiones de una sociedad, como Napoleón, o de las monstruosidades de la hipocresía, como Felipe II o del fanatismo de un propósito, como Gustavo Adolfo, o de la personificación de una barbarie como Rosas y otros cien adalides del salvajismo victorioso en muchas sociedades de la América Latina.



Teniendo la historia que referirse a todas las manifestaciones del ser humano, sólo es bueno y exacto aquel relato histórico que comprende todo lo sentido, pensado y realizado por la sociedad a que se refiere. En ese sentido, la crónica indigesta de algunos reinados de España, Francia, Nápoles, etc., es superior a la mayor parte de las Historias Universales, generales y particulares que corren en manos de escolares y de indoctos, porque al menos, dan una idea completa, aunque la den desordenada, del estado social, moral y mental de la época que abarcan. Sirvan de ejemplo las **Memorias del Duque de Saint-Simon**, que no son en realidad otra cosa que la crónica del reinado de Luis XIV. Ningún historiador, incluso Voltaire, ha conseguido presentar tan viva, tan exacta, tan fotográficamente, a aquel rey-estómago llamado rey-sol; a aquella familia real, que era pura grosería y sensualismo; aquellos cortesanos orgullosos, que eran mera espina dorsal siempre encorvada; aquellos genios literarios y artísticos que, a fuero de cortesanos, no supieron elevarse casi nunca a hombres; aquel pueblo entero que, estando nada más que a dos reinados de la gran Revolución, sólo sabía estar arrodillado.

Aun así, no es el palaciego despechado de Luis XIV, el mejor historiador; pero entre él, que azota a un endiosado, y Thiers, que en volúmenes magníficos endiosa a un corruptor de su país, Saint-Simon es mejor historiador, pues se mantiene en la realidad de la naturaleza humana, que el endiosador de Napoleón viola, adultera, violenta y desencamina. Los hombres de Saint-Simon son muchísimo más hombres que los genios de Thiers. Con las memorias del uno se reacciona contra el Consulado y el Imperio del otro. El libro del uno, enseña a ser digno; el otro, a ser indigno. ¿Cuál de los dos será mejor historiador? El primero, porque, independientemente del estudio de los hechos, corresponde con mayor exactitud a la verdad moral, que es el fondo necesario de la historia particular o general.

Estas desordenadas reflexiones que por desordenadas convienen al ingenio correr de la pluma en los escritos de periódicos, conviene también al examen que nos proponemos hacer de la **Historia de Santo Domingo** que el Señor José Gabriel García ha publicado y esperamos que completará.

El Señor José Gabriel García no ha seguido el triste procedimiento que acabamos de censurar. Sus Memorias y su Compendio de la Historia de Santo Domingo obedecen a un criterio más elevado y desarrollan un concepto más racional de la historia. En las Memorias, como ciudadano, y en el Compendio, como guía de la juventud, ha abarcado un horizonte de mayor extensión.

Esto es tanto más loable, cuanto que, fundador como puede considerarse de los estudios históricos en su patria, ha sentado un precedente que consultarán con frutos los que continúen su patriótica tarea y que harán de la historia de Quisqueya un todo menos inconexo y más completo que sería la historia patria, si él hubiera empezado por reducirlo a la narración de hechos dramáticos.



No faltan, por cierto, en sus trabajos: que el dolor ha sido patrimonio de esta tierra miseranda, y desde el día mismo en que se reveló a Colón hasta el día en que se disputa la autenticidad de los restos de Colón, el pueblo autóctono y el pueblo transplantado han tenido que regar con lágrimas y sangre el suelo risueño de la patria. Mas, si era posible prescindir del drama en la vida luctuosa y en la siempre sangrienta sucesión de tiempos que median entre el pueblo ya cadáver que agotó su existencia en el primer momento de la historia de la Isla, y el pueblo aún no nacido que, para darse por efectivamente nacido, necesita afirmar definitivamente la existencia que propios y extraños le disputan, el historiador de Quisqueya no ha concedido al movimiento dramático y a la actividad militante de los actores que se han sucedido en el escenario de la Isla, mas narración que la indispensablemente necesaria.

Descritas están por él en las Memorias, y a veces perfectamente dialogadas en el Compendio; allí, las patéticas escenas del primer momento histórico de la Isla; aquí todas las peripecias de las cinco primeras épocas que abarca la primera parte del Compendio. No por eso ha excluido el relato, y, cuando el relato le ha parecido inabordable, la mención de cuantos sucesos del orden religioso, político social e intelectual contribuyen al conocimiento histórico porque constituyen en realidad la vida que ha llevado en Quisqueya la porción de humanidad que ha substituído, en esta parte del territorio de la Isla, a aquella otra desventurada porción de humanidad en cuyo recuerdo no se fija la memoria sin que palpite indignado el corazón.

Prueba de este minucioso investigar —todos los estados por que ha pasado el pueblo quisqueyano¹— es la segunda de las épocas en que el autor considera dividida la historia de su patria. En los ciento sesenta y cuatro años muertos que corresponden a esa época, obscura como la Edad Media, verdadera Edad Media de las sociedades constituídas en América por la conquista y organizadas por el coloniaje, en esa primera era colonial, todo quedaría reducido a paréntesis, a verdadero epitafio, a mera consideración de que “aquí vivió (vegetó) una fracción de la raza ibérica”, si no fuera por la afortunada diligencia que, no contentándose con la colisión de las dos colonias, la conquistadora y la intrusa (única peripecia que con las invasiones marítimas altera en Quisqueya la paz sepulcral del coloniaje), ha buscado y encontrado el autor los documentos de una vida un poco menos vegetativa que la hecha por nuestra raza siempre que no esté batallando y destruyendo.

En este período, en el no menos obscuro de las guerras de principios, sostenidos por los doctrinarios monárquicos de esta parte con los doctrinarios republicanos de la otra parte de la Isla, en todas y cada una de las épocas que

1. Por qué no se ha de llegar de una vez al nombre verdadero de los habitantes de este pedazo de la Isla? Santo Domingo no ha sido nunca, sino por corruptela, el nombre de esta porción de la Isla; y por lo tanto, nunca han debido llamarse **dominicanos** sus habitantes. Y puesto que hay que buscar un nombre, el mejor es el indígena. Hostos.

comprende el Compendio publicado, es verdaderamente rico de caudal el de noticias de todo orden, y positivamente digna de alabanza la busca paciente de datos que revela el trabajo del señor García.

Cuando se reflexiona en las dificultades que, no ya por números, sino por masas, se presentan al investigador en un país cuya agitada vida se muestra, particularmente, en la misma escasez de documentos y de datos que las continuas tribulaciones de la sociedad han hecho desaparecer o dispersado; cuando se piensa en la diligencia que ha tenido que emplear, en lo pequeño y en lo grande, quien, para redactar la historia de un país convulsivo como éste, de seguro habrá tenido que acudir personalmente, y para la mayor parte de los hechos contemporáneos, a la fuente viva de la tradición, la ancianidad olvidadiza; cuando, en fin, se reflexiona en la tarea de descomposición y recomposición de datos que es necesario realizar antes de considerar exacto el suministrado por la memoria y la voz de más de uno, es preciso rendir homenaje de profunda y verdadera estimación al capaz de arrostrar tales obstáculos y de superarlos para poner en manos de sus conciudadanos la narración verídica de la vida vivida por la patria común.

Por nuestra parte, tan efectiva es la estimación que tributamos a esa benemérita tarea, que ni siquiera nos hemos detenido a preguntarnos si es defectuosa la obra del señor García. Acostumbrados a reparar de una ojeada los defectos de obras y de hombres, por lo fácil de la tarea, la desdeñamos; y así como, en nuestra vida cotidiana estamos por encima de la pobrísima pasión de los censores callejeros de conductas, así, en presencia de obras de entendimiento, abandonamos a los espulgadores el trabajo de espulgar defectos.





MÁXIMO GÓMEZ Y LA REVOLUCIÓN DE CUBA

Prueba halagüeña del generoso espíritu que anima a los revolucionarios cubanos, es el hecho de haber aclamado como Jefe del nuevo movimiento, al General Máximo Gómez.

Después de las tres personificaciones malogradas de la revolución, Céspedes, Aguilera y Agramonte, ningún otro hombre la personificó tan denodada, tan tenaz, tan viril, tan honradamente como Máximo Gómez. En cierto modo, y a los ojos de aquellos que vemos en la revolución de Cuba el primer paso de una evolución mas trascendental, Máximo Gómez fué una personificación mas absoluta del propósito recóndito de la Revolución.

Cuba quiso entonces y quiere ahora ser independiente; pero Cuba no puede ser independiente, sin que Puerto Rico lo sea también, y las dos grandes Antillas aún españolas no pueden ser independientes, sin que, en el acto, surja un problema continental: ¿a que ascendiente obedecerán las dos entidades nacionales? ¿al ascendiente latino, o al sajón? Y para que no malogren el fin histórico que todas las Antillas están llamadas a servir, y en vez de constituir elementos favorables al Norte o al Sud del Continente, constituyan la fuerza equilibrante a que las destinan su posición, su litoral, su potencia económica y su potencia intelectual ¿cómo han de organizarse? ¿en sociedades aisladas, o en naciones federadas?

Como es claro que al porvenir de la civilización importa poco una o más naciones sin objetivo humano, y le importa mucho una nación capaz de secundar el humano propósito de hacer cada vez más extensa la civilización del hombre, claro es también que el fin histórico de las Antillas no es constituir fracciones de sociedad, sino reunirse en la sociedad una y total que geográfica e históricamente constituye.

Por lo tanto, cualquiera en cualquiera de las Antillas que no sea su patria nativa, puede tener una grave transcendencia en la vida y en el porvenir de las demás Antillas, siempre que ese antillano sepa utilizar en bien de todos su influencia. Y ésta será tanto mas trascendental cuanto mas trascendente sea el hecho a que concurre.

Así, cuando un antillano que no es cubano, como Máximo Gómez no lo es, llega a influir tan poderosamente en un momento de la vida antillana tan



trascendental como es la evolución de Cuba hacia su independencia, ningún otro hombre, ni aún siendo cubano, personifica, tan bien como él personificaba el recóndito propósito de la revolución.

Desde ese punto de vista, que es el más vasto y desde el que más vastos horizontes se columbran, Máximo Gómez es la personificación mas absoluta que ha tenido la revolución de Cuba. Otros antillanos no nacidos en Cuba y consagrados en cuerpo y alma al triunfo de la independencia en Cuba, han personificado tan absolutamente como Máximo Gómez el principio esencial, la independencia de las Antillas, y el objetivo final, la confederación de las Antillas, que serán resultado histórico de la independencia de Cuba: hasta más absolutamente que él han personificado ese o esos antillanos no nacidos en Cuba el principio y el objetivo de la revolución, puesto que él o ellos han sido los que han enarbolado la bandera de la confederación, que materializará ese ideal; pero nadie ha tenido la fortuna de militar tan victoriosamente como Máximo Gómez en favor de ese propósito, y a él toca la gloria que merece de terminar la primera meta del camino; ya tocará a los otros el dolor que ha de costar el hacer practicable ese camino.

Por eso, bien es que mientras los hombres del pensamiento continúan en su saludable oscuridad, goce de su brillante notoriedad el honrado hombre de acción; bien es que mientras esos otros antillanos lo secundan, el gran dominicano inicie la obra a que tan fiel ha sido.

Por haberle sido fiel en la desgracia y por haber sido en la hora de ruina para todas las esperanzas uno de los que notablemente levantó la cabeza por encima de las ruinas, Máximo Gómez merece la honrosa confianza que en él han puesto los cubanos. Merece también por haber sido uno entre los mejores caudillos militares de la guerra de los Diez años y por haber hecho iguales sus virtudes de ciudadano a sus aptitudes de soldado. Pero, sobre todo, merece la confianza de los cubanos, la nuestra, la de las Antillas, porque representa en la revolución de Cuba el brazo armado y la conciencia militar del ideal de las Antillas.

Y que la República Dominicana deje sólo en tal obra a tal hijo.....



EL 16 DE AGOSTO

Cuando el Redactor de este periódico¹, por escribir lejos de aquí y de las actualidades que excitan el ánimo público, se olvida o desentiende involuntariamente de algún suceso, el cronista o localista o noticiero o los colaboradores del periódico suelen darle la sorpresa de subsanar su falta de tiempo o de memoria.

Pero esta vez se han olvidado también esos señores, y han dejado pasar sin mención el más memorable de los días dominicanos.

Lo ha sentido tanto más el Redactor cuanto que, a sus ojos, el 16 de agosto no es el segundo, sino el primer día de los de la patria dominicana. Militar, política, socialmente, el 16 de agosto corresponde en la vida de esta nación a esfuerzos materiales, a propósito nacional y a evolución social que no requirió el 27 de febrero.

Valga la verdad. Pelear contra haitianos y vencerlos no es gloria sino en las efemérides íntimas de la República, al paso que vencimiento de los españoles por los dominicanos no sólo es una gloria nacional, sino lo que vale más, una página de la Historia de todo el continente sudamericano.

En cuanto al propósito político, siendo grande el de los hombres de febrero, fué menos grandioso que el de los hombres de agosto. Estos tuvieron que reconstruir la República, mientras que los otros no hicieron más que despertar una nación dormida.

En cuanto a la evolución social, aun mal encaminada como va, la evolución que subsiguió necesariamente al alzamiento, de veras popular, del 63, ha sido tan considerable, que se puede considerar como la única evolución un poco consciente que ha hecho la sociedad dominicana.

Pero estas afirmaciones sin pruebas, ahí se queden para indiferencia de los unos y para meditación de los otros; ya ha pasado el 16, y ya es fiambre todo discurso sobre el día. Lo único que no es fiambre ni se puede enfriar en el espíritu de la patria de agosto, es el recuerdo de las consecuencias de la lucha y del triunfo contra los españoles.

1. No hemos logrado determinar en que periódico se publicó este artículo.



La consecuencia primera fué la independencia: la segunda, **la solidaridad de la independencia de las Antillas.**

¿No hay quien piense en eso, hoy 19 de agosto, cuando Cuba vuelve a clamar independencia?



LA ESTATUA DE COLÓN

Un escultor genovés ha remitido a esta ciudad dos esbozos de estatuas de Colón.

Si la ejecuta como la ha concebido y esbozado, una de esas estatuas llevará su nombre al tiempo. Si el pueblo dominicano consigue tener en el recinto de su Capital esa severa representación en mármol del bienhechor entre los bienhechores de la Humanidad, digno de pueblos concienzudos será el tributo de veneración y gratitud que rinda a uno de los pocos hombres cuya efigie puede alborozar a la conciencia.

Hombre, se conoce, de los que obedecen en todo a sus principios, el estatuario genovés ha debido preguntarse si, para reproducir la imagen de aquel humano soñador, bastaba acomodarse al tipo clásico, o como él dice, “a las convenciones académicas”, que de toda estatua o grupo estatuario que se consagra a la memoria de Colón, ha hecho un mas o menos movido y animado maniquí, que siempre levanta un velo, que siempre señala bajo el velo un globo terrestre, o con alguna variante, una india arrodillada, que personifica a la vez ya sea voluntaria o involuntariamente por parte del artista, la conquista, la tiranía y la servidumbre.

Ni servidumbre ni tiranía ni conquista buscaba en su alta empresa el buen descubridor. Parte hay de su diario en que, triunfante su inteligencia sobre casi todas las inteligencias de su siglo, se queja de dolor en la conciencia, al ver como en tan poco tiempo, habían deformado los obreros del mal la obra de bien que él había realizado. Representarlo de modo que suscitara en el observador el recuerdo de males no buscados, no soñados por el bueno entre los buenos, no era, en realidad, representar a Colón; era, mas bien, representar la época de atrocidades que inocentemente inició el descubrimiento.

De ese molde académico que ha vaciado en el bronce o cincelado en el mármol el hecho material del descubrimiento, talvez puedan considerarse modelos la estatua de Colón en el islote colombiano de su nombre, y el grupo que en la capital del Perú materializa la memoria del día 12 de octubre de 1492. Pero es imposible, si se contempla pensando la obra del artista, salir de la contemplación sin movimiento de cólera en el alma; el velo que se levanta, el globo que se descubre, la india que se arrodilla distraen de Colón, del



principio científico que lo animó, del beneficio que hizo a la civilización universal, para hacer maldecir los males involuntarios que produjo.

Siempre que se intente el mismo procedimiento artístico, se dará el mismo resultado contraproducente. Razón obvia: el arte plástico no tiene a su disposición otros recursos que los objetivos o sensibles o perceptibles por medio de la vista, para conmemorar el hecho histórico del descubrimiento; y esos recursos contrarían al fin artístico, no solo porque diversifican por necesidad el motivo concreto de la obra de arte, sino porque los accesorios con que alteran su unidad, alejan del sentimiento de lo bello moral que está primariamente llamada a producir toda evocación artística del Descubridor.

La pintura, a quien es dado abarcar mas espacio, puede disponer de la carabela, del mar ya apacible, de aquella primera aurora del Nuevo Mundo histórico, de aquella tierra inocente en perspectiva, y puede presentarnos a Colón en aquel momento inefable, interpretando en aquella fisonomía transfigurada por la mayor felicidad de que en la tierra se ha gozado ideas y afectos y abundancias de corazón que la palabra misma no puede interpretar.

Pero debe estar vedado a la escultura todo lo que ella no puede esculpir sin ambigüedad. Por lo mismo que es el arte simbólico por excelencia, hay ambigüedad anti-estética en toda simbolización material del hecho mas trascendente de la Historia, que no refiera inmediatamente al héroe que lo consumó, todas las reflexiones que pueda sugerir.

Por eso no sería completamente bella como escultura conmemorativa aunque sí lo será como un grupo ornamental, una de las dos que ha mandado diseñada el artista genovés. Se presenta a Colón en el momento de la concepción de su idea. El artista para expresar ese momento, materializa, objetiva en un ser alado la fuerza de concepción intelectual que llaman **genio**, y uno con alas desplegadas y expresivo además, indica al pensador el modo de ejecutar su pensamiento.

Aquí no hay ambigüedad completa, pero hay dualidad; y mas que a Colón, se ve a su Genio.

En donde solo se ve a Colón y se ve inmenso como una explosión de dignidad como extensión de su noble ser interior en el espacio, es en el segundo de los esbozos gráficos que ha mandado el artista que tan felizmente ha concebido.

Colón y su globo terrestre; pero este instrumento no sirve para materializar el descubrimiento, sino para confundir a sus enemigos. Colón se presenta en pié, en toda su estatura. Está delante de los mismos **sabios** que lo escarnecieron: con su enérgico índice les indica la tierra descubierta, y con la mano izquierda admirablemente puesta, no sobre el corazón, sino sobre aquella parte del busto en donde se fija la mano cuando afirma una personalidad consciente, para gritar:

“¡Vosotros negásteis: Yo afirmo!”



Y, como en la Historia y en la vida, el calumniado parece un gigante al lado de los pigmeos que calumnian.

II

El Señor J. F. Pellerano, a cuya patriótica diligencia puede la República Dominicana deber una verdadera obra de arte, está en aptitud de hacer llegar al artista las observaciones que acaso crea él dignas de ser utilizadas. Así completará el servicio que le deberemos cuantos rindiendo culto a la honrada gloria de Colón, deseamos ardientemente que la oblación sea digna de él, y que por ella conste en mármol duradero, en la inmortalidad de una obra maestra, la devoción intelectual de los primogénitos del Descubrimiento, al segundo creador del Continente.

Quien sabe pensar, sabe escuchar; y no será capaz de sordera jactanciosa quien ha sido capaz de concebir el Colón que ya es tiempo de ofrecer al mundo.

El héroe del bien presentándose victorioso a los poderosos para el mal, gran asunto, gran motivo de arte, gran acto de justicia. Ya es artista digno de la obra el que ha sido capaz de concebirla así. Pero concebirla tan grandiosa, ha sido comprometerse a purificarla de todo accesorio que pueda disminuir su grandeza o inducir a mal preciarla.

Ese mármol, que va a ser una idea petrificada por el arte, ha de decir a primera vista: **Soy Colón.**

Ha de decirlo sin clamarlo, sin vocearlo, sin gritarlo.

Ser Colón es haber sido, después de Sócrates, de Jesús, acaso de Confucio, el ser mas impersonal que pueda haber de la forzosa personalidad de carne y hueso. Haber sido impersonal es haber sido todo hombre, nada hombrecillo; todo humanidad, nada individualidad; todo concentración de la especie en uno, nada expansión del individuo en todos a costa de todos.

En otros términos, haber sido Colón es haber sido trabajo, pensamiento, esfuerzo, sacrificio, caridad, virtud; es haber sido lo mas alto que se puede ser, lo único que vale la molestia de vivir: una conciencia. Conciencia es ecuación de facultades. Dentro de la ecuación, conocimiento hondo, verdadero, luminoso, del fin propio de nuestro ser y de cada uno de los medios connaturales de ese fin. Esos medios excluyen implacablemente todos los medios menguados, mezquinos, miserables, anti-humanos que en la corriente de las muchedumbres humanas constituyen el modo de vivir normal. Haber sido conciencia es haber sido incapaz de ponerse al nivel de los hombres negativos. Los ceros son comparsa: aumentan el valor de la unidad, y se acabó. La unidad no se mide con el cero: lo deja estirarse, decuplicar, centuplicar, cuentuplicar, y sabiendo que siempre está en su puesto, se abstiene de querellar por obtenerlo.

Colón no querelló. Toda la reivindicación que hizo de su implacable y modesta superioridad, fué sonreírse, hasta reírse un poco, cuando adulado



por los mismos que lo habían calumniado, escarnecido y apedreado moralmente, tomó el hueso, lo rompió, lo paró e hizo patente el abismo que separa del hecho extraordinario a los medios ordinarios.

Esa su única venganza, (porque la bofetada a Fonseca o al correveidile de Fonseca fué una nivelación, que tardaría en perdonarle su grandeza) esa es la venganza de sus pocos iguales en la Historia; hacer lo que nadie había hecho antes que él. Como paró el huevo, así había parido el nuevo mundo; concibiendo, incubando, meditando, sufriendo, llorando, devorándose a sí mismo, angustiándose, agonizando y reproduciéndose al fin en toda su grandeza.

Bien pensado, más pensado de lo que ha imaginado el artista genovés ¿podría Colón sentir aun siendo tan legítima, la satisfacción de venganza de que quiere presentarlo poseído? ¿Aun suponiendo capaz de esta nivelación por la venganza al que nunca se muestra tan grande como cuando demuestra su benévolo desdén a sus perseguidores? ¿No es mas bello, y por lo tanto, mejor motivo de arte, Colón perdonando o desdeñando?

Sin duda que, desde el punto de vista objetivo, tanto más nos regocijará la idea de una humillación impuesta por el humillado sublime a sus miserables detractores, cuanto mas activa sea en nosotros la pasión de la justicia; pero desde el punto de vista subjetivo, interpretando a Colón tal como fué Colón, es **afearlo**, porque es empequeñecerlo.

Además, Colón se vengó mas de lo que se ha vengado hombre ninguno; Colón se ha gozado, mas que hombre nacido de mujer, en su venganza perdurable, y así ha elevado a inefable regocijo de conciencia la a veces áspera pasión de la justicia. Pero se vengó como Colón; se gozó como Colón; nos enseñó como Colón a elevar a felicidad de la virtud el vicioso placer de la venganza. No se vengó avergonzando a los pigmeos, no tampoco midiéndolos por su talla de gigante, no tampoco en Europa. Se vengó exaltándolos hasta la verdad científica que el Descubrimiento hizo fuente de una nueva ciencia y de una nueva vida; se vengó aumentando, agrandando el tipo común del ser humano, porque con un nuevo **medio** geográfico, creó un nuevo **medio** político y social; se vengó en su mismo nuevo mundo no en el viejo; se vengó en el día, en la hora, en el momento, en el instante supremo de su vida, día, hora, momento, instante supremo de la Historia.

Allí al desembarcar, en Guanahani, al pisar el nuevo paraíso, al palpar la inmensidad de la verdad que había pensado, al ver con sus propios ojos mortales convertida en un hecho tan hermoso, la hermosa verdad que había venido acariciando; allí, al reír y llorar de alegrías, al sollozar y gritar de venturas, al bendecir a la Providencia, como solo esa y dos veces más ha sido bendecida por el hombre; allí está la venganza, allí está el estallido de personalidad, allí el hombre.

Allí también la estatua. En el nuevo mundo, y sobretodo en las primeras tierras del Descubrimiento, Colón debe presentársenos solo, absolutamente



solo, con la mano izquierda afirmándose a sí mismo en el espacio, en el tiempo y en la Historia, y con el mismo índice enérgico que señaló tras de las brumas del océano tenebroso “las tierras del mas allá”, indicando la roca solitaria de Guanahaní, único pedestal el mas alto, el mas fuerte y el mas bello que puede sostener la imagen del hombre colosal.

Desapareciendo el globo y apareciendo la roca, desaparece el hombre que cada hombre hace a su imagen y semejanza, y aparece el héroe que es en la Historia y que fué en la vida.

Pero, aun considerando importante la observación que acabo de fundar en el asunto artístico de Colón, considero más importante la que voy a hacer.

El Colón de esos bosquejos ¿fué el Colón que vivió, pensó, gimió, pordioseó, y en Portugal y en España purgó de antemano su grandeza moral y la grandeza de su designio incomprensible?

III

Si la estatua es idéntica al diseño ¿se parece el Colón de mármol al Colón del Descubrimiento?

Sí y nó. Sí, porque la fisonomía es idéntica al grabado de Capriolo, que se guarda en Roma, que probablemente se habrá reproducido en Génova, y que indudablemente tiene alguna semejanza con los pocos retratos que se conservan de Colón.

No, porque, dicha la verdad en prosa clara, un hombre de tanto espíritu no es hombre de tanta carne. La que nos muestra Colón en los retratos de Bry y de Capriolo, que son muy parecidos uno a otro, es carne muy satisfecha de sí misma, muy satisfecha de la vida, para ser la del que escribía: “¿Quién nació sin quitar a Job, que no muriera desesperado?”

Sin duda que se puede ser muy gordo y tener mucho entendimiento y mucha delicadeza de alma; tanta como la indispensable para ser un carácter superior. Sin duda también que no basta ser flaco para dejar de ser alma vulgar. Y flacura hay, como la flacura de la envidia, amarillenta, malsana, babosa, nauseabunda, que no solo es fisiológica y psicológicamente imposible que tuviera Colón el mejor entre los mejores, sino que psicológica y fisiológicamente es imposible que tenga un alma sana.

Pero, además de que, en la época a que se refieren, Colón no podía gozar de la salud rolliza que le atribuyen esos retratos, vedado ha sido a espíritus como el suyo y vedado para siempre será al verdadero mérito, el género de satisfacción hinchada que denuncia el esbozo analizado.

No ha sido el escultor, fué el retratista, quien así adulteró la mas noble de las satisfacciones; pero es necesario corregirla.



Según los cronistas de su tiempo y según los historiadores del nuestro, Colón fué un hombre de presencia majestuosa. Para que tuviera mayor majestad a los ojos del vulgo, la naturaleza le dió avantajadísima estatura.

Un cronista dice: “Era un hombre de buena presencia, vigoroso, de rostro fresco y rojizo, con bastantes pecas.”

Uno de sus retratos hace de él un hombre de sólida musculatura, de talla corpulenta, pero de pocas carnes.

Su hijo Fernando nos da un pormenor que puede contribuir a hacer formar una idea aproximadamente exacta del molde en que vivió vaciada aquella alma, y de la fisonomía en donde tantas veces fulguró aquel sublime entendimiento. “Era”, dice, “de cabello rubio en la juventud **que a los treinta años estaba cano**”.

Reuniendo estos datos personales, e induciendo por los hechos históricos la necesaria situación moral de Colón en el momento del Descubrimiento y la inescondible reverberación de su espíritu en su rostro, al trasfigurarlos la felicidad-relámpago que los inundó, acaso no es difícil, para un estatuario concienzudo, esculpir en el mármol, la figura verosímil de Colón con su verdadera fisonomía, con la verdadera expresión, con la verdadera satisfacción que, en el momento de la toma de posesión de su Ideal, fulminó en su apacible rostro.

Desechando los que son inadmisibles, aunque no sean completamente apócrifos, hay cuatro retratos de Colón: los dos citados, el de la colección de Pablo Giovio y el de la alegoría de Juan de la Cosa. Aunque el grabado de Capriolo pasa por ser una reproducción del retrato que pintó para la biblioteca de los reyes de España un pintor español, probablemente serán retratos más auténticos el de Giovio, contemporáneo de Colón, y el de Juan de la Cosa, su piloto en el segundo viaje y uno de los discípulos más inteligentes y de los admiradores más concienzudos de Colón.

Ahora bien; estos dos últimos retratos se parecen entre sí, mucho más de lo que se asemejan los otros dos; y aunque todos ellos tienen puntos de semejanza común, (la forma y espacio de la frente, la hondura luminosa de los ojos, el corte escultural de la nariz), todos estos rasgos están más pronunciados y aliados de un modo más natural con la expresión de atractiva sencillez y de apacible dignidad que relatos, hechos y escritos de Colón nos hacen conocer de él.

Por otra parte, si la canicia temprana es indicio de las secretas demoliciones del dolor o de la prematura absorción de los jugos vitales por el vicio, habiendo Colón encanecido prematuramente y constando que sus costumbres fueron puras, encaneció de dolor.

Era rubio. Podría decir a lo deslumbra-irreflexivos, que parece que el sol, al prestar el color de su rayo colorante, y el cielo al prestar el color de su



infinito vago, al cabello y a los ojos de los rubios, les presta su perdurable juventud; pero prefiero decir a los que piensan y al escultor para quien pienso: es un **hecho** observable en general, y observado particularmente por los que han recorrido y comparado países del Norte y del Mediodía, que los hombres de pelo rubio encanecen y avejentan menos pronto, en **circunstancias iguales** que los de pelo negro.

Mientras la antropología fija el dato científico, apliquémoslo, como observación corriente, al punto que discutimos, y pensemos cuántas serían las contrariedades de Colón, cuántos sus contratiempos, cuán activa la obra de zapa del dolor, para que a tan temprana edad, a los 30 años, época en que no encanecen los mismos peli-negros que han sufrido, tuviera ya blanco el cabello.

Desde los treinta hasta los **cincuenta y seis**, en que emprendió y dió cima a su primer viaje, pasaron treinta y seis años. Al llegar a Portugal (1470) ya tenía treinta y cuatro años. Ya desde entonces según Humboldt, acariciaba su inmortal empresa. Sin tomar en cuenta ningún otro motivo de depresión moral (y la historia dice cuales y cuantos abrumaron al magnánimo) basta ese hecho, el haber pasado treinta años enteros de una vida mortal en prometer el más grande de los bienes, recibiendo en cambio los más punzantes de los males, para saber que Colón no pudo tener la pomposa abundancia de carnes con que nos lo presentan el grabado de Capriolo, el retrato de Bry y el diseño capital de Siccomanno.

Además, ya se represente llegando a Guanahaní o regresando a Europa, ambos fueron dos momentos de **necesaria** demacración para el taumaturgo. A la ida, las incertidumbres, los motines, las amenazas, las imposiciones, la lucha a brazo partido con lo desconocido, las vigilias incesantes, el alerta implacable del corazón inquieto, el vaivén de esperanzas racionales y de decepciones caprichosas, todo hizo de aquel viaje una agonía.

¡Y es mentira! La agonía no engorda.

A la vuelta, la incertidumbre también, aquellos hombres a quienes había confiado su nuevo paraiso, aquel Pinzón que por segunda vez le abandonó para robarle su descubrimiento, aquel temporal deshecho que parecía enemigo personal de su gloria, aquel gobernador inhospitalario, que tan congajosamente para Colón personificó las infamias de la envidia, aquel resuelto empeño del Atlántico irritado que hasta en las costas mismas de la península cercana manifestó la deliberada resolución de ahogar en su seno (acaso horrorizado de los resultados inmediatos) al que iba a entregar un mundo inocente a un mundo corrompido, todo hizo de aquel retorno una congoja, la más larga de las congojas de la Historia.

A la llegada o al retorno, después de la congoja o de la angustia ¿podía gozar de ese estado de satisfacción repleta en que las carnes gozosas se redondean y se abultan?



Al mismo futuro autor de la estatua ha parecido que el estado del cuerpo debía representarse según el estado de ánimo, puesto que, en el segundo de sus proyectos, al querer presentarnos a Colón en el momento de concebir la alta empresa, lo enflaquece. Y, ¡cosa extraordinaria! Si no fuera en sí misma una explicación de que los retratos del Descubridor pueden ser copia aproximada de un mismo rostro en distintos momentos psicológicos; al enflaquecerlo, el artista le ha dado una semejanza notable con aquel de los retratos de Colón que nos parece más auténtico; el de la colección de Paolo Giovio.

Así, visiblemente extenuado por la fatiga del cuerpo y la del alma, pero tranquilo, sereno, sencillo, majestuoso, así debe ser el Colón que, con la mano puesta sobre el pecho y con los ojos fijos en el espacio invisible del porvenir, señala el mundo a que acaba de llegar, y declara en silencio, por la simple afirmación de su entidad histórica, que él y sólo él, fué digno de gozar en la íntima satisfacción que está expresando.

IV

Tal como se presenta en la Historia, tal deseamos también que el arte nos presente al grande hombre: sin accesorio ninguno de los que pueden simbolizar los males a que, contra todas las potencia de su alma generosa, dió motivo la conquista; sin emblema ninguno que pueda inducir a los errores que la misma admiración ha cometido para exaltar el más admirado.

Entre esos errores hay uno que, partiendo de la idea de que el verdadero mérito de Colón fué el Descubrimiento, desconoce la verdadera grandeza de Colón.

El mérito eximio de aquel hombre fué el de perseverante descubridor de una verdad, y no de un mundo.

Si efectivamente ya había, al llegar Colón a Portugal, surgido en su mente la intuición de un camino para la India, mejor, más corto y más seguro del que en vano se estaba tratando de buscar, es verosímil que el movimiento inusitado de la opinión pública en la corte de Alfonso V, el empeño inteligente y ardoroso del Infante D. Enrique, las expediciones frecuentes, y generalmente ineficaces en demanda del cabo meridional del África, tras del cual se esperaba ver aparecer en un mar libre la península de las especias, debieron afirmar al genovés profundo en su idea de que el camino era otro, en su juicio de que todos aquellos eran extraños, y en su deseo de intentar él mismo, con los propios recursos de su mente, la fascinante empresa.

Colón no era solamente un marino experto, sino que era además un erudito, uno de los hombres más sabios de su tiempo, y sobre todo, y más que todo, un grande y profundo pensador.



Marino experto, a poco más de los cincuenta años escribe: “Ya pasan de cuarenta años que yo voy en este uso; todo lo que hasta hoy se navega, todo lo he andado”.

Erudito, conocía el pensamiento de la antigüedad pensante, sabía lo que Aristóteles había escrito y lo que Pitágoras e Hiparco habían pensado acerca de la forma de la Tierra: los grandes geógrafos de la primera edad, sobre todos Estrabón, le eran familiares: las relativamente recientes descripciones maravillosas de Marco Polo, que a la par excitaban las concupiscencias y las burlas del vulgo poderoso y del vulgo novelero, excitaban en su atlántico cerebro las impetuosas corrientes de la idea, su amistad personal con Martin Behém, un gran cosmógrafo, y su amistad epistolar con Toscanelli, un gran astrónomo, depuraban sus nociones intuitivas y completaban sus conocimientos adquiridos respecto al pensamiento de los sabios contemporáneos y pasados.

Por último, tenía la erudición de las leyendas y consejas. De las Azores sabía que la gente del pueblo había visto alguna vez unos extraños despojos de naves que, no de oriente a occidente, sino de occidente hacia sus playas, eran arrastrados por las olas. De Canarias sabía que, allá en la tarde de algunos días privilegiados, cuando era más celeste el color azul del cielo y cuando más incitante la apacibilidad del ruso océano, y cuando más atractiva la casi entonces perceptible reunión de firmamento y tierra, en el punto mismo de la unión, en el borde el mar y bajo el borde de la bóveda celeste, se presentaba en seductora lejanía un grupo de Islas deliciosas que, a veces por lo claras y distintas que se presentaban, se habían dejado contar una tras otra, y que siempre, excitando mas el deseo y la curiosidad, concluían por desvanecerse como un espejismo, como una ilusión, como una gloria. Uno de los hombres mas sabios de su tiempo, versado en las ciencias matemáticas, desde la adolescencia iniciado en el estudio de las verdades demostrables, cosmógrafo, tan consumado que era en el siglo XV uno de los pocos hombres capaces de deber su sustento a la cartografía, escrupuloso observador del cielo, como lo prueban sus predicciones de fenómenos celestes, conocedor teórico de las verdades astronómicas que él, mas que nadie, estaba llamado a demostrar de hecho, y que en aquellos mismos días estaba revelando el primer revelador del espacio, el fundador de la nueva astronomía, cuanto constituía la ciencia de su siglo, tanto sabía Colón.

Pensador, unas veces pasmoso por la maravillosa rapidez de sus inducciones; otras veces mas hondo que el océano, ahora utilizaba su experiencia náutica para hacer deducciones, aun valederas, de fenómenos inopinados; ahora espaciaba en la inmensidad del ideal su poderosa fantasía razonante, y en principios fundamentales de verdad, en teorías que creaba o aplicaba, en nuevas hipótesis que se apropiaba o que por sí mismo establecía, basaba afirmaciones que la misma ciencia de procedimientos rigurosos que hoy da algún valor a la verdad pensada, no puede desechar ni desdeñar: aquel poderoso pensamiento fué el que, ante la variación impensada e increíble y aterradora de la aguja magnética en vez de aterrarse, como sus segundos,



indujo una causa, aun no averiguada, a que atribuyó la relación magnética del polo con el globo: aquel pensamiento poderoso fué el que, de los caudales de agua que veía proceder del ignorado Orinoco, dedujo la extensión y la altura de las tierras que solo en la costa examinaba; él quien formuló acerca de las tierras ecuatoriales una teoría tan próxima a la realidad, que, depurándola de místicos apéndices, parece establecida en los resultados del examen y compulsa mas minuciosas de los hechos; él quien afirmó la existencia de un estrecho, no donde realmente existe, sino donde parece, por el corte de las tierras, que fué plan de la naturaleza establecerlo.

Aquel alto pensador previó que la Tierra era redonda. Su erudición lo confirmaba en su pensamiento, pues así lo habían creído algunos sabios de la antigüedad; su ciencia debía hacer mas estable en su razón la verdad en que creía, pues ya entonces (1470-1492), aunque pocos, había sabios que creían en la redondez de la Tierra, y que, en voz baja para no ser oídos de la Inquisición, se repetían la verdad del Maestro (Copérnico), que, también en voz baja, decía que la Tierra **debía** tener forma redonda, **debía** moverse, y **debía ser**, no el olímpico centro de los orbes, sino uno de tantos orbecillos que viven de la luz y la atracción del sol.

Mas, para perseverar en la verdad pensada, alto tenía que ser el pensador.

Casi tan alto como él, tan concienzudo de pensamiento como él, era aquel padre de la mecánica celeste, aquel Copérnico perseverante que, como Colón para llegar al Nuevo Mundo, estuvo treinta años para llegar al nuevo Cielo. Y sin embargo, Copérnico no se atrevía a revelar en vida las verdades descubiertas.

Casi tan azotado por los vaivenes de la opinión inquieta como lo están por los huracanes las tierras primeras que había de descubrir, Colón no conoció en sus treinta años de pedir por Dios que le dejaran regalar un Continente entero, un solo día en que no pasara de la esperanza a la desesperación, en que no tuviera motivos morales para renegar del pensamiento que había tomado posesión de su conciencia.

Casi tan crédulo como el mas ingenuo de los creyentes, que soñaba con la reconquista del Santo Sepulcro y que se tenía por predestinado para esa reconquista, que sabía cuánto, y con qué horror, abominaba de la redondez y del movimiento de la Tierra, esa Santa Madre Iglesia, Colón pensaba que la Tierra era redonda.

Lo pensaba desde su llegada a Portugal, y fundándose en su convicción, se ofreció a ir a la India, no por el Mediterráneo, no bojeando el África, no por los caminos conocidos, sino por el Océano tenebroso. Es decir: ofrecía **llegar del Este al Este, caminando hacia el Oeste**.

En vano, sometido su proyecto a la Junta de sabios que en Portugal anticipó el fallo que mas tarde había de dar el Consejo de Salamanca, sostuvo ante ella que, siendo redonda la Tierra, y estando la India al Este de Portugal, el que



navegara siempre al Oeste, por fuerza había de llegar al punto de donde partiera, y tocar antes en la India.

Se rieron: ¡ir al Este por el Oeste! ¡volver al punto de donde se partiera! ¡Redonda la Tierra!..... Esto de la redondez de la Tierra, que la Iglesia condenaba como una heregía, y que, además, quería hacer creer que una parte de los habitantes de la Tierra caminaba con los pies arriba y cabeza-abajo, era una cosa tan absurda, que solo se podía ocurrir a un loco.

Y ¿quién siendo muchacho o académico, no se ríe de un loco?

Pero el loco se obstinó en su creencia: buscaba como decía, “el Oriente por el Occidente”. La tierra redonda había por necesidad de ofrecer un camino, curvo como su superficie, en que el punto de partida y el de término se reunieran como se reúnen en una circunferencia. Por lo tanto, partiendo del Este en dirección constante hacia el Oeste, por fuerza se volvería al Este; y como en el camino estaba la India, quedaba descubierto el camino y resuelto el problema.

Pero el problema no estaba solamente en la redondez del Planeta. Estaba también en su diámetro. Estaba también en la distribución de sus masas sólida y líquida.

Si el diámetro de la Tierra era menos de lo que se creía ¿no cabrían mas tierras de las con que se contaba? Y si las masas continentales y oceánicas, en vez de estar como se creía, en favor de una mayor porción de tierra que de agua, lo estaban en sentido inverso ¿quién podía ser osado a aventurarse a aquella desconocida y pavorosa inmensidad de agua?

Colón se contestaba a sí mismo estas objeciones, pensando con Aristóteles, reflexionando con Estrabón, dejándose persuadir de Séneca, dejándose convencer por Marin de Tiro, desvariando con Marco Polo y alucinándose con la seguridades que le daba Toscanelli.

El primero le decía que, “la circunferencia de la Tierra no es grande”.

El segundo le afirmaba que, “la zona templada, volviendo sobre sí misma, forma enteramente el círculo, de suerte que podríamos ir por mar de la Iberia a la India, siguiendo siempre por el mismo paralelo, **cuyas tierras** medidas en estadios, **ocupan** mas del tercio”.

El autor de la profecía de **Medea** (“...ty phisque novos detegat orbes...), mas persuasivo todavía le alentaba con la esperanza de que, “el espacio de muy pocos días lo separaba de los últimos límites de la España hasta las Indias”.

Marino, como en una carta llama a Marin de Tiro, lo inducía a creer que el océano comprendido entre las Canarias y las extremidades orientales del Asia no tenía una extensión mayor de 135 grados.

Marco Polo hablándole mas impulsivamente que otro alguno, puesto que le hablaba en nombre de su propia experiencia en los larguísimos viajes que



su libro relataba, le decía que a los 115 grados se encontraría en Cipango la grande Isla (el Japón) que, después, descubridor inconsciente de un mundo superior al que buscaba, Colón estuvo siempre confundiendo con Cuba.

Por último, su amigo Toscanelli le daba directa, epistolarmente, en una carta de amigo, de contemporáneo, de copartícipe de todas sus esperanzas y deseos, las seguridades que pudieran faltarle para tener una conciencia completamente científica de su gran proyecto; “Vereis, le escribe, “que el viaje que quereis emprender es mucho menos difícil de lo que se cree”....

...“Hay de Lisboa a la famosa ciudad de Quisly” (parece que era la capital de China) “tomando el camino derecho hacia el Oeste, 26 espacios, de 150 millas cada uno, y desde la Isla de Antilia a Cipango hay 10 espacios.”

Todas estas opiniones concluyeron por afianzar tan firmemente la de Colón, que él fué el que le dió una fórmula científica: según su hijo Fernando, el Almirante creía que el espacio comprendido entre las costas occidentales y las orientales del Asia “no podía ser mas que el tercio del gran círculo de la esfera”.

La prueba terminante de lo firme de su creencia en lo relativo al diámetro de la Tierra, está en que lejos de modificarse con la vasta experiencia de sus viajes; cuando en el último, el mas desastroso, el cuarto, el que acabó de acrisolar sus fuerzas de razón y sus virtudes, especulaba acerca de la posición fija del estrecho que era entonces el objeto de sus esfuerzos, se satisfacía con la idea, dice Washington Irving, “de que estaban los geógrafos equivocados en cuanto a la circunferencia del globo, **que era menor de lo que generalmente se creía**, y que un grado de la línea equinoccial era solo cincuenta y seis millas y dos tercios.”

Esta como refrendación de sus ideas (que efectivamente se halla en la carta narrativa y oficial del cuarto viaje), no era, en realidad, sino una consecuencia de la creencia que él y los antiguos y los sabios contemporáneos a quienes seguía, tenían en la distribución de las masas continentales y oceánicas.

Siendo así el esferoide terrestre, siendo su diámetro un tercio menor de lo que es en realidad, era natural que, antes del descubrimiento, no se pudiera esperar en la existencia de un Continente; y era igualmente natural que, después del descubrimiento, el hecho mismo de la existencia de las tierras que recorría, hiciera disminuir a los ojos de Colón el diámetro del Planeta y la extensión de las aguas oceánicas.

V

Presentar como hombre, no como afortunado, al que solo por haber sido uno de los pocos individuos completos de la especie tuvo la fortuna de llegar a donde era necesario llegar para hallar un mundo desconocido, es depurar de todo error el tributo de admiración y veneración que nadie le debe con



deber tan próximo como Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico; Cuba, de la cual pensó en los primeros arrobos de su admiración, que “es la tierra mas hermosa que ojos pueden ver”; Santo Domingo, a cuyo suelo bendecido confió el depósito de sus cenizas y de la cual decía “que es la mas hermosa cosa del mundo”; Puerto Rico, “que pareció mejor a todos”.

Pero estas, que Colón creyó otras y mejores **Afortunadas**, y que, con un calificativo superior por lo exacto a todo otro, debieran llamarse las **Infortunadas**, lo son demasiado para estar unidas en la comunidad de vida y pensamiento que algún día labrará el verdadero **monumento de Colón**.

Hoy están separadas por abismos: de común acuerdo, nada pueden.

A la que puede por sí sola, a la predilecta, a la escogida para osario, a la comprometida por el descubrimiento de los verdaderos retos a tributar el primer homenaje voluntario, toca rendirle.

Que sea digna, y digno será el homenaje.

Porque no basta que haya artista, prestado por Europa, que sea capaz de concebir un Colón de piedra, tan lleno de magestad como el Colón histórico; no basta que, asintiendo a reflexiones que tienden a realzar su ya elevada concepción, ese artista deshoje de complementos interpretables la figura solemne que con su sola presencia ha de decir a las generaciones de hoy y de mañana lo que realmente fué: es necesario, además, que, detrás de la estatua se vea un pueblo.

Esa no es obra de un artista, ni el artista ha de sufrir insomnios por buscar y encontrar la personificación de un pueblo. La obra es del pueblo mismo, y él es quien, con su manera de contribuir a la ejecución de la obra de arte, hará de sí mismo la personificación más exacta.

Hasta ahora, el Municipio de la Capital, inteligentemente representado por su Ayuntamiento, ha demostrado que es capaz de comprender lo noble, lo bello y lo justo que es consagrar a Colón un recuerdo duradero; pero, aun cuando el Ayuntamiento realizara con fondos del Municipio la obra que se proyecta, la ofrenda no sería completamente digna. Para serlo, ha de ser una ofrenda nacional, ha de ser popular, ha de ser la propiciación de todos y de cada uno.

Con ella ha de decirse: “Aquí hay un pueblo”. **Pueblo** somos todos los capaces de contribuir a lo que es bueno y de oponernos a todo lo que es malo.

Con ella ha de decirse: “Aquí empieza una nación”. Una nación empieza el día en que tiene un monumento de reposo y lo consagra a presentarse como entidad pensante a las naciones de la Tierra.

Ni todos, ni pueblo, ni nación serían los erectores de la estatua, siendo ella una obra exclusiva de la concienzuda voluntad de un Municipio: todos los Municipios, representados por todos sus Ayuntamientos, **deben** concurrir a



la obra. Cuando no por sentimiento espontáneo del deber, por reflexiva percepción de la humillante inferioridad que confesarían, si se negaran a una obra que, no a uno ni a otro, sino a la rediviviente República Dominicana, ha de honrar en lo presente y lo futuro.

Lo que toca al artista, él sabrá hacerlo: lo que toca al pueblo dominicano, que lo sepa. Si al uno toca hacer decir en voz clara al mármol frío: “Soy Colón”; toca al otro decir por medio de la estatua: “Soy un pueblo que tiene conciencia de su gratitud”.

Así, acto de justicia para el muerto inmortal, será acto de vida por parte del pueblo resurrecto.

Así, por lo que toca a la tierra que tanto amó el desventurado explorador de la verdad, ya no podrá ningún soñador de bien poner en boca del colaborador de la Naturaleza en la existencia histórica del Nuevo Mundo, las palabras profundamente tristes:

“Hay momentos en que creo que la injusticia de los hombres es revelación de la justicia eterna”.

VI

Esas palabras, y esta inscripción: **A Colón, la República: 1492-1882**, dirían cuánto el arte, la historia narrativa y la biografía filosófica podrían conjuntamente decir en una sola contemplación del monumento.

Aunque el señor Pellerano, al remitirme los planos de los proyectos de pedestal para la estatua de Colón se ha olvidado enviarme la carta en que parece que el escultor explica sus proyectos no es difícil saber que cada uno de los dos bajo-relieves que adornan cada uno de los pedestales se refieren, el del proyecto A, a la predicción de aquel eclipse que talvez salvó en Jamaica a la pobre víctima de la ingratitude y que dió a Colón, ante los indios jamaicanos, la proporción de un Dios; el del proyecto B, a la dura y amarga prisión que sufrió a orillas del Ozama el demasiado grande para que todo a su rededor, no fuera pequeño y miserable.

Este último bajo-relieve, aunque por sí mismo es el mejor comentario de la obra, tiene un defecto capital; el de reproducir igualmente aislada la misma imagen que se presenta aislada en la estatua. El otro es un grupo escultural que puede llegar a ser de buen efecto, pues que, ilustrando una de las escenas en que a la vez fué mas patética, mas noble y mas ejemplar la vida de Colón, amplía el significado de la figura; pero su ejecución es tan difícil, que no nos maravilla la torpeza del lápiz que ha intentado hacerla comprender en el **proyecto**.

El pedestal a que corresponde el último bajo-relieve mencionado (proyecto B) es también el mejor y el mas sencillo de los dos. Pero no es suficientemente



sencillo para por su sola sencillez, ser bello; ni suficientemente alegórico para corresponder al objeto de la obra. Es una columna truncada del orden dórico, sin mas adorno que las asas de las funerarias, y un escudo. Todo está bien, hasta el escudo, que nos parece el genovés, aunque el dominicano tendría buen derecho para ocupar uno de los frontis del pedestal; pero, por pedestal de una estatua ¿ha de entenderse forzosamente el de una arquitectónica? Si se tratara de una simple columna conmemorativa, o la estatua fuera representación de una figura cualquiera de la Historia, ceñirse en todo a las formas clásicas no sería contrariar el objeto de la obra; mas tratándose de Colón, cuya estatua tiene en la obra del héroe el pedestal mas sencillo, mas natural, mas completo y mas simbólico que pueda imaginarse, esa estricta sujeción al arte clásico nos parece contraria a la obra de arte a que debe servir de base el pedestal.

¿Cuál otro, fuera de las órdenes arquitectónicas, puede ser pedestal adecuado para una estatua de Colón? Si nos lo preguntan en nombre del arte clásico no sabemos que contestar; pero si nos interroga el arte inventivo para el cual no está cerrado el libro de las formas mientras esté abierto el de la naturaleza, responderemos que el mejor pedestal de una estatua de Colón es un pedruzco que, según el arte que se despliegue, así figurará más o menos bellamente el lugar de memoria perdurable en que primero descansó de las heroicas fatigas de su empresa el profundo visionario. A la verdad, Colón no tendrá la estatua que merece hasta que haya escultores en las Antillas. Si llega a haberlos, y están educados para pensar profundo pensamiento, el que más profundamente piense tomará una de las moles de nuestras cordilleras como base del monumento conmemorativo, y sobre ella fijará la figura solemne del segundo fundador del nuevo mundo.





DEL OZAMA AL JURA¹

San Cristóbal, agosto 12-1882

A primera vista, la población de San Cristóbal es detestable. Pero ¿cómo no ha de ser detestable a primera vista la población de San Cristóbal, cuando se llega, como yo llegué a ella, a las dos de una tarde canicular bajo o mejor dicho contra un sol urente, cabalgando a paso de carreta, mortificado por el calor, muerto por el cansancio, postrado de fastidio, indignado conmigo mismo por no tener los ojos bastante abiertos para ver las bellezas naturales que en cualquiera otra situación de ánimo lo llenarían de plancentera admiración?

Mas apenas se descansa un poco y se irradia el calor que se ha almacenado bajo el cráneo, la vista de San Cristóbal es extraordinariamente agradable.

Ante todo se ve un espectáculo que recuerda el que solo con la vista del entendimiento se ve en la Historia; el espectáculo atractivo que debía ofrecer una ranchería india, una de aquellas poblaciones primitivas de nuestra tierra antillana, en las cuales se distribuía el caserío, no de manera que cada casa fuera un obstáculo a la luz, al aire y a la independencia de sus moradores, sino de modo que la independencia del hogar fuera completa, y libre al aire, y libre al sol al bañar cada morada.

Para mí, que amo la independencia más que la existencia, nada puede ser más grato que el aspecto de la población que voy a complacerme en describir.

San Cristóbal es una calle larguísima; empieza en **Jubaso** y acaba a más de una milla de distancia en **Cañada-honda**. Con algunos vacíos en algunas

1. Los artículos que con este título empieza EL ECO DE LA OPINION a publicar son capítulos abreviados de un libro que escribiría su autor, si el tiempo no fuera constante enemigo del deseo.

En el libro los capítulos no irían en el orden en que van a publicarse, pues antes de llegar a Baní (que será la tarea del segundo artículo) habría que pensar mucho en San Cristóbal; y antes que llegar a Azua (tema del tercer artículo) habría que detenerse en Calderas, Sabana Buey y el Palmar de Ocoa, pero como el autor tiene deudas iguales de gratitud con San Cristóbal, Baní y Azua, primero quiere ser agradecido. Hostos.



cuadras, esa calle es continua, recta, correcta. Si las poblaciones no fueran más que calles alineadas geoméricamente, San Cristóbal sería una población como cualquiera otra y toda ella estaría en esa calle larga. Pero San Cristóbal tiene una disposición de casas mucho más encantadora que esas especies de enormes calabozos que llamamos calles, en los cuales se puede considerar cada casa como una de las piedras de sillería que juntas forman el sepulcro de vivientes. San Cristóbal, fuera de su calle larga, es una cosa muy distinta y mucho mejor que eso, porque no tiene calles regulares ni casas apiladas ni falta de aire, ni escasez de luz, ni vida amurallada. Es una sabana elevada en cuyo centro—como si dijéramos, en su espinazo—, se ha construido una iglesita de aspecto no desagradable, suficiente para el número de pobladores, a cuyo alrededor se agrupan unos doscientos o trescientos bohíos que, rodeados a su vez de extensas palizadas o del extenso prado, conservan su individualidad, su independencia, su aspecto de hogar, de verdadero hogar.

Así, vista desde la plaza, la población es tanto más agradable, cuanto que, además de insinuarse en el espíritu la idea de la independencia de que goza en su casa el morador, se presenta cada bohío en medio de un arbolado, o limitado, detrás y delante, de cerca y de lejos, por árboles que resistieron el desmonte primitivo.

¡Y qué arbolado!.... Tan eminente que parece la elevación de una montaña; tan tupido, que la vista no puede penetrar en su interior; tan armonioso en la casual agrupación de los mil vegetales distintos que concurren a formarlo, que recuerda a la mente reflexiva aquellas sociedades vigorosas en donde los hijos de mil suelos se han reunido para representar en todos sus tipos y en todas sus aptitudes a la madre humanidad.

Desde la casita que yo ocupo en San Cristóbal, la cenefa de árboles que limitaba mi sedienta vista, le ofrecía espectáculos encantadores que nunca se saciaba de admirar. Por la mañana, cuando apenas alboreaba, el oscuro hacinamiento de troncos, de ramos y de hojas iba poco a poco venciendo la circunstante oscuridad (como van poco a poco venciendo sus tenebrosas tradiciones las sociedades que fueron sumergidas en la oscuridad de la ignorancia impuesta), enaltecándose los arboles e individualizándose en la luz, y aunque confundidos todos ellos en la obra común del vegetar, cada uno de ellos insinuaba su personalidad, hasta que la aurora libertadora, devolviendo su individualidad a cada uno, la hacía destacar brillantemente. Y entonces, sin dejar de ser todos juntos la floresta, cada uno de ellos era la ceiba majestuosa, el jobo cimarrón, el espino silvestre, el caimito falaz, el mango umbrío, el chasqueante jabillo, el cocotero benéfico y aquel entre todos culminante, el para-rayo vegetal, la palma centelleante, en cuya copa estelada se recoge la luz y se difunde con una fuerza y una intensidad tan poderosas que, ahora, pensando, pienso que acaso la fulguración del ramaje de las palmas no es tanto el resultado de la disposición y del color de sus hojas cuanto de una verdadera transformación de la luz en electricidad.



Pero si es brillante al alborear, aquel hermoso arbolado es insinuante al anochecer. Entonces, al pasar rápidamente de la luz a la sombra, al confundirse cada árbol en la masa, cada individualidad vegetal en la unidad del bosque, cada parte en el todo, qué recóndita, pero por lo mismo, qué viva, qué activa, qué ardiente simpatía la que se siente por aquellos dos árboles tenaces, extranjero el uno, indígena el otro, una acacia flamígera de Australia (**flamboyant**) el uno, una palmera el otro, que, no queriendo resignarse a la oscuridad en que ya duerme la floresta, se mantienen enhiestos, y altivos, resueltos, dominantes, tiene el uno su intrincada copa por encima de las copas caídas de los árboles dormidos, y el otro presenta de relieve, resultando sobre el fondo sombrío de la floresta, su fulgurante copa, su ramaje vibrante, como una estrella verde en el fondo tenebroso de la noche negra.

Pero la zona florestal no es todo en el apacible pueblo de San Cristóbal. En realidad, la floresta no es mas que una muralla vegetal en la indefensa población. El caserío compacto en la calle principal, bastante compacto en otras dos calles paralelas a la primera, deliciosamente diseminado en las calles que van de oriente a occidente, rústico y primitivo en todas ellas, de cieno color, como el de la corteza y las hojas secas de la palma con que se construyen los bohíos, en poquísimos puntos pintados de rojo y azul: aquellas calles de grama, en que la vista reposa complacida: aquella pradera circunstante, por donde libremente y a todas horas guían sus parvadas las aves domésticas; y triscan los cabritillos y balan las ovejillas y pacen relinchando los caballos y pastan mugiendo con su conmovedor mugido las vacas nunca tranquilas sino al lado de su prole: aquella iglesita modesta, obra pía de un excelente sacerdote que pasó medio siglo en la práctica silenciosa de las virtudes evangélicas: aquel cementerio cuyo recinto de cal y canto amuralla el recuerdo de tantas existencias que se deslizaron sesgadamente como el Nigua tranquilo en el lugar en donde me baño: esa misma corriente deliciosa del Nigua: el Mercado que cada domingo es una feria, todo eso junto es el pueblo. Pero el pueblo tiene componentes mejores que todo eso, y son sus moradores.

¡La buena gente, la sencilla gente aquella! Cerrando los ojos para prescindir de un cambio etnológico, muchas veces me ha parecido que aquel era un aduar de la gente primitiva del país. Son hospitalarios como indígenas; serviciales, como aquellos generosos señores de la Tierra, a quienes el Descubridor debió las pocas bondades que recompensaron su heroísmo.

Allí, entre aquella buena gente, sonriendo con sus sencilleces, encaminando sus inocentes malicias por la vía recta del derecho, estimulando sus excelentes tendencias, induciéndola a mejor utilizar su ponderable actividad, vivir sería talvez sacrificar demasiado en las aras de la poesía bucólica; pero veranear será siempre un encanto.

¡Y pensar que un día vendrá el ferrocarril a disipar el dulce encanto!.....

¡Y pensar que yo mismo he solicitado ese ferrocarril, y mártir del progreso, prefiriéndolo a mi dulce idilio, volveré a solicitar el bien de todos que acabará



con el de los pocos que conocemos las dulzuras del rincón del San Cristóbal!.....

Bien lo pensaba yo: los puntos suspensivos son suspiros.

BANI

Baní ¿es notable por su aspecto físico? Yo no lo sé. Oigo hablar del “valle encantador”, de la alfombra de **abrojos** deliciosos que encanta la vista en primavera, de las perspectivas que descubre el “Cucurucho” pintoresco, de los contornos risueños y apacibles que se ocultan para ser mas atractivos, en las sinuosidades del **Baní** refrigerante, pero yo no he visto en Baní mas que a la gente de Baní. En ella reside toda la fuerza de **atracción** que ejerce el pueblo, y de ella es el milagro de transfiguración que se opera en el viajero hastiado, tan pronto como de la incomunicación de los primeros momentos pasa a las fáciles, vivaces, sencillas y cordiales relaciones que allí se entablan inopinadamente, y que es allí tan agradable, como en otras partes es desagradable, establecer.

Allí agradable, como en otras partes es desagradable, porque allí es connatural, sencilla y desinteresada la espontaneidad que es postiza y fugitiva en ciudades que pasan por muy hospitalarias.

Pero no es tampoco esa fácil benevolencia con el extranjero lo que hace de la villa de los abrojos² una población tan pronto querida como vista; ni es tampoco la grata estancia allí ni el amable recuerdo al pasar de allí, lo que estimula en el viajero pensador a reflexión.

Lo que hace reflexionar es un problema que se plantea a la vista intelectual del transeunte, como se impone a su vista corporal la masa extraña del Peravia. He aquí el problema: ¿En virtud de qué fuerza de afinidades electivas, o de qué poder de selección, o de qué incomprensible facultad de sustracción, se han atraído y combinado elementos de población tan homogéneos en Baní? ¿Cómo, y porqué, se ha formado allí un verdadero paréntesis etnológico, y la raza caucásica prevalece con tan fuerte predominio que hasta en los tipos numerables de raza etiópica o de razas combinadas que se encuentran sin frecuencia, han prevalecido los caracteres fisonómicos de los caucásicos?

Este problema de antropología que puede dar materiales suficientes para un estudio concienzudo, se presenta, no diré que **combinado**; preferiré decir confundido, con uno de sociabilidad. Y ese se plantea de este modo en la razón: ¿De dónde ha podido salir esta cultura general tan espontánea, tan superior a la de muchísimas ciudades, que presenta inopinadamente convertida

². ¿Cosa particular! Los abrojos, que en todas partes son inhospitalarios, puesto que se han hecho sinonimia de aflicción, son hospitalarios en Baní, cuyo césped esmaltan con risueñas flores. Hostos.



en costumbre la civilidad, la cortesanía en ley, la buena conversación en hábito, los actos mas delicados de sociabilidad en norma común, la afabilidad digna y reservada en distintivo, no individual, como sucede en donde sucede, sino en constitución regional?

Para resolver este problema interesante voy a suministrar datos necesarios: ninguno de ellos es escogido: todos ellos constan en los recuerdos de mi rápido paso por aquella mansión de la benevolencia mutua.

Llegué y me encontré en mi casa. Es decir que la bondadosa matrona con quien primero se encontró el transeunte, lo recibió tan cordialmente como se recibe el amigo no visto tiempo ha; era la primera vez que me veía. Después me dejaron en completa independencia: saber respetar la independencia es la mayor sabiduría de la hospitalidad.

Después de la hospitalidad de la casa, la hospitalidad del hogar, distinción con la cual expreso la benevolencia cordial de aquella familia que, haciéndome la merced de tratarme como soy y por lo que soy, no por lo que dicen las recomendaciones, me hizo olvidar las muchas cosas que no es fácil olvidar quien viaja como viajamos por estos caminos, con esos calores, en esas cabalgaduras y con tantas incomodidades, con un sol tan enemigo del viajero.

¡Qué fácil conversación la de aquellos que conversan por comunicarse la mutua expresión de simpatías desinteresadas, los sentimientos humanos que palpitan en todo corazón sencillo, las ideas que brotan espontáneas y como súbita luz de entendimientos que el error preconcebido no oscurece!

Así hablando de todo sin hablar de nadie; recorriendo con la velocidad de la imaginación satisfecha de funcionar a su arbitrio y a su modo, pasan inadvertidas las horas formidables del calor del medio día banilejo, que son de las horas que nuestro clima hace de plomo para que pesen en los cerebros ociosos y los obligue a rendirse al sueño.

El tiempo que para el ocio es plomo y para el trabajo es oro, para el bienestar es aire. Y cuando se acuerda uno de él, han pasado catorce horas, ha conocido el viajero media docena de familias, media centena de hombres, los placeres de la conversación inofensiva, el inmenso placer de haberse encontrado entre gentes completamente dignas, que no insultan al extranjero, al forastero o al extraño, creyéndolo capaz de envolverse en la murmuración cobarde, ha conocido a Baní, ha llegado la hora de prepararse a partir de madrugada, y ha visto que ha pasado entero todo un día, que debió ser de cansancio, de calor, de fastidio, de impertinencias, como pasan los días buenos, los que no se cuentan. Y entonces al poner el pié en el estribo para dejar a Baní, Baní pone el pié en el estribo para seguir dando hospitalidad al transeúnte.

Al encaminarse de Baní a Azua, Baní me acompañaba en la persona de uno de los hombres más benévolos y más serviciales que en mi vida he conocido.



Al presentarle en la mañana anterior la carta que nos relacionaba, poniéndose en pié me dijo: “Aquí, y fuera de aquí, a sus órdenes.” Le dije que saldría al día siguiente, y me dijo “Pues saldré con Ud.”

Y salíamos en la madrugada como salen amigos de los tiempos viejos.

Pero yo no puedo salir todavía de Baní; yo tengo que explicarme porqué razón es tan atractiva la sociedad de esa poblacioncita, cuyos encantos físicos no conozco, cuyos atractivos urbanos están, si han existido, reducidos a ceniza por un incendio, y en cuyo aspecto desolado no hay, para el viajero, motivo ninguno que no sea de abatimiento, si es capaz de afectarse con el dolor ajeno, o de impaciencia por salir, si a todo es indiferente, menos a la necesidad de distraerse. ¿Por qué razón, me pregunto, es tan atractiva una sociedad tan reducida, encerrada en una población tan pequeña y cohibida en la pobreza?

Ya encontraremos la razón expresa: ahora busquémosla por los actos realizados a mi vista por esa sociedad.

Baní no tiene iglesia; pero quiere tenerla, y tiene un párroco que quiere que la tenga. La pobreza producida por el incendio y la sequía han puesto a casi toda la población en la capacidad de contribuir con óbolo alguno a fomento alguno. Sin dinero ¿que iglesia de cal y canto se puede fabricar? La que de seguro no fabricaría ningún municipio que no tuviera un sentimiento colectivo muy patente, una susceptibilidad local muy bien guiada y un deseo de adelanto muy vivaz. Pero Baní tiene dotes de municipio de porvenir, y se pone a la obra y él construye su iglesia.

El pueblo mismo: no hay en esto, lenguaje figurado: mis propios ojos han visto con asombro, a las tres de una tarde sofocante una porción de chicuelos recién despachados de la escuela, dirigirse a la fábrica a acarrear piedras, obedecer el mandato del maestro de obras y prestar los servicios que edad y movilidad les consentía. Por la mañana, viendo una muchedumbre de borriqueros que corrían cantando con alborozo, al pedir la explicación del alegre tumulto, me señalaron la fábrica del templo; y a la fábrica iban a llevar espontánea y gratuitamente los materiales de la obra, aquellos que para la obra diaria de su vida necesitan emplear todas sus horas. Al mediodía, bajo un furioso sol, aterrado de ver como unos hombres se obstinaban en techar, a cielo raso, un como rancho fabricado en medio de la plaza, y manifestándome maravillado de que, con sol tan hostil, se trabajara con tanto empeño, y se manifestara tanto regocijo en trabajo tan abrumador, “es, me dijeron, que trabajan por el pueblo y por la iglesia”. Pregunté quien era un como sobrestante, hombre de aspecto patriarcal, que, no obstante sus años venerables y su aspecto de no habituado a tales faenas, dirigía con celo aquel trabajo, y me dieron el nombre de un doctor, y me dijeron que era uno de los miembros de la comisión nombrada por el Ayuntamiento para la dirección gratuita y honoraria de la obra. “Espérese hasta el sábado”, me decían con instancia “y verá lo que es el pueblo de Baní: ese es el día en que las señoras y señoritas contribuyen con su



cuerpo delicado a la obra de todos: por la tarde se establece una procesión del pueblo al cerro en la que todas las damas toman parte: van al cerro a buscar la piedra, y vienen a la fábrica a depositarla. Sólo así podrá Baní empobrecido tener su iglesia”.

Sólo así debieran tenerla todos los pueblos que quieren tener espíritu municipal y deberse la fuerza de iniciativa que, como sirve para aglomerar materiales para una construcción de cal y piedra, sirve también, y es lo mejor para que sirve, para congrega elementos intelectuales y morales, y con ellos, construir el templo de las libertades regionales.

Porque esa construcción popular del templo de Baní será sin duda, y me complace que así sea, inspiración del sentimiento religioso: ese, como los sentimientos fundamentales de la naturaleza humana, bueno en su esencia como es, es un sentimiento fecundo, constructor, organizador y civilizador, siempre que lo dirige la razón, siempre que lo ilumine la conciencia: como el maravilloso cometa que en estas madrugadas benditas es benéfico pasmo de la razón indagadora, el sentimiento religioso que, desviado de su órbita, es compañero de catástrofes, es obrero de progreso, coeficiente de desarrollo social, transportador de materiales de construcción inmortal cuando retenido por el sol de la conciencia en su órbita de atracción providencial, en vez de perturbar concurre a la armonía. Así como en la mecánica celeste son necesarias millonadas de astros cada uno de ellos encerrado inflexiblemente en su órbita de movimiento, así, en la mecánica social, son necesarias las millonadas de aspiraciones espontáneas de la naturaleza humana, para dar por resultante el concierto de la vida colectiva.

Pero, si me complace en reconocer la intervención loable que el sentimiento religioso tiene en la construcción de la iglesia de Baní, aún me complace más, por darme así esperanzas más próximas de bien para aquella excelente población, en reconocer que hay en su empeño y en sus faenas de estos días, un sentimiento vigoroso de municipalismo: solo quien, individuo o localidad, quiere a toda costa ser o que aspira a ser, es capaz de tomar con tanto ardor una empresa que la ignorancia de los deberes municipales encomienda cuando no hay un tesoro municipal bien repleto, a los tiempos venideros.

Pero ese mismo espíritu municipal de Baní ¿de dónde sale? De la fuente misma de donde brota plácidamente el encanto de la sociedad banileja: del principio de familia.

Baní es una familia. Lo que tiene de encantador Baní, es que todo él constituye una familia; que todo él obedece al principio de familia, que en él la familia es un principio, un verdadero, un visible, un palpable principio de organización; no la monstruosa, la repugnante agregación contra la cual tiene la conciencia honrada que protestar a cada paso, en los continuos pasos que hay necesidad de dar por en medio de esas agrupaciones de la procacidad y el



vicio, contra las cuales es preciso amurallar el hogar de la familia verdadera, encasillándola en su orgullo, cuando no baste encastillarla en el sentimiento de su dignidad y su virtud.

Ese principio de familia, ese santo principio, sin el cual no hay nada, ni aun vergüenza pública, es la base de la sociedad banileja, y él y solo él, explica el municipalismo de Baní.

¡Ah, llegue pronto la República entera a ser Baní!.....

Setiembre de 1882.

EL CURA

Quise ver por dentro de la iglesia que había estado viendo por fuera.

Era domingo, el día de más trabajo y de más actividad en San Cristóbal. Día de **marché**, como allí dicen, o de mercado y de verdadera feria como es, me parecía inútil el clamoreo de las campanas que llamaban, repicando, al feligrés. ¿Quién había de oír las voces de la iglesia siendo las del mercado tan ruidosas?

Pero el clamoreo alegre y persuasivo de las campanas de aldea, o de la iglesia única de un corto vecindario, recuerda al corazón, aquellos días que no vuelven, y que, por no volver, son el perpetuo ideal de la sensibilidad descontentadiza; y como tuve la esperanza de que, al modo de los días de la infancia, iba a escuchar palabras sencillas, penetré en la iglesia. Era el momento en que la voz pausada del sacerdote se dirigía al auditorio.

Mucho más numeroso de lo que yo había supuesto, pues todo el templo estaba ocupado por los fieles, y mucho, muchísimo más interesante de lo que son los auditorios de iglesias en las ciudades, el auditorio de que entré a formar parte se componía de esa buena gente de pueblo y de campo que, en las Antillas y principalmente en Santo Domingo, reúne en un mismo carácter digno de estudio y eminentemente educable, las ingenuidades más encantadoras a las astucias más primitivas, los rasgos de ingenio más inesperados al candor más estupendo, la ignorancia más abrumadora a la asombrosa sabiduría práctica.

Allí estaban aquellos representantes de una sociedad en formación, atentos, silenciosos, reflexivos, oyendo la palabra que les dirigía desde el altar el oficiante, y de cuando en cuando exponiendo signos de reverente aprobación en su semblante.

Lo que yo oí, yo también lo aprobé.

Lo aprobé tanto, que salí meditando en la importancia del hermoso papel que puede representar entre la gente sencilla de los pueblos y los campos, y el mejoramiento moral de la República, el cura de almas, el buen cura, aquel cura, como el que acababa de oír y otro, en otro tiempo oído en Puerto Rico,



que exalta con su palabra y su consejo las virtudes, que las pone al alcance de los entendimientos menos claros, que las hace agradables al corazón del pueblo y no solo les da por recompensa las del cielo sino el bienestar individual, las venturas de familia, la consideración social y el engrandecimiento de la patria.

Ceñido a esa obra, secundando con ella la obra de la sociedad, obrero de la paz, consejero de trabajo y de progreso, expositor ingenuo del fondo igualitario y libertador del evangelio, bautista de civilización, catequista del derecho, evangelista de la verdad, hombre de vista para los signos de los tiempos, que se ven; hombre de oído para los rumores de crecimiento de civilización, que ya se oyen; hombre de corazón, para palpar con todas las palpaciones de la vida social; hombre de buena voluntad, para plegarse, servir como servidor de la familia nacional y la familia humana: hombre de conciencia para resistir con ella, que por naturaleza es berroqueña, a todos los estímulos de las pasiones que disocian, a todas las solicitudes de la ambición que ciega, a todas las sugerencias de las envidias que enloquecen, el cura de almas tiene reservado en estos pueblos que crecen, en estas sociedades que se forman, en estas civilizaciones que se esbozan, por ascendiente tan noble, tan puro, tan dulce al espíritu elevado que, comparada con su modesta grandeza, sola otra grandeza modesta, la del guía de entendimientos, puede en nuestros países mover al ansioso de virtud y bien.

Desgraciadamente, sacerdocio es sacrificio, y el número de los que se sacrifican ha sido, es y será siempre, como el número de las almas eximias, muy reducido. Desgraciadamente también, sacerdocio procede de sacer, y ese adjetivo es formidable como hombres de dos caras o espadas de dos filos: por una cara, sacer es sagrado; por otra cara, maldito, malvado, pernicioso. La cara más común es mala cara.

Por eso deseo con tanta fé que se ensaye en nuestros países la libertad de cultos absoluta; porque como creo en la eficacia de la función social que desempeña el cura en las sociedades que se constituyen; porque como lo considero exclusivamente un elemento de organización para lo cual no necesita ni se le piden otras virtudes que las basadas en el extraordinario sentimiento de la honradez y la dignidad individual, espero que las doctrinas religiosas ganen con la discusión y que los sacerdotes de los varios cultos que pudieran establecerse, ganarían con la competencia.

Hoy mismo, aquí mismo, aun bajo el exclusivismo de la unidad de culto puede probarse la importancia de la competencia.

Merced al estado de la Iglesia dominicana, el clero nacional y el extranjero se esfuerzan por superarse mutuamente en su obra, que acabará por ser favorable al elemento nacional del clero, tan pronto como lo dirija un arzobispo dominicano. Y sucederá así, no porque ese deseado arzobispo nacional cometa la injusticia de inclinarse parcialmente en favor de sus compatriotas, si no porque éstos movidos del patriotismo, estimulados por los fervores del



renacimiento nacional que enardece ya en todas las esferas de acción a los dominicanos todos, harán con esa nueva fé, y pudiendo, lo que sin fé en el progreso nacional y no pudiendo hacer nada, han tenido poderosa voluntad para llevar a cabo. No han hecho la construcción más trascendente: no han edificado bastante en el alma del pueblo dócil que tan fácilmente hubieran podido colocar en aquel estado de conciencia que es quizás el más poderoso basamento de libertad jurídica, de orden jurídico, de paz jurídica; pero han construido iglesias, cementerios, hospitales, casas de beneficencia. Higüey, San Cristóbal, Guerra, Baní, Vega, Macorís del Cibao, creo que Moca, proclaman las aptitudes del clero nacional para la obra de reconstrucción social a que él debe concurrir; la Capital y San Carlos son deudores de obras muy considerables y de iniciativa muy ejemplar, a dos clérigos de extraordinaria actividad.

Probado está, por tanto, que el cura dominicano puede ser considerado como uno de los elementos de organización que se puede utilizar en la sociedad dominicana, con que la sociedad puede contar.

Así pensaba yo al salir de la iglesia que San Cristóbal debe a uno de los evangelizadores mas virtuosos que ha tenido la República, cuando me encontré frente a uno de los repliegues de terreno que forma un como foso natural en el contorno de aquella amable población rural. Aquel repliegue de terreno está encerrado en un recinto de mampostería, que sirve de base a un enverjado elegante y sólido de hierro. Allí duermen los cristobaleños que duermen para siempre. Si duermen tranquilos y seguros dentro del recinto, rodeados de unas bellísimas flores silvestres que allí crecen, en campo que la religión y la policía han consagrado casi en el centro de la población, como si la familia sobreviviente abrazara en su seno cariñoso los deudos que se han ido, lo deben a un clérigo, al párroco actual de San Cristóbal.

La iglesia en el centro del pueblo, obra de un párroco; el cementerio casi en el centro del pueblo, obra de otro párroco. Eso quiere decir, que, fuera del Padre Ayala, en su tiempo; y fuera del Padre Mena, en el suyo: ¿no ha habido otros vecinos de iniciativa en San Cristóbal? No: eso quiere decir que, en el estado actual de la sociedad dominicana, el cura de almas tiene una influencia positiva que el estadista y el pensador no deben tener la ceguedad de desconocer. Esa influencia que es decisiva en ciertos casos y que es benéfica en cuanto se aplica a mover en dirección del progreso al pueblo, es lo que pone en actividad al municipalismo, el sentimiento de comunidad, el buen amor propio de la localidad, y decide a cada poblador y agita a cada vecindario, y, triunfando con sus varios párrocos en los distintos pueblos levanta las iglesias de esos pueblos, y triunfando con el párroco actual de San Cristóbal fabrica en breve tiempo el seguro y apacible recinto en donde reposan de las fatigas de la vida los que acaso pasaron tan dulcemente por ella que, no conociendo más que el amable poblado en que nacieron, no conocieron tampoco otras fatigas que las producidas por la benéfica ley del sustento por el trabajo y del trabajo para el sustento.



No es el cura de almas el único elemento de organización que se puede y debe utilizar en una sociedad naciente. Al contrario: es el único que es necesario no abandonar a sí mismo y que se debe encaminar de todos modos, especialmente por medio de la crítica religiosa, rama fecunda de la ciencia crítica que es absolutamente ignorada en la sociedad de un solo culto.

Ramas de esa ciencia son también la crítica escolar y la crítica teatral, que a penas hay ocasión de aplicar a países donde son pocas las escuelas y en donde un solo teatro, casi siempre cerrado, avisa al público lo en alza que estarán los recreos ilícitos cuando el honesto recreo está en tal baja. Mientras llega la hora del crítico, estamos en la hora del pensador.

Pensando, todo el que recorre los poblados y el despoblado de la República, aunque los recorra tan velozmente como yo anduve entre Ozama y Jura, por fuerza ha de ver con sus propios ojos lo que sepa que es bueno, si lo encuentra, lo bueno que no encuentra y que hace falta, lo mediano o lo malo que con algún esfuerzo se puede hacer útil o bueno, lo que anima, reanima o desanima, lo que aviva o amortigua la esperanza, lo que sirve o no sirve para organizar. Sobre todo, lo que sirve o no sirve para organizar; porque, si piensa, ningún transitante de vías, campiñas y poblaciones puede en la República dejar de sentirse atraído de continuo por los cien problemas de organización que le salen al encuentro.

Esa sería, si lo escribiera, la explicación del libro que yo podría escribir con solo recapacitar en lo que pensé durante un brevísimo viaje de seis días.

Eso explica por qué las primeras preguntas que dirige el viajero concienzudo al llegar a una de esas pobres poblaciones que empiezan a salir de la pesadilla de la anarquía, son éstas:

¿Hay escuelas? ¿Cuántas? ¿Qué especie de hombre o de mujer es el preceptor o preceptora? Los padres ¿se muestran solícitos o indiferentes por la instrucción de sus hijos? Estos, ¿asistieron con asiduidad a la escuela? ¿Se sabe cuántos son los que saben escribir?

Después de la Escuela, primera asociación, se indaga qué partido saca de la asociación general la buena gente del pueblo: si se divierte, y cómo; si hay teatro, si funciona, si las personas respetables se dignan o no contribuir a los éxitos teatrales, si hay sociedades de recreo, de estudio, de fomento y de progreso, qué piensan, qué intenta, qué dicen, qué hacen?

Lo pregunté en San Cristóbal, lo pregunté en Baní, lo pregunté en Azua.

Voy a analizar la respuesta que me dieron en cada uno de esos puntos.

En San Cristóbal hay cinco escuelas, y la asociación que compone la Compañía de aficionados; en Baní hay tres escuelas; en Azua, población de



2.584 habitantes, ciudad litoral y mercantil, capital de una comarca extensa, sólo van 296 niños a la escuela, sólo 576 individuos saben escribir, sólo existe una asociación que tenga por objeto el cultivo de las letras y el honesto recreo que fomenta los sentimientos fraternales.

San Cristóbal es una población rural; Baní se puede considerar como una de las poblaciones de mejores elementos sociales en la República; Azua es una población de primer orden en embrión. ¿Cómo es que estando todas las desventajas por parte de San Cristóbal, están en su favor los elementos de organización que al entendimiento del más irreflexivo transeunte se presentan espontáneamente como necesarios? La contestación inmediata se presenta en forma humana. San Cristóbal tiene una porción de hombres, uno entre todos, que tiene todo el afán de progreso que es compatible con la pasividad de carácter que España y Turquía han trasmitido a los pueblos que subyugaron o formaron.

Esa porción de hombres, y entre ellos el que más se distingue por su generoso afán, alecciona dominicalmente a los campesinos imbuyéndoles ideas de progreso y nociones de orden que fructifican hasta el punto de ser motivos de legítimo orgullo para los campesinos, agricultores o generales, conuqueros o dragones, al declararse en sus conversaciones hombres de orden y de paz.

Esa porción de hombres es la que, a fuerza de empeño y decisión para mover la enorme mole de la inercia pública, ha conseguido acomodar un bohío cualquiera, que uno de entre ellos ha cedido, para desempeñar las funciones de Teatro, y para mantener viva entre ellas y en el pueblo la afición a las reuniones placenteras e instructivas.

Se quejan, probablemente sin motivo suficiente, de que el Párroco no es propicio a ese solaz honesto y útil; pero yo no puedo resolverme a creer que un hombre que desde el púlpito esparce simientes de concordia y de trabajo, y que así desempeña una función de organizador en la parte que le toca, pueda mirar de soslayo una institución como el Teatro, que, sobre todo, en el estado de infancia en que está San Cristóbal, no sólo no puede producir daño moral alguno, sino que puede ser un verdadero elemento de organización, un verdadero factor de desarrollo, un verdadero motor de progreso, un verdadero centro y núcleo de concordia.

Es seguro que, considerando desde ese punto de vista el excelente propósito de los fundadores del teatro en San Cristóbal, el buen Párroco no le opondrá, si las ha opuesto, dificultades de ninguna especie, y antes contribuirá a vencer obstáculos que puedan no favorecerle, aun cuando solo sea por la especie de paternal orgullo que los influyentes de los pueblos experimentan al pensar que "su pueblo" tiene lo que no tienen otros muchos.

Otros muchos, más extensos y acaso más ricos que San Cristóbal no tienen el modesto teatro que él ofrece a la curiosidad del viajero pensador, ni tienen otras muchas cosas que tiene el blando burgo bañado por el Nigua.



No tienen una de las cosas que más me han admirado; unos escolares increíbles, en quienes no se puede creer sino después de haberlos visto una y tres veces. ¡Qué muchachos! Más tranquilos, más ordenados, más respetuosos no los he visto en parte alguna tan merecedores de la serie continua de sacrificios que se hacen en la modesta profesión del preceptorado, no creo que los haya en la República.

Tuve necesidad, como tuve complacencia, de relacionarme con el hombre recomendable que, a la par de uno de los más importantes papeles en la pequeña sociedad sancristobaleña, desempeña la regencia de una de las escuelas del lugar. Por benevolencia y cortesía se empeñó en relacionarme con otro excelente hombre importante de la comarca, y para ello, a pesar de mis protestas, tuve que dejar abandonados a sí mismo no menos de treinta escolares que me parece que en aquel momento reunía el local. Al volver a la media hora, vi con asombro, que los niños se mantenían en la misma actitud, en el mismo silencio, en la misma amable y admirable compostura. De las cinco escuelas de San Cristóbal, he visto funcionando tres, dos de ellas, mixtas; es decir, las escuelas más expuestas a desorden, pues la reunión de los dos sexos es todavía más bulliciosa en la infancia que en la juventud. Sin embargo, en ninguna de esas escuelas he notado indicio alguno de los resabios que, aun visitados por primera vez, delatan otras escuelas.

Verdad es que la índole de aquellos niños es singularmente bondadosa.

Me enternece ahora mismo como entonces me enterneció: fué el símbolo de mi alianza con San Cristóbal.

En la mañana del primer día que yo iba a pasar allí llevaba de las manos a mis hijitos. Al desembocar en aquella hermosísima plaza de mullido césped, que ojalá no desaparezca nunca, un muchacho como de unos diez años se detuvo de pronto ante los pequeñuelos; se descinó un canastillo que llevaba, tomó de él un pan, lo dividió, puso una parte en manos del mayorcito, quiso poner en la de mi toda-ojos, y cuando objeté con la edad, se sonrió como llega uno a olvidarse que así se sonríen los racionales, y acariciando a los pequeños desapareció.

No tanto, ni tan delicado, ni tan tierno como eso; pero el modo común de proceder de aquellos niños concuerda en la calle y en la escuela. Si no se abandonan a movimientos espontáneos como el que me cautivó, nunca he encontrado un niño que no haya saludado con afecto, que no haya sabido sonreír, que no haya llevado en su frente y en sus ojos la huella de esa inocencia luminosa que tan precozmente se eclipsa en los ojos y frente de esos monstrucillos que macaquean repugnantemente la inmoralidad, el vicio y la dureza de corazón que los circunda.

A ese resultado bendicible ¿contribuye el relativamente extraordinario desarrollo de la instrucción elemental en San Cristóbal? No lo dudo; y cuando



el encaminamiento de la infancia por la senda de la verdad no tuviera otro resultado, la escuela no podría ser más fecunda.

Bien es verdad que la escuela, no basta, y que se necesitan, además, hombres como los señores Pina, Cordero, Reynoso, Pérez y otros, que, en las funciones públicas y en las privadas de ciudadano, se esfuerzan por secundar el movimiento progresivo de la sociedad dominicana, utilizan los elementos de organización que hallan a manos, se convierten a sí mismos en elementos de organización y trabajan modesta y patrióticamente por contribuir en su esfera a organizar la sociedad.

AZUA

Todo lo vi en Azua, menos a los azuanos. Y sin embargo, todo lo que vi, o la mayor parte de lo bueno que vi en Azua, me sirvió para hacer justicia a los azuanos.

Ante todo, vi una ciudad que, no ha mucho, era la ruina de un incendio, y hoy es la esperanza de una de las ciudades más bonitas de la República.

(Me apresuro a exceptuar la capital: no sea que, como me sucedió con el artículo consagrado a Baní, me valga la no excepción dos o diez docenas más de patrióticos enemigos de la verdad, dicha sin más intención que la verdad).

Vi también en Azua una considerable afluencia de extranjeros, un considerable ir y venir de ellos del campo a la ciudad, de la ciudad al campo, de caminos peligrosos a caminos solitarios.

Y vi, en fin, radiante, deslumbradora, fulminante la gran explicación, la recóndita incógnita de Azua: ví nó: sentí, padecí, sufrí el fulminante sol de Azua.

Azua está en su sol, el sol de aquel pedazo de cielo es la mejor, si no es la única explicación correcta de aquel pedazo de tierra.

Quien lo ha sentido como yo lo he sentido, fulminando sus rayos silenciosos sobre el cráneo abrasado; quien lo ha sufrido como yo lo he sufrido, reverberando entre ocho y diez de la mañana sobre terrenos desnudos y sedientos, o sobre los alevos espinares que en forma de arbustos macilentos adquieren la hipócrita apariencia de risueños oquedales; quien haya tenido sed ardiente, y no haya podido saciarla en ninguno de los frecuentes álveos pedregosos, cadáveres de arroyo que, como todo cadáver, hacen más punzante la idea de la vida ausente; quien haya exhalado fuego por todos los poros de su cuerpo, y haya llegado ciego, atolondrado, balbuciente, casi mudo, al término de un viaje que, a pesar de lo muy deseado, no ha sido bien visto ni creído sino después de algunos minutos de íntima conferencia consigo mismo para saber si se podía contar con energía bastante para seguir viviendo, ese sabrá en donde está la explicación de Azua, y por qué son los azuanos como son.



Pero aun lo sabrá mejor el que, puesto momentáneamente en las condiciones físicas en que vive su vida el azuano, se sienta azuano en un momento dado: sentirse azuano es sentirse irritable hasta el olvido de sí mismo y de los otros.

Así me sentí yo en el momento en que me expliqué la influencia del clima sobre la comarca que iba recorriendo.

Dada esa influencia, que es palpable, tanto como es irresistible, y dadas las circunstancias azarosas de la sociedad dominicana, y las peculiarmente adversas que han favorecido en Azua el desarrollo indefinido de las pasiones anárquicas, nada es tan natural como el carácter impetuoso y las turbulentas disposiciones de la comarca.

Pero, opuestas a esas tendencias que conjuntamente han producido un clima terrible y una gobernación atroz, van presentándose rápidamente en la comarca mal juzgada, y se presentan con extraordinaria fuerza reconstructora, otros agentes de organización y apaciguamiento que sólo tardarán en transformar el carácter moral de la región, lo que tarde el desarrollo de los intereses materiales en transformar la siempre modificable naturaleza física del territorio y el carácter social de los terrícolas.

La reacción de esos elementos buenos sobre los anteriores agentes de corrupción, es ya palpable. No sé de la vida íntima de la ciudad de Azua ni de los comarcanos, aunque creo que es demasiado corto el tiempo de que han podido disponer las influencias saludables para destruir el vivero de discordias, malas pasiones, vicios, procacidades, murmuraciones y calumnias que son por fuerza todos los lugares, urbanos y rurales, en donde por tiempo indefinido se han enseñoreado la guerra corruptora y las costumbres brutales de la guerra; pero sé que he visto reconstruido en breve tiempo, y mejorada, la ciudad de Azua; sé que el comercio tiene allí una fuerza considerable; sé que los extranjeros van y vienen sin que los molesten, los provoquen o los asechen; sé que, relativamente, mejores son allí que en parte alguna las disposiciones de los campesinos en favor de los extraños o de los extranjeros que buscan terrenos para los fundos agrícolas; sé que Azua la levantisca se ha mantenido en orden durante las últimas agitaciones; sé que se fundan haciendas de caña, que se intenta el establecimiento de la mejor forma de explotación agrícola, la cooperación; sé que se intenta ligar por tranvía la ciudad al puerto, sé que las conversaciones allí oídas, versaban todas sobre el desarrollo de la riqueza pública, sobre los elementos que allí dormitan y se puede despertar, sobre la inclinación de todos a seguir la directriz del trabajo; sé, por último, que Azua tiene su plena, soberana y encantadora esperanza de reconstrucción en la comarca, y no dudo de la próxima reorganización de los medios de paz, prosperidad y vida en la ciudad y en la región. Y si me dan restablecidas en Azua las condiciones normales de la vida, doy en Azua uno de los propulsores más eficaces del progreso en la República.

Esta no es una profecía; es una simple convicción. La tengo íntima de que, para haber mantenido el hábito del trabajo en una tierra en donde el sol es



fulminante; de que para haber conservado en el fondo de los espíritus algún deseo de paz y alguna inclinación por la vida civil, en un clima que parece ideado por la naturaleza, para la lucha desesperada y para perpetuar todas las formas de la disociación, es necesario que el azuano tenga disposiciones admirables para el trabajo, actividades irreprochables para el comercio, facultades muy encomiables para la sociedad civil y para hacer fructífera la asociación civil. Con esas dotes de naturaleza, aunque fueran inextirpables las raíces de la anarquía, por entre ellas reaparecerían los frutos de la paz, como por entre los mismos inextricables espinares que forman allí las bayahondas, se presentan arbustos de sabroso fruto.

Vista al rápido correr de un caballo azuano la plena extensa que asegura el porvenir agrícola de Azua, se presenta en la memoria como una visión esplendorosa.

Al lado del calor de Azua es un plácido baño de constante brisa; al lado del pedregal desierto que circuye a Azua, es un oasis con todos los caracteres de fecundidad, verdura, belleza, delicia y encanto que tienen los edenes del Atacama y del Zahara; al lado del horizonte circunscrito que encarcela a Azua, es un horizonte extenso que domina una llanura sembrada de césped florido, de árboles, de arbustos y de caña, y que cierra a lo lejos la encantadora perspectiva de la cordillera caprichosa del Maniel.

Vista despacio, la preciosa llanura que un vocablo francés adulterado ha convertido en plena, es una porción de tierra que atestigua con sus muchas plantaciones de caña en pequeña escala el constante trabajo de una comarca perseguida por la discordia que ofrece ya en el magnífico Calderón y en otros ingenios de azúcar la seguridad de su riqueza natural, y que brinda con espacio, fertilidad e inagotable fuerza productiva a los empresarios de Centrales que han concluido por fijar su vista en aquel pedazo de tierra delicioso.

Poseyendo allí un rincón se haría soportable el mismo fulminante sol de Azua.



INMIGRACIÓN Y COLONIZACIÓN

En París y en periódicos de ésta y la isla de Puerto Rico, se ha publicado recientemente una carta del doctor Betances, autorizada por el general Luperón, que, por lo útil que pueda ser para la República, lo honroso para Luperón y lo lisonjero para el talento literario de Betances, merece ser considerada de la honrosa manera que lo ha sido.¹

En Puerto Plata, y en el último número que he visto de **El Propagador**, se publica un fragmento de carta dirigida al redactor por el ex-presidente del Gobierno provisional de octubre del 79, que hay necesidad de leer y apreciar atentamente.

Ambos documentos son útiles para el país; el uno, porque lo da a conocer de un modo autorizado en el mundo de los negocios y de las influencias de todo orden; el otro, porque da a conocer el pensamiento de uno de los mejores hijos del país, pensamiento que ya casi puede considerarse como propósito definido de la sociedad dominicana.

De la elegante carta del doctor Betances, autorizada por el general Luperón, nada puede decirse que no sea una confirmación de las verdades que contiene. De las ideas expresadas por el general Luperón en su mencionada carta, es importante y conveniente hacer una glosa.

El general Luperón, que ya en su gobierno provisional de 1879-80 probó que tiene un sólido espíritu de organización y algunas de las facultades positivas y negativas que se requieren para ser un verdadero estadista, confirma en la carta glosada esa opinión.

La prueba de la virtud orgánica de las ideas expuestas por él, está en que la aplicación de algunas de ellas a la dirección de la sociedad dominicana, está dando actualmente resultados satisfactorios.

Pero ningún resultado social puede en ningún tiempo considerarse como satisfactorio y digno, sino en tanto que la sociedad abraza concienzudamente y vive las doctrinas que hombres de gobierno y patriotas elevados y opinadores

1. Esa carta, del 22 de feb. 1882, apareció en **El Eco de la Opinión**, número 151, S. D., 4 mayo 1882; y el presente trabajo en los núms. 152-154, de mayo 1882.



doctrinales defienden, sostienen y practican, importa insistir en las ideas que el general Luperón vuelve en su carta a exteriorizar.

“Trabajen en perfeccionar el periodismo dominicano”. Un buen consejo: de quien, viendo el mundo que hay fuera de las costas que nos cercan, ve con los ojos de la cara lo que con los ojos generalmente chiquitos del entendimiento solicitado por nuestras pequeñas cosas pequeñas, no consiguen ver nuestras mal iniciadas sociedades latinas de América.

Enumerando después los objetos concretos de útil propaganda, “ocúpense” —dice— “en llamar sin cesar a todos los inmigrantes y tratar de darles la mayor acogida que se pueda; en disipar cuantas preocupaciones hayan quedado todavía; en enseñar el trabajo a esos hombres desgraciados e ignorantes, dispuestos a todas las revueltas, que viven apegados al Estado y son sus parásitos, porque el trabajo es lo único que hace rico y la riqueza es la que da la independencia”.

No será esta última idea la que yo aconseje a periodistas antillanos que expongan, que ilustren y divulguen. Es una idea falsa: la riqueza, tal como se entiende vulgarmente, da vicios, malas pasiones, malos hábitos, a hombres y pueblos, a familias y municipios, es el ahorro; es decir, el trabajo acumulando, el trabajo previendo, el trabajo continuando siempre su obra. Esa, que es la riqueza verdadera, que es la riqueza de Suiza, de Holanda, de Bélgica, de la misma Francia, en donde el general Luperón observa hoy, no es la riqueza que usurpa los frutos del trabajo y que crea esa abominable hambre de oro (auri sacra fames) que a pueblos e individuos pervierte y pudre. Eso hiede.

Pero si esa no, todas las demás ideas que presenta el general Luperón como dignas del esfuerzo continuo del periodismo dominicano, son efectivamente dignas de ese esfuerzo. Y en ese punto, la verdad se exponga, el pobre periodismo dominicano, aun abandonado a sí mismo, aun desatendido por la pobre sociedad que no sabe ni ha aprendido a saber sus verdaderos intereses, el periodismo dominicano cumple bien con su deber. Aun así, como deber cumplido no es completa hasta que está fructificando, siempre es tiempo para insistir en lo que se debe divulgar.

Por eso aunque periodista retirado, no más útil a la milicia de las ideas que un retirado del ejército en la milicia destructora, voy a ocuparme de uno de los dos problemas esenciales de la sociedad dominicana: la inmigración.

Felizmente para él, a Luperón toca la digna gloria de haber promovido en París, la solución de este problema. Pero ¿de un modo tan adecuado que no tengamos que hacer mucho para realizar ese propósito previsor e inteligente?

Esto lo vamos a examinar.



II

El mayor servicio que se puede prestar a un país casi despoblado, es favorecer el desarrollo de su población. Aunque esto solamente se hubiera propuesto el general Luperón al esforzarse como patrióticamente se ha esforzado por encaminar hacia acá las tribus perseguidas en Rusia y Alemania, merecería bien de cuantos capaces hay aquí de ver lo que puede llegar a ser el territorio dominicano. Pero si el territorio está pronto para recibir la inmigración ¿lo está la sociedad?

Conteste ella misma, esforzándose pronto por satisfacer las necesidades que va a crear el contingente de población que se le mande.

Las familias que han de venir son demasiado numerosas para que pueda recibirlas una sola de las capitales o uno solo de los distritos, o provincias de la República: hay que distribuir las en las capitales y provincias que las hayan menester. La primera necesidad es, por lo tanto, fijar esa distribución.

Son, gracias a la buena suerte, familias organizadas las que vienen: hay que acogerlas como a grupos indisolubles. La segunda necesidad es, por lo tanto, preparar la distribución de esas familias de modo que no se lastime el principio de familia ni se relaje el vínculo de unión, la sagrada unidad que constituye.

Son gentes de trabajo; es necesario prepararles el trabajo en que vienen a fundar sus esperanzas de reposo y estabilidad.

El trabajo a que están habituadas es el agrícola, trabajo que requiere terrenos disponibles: hay que disponer del uso y propiedad de esos terrenos.

Han sido habitantes de una tierra fría y van a tener que soportar un cambio de clima peligroso: hay que hacerles soportable el cambio.

Si el principio de familia se conserva ante esos inmigrantes como, para honra de ella, se conserva en la familia hebrea, no solo son agentes económicos e instrumentos industriales de primer orden por el principio de organización que consigo traen, sino porque probablemente, casi de seguro, representarán un valor económico efectivo: es decir, porque van a representar, con lo que traigan, un aumento inmediato de la fortuna pública.

Los que se creen soberanos económicos del suelo en que han nacido por casualidad, tienen la donosa creencia de que el inmigrante, voluntario o forzado, no trae nada al país: es un error de la ignorancia. Todo inmigrante trae siempre al país, **cuando menos**, aptitudes efectivas que tienen un valor en cambio, ya sea para la producción, ya sea para el consumo. De ahí que un estadístico alemán computa \$1000 u 800 el valor económico que para todo país representa un inmigrante, y un estadístico americano, el más autorizado en la materia, el Director del Centro de Inmigración en Nueva York, calcula que el valor efectivo de cada inmigrante representa en trabajo, consumo y producción, unos \$400 al año.



Pero, además de ese que podemos llamar valor específico, por corresponder esencialmente a la función económica que todo hombre desempeña, el inmigrante puede traer y casi siempre trae, algún valor complementario. Por ejemplo, que es el mejor ejemplo por ser tomado de la propia vida del país, la inmigración forzada de cubanos que pobló y hubiera concluido por transformar el Distrito de Puerto Plata, representaba para la fortuna pública del Distrito y por tanto, para la fortuna nacional, un aumento de **dos millones de pesos fuertes**.

Independientemente de los valores computables, hay otros absolutamente inculcables; los que podemos llamar **civilizadores** y de los cuales dice el mencionado Director de Inmigración de Nueva York, refiriéndose personalmente al inventor sueco de los monitores: “¿En qué suma por alta que ella sea, puede nadie estimar el valor económico de Erickson, el hombre que contribuyó con los buques armados que inventó a salvar la Unión”? Y a Agassiz, uno de los fecundadores de la ciencia contemporánea, que inmigró a los Estados Unidos y allí murió: ¿qué valor económico puede representarlo? ¿Qué valor económico podrá jamás representar la influencia bienhechora que puede ejercer en una sociedad naciente un hombre de verdadero progreso que se asimile a ella?

Pero si es bueno tener en cuenta las posibilidades todas, más conveniente puede ser el referirse tan solo a lo probable.

Lo probable es que, siendo familias descuajadas de su hogar, las que vengan no representarán en general sino lo que llamamos el valor específico de los inmigrantes, es decir, su capacidad de consumir y producir; pero son familias, han vivido del trabajo y del ahorro, pertenecen a uno de los grupos de la familia humana en que el ahorro es más austero, y se puede calcular.

Familias 3000 por 4 individuos, 12.000 inmigrantes. Aquí está reducido **ex-propheso** el número de componentes de cada familia. De esos 12.000 individuos, el tercio, 4.000 son adultos. En vez de calcular en \$800 (400 en valor específico, 400 en numerario) que cada componente de la inmigración va a representar para la República, calculemos que el tercio de la inmigración (4000 individuos) será el único importador del valor complementario, que, según los cálculos estadísticos, es otro tanto del valor específico. Entonces 4.000 por 400 igual **un millón y seis cientos mil pesos fuertes**.

Cualquiera de los inmigrantes, si tiene un poco de cálculo y otro poco de iniciativa, puede reunir la mitad de esos valores, \$800.000 en un banco agrícola y territorial. ¿Por qué no abren los ojos aquellos que se consagran aquí a los negocios y preparan un establecimiento de crédito que pueda recibir en depósito los ahorros de esas familias inmigrantes?

Ese negocio sería uno de los modos que la sociedad podría tener de recibir la inmigración. Pero ese es un modo demasiado elevado de concebir los deberes de la hospitalidad y los negocios. Hay otros que son más inmediatos y visibles.

El primero de todos es disponer las ruinas para albergar los primeros que lleguen: el segundo, comprometer a los hacendados a que fijen el número de inmigrantes que podrían recibir: el tercero, apalabrar familias para recibir a su servicio a los inmigrantes que quisieran hacer ese eminente servicio a los desesperados que no podemos entender el modo de servir que aquí se usa: el cuarto, comisionar inmediatamente para que en los contornos de todos los ingenios de azúcar y especialmente de los que se ha dado buenamente en llamar Centrales, se deslinden de las propiedades del Estado, se dividan en lotes y se adjudiquen inmediatamente después de su llegada a las familias de inmigrantes que basten para ocuparlos.

Si efectivamente vienen tan pronto como se dice esos desventurados perseguidos, no los hagamos más desventurados con una acogida imprevisora, y no desacreditemos al país abandonando a una suerte peor de la que los trae, a aquellos que, no solo pueden ser coeficientes activos del bien de la República, sino que, aun antes de venir, están haciendo a la República el bien de acreditarla como mejor y más humana que los bárbaros de quienes huyen.

III

Sea cual fuere el uso que se haga de ese primer contingente de inmigración, piénsese que no ha de ser el único, siempre que se sepa utilizarlo; que, para utilizarlo, es necesario saber para que ha de servir a la sociedad dominicana la inmigración, y con qué condiciones ha de ser útil la sociedad dominicana a cualquiera inmigración.

La población por la población misma, a nada lleva: se aumentan indudablemente las funciones económicas de la sociedad, y ya es algo; pero no se consigue más que eso. Un aumento de población ociosa, aunque representara una invasión de numerario, de nada bueno nos serviría: se civilizarían un poco más las ya en demasía civilizadas concupiscencias, duraría algún tiempo el falso esplendor, se repetiría aquel florecimiento enfermizo de los primeros días de la colonia, se asumirían en mayor grado las apariencias de todo, sin conseguir la realidad de nada, y se pasaría el resto de la vida esperando semítica o ibéricamente la resurrección de los antiguos tiempos. Para eso, mejor se está en el desierto holgado.

La población que se necesita, el aumento de población que ha menester el territorio solitario; la inmigración que conviene, la que se ha de promover es la que traiga elementos de organización; la que sirva para la organización; la que, con solo establecerse, ya organice.

Con solo establecerse; pero es necesario que se establezca en dónde, cómo y para lo que convenga a la sociedad que la recibe. Que se establezca en el campo, en terrenos apropiados y **apropiables**, como una serie de colonias agrícolas, y para ejemplo económico, doméstico y cívico, de la población circunstante, y entonces la inmigración concurrirá rapidísimamente y del modo



más inmediato y más fecundo al propósito actual de la sociedad y a la necesidad concreta que ella tiene de población laboriosa, morigerada y moral que contribuya directamente al desarrollo de sus fuerzas físicas y que indirectamente sea auxiliar de su desarrollo moral e intelectual.

A conseguir ese objeto debe el Estado encaminar su esfuerzo. Cada colonia que, gracias a él, venga a roturar la selva, proclamará la previsión y la sabiduría de la gerencia social.

Pero utilizada la inmigración por la sociedad ¿queda resuelto el problema? ¿No tiene la inmigración el derecho de utilizar la sociedad que viene a completar? A no dudarlo, y tan a no dudarlo que, pese a la necesidad omnipotente, hay que afirmar esta verdad: Sólo es útil para una sociedad la inmigración que recibe, cuando esa inmigración encuentra la mayor utilidad posible, todas las utilidades posibles, en la sociedad adonde llega. ¿Por qué ha conseguido la República Argentina establecer una corriente de inmigración ya incontenible? Porque la República Argentina que en este punto ha manifestado un espíritu más elevado y más previsor que todas las demás Repúblicas latinas de América, se ha hecho tan útil a la inmigración, que ningún otro país, ni Australia ni los Estados Unidos, ofrecen más ventajas ni facilitan más la prosperidad de la población que inmigra. Se emigra de un país a otro, no por placer, no sin dolor; no solo el del emigrado político es pan amargo: lo es también el del emigrante económico: toda trasmigración es un esfuerzo doloroso que no puede tener por móvil ninguna determinación no muy angustiada de la necesidad. Eso, verdad en el individuo, es verdad más perceptible en la familia, y es verdad innegable en los grupos migratorios. En la crisis más general y menos entendida de la antigüedad (la llamada invasión de los Bárbaros) que, en resumidas cuentas no fue sino un movimiento migratorio, la necesidad que decide siempre ese movimiento asumía el carácter de invasión armada: la lucha por la vida, no pudiendo establecerse pacíficamente en la esfera económica, por la repulsa armada que el imperio romano oponía a la inmigración, se entablaba en la esfera política; y era mortal, en vez de ser vital.

En nuestros tiempos, gracias al sentido común de los anglosajones de América y al espíritu racial de sus instituciones sociales, religiosas, políticas y económicas, las trasmigraciones, los cambios de posición de grupos enteros de población, pudieron empezar a verificarse en condiciones de hecho normal: es decir, los grupos daban el contingente de población, de trabajo, de ahorros acumulados y de organización que representaban y la sociedad norteamericana les daba centro social, patria, trabajo, aperos, tierras, individualidad municipal y ciudadanía perfecta.

Y era, como debe ser y sigue siendo, allí, en Australia, en la República Argentina, **un simple cambio de servicios.**

Pero querer el servicio, y el más eminente servicio que se puede recibir, y entornar la puerta mal abierta y retirar la mano mal tendida y establecer la

grosera diferencia entre nacionales que pocas veces han sabido ser muy nacionales, y extranjeros que vienen de buena fe a solidificar y a perpetuar la nación, la verdadera nación, la nación útil al mundo y a sí misma, eso es pueril. En vez de aconsejarse con el exclusivismo, que se consulten con el desinterés, antes de atentar insanamente contra el desarrollo de la vida social.

¡No!, no así, no convirtiendo en sistema nacional de conducta la conducta individual que en todos estos tristes pueblos se usa para hacer maldita la hora en que se llega a ellos, no convirtiendo en ley la envidia o la suspicacia, no convirtiendo en abismo jurídico la nefasta separación que el exclusivismo tradicional ha establecido entre los hijos casuales de un suelo y los que pueden ser hijos concienzudos de la patria que vienen a buscar; no así; no así, no así, es como se sirve a los intereses de la patria, como se favorece el desarrollo de la nación, como se secunda del desenvolvimiento feliz de fuerzas naturales en que empieza a entrar.

Y eso es lo que se hace, cuando se establecen inmerecidas e inaceptables diferencias entre nacionales y los llamados extranjeros.

Y como eso trasciende de tal modo, que lo hecho para favorecer el espíritu de empresa en los dominicanos se convierte en obstáculo para que pueda venir inmigración ninguna, es patriótico decirlo en alta voz, y agregar que, para hacer aceptables las invitaciones a inmigrar es necesario resolverse a dejar que los inmigrantes gocen libre, digna y pacíficamente de los bienes que han de estimular.

Qué es lo que para eso ha de intentarse, lo diré en otro artículo.

IV

Hay que colonizar.

Colonizar no es reunir alrededor de un capitalista, propietario de un terreno y dueño de un ingenio mecánico, unos cuantos poseedores de dos o tres mil pesos fuertes que pagando el trabajo muscular de algunos braceros, produzcan caña para el Ingenio, la vendan a precio impuesto, ganen unos cuantos miles de pesos en unos cuantos años y al cabo de ellos pierdan todo derecho al terreno que han creado como valor económico.

Colonizar es un modo de poblar. Colonizaban con sus colonias militares, los romanos, colonizan con la libre asociación, los norte-americanos. En la República Argentina la colonización, disciplina, encauza y utiliza la inmigración. En el Brasil, los pocos inmigrantes que el clima ha perdonado, los ha salvado la colonización. El único ensayo de inmigración que Chile ha hecho lo proclaman idea feliz aquellas venturosas colonias de Valdivia y Osorio, que honran tanto al país inteligente que las ha establecido, como a los mismos colonos que las constituyen. Honduras, una republiquita, acaso no mayor que la dominicana, pero tan grande como la mayor por los esfuerzos civilizadores que hace.



Honduras está colonizando: un dominicano cuyo nombre se pronuncia y se repite, Máximo Gómez, está allí al frente de esa honrosa y honrada empresa.

Se coloniza bajo la dirección del Estado, y se coloniza por la libre acción individual: se coloniza según el principio de absorción, y según el principio de expansión: se coloniza para solo cultivar la tierra, y se coloniza para cultivar a la par el suelo y el hombre.

En casos de absoluta necesidad, cualquiera colonización es preferible al desordenado vivir de una población muy corta en un territorio muy extenso; pero la mejor colonización es la que reúne las tres condiciones que, mediante la acción individual independiente o asociada, el principio de cooperación y el principio de educación por el trabajo, hace de la colonia el tipo de población, el modelo de la población que debe todo país republicano aspirar a tener.

Bien sabe quien escribe que esto es predicar en desierto: el país no está todavía más que para las explotaciones que, dinero en mano, se imponen con todo el peso de la plata o del oro; pero algún valor tiene siempre la verdad; y en nombre de ella hay que estimular el nacionalismo bueno y desinteresado, diciendo que el único modo de hacer útil el país a la inmigración que pueda venir, es disponerse a fundar colonias agrícolas.

Por mucho que la confesión me pese, confieso el hecho. Es un hecho innegable que hay momentos del desarrollo social en que el gerente de la sociedad, su Gobierno, vale intelectualmente más que la sociedad de donde procede. En ese caso, si conoce su misión y es capaz de llevarla a cabo, gobernar es educar y enseñar prácticamente. Entonces colonizar bajo la dirección del Estado puede ser un modo efectivo de Gobierno, siempre que la acción del Estado no embarace la del individuo, siempre que la iniciativa del representante de la sociedad general no ahogue el espíritu de asociación particular, siempre que la iniciativa tomada por el Estado no sea más que un ejemplo.



DE LA PRESIDENCIA AL RECTORADO

¿Se piensa en alguien para el Rectorado del Instituto Profesional? Confieso que, aplazada como veo la ejecución de la ley orgánica recientemente sancionada, creía que no era tiempo de pensar en el Rector; pero habiendo oído hablar de personas muy recomendables, supongo ha llegado ya el caso de opinar.

Si hubiera prevalecido en absoluto el texto primitivo del proyecto que hoy es ley, sería cuidado y deber del Consejo de Dirección elegir el Rector; pero como todavía no estamos suficientemente duchos en materia de organización y preferimos echar sobre el Ejecutivo la carga y la responsabilidad de toda organización, hasta lo que, (como la de los Institutos docentes, que ha de ser libre para que sea buena), prevaleció la idea de las ternas y de la elección del Ejecutivo.

Nadie se sorprenderá tanto como él mismo, al verse inopinadamente convertido por mí en candidato para el Rectorado, sin previo acuerdo, sin que hayamos hablado de esto ni de nada, puesto que hace más de un año que no nos vemos, él por sus tareas, yo por las mías; pero como yo no soy hombre de candidaturas para nada, sino de buenas intenciones para todo, poco hay que ver con esa sorpresa, aunque, si es desagradable, sienta producirla.

El Rector que conviene al Instituto Profesional es el actual Presidente de la República.

Conviene al Instituto y conviene a la República. Conviene al Instituto, porque es hombre de saber y de experiencia. Conviene a la República, porque es una buena enseñanza para ella, un buen ejemplo, una elevada manera de practicar la verdadera doctrina democrática, cuya base es la instrucción general. El ver convertido a un Presidente que sale de la dirección de los negocios públicos en director de un Instituto, enseñaría prácticamente que no hay puestos altos ni bajos para el deber cumplido; sería ejemplo para los futuros presidentes; que, en vez de expatriarse o de encerrarse en la infecunda infatuidad de no ser ya **menos** de lo que se ha llegado a ser, aspirarían a desempeñar de un modo **presidencial**, es decir, supremo, el puesto a que gustos y aptitudes los llamaran; sería una manera elevada de practicar la



democracia, porque si ésta es lo que hoy debe ser, lo es por la universalidad de la educación común, y tanto es presidir los destinos de una democracia el dirigirla desde la primera magistratura como el encaminarla desde el magisterio.

El Presidente Meriño sale de la presidencia en setiembre: esperamos que en Octubre entre en el Rectorado.¹



El **Telegrama**, núm. 5, S. D., 11 agosto 1882.

1. Muy pronto cumpliéndose el voto del Maestro. Meriño bajó de la Presidencia de la República y subió al Rectorado.

EDUARDO CARRERAS

La muerte de este joven excelente afligirá en Puerto Rico, su patria, a cuantos conocieron y estimaron sus virtudes. Aquí ha afligido a los testigos de su admirable moderación, de su modestia suma y de su excepcional conformidad con la fortuna adversa.

Tenía el pudor de la pobreza, y acomodando su vida externa a ese pudor, vivía retraído: no es, pues, extraño que lo conocieran pocos, pero los que experimentamos el regocijo de conocer en él una de las pocas esperanzas de hombre bueno que alborozan el corazón desalentado, echaremos de menos su presencia.

En la Escuela Normal, en donde ha dejado entre sus discípulos el recuerdo de su benignidad infatigable, le sobrevivirá la memoria de sus nobles prendas de inteligencia y de carácter; y entre los pequeñuelos que le estaban especialmente encomendados, dejará el recuerdo de su dulce benevolencia, si por ventura tienen la memoria del corazón los pequeñuelos.

Acaso sí. La última vez que penetró en el recinto de la Normal, pálido ya como la muerte artera que seguía sus pasos, el Director dándole el brazo, lo acompañó hasta la puerta de salida; al lento paso de ambos por aquella vasta sala, se levantaban silenciosos, reverentes y conmovidos, los tumultuosos, los irreverentes y los inconmovibles. En aquel momento tenían corazón.

Seguirán teniéndolo, si no fracasa el plan de educación moral a que están sometidos, y entonces les servirá el recuerdo de la ternura que en aquel momento experimentaron, para ligar la memoria de sus buenos sentimientos con la del hombre de su deber a quien vieron por última vez en su seno.

Había ido como hombre de deber: enfermo, postrado y vacilante. Todavía se creía obligado al compromiso que no se le había recordado, y que con su presencia y sus aflitivas excusas renovaba. Inexorable muerte que no deja a los hombres de bien que vivan lo bastante para acabar de ser buenos!

Hijo piadoso, jefe amante de familia, amigo indulgente sin reservas, guía cariñoso de la infancia, cultivador silencioso de la ciencia y del entendimiento que modestamente recataba ¡qué mal hacía a la muerte?



Morir no es ni aún dormir; es continuar. Y cuando la vida es un obstáculo continuo entre una conciencia y un bien inasequible, morir debe ser, será, acaso sea continuar sin obstáculos el ejercicio de conciencia. Y si morir no es nada, mejor será la nada definitiva en que se entra, que la nada indefinida de que se sale.

Pero, inercia eterna o movimiento sin descanso, la muerte es un despedazamiento: de las esperanzas consoladoras de la vida, para el que muere sin haberlas realizado; de corazones afectuosos, para los unidos por el afecto al que no vuelve. Y entonces ¡qué crueldad es la muerte!: quita la vida al útil que se lleva, deja la muerte a los que habían menester del útil. ¿Está la providencia del bien en tanto mal?

Que responda la madre náufraga, que lo pregunte el huérfano zozobante, que lo diga el hogar que se ha ido a pique.

Sin duda: como en el orden físico, sucede en el orden moral: la parte es accidente, el todo es necesidad, y las mismas fuerzas que desbaratan las partes concurren a la conservación del todo. ¡Orden perfecto! Y víctimas del orden, los individuos mueren para que las especies vivan.

Está muy bien, debe estar bien cuando así está; pero el orden universal, así sempiternamente conservado, no hace menos brutal, menos violento, menos cruel, menos mortal el desorden que a cada paso de la vida, a cada segundo del tiempo, en cada rincón del planeta, en cada hogar, produce la conservación del orden universal.

Que caiga en la cima una entidad poderosa entre los hombres acaso es un bien para la entidad poderosa, acaso un bien para los hombres; bien acaso para éstos, porque los obliga a producir otra entidad igual o superior para llenar el hueco, o porque lo llenan al fin con la entidad más poderosa, todos juntos; acaso un bien para el poderoso derribado por la muerte, porque ningún mayor bien para el que tuvo la felicidad de personificar en un momento un gran deber nacional, o un gran sentimiento humano, que el inefable bien de morir igual a sí mismo, entero en la virtud con que brilló, tal, que la Historia, sin tocarlo, lo presente de cuerpo entero, de alma completamente humana, a la posteridad hambrienta de ejemplares correctos de la especie humana.

Pero derribar a un débil, pero desordenar lo poco que le fué dado ordenar en una vida inofensiva!

Cáigase el Yaquí, y su mismo hundimiento será motivo de grandezas nuevas, pero si Isabel de Torres viene al suelo, por pasmoso que sea el caos que le sustituya ¿cómo resucitar el orden de aquellas modestas perspectivas en que el llano y el monte combinados ofrecen al poblador de hoy y al de mañana el sustento de innumerables familias, la paz de hogares sin cuento, la felicidad de una muchedumbre, la apacible civilización de una comarca?



¡Pobre Carreras! Como la cumbre modesta que asegura el porvenir de Puerto Plata, mientras estuvo en pié, estuvo siendo benéfico para los que inmediatamente le rodeaban. Y hoy, caído, ya perdió la esperanza de ser bueno.¹



1. Esta frase, en la que el gran poeta dominicano José Joaquín Pérez descubrió un endecasílabo, le inspiró el soneto **Eduardo Carreras**. Carreras murió en Santo Domingo en marzo de 1883.



BANÍ COMO EJEMPLO DEL DEBER DE CONTRIBUCIÓN

En la República Dominicana, sobre la cual habían llovido todas las calamidades, y sobre la cual están lloviendo ahora calamidades de otro orden, hay un pueblecito que para tener poco, no tenía iglesia. No tener iglesia entre los benditos hijos de España en América, es casi lo mismo que no tener hogar. Así era tan desasosegada la antes tranquila vida del pueblecito; así tan triste la población del valle entero.

Un día a un párroco que tenía que officiar en una casa vieja, se le ocurrió utilizar los vivos deseos de tener iglesia que se manifestaban en el desasosiego y la tristeza del pueblo y valle de Baní, y resolvió convidar a valle y pueblo a la alta empresa de la erección de un templo. Pueblo y valle contestaron con unanimidad de corazón.

Pobre el pueblo, pobre el valle; uno y otro agotados por la adversa sequía que malograba los frutos y los campos y la prosperidad del pueblo, apenas podían corresponder con óbolos de plata al llamamiento de su párroco. Pero tenían voluntad, tenían corazón, tenían brazos, podían trabajar más de lo que ya de costumbre trabajaban, podían hacer el sacrificio de algunas horas en aras de la idea que los electrizaba: ya que no podían dar dinero, pueblo y valle se resolvieron a dar tiempo y trabajo.

No había nada con que contar. La municipalidad no podía disponer de otros que de aquellos sus pequeñísimos recursos, ni de más auxilio efectivo que el de la organización de lo que debía ser hecho. Y organizó una junta de fábrica y trabajo y entre él y algunos salvados de las últimas miserias, aportaron exiguos medios para empezar la fabricación de la iglesia. Medios tan exiguos eran, que apenas había cal, apenas había maderas, apenas ninguno de los más indispensables materiales para la construcción.

Pero las colinas circunstantes tenían piedras, la tierra comarcana es arenosa, el fondo del valle es muy selvático, y en pueblos y valles habían hombres dispuestos al trabajo. Lo emprendieron, y empezó a tener la forma de algo, que debía ser algo el antes montón de escombros y de materiales.

Y entonces tuvieron envidia las mujeres; y las excelentes banilejas se dijeron: ¿por qué no habíamos de trabajar nosotras? Y fueron a la próxima cantera y al



lecho del río desecado, y al vecino cerro, y llevaron sus cargas, sus óbolos, su contribución de piedras.

Y entonces tuvieron envidia los niños y consiguieron que los maestros los despidieran diariamente una hora antes de la reglamentaria, y se iban en tropel, imitando a sus hermanas y a sus madres, a llevar al templo su triunfo de piedras y arena.

Y al verlos, babeaban envidiosos sus abuelos, y se les fueron detrás porque se estimularon al trabajo y se estimularon a sí mismos, y cargaron piedras, arenas y cascajo.

Al ver empeñados a los venerables, artesanos y hombres de trabajo se presentaron a pedir su puesto; y para que cada cual tuviera el suyo y no se interrumpieran los unos a los otros y la confusión no interrumpiera el proseguimiento de la obra, hubo que establecer vez y hora, y los niños iban a su hora, y las damas a su vez, y todos en el momento prefijado.

Por eso, cuando el viajero llegaba a la población más hospitalaria del Sud de la República, y después de sestear, se asomaba a la plaza y oía leves toques de campana y veía cómo con cada toque coincidía una renovación de actividad en los contornos, no tenía necesidad que le explicaran que aquella actividad correspondía a aquellas campanadas.

A la mayor parte de los viajeros encantaba, sobre todo, aquella hora de tibio ambiente, de vaga luz, de tenues resplandores que las damas de Baní habían escogido para llevar su corvea voluntaria al templo. Y era, en efecto, un hermoso espectáculo para aquellas hermosas tardes de Baní, la continua procesión de dulces y risueñas banilejas, desde el cerro al templo y desde el templo al cerro.

Mas para el oscuro pensador del porvenir, la hora y el espectáculo más conmovedores eran aquellas sofocantes horas de la siesta y aquel tumulto de escolares que a esa hora se encaminaba a la plaza a poner su piedra en la nueva edificación.

¡Mil veces ah!... Si a todas horas y en todas partes y en toda obra de reedificación o de construcción enseñaran a poner su pedrezuela a las generaciones nuevas, ellas sabrían qué materiales, ellas sabrían qué arte habrían de poner en la obra que el tiempo y el destino les encomiendan, y toda obra se levantaría, como se ha levantado el templo de Baní, sin lágrimas, sin duelos, sin sacrificios, sin fraudes, sin mentiras; como obra de bien, como obra de buena voluntad, como obra de buena fe, como obra de todos para todos, de los municipales para el municipio, de los individuo para la sociedad, de la sociedad entera para todos y cada uno de sus componentes.

DUARTE Y SÁNCHEZ COMO EJEMPLOS DE PATRIOTISMO INFORTUNADO

Como han ido hermanados a la Historia, preséntense hermanados en el ejemplo. Pueden darlo esplendente del cumplimiento sin reserva del deber de vivir por la patria y de morir por ella.

Eran dos hombres diferentes; pero eran dos hombres que se completaban.

El uno, Duarte, el hombre de pensamiento y de organización; el otro, Sánchez, el hombre de impulso y de pasión. Lo que el primero vió antes que nadie, el segundo lo dió por hecho antes que nadie. Lo que Duarte organizó cuando nadie se atrevía ni aún a pensar, Sánchez lo realizó cuando nadie lo hubiera realizado. Lo que al uno faltó para ser completado, el otro lo tuvo y lo cedió. El uno tenía más pensamiento, y lo prodigaba; el otro tenía más resolución, y la dilapidaba. Lo que no podía el uno organizando, el otro lo podía estimulando. Lo que no consiguió el uno desuniendo a los enemigos de la Patria, el otro lo conseguía atrayendo y uniendo a los patriotas.

En solo una cualidad eran iguales: en el sentimiento de su deber patriótico.

Sin embargo, hubo otra cosa en que también fueron iguales. Era de esperarse: fueron iguales en el infortunio.

Las varias contingencias de aquellas dos vidas azarosas tuvieron casi siempre separados a aquellos dos hombres que el mismo sentimiento tenía unidos; pero a los dos los separaba siempre idéntico motivo. Antes de Febrero, la persecución de los haitianos; después de Febrero, la persecución de los hermanos.

Antes y después, cuando Duarte no había tenido que fugarse, había tenido Sánchez que esconderse. Cuando Duarte se dirigía a la Costa Firme, Sánchez era dirigido a una costa helada.

Cuando Duarte no encontraba más que obstáculos para volver a la patria redimida, Sánchez no encontraba más que verdugos en donde él había sido redentor. Cuando el uno gemía en el destierro, el otro maldecía en la soledad abandonada.



Y así, para uno y otro, pasaron años y más años, cinco, ocho, doce, diez y siete años!, hasta que llegó el momento del mayor de los riesgos que la patria había corrido.

La hora de la vergüenza había sonado: la República dejaba de ser República para volver a ser colonia; los dominicanos dejaban de ser dominicanos para volver a ser españoles; los iguales iban a dejar de ser iguales para volver a ser hidalgos.

Hasta había quien tuviera lágrimas en los ojos, al ver sustituir con la española la bandera del evangelio y de la cruz; pero nadie se había levantado. Al contrario: parece que muchos se habían acostado satisfechos. España tenía mucha plata.

Y sin embargo, muy pocos hechos más contrarios a la voluntad de un pueblo se han llevado a cabo. En el mismo día en que los españoles arriaban la bandera nacional y enarbolaban la bandera mal buscada, allá en el campo se había opuesto varonilmente el pabellón nacional al extranjero. Y en el mismo día, y antes y después, (honra sea de los dominicanos verdaderos), los hombres de buena fé y los patriotas de buen corazón, protestaron en distintos puntos del territorio mal cedido.

Fuera del país había también quienes maldijeran la anexión, quienes protestaran contra ella, quienes lloraran, no con lágrimas de niños enternecidos, sino con lágrimas de sangre vengadora, la sustitución de la independencia con la esclavitud.

Entre esos protestantes varoniles, dos se irguieron a la vez; los dos que primero debían erguirse: Duarte y Sánchez.

Y cada uno de los dos se irguió según sus cualidades personales: el uno, para venir a organizar; el otro, para venir a combatir.

El hombre de la acción llegó primero; pisó el suelo de la patria, sintió las convulsiones de la alegría que dá el suelo amado al desterrado, vió ante sus ojos la nueva independencia, la tuvo por segura porque estaba seguro de sí mismo, reunió unos cuantos de esos anónimos fieles de la patria, les puso las armas en las manos, se puso al frente de ellos, los llevó a El Cercado...

Brillaba el 4 de julio de 1861.

Ese es un día que brilla siempre en todo el continente americano: la naturaleza se ha comprometido con América a que el 4 de julio sea siempre un día de gozo y de ventura.

Y era 4 de julio, y hacía precisamente 85 años que se había firmado en Filadelfia el acta de independencia americana, acta que no fué solo de la



independencia de una porción del continente, sino que, en realidad fué el acta de la independencia continental.

Pues bien; era día 4, y era el 85 aniversario de aquel día de 1776 en que los americanos del Norte hicieron, en nombre de todo el continente, el juramento de que América no había de seguir siendo esclava de Europa.

Y a los 85 años, día por día, hora por hora, minuto por minuto, caía con el cráneo destrozado, el hombre más resuelto que había tenido la independencia de la República Dominicana.

Y no había caído destrozado por balas enemigas: balas amigas, balas de hermanos, balas que debieron fundirse con las suyas, fueron las que dejaron yerto a Francisco del Rosario Sánchez.

Muerto, como vivo, siempre siguió siendo una protesta contra la dominación extranjera.

Desgracia de su patria ha sido que, además de protesta contra la dominación del extranjero, su muerte sea vergüenza y anatema.

Eran el mismo espíritu en dos cuerpos, y tras del uno debía caer el otro. Duarte había ido en la vida antes que Sánchez; justo era que fuera en la muerte tras de Sánchez.

Pero la muerte de Duarte, muerte también causada por la ambición o la ingratitud de sus hermanos, no fué tan venturosa ni tan pronta como la del primer adalid de la primera y segunda independencia: la muerte de Duarte fué una agonía de catorce años.

Cuando el Cibao, a quien estaba encomendada la restauración de la independencia de la patria, hizo los prodigios que hizo y pudo señalar en el horizonte de un porvenir cercano la restauración de la República, Duarte se presentó a ocupar su puesto.

Parece que en aquel momento dió comienzo su agonía. Parece que desde aquel momento volvió a ver de cerca la ingratitud que lo había desterrado hacía ya mas de veinte años. Parece que desde aquel momento vió la incompatibilidad que había entre él y los otros, entre los nuevos y los viejos organizadores de la defensa de la patria. Parece que desde aquel momento se condenó a muerte en el destierro.

Indudable es que Duarte se desterró otra vez, que otra vez fue a vagar hambriento, y solitario, solitario y hambriento, por campos tan impróvidos como estos, y como casi todos, para la abnegación y el patriotismo.

Pero también es indudable que la patria le debió un último servicio



abandonando su suelo: el de morir lejos de ella, quitándole de encima el peso del remordimiento.

Mañana, cuando en medio de esos alborozos premeditados con que los pueblos compran la indulgencia de la Historia, entren triunfalmente en esas calles los restos del que jamás pudo pisarlas con tranquilo pie;¹ mañana, cuando el sentimiento colectivo del deber haya descendido por su propio peso al nivel de las vanidades que se disipan pronto, digno de la solemnidad de aquel momento será que tomando de la mano a nuestros pequeñuelos, y mostrándoles con severo índice esos restos, digamos sin ira y sin estudio:

Ahí van los despojos de uno que fué grande en su conciencia, y más grande todavía en su desgracia. La patria por quien todo lo sufrió, lo había olvidado. Olvidada, la triste, de sí misma, solo para su continuo dolor tenía memoria. Y hoy, más feliz, la ha recobrado para sus grandes hechos y sus grandes hijos. ¡Fabricadores del porvenir, generaciones nuevas! Aprended en su ejemplo, que la capacidad de agradecer está en proporción de la capacidad de manifestarse agradecidos. Y si queréis, contrayendo grandes méritos, que la patria no los olvide y los exalte, fabricad tal patria, que nunca la contriste el dolor de la guerra fratricida o el más hondo dolor de la libertad encadenada. Entonces no tendréis que consagrar con el martirio vuestro mérito. Entonces no tendréis que ser Duarte o Sánchez. Entonces no tendrán que exhumar del suelo del cadalso, o del suelo del destierro, vuestros restos. Entonces no tendrá la patria que mezclar con sus vítores sus ayes, al devolver a su seno, al repatriar las cenizas de uno de sus bienhechores. Entonces, en vez de dormir inquietos el sueño amigo del no ser en tierra extraña, dormiréis para siempre en patrio suelo, habitaréis para siempre en tierra propia, la tranquila mansión de los que fueron.

Revista Científica....., número 31, Feb. 25 de 1884.

1. Los restos de Duarte, entonces traídos de Caracas.



GREGORIO RIVA, COMO EJEMPLO DEL DEBER DE FOMENTO¹

Una de las casas mejor dispuestas que hay en toda la República, está en una de las tres poblaciones realmente bonitas que el corredor de pueblos puede ver en los campos de Quisqueya.

Esa casa, francamente abierta a una hospitalidad completamente libre, tiene la mayor parte de los medios de solaz y aseo que faltan en la mayor parte de nuestras habitaciones coloniales. Desde el balcón de aquella casa se domina el panorama entero de la linda villa: las oscuras montañas del Cibao, hacia el N.; los llanos de la Vega, hacia el S.; los Caos de la Hilería Central, Jarabacoa y su cabellera de pinares, hacia el N.O.; el valle de la Vega, alrededor.

Aquella es Moca, el más bello embrión de ciudad que hay en el llano.

Y de aquella Moca es Gregorio Riva, el mejor esbozo de fomentador desinteresado y de empresario de buena fé que he conocido.

Moca sabe lo que le debe; pero el distrito de Samaná debe saber que se lo debe todo. Día llegará, el día de la terminación del ferrocarril de Samaná a los Caballeros, en que el distrito y la provincia y el Cibao entero reconozcan los esfuerzos realmente meritorios, los sacrificios realmente beneméritos, que ha hecho a los provincianos del N. aquel mocano bueno y sencillo, aquel excelente cibaño.

Si en algún individuo puede la moral social indicar sin error y sin reserva el cumplimiento constante del deber que tenemos de concurrir al fomento de nuestra provincia, ese individuo es Riva.

No es hoy, cuando acaso esté él regocijándose interiormente con la esperanza de ver triunfante en la vía férrea uno de sus proyectos mas soñados, no es hoy, ni es en hora de buen éxito, cuando hay que ver brillar y resplandecer en la oscuridad de todas las oposiciones, el sentimiento del deber que anima al fundador de la navegación del Yuna.

¹ Este, y los demás artículos tomados de la Revista Científica, forman parte de las lecciones de Moral Social que Hostos dictaba a sus alumnos de la Escuela Normal.



Para estimarlo con expansiva estimación, hay que verlo luchando y reluchando a solas por abrir al mundo las puertas de Samaná desconocida; pugnando y propugnando él sólo por desahogar en la bahía-portento los tesoros de que pudo el Yuna haber sido temprano conductor.

Cuando hay que ver al hombre de su deber es cuando se debate él sólo contra las asechanzas que le pone el comercio de mala fé, contra las perfidias de sus propios asociados, contra la conjuración de la envidia que es tan omnipotente factor de estancamiento, cuando no lo es de retroceso, en estos pobres pueblos que el coloniaje encadenó y que la independencencia no ha sabido todavía desencadenar.

Felizmente, cuando un bueno se propone hacer un bien, insiste en él toda su vida. Y, así vemos que a pesar de las luchas en que ha caído, otras tantas se ha levantado Gregorio Riva, y siempre se ha levantado con los mismos proyectos que había acariciado; y por medio de lanchas y vaporcitos puso los productos del Yuna en el mercado de Samaná, estableció en las orillas del río el **Almacén**,² a la vez depósito y colonia, llevó hasta el Camú el movimiento de vaivén de los productos importados y exportados, concibió la roturación y cultivo, en grande escala, de las tierras comarcadas de la bahía, buscó en el extranjero los auxiliares que casi nunca lo han auxiliado, encontró en el país, y sin buscarlos, la ardiente desafición del envidioso y la todavía más peligrosa afición tibia y cobarde de los que, no decidiéndose a querer, ni atreviéndose a odiar, son absolutamente incapaces de servir de estímulo y ayuda a quien, como Riva, cumple con un deber e ilustra con su vida el deber de fomento que a todos nos liga en la sociedad provincial de que formamos parte.

2. Común de Villa Riva, llamóse San Antonio del Yuna.
Revista Científica.... núm. 11, Santo Domingo, julio 15 de 1884.



LA PROVINCIA DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS COMO EJEMPLO DE ADHESIÓN

La provincia más provincia de todas las provincias de la República Dominicana, la de Santiago de los Caballeros. Ella es la que salvó de la invasión haitiana, todo el norte de la República: ella es la que, desde mucho antes, sostenía, con el espíritu viril que faltaba a las demás, la lucha por la vida en que estaban empeñados los colonos españoles de oriente y los colonos franceses de occidente.

En los tiempos ominosos de la reencadenación a España, Santiago de los Caballeros fué la que más propugnó, con más brío y con más resolución y con más abnegación. Ella fué, entonces, la que prefirió ver despojadas sus viviendas, yerros sus campos, incendiada su capital, despobladas sus comarca, hambrientos y desnudos sus guerreros, antes que sucumbir al yugo que otras comarcas habían recibido mansamente.

En las luchas civiles, la provincia que más fuertemente ha combatido la tiranía, la que con más frecuencia ha batallado contra el despotismo, la primera siempre en alzarse en nombre de los principios, ha sido Santiago de los Caballeros. Ella fué la que destruyó el edificio de sangre que habían levantado seis años de constante trabajar contra el derecho; ella fué la del 5 de marzo; ella fué el alma y el arma de la Evolución, único movimiento de doctrinas, única lucha de ideas que se ha sostenido en el país. Ella también, Santiago la magnánima, fué la provincia en donde más tenazmente se sostuvo el más popular de cuantos presidentes se han dado a la República: ella por último, fué la de aquel combate de 1867, en que unos cuantos jóvenes y unos cuantos campesinos desalojaron del castillo perfectamente defendido por una fuerza numerosa a los sostenedores del error.

Pero provincia tan viril ¿á que debe el carácter que la distingue? Casi exclusivamente a la **ADHESION** de sus provincianos. Entre ellos es ley el servir sin condiciones a su sociedad provincial, y como solo les han dado ocasión para servirla en los trances de la guerra y en las horas del conflicto, hacen brillar su adhesión a la provincia en todos los momentos del esfuerzo de sus hijos.



Hora vendrá en que el noble provincialismo de los santiagueros tome un curso más plácido y tranquilo: esa hora será la que señale la llegada del primer tren de ferrocarril de Samaná a Santiago. Entonces los guerreros fuertes, los ciudadanos varoniles invertirán todas sus fuerzas en el cultivo de su tabaco y su café, en la manipulación de sus abundantes materias primas y en la cultura de su entendimiento vigoroso y de sus sentimientos elevados.

Entonces, el ejemplo que hoy pueden dar aquellos buenos provincianos será ejemplo mejor, porque será más completo y más digno de la civilización.



EL SUR: COMO EJEMPLO DE AMOR A LA INDEPENDENCIA¹

Todas las peripecias de la combatida nacionalidad dominicana deben al Sur de la República heroicas soluciones.

Esas comarca han sido muro inexpugnable contra las invasiones del enemigo de Occidente; y cuando ya se creía que iba a desplomarse sobre la recién redimida esclava todo el turbión de iniquidad de sus dominadores de la víspera, surgen héroes de sus montañas y sus campos, y cada palmo de terreno es una Termópila y cada hombre tiene el espíritu de un espartano.

Con el peso enorme de una legión numerosa encima, se sacude y la echa lejos. Salva en las Carreras, en el Número, en Santomé y otros históricos lugares el honor que le dieron a la patria los que la libertaron. El título de Libertador concedido a un hombre audaz, tuvo su origen en aquellas hazañas homéricas.

El Sur ha consagrado nombres que la posteridad repite con respetuosa admiración. Desde Duvergé, el bravo de los bravos, hasta Cabral, el hombre-muro, el imperturbable. En todos ellos palpaba el espíritu de sus antepasados, Enriquillo y Guaroa, hijos de ese suelo calcinado por un sol ardiente.

Cuando aquella traición infame que hizo de seres libres los siervos de la antigua madre ingrata; cuando todo el país, sumiso y entumecido, arriaba la bandera de la cruz para enarbolar la de la sangre y el oro, en el Sur hubo pueblos que se resistieron a tamaña abdicación; y Neiba vino a ser la última comarca que consintiera en ello, bajo la presión de las circunstancias. Todavía el héroe de la isla del lago de Caguani, el intrépido Enriquillo, tenía imitadores.

Las primeras señales de la oposición a esa servidumbre, que el resto del país había recibido mansamente, se vieron en el Sur; y antes del incendio de Santiago, tuvo lugar la hecatombe de San Juan.

El Sur luchó con brío por la causa restauradora. Ahí están blanqueando aún sus campos los huesos de los vencidos en la Canela y otros puntos. Viven aún los héroes de esas legendarias proezas.

¹. Este artículo es una réplica al anterior. El autor, quizás el Padre Meriño, ocultó su nombre bajo el seudónimo de **Jesús del Cristo**.



Hubo un hombre que quiso tener la triste gloria de vender su patria a un poder extraño, a una nación exótica. Ese hombre encontró cooperadores y consentidores en la mayoría de los pueblos. Ni una protesta se levantó en otras regiones. A no ser por el Sur, el plebiscito hubiera matado la nacionalidad. Pero las impertérritas comarcas estuvieron seis años luchando solas, mientras se besaba humilde la mano del tirano que iba a recibir los millones de la venta. Sólo en el Este tuvo algún eco, que apagó el ruido de una descarga mortífera sobre pechos de patriotas inermes. En aquella cruzada de seis años brillaron Cabral, Billini, Montero, Moreno, Ramírez, Andújar y otros.

Una de las pocas revoluciones justas y patrióticas, que llevaba por objeto secar el lago de sangre que habían formado seis años de constante trabajar contra la nacionalidad, tuvo su cuna en esas comarcas del Sur.

Jamás se ha enarbolado allí con frecuencia el estandarte revolucionario por ambición. No tiene el Sur la fama de revoltoso. Ni tampoco allí el espíritu de egoísmo comarcano ha cegado hasta el punto de sacrificarlo todo por odio a los hombres y a la preponderancia de otras provincias.

Cuando una sección de la República ofreció el desconsolador espectáculo de alzarse contra su propio ilustre hijo, el sur fué allí con su ejército a defender a aquel presidente inmaculado.....

El Sur es modelo de amor patriótico. Para él toda la República es digna de sacrificio, todo dominicano es como hijo de su mismo suelo.

JESUS DEL CRISTO.



SUD Y NORTE: NORTE Y SUD¹

Un escritor desconocido, a quien las letras patrias me agradecerán que haya dado a conocer, el señor Jesús del Christo, ha publicado en el número anterior de esta Revista, un excelente artículo, titulado: **El Sud como ejemplo de amor a la Independencia.**

Nada hay en ese artículo, bien escrito y bien pensado, que me haga arrepentir de haber buscado en hechos y hombres de la República Dominicana, los ejemplos que ella ofrece a la moral social. Por el contrario: la publicación de ese buen trabajo, pensado a imitación de los que completan mi obra de Moral social, me prueba que es bueno el medio escogitado por el Director de la Escuela Normal para ilustrar la doctrina y los principios de moral que ha expuesto e inculcado a los normalistas.

Injuria sería atribuir a escritor como Del Christo, la pobreza de criterio que pueden tener los que hayan visto intenciones políticas o preferencias inmotivadas en el acto que yo creí patriótico, de presentar a la nobilísima provincia y ciudad de los Caballeros como ejemplo de adhesión. Más, como la patriótica devoción que muestra en favor del Sud de la República el escritor, tiene cierto sabor de protesta, algo de que protestar un hombre justo tendrá sin duda, el trabajo que tomé de la Normal para complacer a la REVISTA.

Ese algo ¿qué es? Algún dejo de mala voluntad para el Sud. Del Sud son Baní, Azua, San Cristóbal, centros sociales de la República, cuyas excelencias patenté en escritos calurosos. Sud es la capital, a cuyos intereses inmediatos he consagrado en los periódicos de ayer y de hoy, cuantos escritos bien intencionados me ha dictado el interés doctrinal que me inspira el desarrollo de los elementos de civilización. Sud, fulgurantes personificaciones del Sud, fueron Duarte y Sánchez, y como ejemplo los tomé de los deberes sociales a que gloriosamente se sacrificaron.

Ayer, mientras del Norte y del Noroeste y hasta de París, recibía estímulos para proseguir en estudios justicieros como esos, del Sud no recibí estímulo, contando sin duda, y con razón con que no los necesita para perseverar en su

1. Réplica de Hostos al anterior artículo.



propaganda del bien y de lo bueno, quien ya mucho antes de venir a tratar de realizar uno de sus propósitos en la República, conocía los dolores de esa propaganda.

Hoy, cuando por continuarla, y haciendo una Justicia, que es patriótica, manifiesto admiración a una virtud patente, que honra tanto a la nación dominicana como a la Provincia en donde brilla esa virtud, porque la honra de la hija es honra de la madre, surge expresamente un escritor inteligente, con el único fin de excitar rivalidades provinciales, estableciendo comparaciones que de ningún modo han estado en la mente de quien, no para el público irreflexivo, sino para estudiantes obligatoriamente reflexivos, dicta el tratado y las ilustraciones de Moral social a que corresponde el ejemplo que impugna de soslayo el panegirista patriótico del Sud.

Mucho lo siento, lo siento por el país, lo siento por el inteligente patriota del Sud, lo siento por mí. Es lamentable estado moral el de un país, en donde el reconocimiento público de méritos en una de las fracciones de su suelo es impopularidad en las fracciones restantes.

Yerra, aún con el mas alto propósito, el patriota que, como el señor Jesús del Christo, descubre y aun favorece con su talento esa tendencia nacional a la desunión de los miembros integrantes de la nacionalidad. Yerro yo mismo, cuando, después de tantas y tan continuas pruebas de afecto igual a todas y cada una de las entidades que constituyen la República, y después de tantas y tan absolutas pruebas de elevación de carácter y de indiferencia o desprecio por todo lo que es mezquino, aun puedo estar al alcance de imputaciones como la que intentara presentarme como favorecedor de rivalidades y discordias.

Errar, por ser concienzudo, —que es mi caso; errar por ser patriota del Sud—, que es el caso del señor Del Christo; patentiza involuntariamente una laceria social, como la de la suceptibilidad vidriosa de cada provincia, cuando se dice bien de otra. ¿No es esto sensible hasta el punto de obligar a invocar la **Ricordanze** de Leopardi, o las **Metamórfosis** de Ovidio, o la **Soledad** de Zimmermann, o la autobiografía de Richter?

¡Pese a Dios y pese a mí! Pues estamos frescos con la misión de mártir que tiene en nuestras tierras el consagrado al desarrollo moral e intelectual!.....

Pero es necesario perseverar: que el daño es grave, cuando hombre como debe ser de bien el que personifica en Del Christo la tendencia enfermiza del país, se nos presenta enfermo de un mal tan peligroso para el porvenir de la Patria dominicana. Es grave el mal: santa virtud y mas santo deber es el patriotismo; pero patriotismo no es eso. Patriotismo no es exclusivismo, sino **inclusivismo**.

El patriota no excluye, incluye; no resta, suma; no divide, multiplica; no fracciona, integra; no tiene ojos de aumento para los méritos locales, y ojos de



disminución para los méritos de hermanos; no considera extraño a todo no nacido en el lugarejo o el lugar, ni llama extranjero a todo el que por el mero hecho de prestar servicios patentes al país, es más nacional y más patriota, cien mil veces más patriota y más nacional, que la mayor parte de esos patriotas de colmillo envenenado que, no conocen más patriotismo que el patriotismo de la tontería.

Puesto que no pertenece a esa falange de tontos agresivos, no los secunde ni les sirva el bueno, pero errado patriota del Sud. Secunde y sirva a los que queremos una patria dominicana tan homogénea, tan adherente en sus varias partes, tan una, que Norte y Sud, Sud y Norte, no sean mas que articulaciones del organismo nacional.

Y entonces podrá llegar el suspirado día en que Este y Oeste, Oeste y Este, formen con Norte y Sud los puntos cardinales de la que algún día será una gran nacionalidad.





POR LA HISTORIA¹

A nuestro retiro libre de inquietudes, llegó el último número de la Revista, y en él leemos, con el interés que inspira siempre todo lo que sale de la docta pluma del eminente escritor Sr. Hostos, su artículo contestación al nuestro sobre el Sur.

A mala parte ha tomado el enaltecedor de una sola provincia de la República lo que de buena fé dijimos por **incluir** en la gloria de hechos grandes a otras no menos dignas de enaltecimiento.

Cree el eximio sociólogo que la pasión fué acicate de esas imparciales apreciaciones. Y no vé que sólo un profundo amor a la verdad histórica dictó aquella palabras de vindicación para las provincias que, en casi todas las circunstancias a que él se refiere no permanecieron cruzados de brazos, **recibiendo mansamente** la imposición de un yugo.

Y más nos movió a trazar aquellas líneas el temor de que mañana, cuando venga la historia a compulsar datos para decir a las generaciones futuras la verdad de los sucesos, los tome en un periódico de tanta boga como la **Revista** y de un escritor de tanta fama como el Sr. Hostos.

No hubo comparaciones desdorosas en nuestro humilde artículo. En nada rebajamos el mérito de la provincia más provincia de la República. El espíritu de **exclusivismo**, de elogios a una sola con detrimento de las demás, no campeó allí. Antes por el contrario, trabajo de nivelación fué el nuestro, espíritu de **inclusivismo** patriótico hubo en la mente y en el corazón para dar a cada uno lo suyo. —**Suum cuique tribuendi**.

Y para mayor prueba de que el **exclusivismo** provincial, que otros elogian, no es en manera alguna punto de fé y dogma de propaganda en la religión del deber patriótico que profesamos, léase en nuestro artículo la parte que consagramos a ensalzar en el Sur esa falta de prevenciones comarcanas, que hacen ver en el nacido en otra sección de la República, no a un compatriota, no a un hermano, sino casi, casi a un adversario.

Lejos de nosotros la ofensiva idea de ver en el bien intencionado autor de

1. Contrarréplica al anterior artículo.



los nunca bien celebrados **Estudios Sociales**, al favorecedor de rivalidades y discordias entre hijos de una misma tierra. Hemos leído, con goce del alma y aplausos de la conciencia honrada sus notabilísimas producciones acerca de su viaje al Sur de la República. Hemos visto en él al pensador de elevadas miras, al patriota de América, cuya tendencia es la fraternización de todos los pueblos semi-subyugados aún por vestigios de ideas nacidas del coloniaje.

El error histórico no es siempre error que apareja responsabilidad. Lo de ayer nos viene casi siempre nebuloso o adulterado, según la pasión de quien nos lo comunica. Como están aun muy recientes los acontecimientos a que el Sr. Hostos aplica su criterio para hacer deducciones, fácil es que quien le ilustra calle lo principal o añada lo falso a sus noticias.

Y como el correo se va, y talvez no llegue a tiempo, después, esta sucinta réplica que debemos desde luego al distinguido americano que tanto trabaja por el bien de las nacionalidades latinas, ponemos punto final a este artículo y a esta ligera pero provechosa discusión.

JESUS DEL CRISTO.



LA QUE ALGÚN DÍA SERÁ UNA GRAN NACIONALIDAD

Y entonces podrá llegar el suspirado día en que Este y Oeste, Oeste y Este, formen con Norte y Sud los puntos cardinales de la que algún día será una gran Nacionalidad.

Sea del patriotismo vocinglero, o del entusiasmo iluso, el derecho de afirmar un porvenir esplendoroso, tomando como premisa un presente menos umbroso que el pasado. Al pensador toca el deber de presentar las pruebas de sus afirmaciones; y, si afirma que esta sociedad en formación, cuyos materiales de construcción no están siquiera preparados, puede llegar a ser digna de la Historia no será por ceguedad de sentimiento, ni tampoco por credulidades de ilusión; será por el dominio racional de datos efectivos.

Hasta ahora, tal como la han hecho, según que sigue siendo la República Dominicana, es no más, no menos, un campo de explotaciones económicas: la afluencia del capital, la inmigración de trabajadores, el mejoramiento de los procedimientos técnicos del trabajo, la importación de industrias, junto con las excelencias de su suelo, han podido, de la noche a la mañana, hacer de ella un centro de producción, y podrán, con dirección mas atinada, hacerla un centro fijo de consumo. Eso, con un poco de actividad sajona, han hecho de Singapore los ingleses, y de Hawai los ingleses y los norteamericanos. Pero eso, y cuanto de eso se desprende, podría llevar a la prosperidad social y al bienestar individual sin que la nación dejara de ser una nacioncita como hay cien y como podrá haber mil en donde quiera que haya hombres capaces de organizar concienzudamente el trabajo social.

La que puede ser una gran nacionalidad no es la República Dominicana que conocemos. La República puede progresar hasta el punto de organizar todas sus fuerzas, utilizándolas en su propia civilización, y así podría llegar a ser una gran nación. Cuba si logra salir de las garras españolas, Puerto Rico, si quisiera decidirse a salir de ellas, podrían también llegar a ser naciones considerables. Pero ninguna de ellas podrá llegar aislada a lo que sólo juntas pueden llegar todas.



La nacionalidad es de institución natural; la nación es de institución jurídica. La geografía, la historia, sobre todo la etnología, la ética misma, concurren a la formación de la nacionalidad, en tanto que la nación puede constituirse aun contra los elementos éticos, étnicos, históricos, y geográficos. Así, Suiza, una de las naciones mas poderosas por la fuerza orgánica de sus componentes, es un compuesto heterogéneo. Las naciones todas de Europa, y sobre todo España, y Austria aún más que España, son naciones híbridas, en cuya composición han entrado casi todos cuantos elementos históricos han funcionado en Europa desde la acción de Roma sobre las confusas naciones que hormigueaban en su contorno, hasta la reacción de los pueblos bárbaros sobre Roma, y desde la descomposición del Imperio de Occidente hasta la recomposición de las naciones europeas. Hoy mismo, en el fondo de la política internacional de Europa (de la **política**, no de la diplomacia), si hay un problema fundamental que resolver para hacer estable el inestable equilibrio artificial de aquellos Estados, no es otro ese problema que el de la restitución de algunas naciones o fracciones de nación a su nacionalidad originaria. Italia irredenta, el pangermanismo, el paneslavismo, la exaltación de los principados danubianos o monarquías autonómicas, incógnitas despejadas, o por despejar, son del problema. Incógnita también de él aún más tenaz, la cuestión de Oriente.

En las Antillas mayores hay el esbozo de una nacionalidad; y de una nacionalidad tan natural, por inasequible que hoy parezca y aún por invisible que sea a tardos ojos, que en ninguna otra ha hecho la Naturaleza tanto esfuerzo por patentizar su diseño. Cuba, Jamaica, Santo Domingo, Puerto Rico no son sino miembros de un mismo cuerpo, fracciones de un mismo entero, partes de un mismo todo.

Geológicamente, son el mismo pedazo de la misma costra continental, fraccionadas por la misma convulsión. Geográficamente, son la misma porción de territorio en casi los mismos paralelos. Físicamente, tienen la misma estructura, el mismo sistema de montañas, los mismos climas, con la misma distribución de relieves y las mismas zonas agrícolas, industriales y comerciales. Históricamente, el mismo pasado ante-histórico, la misma procedencia colonial, parecidos sucesos, o los mismos, derivados de los mismos motivos de existencia. Étnicamente, la más sencilla combinación que hay en América; una misma variedad caucásica como fondo, y el mismo derivado etíope como accesorio. Eticamente, las mismas tradiciones religiosas, políticas, económicas y administrativas, produciendo los mismos usos y costumbres, o más bien, la misma falta de costumbres.

Si se incluye a Jamaica en esta asimilación de las grandes Antillas, no será porque las ignoren sus disparidades que resultan del cambio ventajoso de metrópoli y de variedad caucásica que Cromwel procuró a nuestra hermana del Sudoeste, sino por ser palpable la prioridad de los motivos de asimilación sobre los de disparidad.



También se desemejan la antigua Quisqueya, por una parte, y Cuba y la antigua Borinquen por la otra, y nadie será, sin embargo, tan ciego que no vea la confraternidad evidente de esos grupos sociales.

Si así lo reclama la política, descartemos a Jamaica: ella vendrá algún día a su centro de gravedad. Pero la política como la razón, como la moral, como la civilización, quiere que encartemos las tres grandes Antillas restantes.

El grupo que constituyen es tan homogéneo, que para ser en la historia lo que son en la Geografía, les bastará organizarse según Naturaleza, obedecer a la Naturaleza, constituir políticamente la clara nacionalidad que intrínsecamente constituyen.

A eso se irá, a eso habrá que ir por la fuerza de las cosas, y el día en que a eso llegue, la sociedad de las Antillas formará en los tiempos venideros una nacionalidad de un carácter semejante, y tan poderosa y tan prepotente y tan viva y tan insinuante en la civilización universal, como aquella sociedad helénica que, en la cuna de las sociedades europeas, ocupó en el mundo antiguo una posición geográfica y comercial que en el mundo moderno no tienen más que las Antillas.

Ahora bien, ¿a cuál de las Antillas corresponde la iniciativa en esa obra, y cuál de las tres dispone de los recursos que sólo dá la independencia? Necesariamente ha de ser la única de las tres que es independiente. Y ¿cuáles han de ser los recursos que ponga en juego? Todos, y cualesquiera, a medida que las circunstancias los reclamen.

Pero además de esos medios imprevisibles, que sólo el desarrollo de los hechos y el desenvolvimiento de un plan metódico pueden indicar con precisión, hay un sistema de conducta definido, que indefectiblemente llevará a esa meta. Y ese sistema de conducta, por justa providencia de la lógica, es exactamente el mismo que requiere la civilización de la República.

La República no podrá considerarse civilizada, ni aún en vías de concienzuda civilización, hasta que haya empezado a poblar del modo más expansivo su territorio despoblado; hasta que haya sabido poner en producción todas sus fuentes de riqueza natural; hasta que haya fundado un sistema racional de rentas, que le consienta establecer sin restricción el libre cambio universal; hasta que, educada por el libre cambio de productos, adopte el libre cambio de ideas, y olvidando el exclusivismo colonial de España, que aún conserva, abra de veras sus puertas a los hombres de todas procedencias, de todas las religiones, de todas las opiniones, y abra su alma a todos los efluvios del pensamiento humano.

Sobre este orden económico-social se establecerá por sí mismo un orden jurídico que hará de la noción del derecho y del deber la base de las relaciones políticas, y de cada morador un ciudadano y de cada ciudadano un hombre libre, y de cada hombre libre un patriota contento de su patria, y de la patria un espectáculo consolador para los hombres.



De lo que es a lo que puede ser, bien vé la República el abismo; pero es el abismo imaginario en que todo, forma o puede formar la ignorancia.

La ignorancia de las condiciones propias de la vida dominicana, y del que debe ser objetivo de la vida dominicana, la han desviado tanto de su objeto, que cuando éste se presenta parece imaginario, ilusorio e inaccesible. Es como, cuando ascendiendo por las primeras estribaciones de la **Serra dos Orgaos** y dirigiéndose desde la extremidad septentrional de la bahía de Río Janeiro hacia la arcádica Petrópolis, contempla el solitario pensador el punto de partida y el de meta; parécele inaccesible el uno, por lo alto; insondable el otro por lo hondo, y como entre él y ambos puntos hay un mar flotante de vapores que atenebran y occultan la orilla, la bahía y la ciudad, en tanto que hacen más puntiagudos los cúmulos de los **Orgaos** hacia donde se dirige, en el primer momento de su pasmo cree que todo es aire vano, vapor, gas tenebroso, y que no hay más tierra firme, ni más punto de apoyo para él que el recodo del camino en que se encuentra.

Y así en las sociedades que tienen nuestro origen, y así principalmente en la sociedad dominicana: su punto de partida es la mayor hondura, el coloniaje de España, y tienen que elevarse por sí mismas a la mayor altura, la civilización moderna, palpando y tanteando en las tinieblas: y andan extraviadas en ellas casi siempre, y cuando logran un asidero, aun cuando sea un error, creen que es el único punto de apoyo que existe para ellas, que sólo es buen camino el que caminaban y que las altas cumbres hacia donde las empuja su destino son meras ilusiones ópticas, peligrosas vaguedades, vaporosidades pavorosas.

Salir de esa alucinación, mirando frente a frente las oscuridades del pasado, las sendas torcidas del presente y las agudas perspectivas del porvenir; decidirse a vivir como deben vivir los pueblos americanos, decidirse a convalecer, **valere audere**, aplicando las fuerzas de la salud a desarrollarse del modo más completo en la totalidad de los aspectos de la vida, atreviéndose a querer ser la nación iniciadora de la nacionalidad antillana y del plan de confederación en que ha de modelarse eso sería constituir una nación fuerte por los recursos, fuerte por el pensamiento, fuerte por el ideal.

Por pequeña que sea la nacioncita llegaría a ser la madre de la gran nacionalidad que algún día mediará entre el Norte y el Sud del Continente, como media el fiel en la balanza; para ponderar y equilibrar y dar a cada uno lo que es suyo.

Oegri somnia? Pues si no se realizan, será porque la estupidez está despierta.



Sueños de enfermo son, sueños han sido, sueños serán siempre las ideas que tienen su origen en el fondo de la naturaleza, su primera raíz en alguna cabeza solitaria, su realización en el lejano porvenir.

Es bueno que así sea, porque es lógico, y es lógico porque es bueno.

No siendo así, violada estaría la unidad de producción en la naturaleza, y en nada se parecería la producción de la tierra a la producción del pensamiento. Mas ser que la idea, la habichuela, nacería, crecería, se desarrollaría, emplearía todo un período vegetal, para llegar a perfecta madurez; y la idea, la vida de la vida del ser en quien la vida es procedimiento más lento, más complicado y más penoso, brotaría como un meteoro luminoso, se haría perceptible como un meteoro luminoso, y funcionaría como meteoro luminoso en la obra de construcción y reconstrucción continua. Eso no debió ser; no pudo ser.

Una idea fructífera no puede dar fruto en la soledad de un pensamiento. Por innata que aparezca en cuanto el soñador la enuncia, necesita arraigar en varios, en muchos, en todos o casi todos los cerebros de un pueblo, de una raza, de una porción de humanidad, para desarrollarse y fructificar y hacer el género de bien y la cantidad de bien que le sea esencial.

Si fuera de otro modo, la obra peculiar de construcción que, frente a la suya, ha encomendado la naturaleza al hombre, será obra tan deleznable y percedera como toda grande concepción que no ha sufrido los dolores de la gestación. Babel es un símbolo, y simboliza eso: la grandeza en el designio imaginado y la prematurez en la realización del designio. Llena de Babeles está la historia universal y la individual de los humanos.

Bueno y lógico, lógico y bueno ¿a qué, por qué, para qué indignarse y lamentarse de que se considere sueño de hoy la idea que contiene acaso el germen de un mundo de mañana? Si es mañana para qué ocuparse de mañana desde hoy?

Y realmente hay un abismo en esta idea: si todos nos ocupáramos de mañana ¿quién se ocuparía de hoy? Sin duda que entonces sería un poco más benigno Aristófanes con Sócrates, y algo habría ganado la benevolencia; pero indudablemente viviríamos en las nubes.



Y tienen razón los que no sueñan: las nubes no son pavimento suficiente para la pisada de los hombres. El hombre debe pisar en tierra firme.

La tierra firme de las ideas es el negocio de cada día, el interés de cada día, la pasioncita de cada día, el afanoso ir y venir de cada día tras la montaña inmensa de nonadas que todos los días se acomete y todos los días reaparece tan áspera de subir como fué siempre.

En esa tierra firme qué grandes son los hombres que después quedan reducidos a los pocos piés de una sepultura olvidada o maldecida, y qué pequeños parecen los pobres cabizbajos que llevan por su via-crucis el peso de una idea fructífera y de una buena intención.

A ellos, a los grandes, toque el derecho de decidir en las grandes pequeñeces de la vida y aun en las grandes abominaciones de la Historia. De los pequeños, de los cabizbajos, de los avergonzados de su pequeñez, sea la sorda, la silenciosa, la solitaria, la sospechosa construcción del Ideal. Ser grande, en realidad, no es mas que batallar grandemente en lo pequeño.

Lo pensó hondamente y lo expresó soberanamente el poeta que a mayores profundidades del espíritu bajó.

Ser pequeño, en definitiva, no es mas que fabricar pequeñamente en lo grandioso.

La confederación de las Antillas: un propósito racional; una idea humana; un Ideal.

Pensar en eso, soñar: vivir para eso, dormir: mortificarse por eso, delirar.

Vivos, despiertos, sanos de espíritu y de cuerpo, los que toman las cosas como son, y las aplican a un interés microscópico; los que toman a los hombres por lo que se dan, y los manejan; los que toman el tiempo como es, y lo utilizan.

Aquí están las Antillas. Tienen ya cerca de cuatro siglos: son en la Historia las tierras mas viejas del Nuevo Mundo, y todavía no tienen bases ni condiciones ni siquiera aspecto de sociedades organizadas. Hasta en las semi-libres, por benevolencia de su gobierno metropolitano, hasta en la que es independiente por su esfuerzo se respira esclavitud. Hasta en las que mas espejéa la civilización la imagen exclusivamente reflejada es la barbarie.

Unos cuantos ciudadanos efectivos acá, unos cuantos aspirantes a ciudadanos allá y acullá, y una masa inerte de siervos que fueron y de siervos que quisieran ser: esa es la base social.

Unos cuantos propietarios de todo entre una muchedumbre de dueños de la nada; unos cuantos productos de riqueza entre una multitud de consumidores de aire; unos cuantos trabajadores en medio de una legion de tendidos en la hamaca o en el suelo o en el lodo: esa es la base económica.



Delegados codiciosos de una metrópoli avarienta en Puerto Rico y Cuba; gobernantes obligados, en Santo Domingo, a comprar paz; vendedores de anarquía acá, hacedores de guerra allá, manufactureros de conformidad acullá; opinión poca o ninguna; principios, indecisos o inciertos de su fuerza; doctrinas, las siempre aplazadas o las siempre aprendidas de memoria; tolerancia, en la indiferencia; sentimiento del derecho, en los casos individuales; noción constructora del deber, en las tinieblas del porvenir lejano: esa la base política.

Base moral, el olvido omnipresente del deber.

Base intelectual, el remedo de las ideas que se forman en distintas longitudes y en sociedades distintas por origen, tradiciones y tendencias.

Quizá hace bien el soñador en soñar con el día en que su esfuerzo reduzca esa discordancia o concordancia; pero el despierto hacer mejor, ateniéndose al tiempo, a los hombres, a las cosas declarando irresoluble el problema de concordar este presente confuso con el claro porvenir que hay tras las sombras, y consagrándose en cuerpo y alma a los intereses del momento.

Con lo que hay ¿qué se puede hacer más que ir viviendo? Vivir es la ley: vivamos todos. Si todavía no ha llegado su vez al pueblo que algún día tendrán las Antillas ¿a qué precipitar, a qué esforzarse inútilmente en tratar de precipitar una hora que no ha de llegar, sino cuando se hayan sucedido, uno por uno, y precisamente uno por uno, los sesenta minutos de la hora? Confederación de las Antillas. La idea parece grande porque se expresa entre dos exclamaciones; pero, vista de cerca, con el ojo práctico del positivo, con la tranquila atención del pensador de realidades, la Confederación de las Antillas es el engendro de un dormido.

Y, en verdad, mientras los despiertos tengan el derecho de hablar así, diciendo una verdad, los soñadores de la Confederación vamos dormidos.

Pero ir dormido, sabiendo que se sueña con un bien que se ha de realizar forzosamente, es despertar desde ahora en los tiempos venideros, y es necesario seguir durmiendo.

Tanto mas necesario, cuanto que hay despiertos que velan cautelosamente desde antiguo por ir de otro modo, y con designios malos, a donde hay que ir con buen designio; y para impedir que beban en el Yaki, es necesario estar dispuestos a saber confundir las aguas de todos los ríos de las Antillas.





EL 16 DE AGOSTO

Los pueblos deben consagrar sus grandes días a lo que deben los individuos consagrar sus natalicios; no tanto a regocijarse, cuanto a examinarse; no tanto a enorgullecerse, cuanto a estimularse; no tanto a hincharse de vanidad, cuanto a robustecerse de conciencia. Gran día es el 27 de Febrero; pero ya no es tiempo de malgastarlo en alborozos infantiles; mayor día, día máximo es el 16 de Agosto, día del más vigoroso esfuerzo que ha hecho la Nación dominicana; pero tampoco es tiempo de disiparlo en la juvenil complacencia del vigor que en él se demostró. Es tiempo de consagrar ya ese día honroso a demostrarse y demostrar que el pueblo segunda vez nacido en ese día, que la República resucitada en aquel momento épico, no fué capaz de aquel día, no fué capaz de aquel momento por la acción puramente irreflexiva de su fuerza fisiológica, sino por una fuerza mejor, que residía en la razón, en la conciencia, en el deber. Y es necesario probarse y probar que así como fué moral, concienzudo y nacional el motivo del impulso, así fué el objeto del impulso. Otros consagran éste, el mayor día de la nación, a disipaciones del entusiasmo bullicioso; nosotros lo consagraremos a interpretar las reflexiones a que debe entregarse el pueblo dominicano en tan glorioso día.

I

La llamada anexión de la República Dominicana a España fué por lo que respecta a la República, un cambio absoluto de personalidad. Cambio absoluto: es decir, que no fué simplemente la personalidad internacional del Estado, sino la íntima personalidad del pueblo, lo que se quiso al cambiar la independencia por la dependencia, la república por la monarquía, las instituciones propias por instituciones otorgadas, la vida propia por la vida prestada.

Si entonces no hubiera habido una razón nacional que reflexionara la muerte que había en la anexión, una conciencia popular que sintiese hondamente el remordimiento de aquel abominable parricidio, un recóndito sentimiento colectivo del deber de morir libres antes que vivir esclavos, aquí hubiera sido la República Dominicana. Ni el sacrificio dramático de Perdomo y el de Objío, ni la trágica muerte de Sánchez, ni el holocausto de sus nobles compañeros, ni el grito de Capotillo, ni el ejemplo heroico de Puerto Plata y de



Santiago, ni aquel fatigante patriotismo de Luperón que, al compeler a planazos a los moradores morosos en la defensa de justicia, personifica esculturalmente las agonías de su pueblo que no quiere aceptar la muerte injusta, nada hubiera salvado a la Nación dominicana. Todo hubiera sido convulsión fisiológica, nueva muestra de la resistencia que opone a la desorganización todo organismo. Pero debajo de aquella masa incoherente, a la cual por incoherente se pudo impunemente anexar, había una entidad dotada de extraordinaria fuerza biológica que conoció el peligro de su vida, que se conoció condenada a muerte, que quiso vivir, que no quiso morir, y que al protestar con la fuerza del derecho y de las armas contra la fuerza del engaño y del poder, por primera vez dió cuenta de sí misma, se reveló a sí misma, y se reveló al mundo. Esa identidad ignorada del mundo y de sí misma, era un pueblo, era la nación.

Todos los males causados por España al pueblo dominicano pueden perdonársele en recompensa del beneficio involuntario que le hizo al obligarlo a tener conciencia.

Esa conciencia fué la que triunfó de España por la fuerza. La grei, hecha pueblo, si dió razón de su existencia, tuvo conciencia de su derecho y cumplió con su deber.

II

¿Fué exclusivamente para salvarse de España y para conservar la independencia, para lo que el pueblo dominicano se conoció pueblo y demostró pueblo? Si solo hubiera sido para eso, bueno hubiera sido; la vida es por sí misma un beneficio, y el instinto que la conserva es una de las instituciones fundamentales de la naturaleza. Pero toda vida tiene, independientemente del instinto que la conserva, la razón que la justifica. No se viviría para vivir, sino para, por medio de la vida, realizar un fin determinado. Cuando se realiza ese fin, o se está en vía de realizarlo, solo entonces se justifica una existencia.

La República Dominicana, dolorosamente entregada a España, combate contra España y vence a España. Desde ese momento empieza su vida reflexiva; y con ella el compromiso, el deber de probar que si quiso reconquistar su independencia, restaurar sus instituciones, reasumir su autonomía, no fué solamente por oponerse a España, ni por sañudo resentimiento contra España, aún cuando toda saña estaba legitimada, sino para ser por sí misma lo que jamás, con España, hubiera sido.

Con España no hubiera pasado nunca de ser una colonia española: es decir, una sociedad eternamente embrionaria, sin derechos, sin autonomía, sin vida propia, sin capacidad para desarrollar libremente sus fuerzas físicas, morales e intelectuales. En suma, con España no hubiera podido ser más que lo sido por Cuba y Puerto Rico; una sociedad muerta, antes que nacida.

¿Y sola? Ese es el examen de conciencia. ¿Qué ha sido sola, qué es sola y



dejada a si misma la sociedad dominicana? Ante todo es. Enfermiza y todo, como fatalmente, por la fuerza de sus antecedentes históricos, tiene que ser toda sociedad oriunda de España, la República Dominicana ha vivido de sí misma, con sus propias fuerzas, con sus propios recursos, con una cantidad de fuerza biológica, y una cantidad de esfuerzos económicos que podrían parecer inadvertibles para los que no consideran las sociedades sino cuando gozan de los beneficios y de los resultados de la salud completa; pero que admirará al economista y asombrará al observador de sociedades.

Admirará al economista, que no podrá comprender cómo ha podido subsistir de solo sus recursos propios, un pueblo violentado por la discordia civil hasta el punto de no tener hora de reposo. Y el economista verá en el hecho de la subsistencia del pueblo dominicano, una de las más estupendas pruebas de esfuerzos en el trabajo, que pueda ofrecer un ejemplo de economía social.

Asombrará al observador de sociedades, que no podrá comprender, sino por la eficacia de la fuerza de cohesión, cómo ha podido vivir tanto tiempo y resistir tanto tiempo a la muerte, hasta vencerla, una sociedad que ha empleado casi todos los días de su vida en desangrarse.

Esto, que es mucho, no sería nada, si a eso se hubiera reducido lo hecho por el pueblo que no quizo disolver en la de España su personalidad internacional y nacional.

Pero ha hecho más.

En primer lugar, se ha vencido a sí mismo, puesto que goza de paz y sabe apreciar la necesidad de un orden estable. Esa, que es una prueba de haber entrado la República Dominicana en su período de reflexión, es también una prueba de que la sociedad dominicana tiene una gran fuerza de conservación. En segundo lugar, el pueblo dominicano ha empezado a conocer que no basta, como antaño, producir exclusivamente lo necesario para subsistir, sino que es indispensable producir la mayor cantidad posible con el menor trabajo posible, y ahorrar la mayor cantidad de los frutos del trabajo para aumentar indefinidamente la cantidad de producción.

En tercer lugar, el pueblo dominicano, aunque poco a poco, se hace cada vez más pueblo.

En cuarto lugar, el pueblo dominicano ha empezado a tener una convicción a que siempre será gloria de los pueblos latino-americanos el haber llegado antes que la mayor parte de los pueblos viejos: la convicción de que las sociedades, como los individuos, no pueden desarrollarse, y por tanto no pueden mejorar las condiciones de su vida, ni realizar el fin de su existencia, sino gracias y mediante su continua y progresiva educación. Eso no es todo ni puede ser todo. Todo eso es un embrión que se forma en condiciones naturales de organización del que se puede esperar un ser completo.



Esa esperanza es lo que puede la sociedad dominicana ofrecer al mundo como prueba patente de que en su obra de restauración entran elementos superiores a los que traía España en su conato de reencadenación.

Esa esperanza es lo que debe estimularnos.

Desarrollarla sea nuestro objeto, como es nuestro deber, y cada diez y seis de agosto será nueva prueba de nuestra capacidad de restaurar.



DISCURSO, EN LA INVESTIDURA DE LOS PRIMEROS MAESTROS NORMALES¹

Señor Presidente de la República:
Señores:

Han sido tantas, durante estos cuatro años de prueba, las perversidades intentadas contra el Director de la Escuela Normal, que acaso se justificaría la mal refrenada indignación que ahora desbocara sobre ellas.

Pero nó: no sea de venganzas la hora en que triunfa por su misma virtud una doctrina. Sea de moderación y gratitud.

Sólo es digno de haber hecho el bien, o de haber contribuído a un bien, aquel que se ha despojado de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la exacta proporción en que ella funcione como representante de un beneficio deseado o realizado.

El que de ese modo impersonal se ha puesto a la obra del bien, de nadie, absolutamente de nadie, ha podido recibir el mal. ¿Qué gusano, que víbora, qué maledicencia, qué calumnia, qué Judas, qué Yago han podido llegar hasta él? ¿Es el un gusano? ¿Es él un áspid? ¿Es él una excrecencia revestida de la forma humana?

No, señores: él es lo más alto y lo más triste que hay en la creación. Es la roca desierta que soberanos esfuerzos han solevado lentísimamente por encima del mar de tribulaciones, y que sufre sin quebrantarse la espuma de la rabia, el embate de la furia, el horror desesperado de las olas mortales que la asedian. Es la conciencia, triste como la roca, pero alta como la roca desierta del océano. Y no la conciencia individual, que siempre toma su fuerza en la

1. Este discurso pronunciado por el Señor Hostos en su calidad de Director de la Escuela Normal el 28 de sept. de 1884, en la investidura de los primeros maestros normales de la República, ha sido calificado por el pensador mexicano Antonio Caso como la más alta página filosófica de la América española.

Los graduados, discípulos de Hostos, fueron: Francisco José Peynado, Félix Evaristo Mejía, Arturo Grullón, Lucas T. Gibbes, José María Alejandro Pichardo y Agustín Fernández.



inconciencia circunstante, sino la conciencia humana, que toma su fuerza de sí misma, que de sí misma recibe su poder de resistencia, y, secundando a la naturaleza, sacrifica el individuo a la especie, la personalidad a la colectividad, lo particular a lo general, el bienestar de uno al bienestar de todos, el hombre a la humanidad.

En esa región de la conciencia no hay pasiones como las pasiones vergonzosas que amojaman el cuerpo y el alma de otros hombres: unos y otras pasan por debajo, precipitándose en la sima de su propia nada, sin que logren de la conciencia, que va trepando penosamente su pendiente, ni una mirada, ni una sonrisa, ni un movimiento de desdén. Ascendiendo siempre la una, bajando siempre las otras ¿qué venganza más digna de la una que el seguir siempre ascendiendo, qué castigo mayor para las otras que el seguir siempre bajando?

Una vez, en los Andes soberanos, por no se sabe qué extraordinaria sucesión de esfuerzos, había logrado subir al penúltimo pico de la cúspide misma del desolado ventisquero del Planchón una alpaca de color tan puro como la no medida plancha de hielo que le servía de pedestal. Descendiendo por la vertiginosa pendiente del ventisquero, y hundiéndose en los cóncavos senos de la tierra con todo el fragor de dos truenos repetidos mil veces por los ecos subterráneos, dos torrentes furiosos azotaban la mole en que la alpaca se asilaba. Las oleadas la sacudían, las espumas la salpicaban, los horribos truenos la amenazaban, y la tímida alpaca no temía.

Muy por debajo de la cumbre, al pié del ventisquero, una turba de enfermos que habían ido a buscar la curación de sus dolencias o de sus pasiones en aquella salutífera desolación, se entretenía contemplando la angustiada lucha entre el débil andícola y los fuertes Andes; y, como siempre que los hombres se entretienen, los unos se mofaban del débil, los otros celebraban con risotadas las irracionales mofas, éstos tiraban piedras que no podían alcanzar al inaccesible animalito, aquéllos trataban de acosarlo con sus vociferaciones, alguno que otro lo compadecía, sólo uno tomaba para sí el ejemplo que él le daba, y todos deseaban que llegara el desenlace cualquiera que esperaban.

Mientras tanto, la alpaca solitaria, indiferente a los gritos y las risas de los hombres, impasible ante el estruendo y el peligro, buscaba un punto de apoyo en la saliente de hielo petrificado que coronaba el ventisquero, y, después de caer una y más veces, logró por fin encaramarse en el único seguro de aquel desierto de hielo desolado. Entonces, conociendo por primera vez el peligro de muerte que había corrido, y oyendo por primera vez las vociferaciones que la habían acosado dirigió una mirada plácida a los hombres, a los torrentes desenfrenados y al abismo adonde habían tratado de precipitarlo, fijó la vista en el espacio inmenso, y percibiendo sin duda cuán invisible punto son los seres mortales en la extensión inmortal de la naturaleza, transmitió a sus ojos expresivos la centelleante expresión de gratitud que a todo ser viviente conmueve en el instante de su salvación; y, dirigiendo otra mirada sin encono



a las fuerzas naturales y a los hombres que lo habían acosado, por invisibles senderos se encaminó tranquilamente a su destino.

En el alma de todo sér racional que ha logrado salvar las dificultades de una obra trascendental, se manifiesta el mismo fenómeno que observé en la alpaca descarriada de los Andes. Por encima de toda pasión odiosa se levanta en el fondo el sentimiento de la gratitud.

Yo la siento profunda, y la proclamo en voz alta ante vosotros.

Todos, en el gobierno de la nación, en el gobierno del municipio, en el gobierno de la familia, en el gobierno de la opinión, como legisladores, presidentes y secretarios del Estado, como representantes de la comunidad municipal, como jefes e inspiradores del hogar, como guías de la opinión cotidiana, todos vosotros, así los presentes como los distantes, así los que sostuvisteis como los que iniciasteis esta obra, así los que desde el primer momento descubristeis la intención redentora que ella conlleva como los que hayáis tardado en ver la pureza de sus designios, así los que hayáis podido calumniarla como los que la hayáis combatido por error o por sistema, así los claros enemigos de la obra como los oscuros enemigos del obrero, todos sois dignos de gratitud, porque habéis contribuido a un beneficio que la República estimará tanto más concienzudamente cuanto mayor número de generaciones, redimidas por este esfuerzo común de redención, vengan a darle cuenta de la causa fundamental de la serie de bienes que en lo porvenir sucederá a la mañana de males que en lo pasado la envolvían.

Todos habéis contribuido a esta obra, los unos excitando con vuestra simpatía las pasiones generosas del amigo, los otros estimulando, en el que inútilmente quisisteis considerar como enemigo, las reacciones sublimes que el odio injusto promueve en las almas poseídas de la verdad y de la justicia.

Factores del bien como habéis sido todos, acaso deseáis que se le exponga, tal cual es, a los ojos atentos de la República; y ese deseo es el que va este discurso a complacer.

Harto lo sabéis, señores: todas las revoluciones se habían intentado en la República, menos la única que podía devolverle la salud. Estaba muriéndose de falta de razón en sus propósitos, de falta de conciencia en su conducta, y no se le había ocurrido restablecer su conciencia y su razón. Los patriotas por excelencia que habían querido completar con la restauración de los estudios la restauración de los derechos de la patria, en vano habían dictado reglamentos, establecido cátedras, favorecido el desarrollo intelectual de la juventud y hasta formado jóvenes que hoy son esperanzas realizadas de la patria: o sus beneméritos esfuerzos se anulaban en la confusión de las pasiones anárquicas, o la falta de un orden y sistema impedía que fructificara por completo su trabajo venerando.



La anarquía, que no es un hecho político, sino un estado social, estaban en todo, como estaba en las relaciones jurídicas de la nación; y estuvo en la enseñanza y en los instrumentos personales e impersonales de la enseñanza.

Para que la República convaleciera, era absolutamente indispensable establecer un orden racional en los estudios, un método razonado en la enseñanza, la influencia de un principio armonizador en el profesorado, y el ideal de un sistema superior a todo otro, en el propósito mismo de la educación común.

Era indispensable formar un ejército de maestros que, en toda la República, militara contra la ignorancia, contra la superstición, contra el cretinismo, contra la barbarie. Era indispensable, para que esos soldados de la verdad pudieran prevalecer en sus combates, que llevaran en la mente una noción tan clara, y en la voluntad una resolución tan firme, que cuanto más combatieran, tanto más los iluminara la noción, tanto más estoica resolución los impulsara.

Ni el amor a la verdad, ni aun el amor a la justicia, bastan para que un sistema de educación obtenga del hombre lo que ha de hacer del hombre, si a la par de esos dos santos amores no desenvuelve la noción del derecho y del deber: la noción del derecho para hacerle conocer y practicar la libertad; la del deber, para extender prácticamente los principios naturales de la moral desde el ciudadano hasta la patria, desde la patria obtenida hasta la pensada, desde los hermanos en la patria hasta los hermanos en la humanidad.

Junto, por tanto, con el amor a la verdad y a la justicia, había de inculcarse en el espíritu de las generaciones educadas un sentimiento poderoso de la libertad, un conocimiento concienzudo y radical de la potencia constructora de la virtud, y un tan hondo, positivo e inmovible conocimiento del deber de amar a la patria, en todo bien, por todo bien y para todo bien, que nunca jamás resultara posible que la patria dejara de ser la madre alma de los hijos nacidos en su regazo santo o de los hijos adoptivos que trajera a su seno el trabajo, la proscripción o el perseguiamiento tenaz de un ideal.

Todos y cada uno de estos propósitos parciales estaban subordinados a un propósito total; o, en otros términos, era imposible realizar parcialmente varios o uno de estos propósitos, si se desconocía o se descuidaba el propósito esencial; el de formar hombres en toda la excelsa plenitud de la naturaleza humana.

Y ese fin ¿cómo había de realizarse? Sólo de un modo, el único que ha querido la naturaleza que sea medio universal de formación moral del sér humano: desarrollando la razón; diré mucho mejor diciendo la racionalidad; es decir, la capacidad de razonar y de relacionar, de idear y de pensar, de juzgar y conocer, que sólo el hombre, entre todos los seres que pueblan el planeta, ha recibido como carácter distintivo, eminente, excepcional y trascendente.



Y para desarrollar la mayor cantidad posible de razón en cada sér racional ¿qué principio había de ser norma, qué medio había de ser conducta, qué fin había de ser objeto de la educación?

¿Habíamos de dejar las cosas como estaban? Habríamos seguido obteniendo, del sistema de educación apeteído, lo que el sistema practicado estaba dando a la República: unos cuantos hombres de intelectualidad natural muy poderosa, que, en virtud de sus propios esfuerzos y contra los esfuerzos de su viciosa educación intelectual, se elevaban por sí mismo a una contemplación más pura y más real de la verdad y el bien que la generación de bípedos dañinos o inofensivos que los rodeaban.

¿Habíamos de ir a restablecer la cultura artificial que el escolasticismo está todavía empeñado en resucitar? Habríamos seguido debiendo, a esa monstruosa educación de la razón humana, los ergotistas vacíos que, en los siglos medios de Europa y en los siglos coloniales de la América Latina, vaciaron la razón, dejando como impuro sedimento las cien generaciones de esclavos voluntarios que viven encadenados a la cadena del poder humano o a la cadena del poder divino y que, cuando se encontraron en la sociedad moderna, al encontrarse en un mundo despoblado de sus antiguos dioses y de sus antiguos héroes, no supieron, en Europa, ponerse con los buenos a fabricar la libertad, no supieron, en la América Latina, ponerse con los mejores a forjar la independencia.

¿Habíamos de buscar, en la dirección que el Renacimiento dió a la cultura moral e intelectual, el modelo que debíamos seguir? No estamos para eso. Estamos para ser hombres propios dueños de nosotros mismos, y no hombres prestados; hombres útiles en todas las actividades de nuestro sér, y no hombres pendientes siempre de la forma que en la literatura y en la ciencias griegas y romanas tomaron las necesidades, los afectos, las pasiones, los deseos, los juicios y la concepción de la naturaleza. Estamos para pensar, no para expresar; para velar, no para soñar; para conocer, no para cantar; para observar, no para imaginar; para experimentar, no para inducir por condiciones subjetivas la realidad objetiva del mundo.

¿Habíamos, por último, de adoptar una organización docente que nos diera el esqueleto, no el contenido de la ciencia?

¿Qué habríamos hecho de la organización de los estudios, norteamericana, alemana, suiza, francesa, si nos faltaba el elemento generador de la organización? ¿Qué Condorcet ha podido imbuir el principio vital en un facsímil de hombres? ¿Qué Cuvier ha podido poner en movimiento las organizaciones anatómicas que restauraba? ¿Qué Pigmalión ha podido dar el fuego divino de la vida al bello ideal que ha esculpido el estatuario?

Como el soñador deificado de la Grecia, como el paleontólogo que Francia dió a la ciencia, como el filósofo que la Revolución Francesa malogró, no la estatua, no los huesos, no la imagen, necesitábamos la vida.



Aun más que la vida. Para que la razón educada nos diera la forma vital que íbamos a pedirle, necesitábamos restituirle la salud.

Razón sana no es la que funciona conforme al modo común de funcionar en la porción de sociedad humana de que formamos parte. Razón sana es la que reproduce con escrupulosa fidelidad las realidades objetivas y nos da o se da una interpretación congruente del mundo físico; la que reproduce con estoica imparcialidad las realidades subjetivas, y se da o nos da una explicación evidente de las actividades morales del sér que es en las profundidades del esqueleto semoviente que somos todos.

Razón sana no es la que destella rayos desiguales de luz, brillando ahora con los fulgores de la fantasía, deslumbrando después con los espejismos de la rememoración, esclareciendo con claridad solar una incertidumbre o una duda, y, complaciéndose después en las sombras o en las medias tintas, camina por la vida como va por los senderos del mundo el caminante imprevisor: tropezando y cayendo y levantándose, para volver a tropezar y a caer y a levantarse. Razón sana es la que funciona estrictamente sujeta a las condiciones naturales de su organismo.

Y entonces es cuando, directora de todas las fuerzas físicas y morales del individuo, normalizadora de todas las relaciones del asociado, creadora del ideal de cada existencia individual, de cada existencia nacional, y del ideal supremo de la humanidad, se dirige a sí misma hacia la verdad, dirige la afectividad hacia lo bello bueno, dirige la voluntad al bien; regula por medio del derecho y del deber las relaciones de familia, de comunidad, de patria; forja el ideal completo del hombre en cada hombre; el ideal de la patria bendecida por la historia, en cada patriota; el ideal de la armonía universal, en todos los seres realmente racionales; e, iluminando con ellos la calle de amargura que la naturaleza sorda ha señalado con índice inflexible al sér humano, le lleva de siglo en siglo, de continente en continente, de civilización en civilización, al siempre oscuro y siempre radiante Gólgota desde donde se descubre con asombro la eternidad de esfuerzos que ha costado el sencillo propósito de hacer racional al único habitante de la tierra que está dotado de razón.

Llevar la razón a ese grado de completo desarrollo, y enseñar a dejarse llevar por la razón a ese dominio completo de la vida en todas las formas de la vida, no es fin que la educación puede realizar con ninguno de los principios y medios pedagógicos que emplea la enseñanza empírica o la enseñanza clásica. La una prescinde de la razón. ¿Cómo ha de poder dirigir a la razón? La otra la amputa. ¿Cómo ha de poder completarla? La una nos haría fósiles, y la vida no es un gabinete de historia natural. La otra nos haría literatos, y la vida no está reducida, y las fuerzas creadoras no están concretadas, a la imitación o admiración de las armonías de lo bello. La vida es un combate por el pan, por el puesto, por el principio, y es necesario presentarse en ella con la armadura y la divisa del estoico: **Conscientia propugnans pro virtute.**



La vida es una disonancia, y nos pide que aprendamos, gimiendo, llorando, trabajando, perfeccionándonos, a concertar en una armonía, superior a la pasivamente contemplada o imitada por los clásicos, las notas continuamente discordantes que, en las evoluciones individuales, nacionales y universales del hombre por el espacio y el tiempo, lanza a cada momento la lira de mil cuerdas que, con el nombre de historia, solloza o canta, alaba o increpa, exalta o vitupera, bendice o maldice, endiosa o endiaba los actos de la humanidad en todas las esferas de acción, orgánica, moral e intelectual, que hacen de ella un segundo creador y una creación continua.

Monstruoso el escolasticismo, eunuco el clasicismo ¿qué enseñanza era necesaria para verificar la revolución saludable en esta sociedad ya cansada de revoluciones asesinas?

La enseñanza verdadera: la que se desentiende de los propósitos históricos, de los métodos parciales, de los procedimientos artificiales, y, atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento, que es la razón humana, y al objeto del conocimiento, que es la naturaleza, favorece la cópula de entrambas, y descansa en la confianza de que esa cópula feliz dará por fruto la verdad.

Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaráis el mundo; y yo, con la verdad con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis vosotros destrozado. Y no os daré solamente el mundo de las organizaciones materiales: os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de los afectos, junto con el mundo del trabajo, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto —para disparar el pensamiento entero—, con el mundo que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural.

¿Y qué sería yo, obrero miserando de la nada, para tener esa virtud del todo? Lo que podríais ser todos vosotros, lo que pueden ser todos los hombres, lo que he querido que sean las generaciones que empiezan a levantarse, lo que, con toda la devoción, con toda la unción de una conciencia que lleva consigo la previsión de un nuevo mundo moral e intelectual, quisiera que fueran todos los seres de razón: un sujeto de conocimiento fecundado por la naturaleza, eterno objeto de conocimiento.

La verdad que de esa fecundación nacería, hasta tal punto es un poder, que ya lo véis, a vuestra vista está: la faz, distinta de la humanidad pasada, con que se nos presenta la humanidad actual, no es obra de otro obrero, ni efecto de otra causa, que de la mayor cantidad de verdad que el hombre de hoy tiene en su mente. Esa mayor cantidad de verdad no se debe a otra operación de alquimia o taumaturgia que a la simple operación de observar la realidad del mundo tal cual es.

¿Y para qué, si no para eso, tenemos nosotros los sentidos? ¿Y para qué, si no para eso, transmiten ellos sus sensaciones al cerebro? ¿Y para qué, si no para eso, funciona en el cerebro la razón?



Y, sin embargo, hacer eso, que es lo que la naturaleza ha querido que hiciese el hombre en el planeta que le ha dado, ha parecido, a los irreflexivos de todas partes, un atentado contra la naturaleza, y a los irreflexivos de por acá ha parecido un atentado contra Dios.

Pero Señor, providencia, causa primera, verdad elemental, razón eficiente, conciencia universal, seas lo que fueres ¿hasta cuando ha de ser un crimen la inocencia? ¿Hasta cuándo ha de ser un mal la aspiración al bien? ¿Hasta cuándo ha de ser aborto de la naturaleza el que más se esfuerza por ser su fiel hechura? ¿Hasta cuándo ha de ser un ofensor el que sólo quiere ser defensor de la razón?

¿De la razón? De la parcela de razón que tú, sin duda tú, razón centrípeta, has imbuído en el espíritu del hombre, para que, evolucionando independientemente de su foco, se lance en el espacio sin fin de la verdad, y, teniendo en tu seno el centro fijo, imite a la vorágine de mundos que se precipitan en el infinito, y que trazando en él sus invisibles órbitas, y poseídos del vértigo que los aleja de su centro, son, como la razón humana, tanto más prueba de que existe el centro a que obedecen, cuanto más en lo hondo del infinito se sumergen.

¿Qué cuerpo en el espacio, qué razón en el mundo de los hombres, qué virtud en el alma de los niños, puede no ser más regular cuando obedezca naturalmente a su centro de atracción?

Así como el centro del mundo planetario está en el sol, y el centro de la razón está en el mundo que contempla, así el centro de toda virtud es la razón. Desarrollar en los niños la razón, nutriéndola de realidad y de verdad, es desenvolver en ellos el principio mismo de la moral y la virtud.

La moral no se funda más que en el reconocimiento del deber por la razón; y la virtud no es más ni menos que el cumplimiento de un deber en cada uno de los conflictos que sobrevienen de continuo entre la razón y los instintos. Lo que tenemos de racionales vence entonces a lo que tenemos de animales, y eso es virtud, porque eso es cumplir con el deber que tenemos de ser siempre racionales, porque eso es la fuerza (virtus), la esencia constituyente, la naturaleza de los seres de razón.

Para lograr ese fin, más alto y mejor que otro cualquiera (por ser, tomando un pleonasma expresivo de la metafísica alemana, el fin final del hombre en el planeta), por lograr ese fin han querido los grandes maestros, desde Confucio hasta Sócrates, desde Mencio hasta Aristóteles, desde Comenio hasta Pestalozzi, desde Fenelón hasta Froebel, desde Tyndall hasta Lockyer, desde Mann hasta Hill, secundar a la razón en su incesante evolucionar a la verdad. Por lograr ese fin se quiso también aplicar aquí el sistema y el procedimiento racional de educación. Formar hombres en toda la extensión de la palabra, en toda la fuerza de la razón, en toda la energía de la virtud, en toda la plenitud de la



conciencia, ese podrá haber sido el delito, pero ese ha sido y seguirá siendo el propósito del director de esta obra combatida.

Para que la obra fuese completamente digna de un pueblo, ni un solo móvil egoísta he puesto en ella.

Si el egoísmo hubiera sido mi guía o mi consejero, hace ya mucho tiempo que hubiera desistido de la empresa: la calumnia habría dado la voz a la viril indignación, y habría acabado.

Pero ni al mal egoísmo ni al egoísmo bueno presté oído, y el mismo tranquilo menospreciador de aullidos que antes era, soy ahora; y la misma que fué en la ley, es en el presupuesto de mi vida la recompensa económica de mi trabajo material.

Si hubiera sido egoísta, abiertas generosamente para mí han estado las puertas de una comarca hermana, y me las he cerrado.

Si hubiera sido egoísta, Constitución, posibilidad de ser útil, simpatías personales, la misma vocación, me hubieran llamado a la política, y mirad que vivo en la soledad de mis deberes.

Si hubiera sido egoísta, me hubiera abierto a todas las expansiones que dan popularidad al hombre público, y mirad que estoy tan encerrado como siempre en mi reserva.

Si hubiera sido egoísta...

Pero ¿cómo me atrevo a alucinaros? ¿cómo me atrevo a mentirosos? ¿cómo me atrevo a engañaros?

Al modo de la virgen pudorosa que se ruboriza al negar el afecto que suspira en lo profundo, el alma virgen de dolor y de mentira inflama el rostro del que miente una virtud.

Vedme, señores, confeso de mentira ante vosotros. Vedme confuso de haberos engañado. Yo no puedo negaros que os engaño. Yo no puedo negaros que soy el más egoísta de los reformadores. Yo no puedo negaros que en la obra intentada, en la perseverancia de que ella es testimonio y en el dominio de las circunstancias que la han contrastado, mi más fuerte sostén ha sido el egoísmo.

Mis esfuerzos, mi perseverancia, el dominio de mí mismo que requiere esta reforma, no han sido sólo por vosotros: han sido también por mí, por mi idea, por mi sueño, por mi pesadilla, por el bien que merece más sacrificios de la personalidad y el amor propio.

Al querer formar hombres completos, no lo quería solamente por formarlos, no lo quería tan solo por dar nuevos agentes a la verdad, nuevos obreros al bien, nuevos soldados al derecho, nuevos patriotas a la patria dominicana: lo quería también por dar nuevos auxiliares a mi idea, nuevos corazones a mi



ensueño, nuevas esperanzas a mi propósito de formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos.

Tíreme la primera piedra aquel de entre vosotros que se sienta incapaz de ese egoísmo.

Con ese no se contará para la alta empresa. Y cuando ya las legiones de reformados en conciencia y en razón, por buscar lógicamente la aplicación de la verdad a un fin de vida necesario para la libertad y la civilización del hombre en estas tierras y para la grandeza de estos pueblos en la historia, busquen en la actividad de su virtud patriótica la Confederación de las Antillas, que conciencia y razón, deber y verdad, señalan como objetivo final de nuestra vida en las Antillas, la Confederación pasará sobre ese muerto. Y cuando, al meditar en la eficacia del procedimiento intelectual que se habrá empleado para llegar a la Confederación, diga alguno que la Confederación de las Antillas es más una confederación de entendimientos que de pueblos, el que ahora me acuse quedará eliminado de la suma de entendimientos que haya concurrido al alto fin.

Pero si el soñador no llegara a la realización del sueño, si el obrero no viese la obra terminada, si las apostasías disolvieren el apostolado, ni la vida azarosa ni la muerte temprana podrán quitar al maestro la esperanza de que en el porvenir germine la semilla que ha sembrado en el presente, porque el alma de sus discípulos ha tratado de hacer un templo para la razón y la verdad, para la libertad y el bien, para la patria dominicana y la antillana.

Y cuando más desesperado cierre los ojos para no ver el mal que sobrevenga, del fondo de su retina resurgirá la escena que más patéticamente le ha probado la excelencia de esta obra.

Estábamos en ella: estábamos trabajando para acabar de entregar a la República esos hombres. Uno de ellos iba a ser examinado, y se había dado la señal. El órgano, con su voz imponente, hacía resonar ese interludio sublime que, con cuatro notas, penetra en lo hondo de la sensibilidad moral, y la despierta en los rincones de la sensibilidad física, y eriza los nervios en la carne.

La Escuela era en aquel momento lo que en esencia es: y el silencio y el reconocimiento atestiguaban que se estaba oficiando en el ara de eterna redención que es la verdad.

De pronto, al pasar por la puerta una mujer del campo, se detiene, deja en la acera los útiles de su industria y de su vida, intenta trasponer el umbral, se amedrenta, vacila entre el sentimiento que la atrae y el temor que la repele, levanta sus escuálidos brazos, se persigna, dobla la rodilla, se prosterna, ora, se levanta en silencio, se retira, medrosa de sus propios pasos, y así deja consagrado el templo.



Los escolares imprevisores se reían, el órgano seguía gimiendo su sublime melopea, y, por no interrumpirla ni interrumpir la emoción religiosa que me conmovía, no expresé para los escolares la optación que expreso ante vosotros y ante la patria de hoy y de mañana.

Ojalá que llegue pronto el día en que la escuela sea el templo de la verdad, ante el cual se prosterne el transeunte, como ayer se prosternó la campesina! Y entonces no la rechacéis con vuestra risas, no la amedrentéis con vuestra mofa; abridle más las puertas, abridle vuestros brazos porque la pobre escuálida es la personificación de la sociedad de las Antillas, que quiere y no se atreve a entrar en la confesión de la verdad.





FALSA ALARMA. CRISIS AGRÍCOLA¹

Vamos a tratar de probar que es falsa la alarma de que están resintiéndose aquí los negocios.

No lo intentamos sin antes haber pesado las causas aparentes y las reales de la crisis, ni solamente por la simpatía que es natural en quien se afecta con todo lo que afecta a la sociedad. Lo intentamos también con propósito de ver si, estudiando en su fondo los motivos inmediatos y mediatos de la situación económico-social en que inconscientemente se ha colocado la República, proveen la razón y la experiencia a un orden económico un poco mas concorde con el estado de desarrollo en que se encuentra la sociedad dominicana.

I

Ante todo, expóngase la crisis y las causas aparentes de la crisis.

Ibamos, en apariencia, viento en popa. Calculando en treinta y cinco el número de todos los ingenios de caña fomentado en toda la República; en 175 las **caballerías** de tierra consagradas al cultivo de la caña y locación de fábricas y máquinas; en 5,500 el número de jornaleros nacionales, en 500 el de **extranjeros** y en 200 el de **maquinistas**, maestros de azúcar y otros auxiliares técnicos que la fabricación en **grande** escala del azúcar ha hecho indispensable; tomando como valor medio de cada maquinaria, o conjunto de medios mecánicos en cada ingenio, un capital de \$40,000; considerando invertido en cada uno de ellos otro capital de \$10,000 en los medios de transporte y acarreo; computando en \$5,500 diarios los salarios de todos los obreros, en sus varias categorías; calculando en \$25,000 anuales la renta de la propiedad territorial de esos centros de producción; en \$30,000 el interés del capital aplicado a la maquinaria; en \$2,400,000 la producción anual de azúcares; en \$183,750 los derechos fiscales de exportación, la República debía al fomento de ingenios de azúcar:

1. Estos artículos de Hostos y tres más del Dr. Carlos Arvelo, acerca del mismo tema, aparecieron en *El Eco de la Opinión*, S. D., en nov. de 1884.



1. El aumento de su capital social, en \$21,088,750.00.
2. La valoración económica de terrenos que solo tenían un valor natural y la regulación de la propiedad territorial, que era completamente indefinida.
3. El mejoramiento directo de sus medios de trabajo y el mejoramiento accesorio del trabajador.
4. La adquisición de los procedimientos modernos de producción.
5. El súbito cambio de la pequeña a la grande industria.
6. El subsidiario del comercio casi exclusivamente nacional al casi exclusivamente internacional

Esto, en cuanto a las operaciones de la producción y distribución de su riqueza incipiente.

Ahora, en cuanto al consumo:

Ante todo, considerando como entidades corporativas todos y cada uno de estos centros de producción, el consumo ha aumentado en la proporción correspondiente a la parte que han tomado en las importaciones.

En seguida, al mejorarse la condición individual de los consumidores, en la misma relación en que se mejoraban los salarios, el consumo aumentaba cuanto aumentaban las que en Economía social se llaman **necesidades activas**. Luego, como la gran industria tiende al desarrollo de las necesidades artificiales, porque aparentemente simplifica, y en realidad facilita la satisfacción de las necesidades naturales, el consumo aumentó cuanto aumentaron los apetitos suntuarios, la indeliberada corrupción que suscitan esos apetitos, y las torpezas económicas y morales de la vanidad individual y colectiva.

Como secuela necesaria del rápido aumento de producciones y de consumos aumentó el comercio de exportación y prosperó artificialmente el de especulación. De lo primero han sido resultado favorable el progresivo crecimiento de las rentas del Estado, que casi han triplicado; y de lo segundo es síntoma desfavorable el malsano desarrollo del lujo pueril y jactancioso.

Hasta aquí el conjunto de resultados buenos y malos que inmediatamente producía la situación determinada por el aflujo de capitales y por su exclusión a la fabricación de azúcar.

Pero los resultados mediatos ¿eran tan favorables como en general lo eran los resultados inmediatos?

Vamos a verlo, analizando la producción, el cambio y los consumos anteriores.

Es verdad que la producción, principalmente localizada en el Cibao, estaba casi reducida a un solo artículo, el tabaco, y no es menos verdad que, a



consecuencia de los torpes abusos del comercio de especulación, de la falta de escrúpulo en la preparación de la materia prima, y a causa de la unidad de mercado, la producción del tabaco estaba sujeta a frecuentes oscilaciones y peligrosas crisis. Pero no es menos verdad, en primer lugar, que la producción subsistía en el Cibao, y que aunque reducidas en las provincias del Este y Sud a los esfuerzos de la pequeña industria, bastaba para casi todas las solicitudes del consumo interior y servía a algunas necesidades del consumo internacional. No era grande la riqueza que se producía; pero era riqueza. Y si podía afirmarse que el país estaba en estado de pobreza, se puede objetar que aun no ha salido de ese estado. El país, bien administrado, puede ser rico, porque contiene en no calculada cantidad todos los elementos de riqueza natural que son donativos de nuestros paralelos de latitud; pero cuanto mayor sea el número de sus veneros naturales, tanto mayor tiempo requerirán para desarrollarse, y solo aquel país es rico que tiene actividad proporcionada a sus elementos naturales de producción.

Ahora bien: ¿qué se ha hecho de esa producción? La del Cibao persevera, y aun se ha aumentado paulatinamente, consagrando trabajo y capacidad a aquellos frutos, como el café y el cacao, que siempre serán mas providente industria que el azúcar.

Pero ¿en dónde está la producción del Sud y la del Este? Los hatos se han casi extinguido en demasiadas exportaciones en masa: los trapiches que hormigueaban en los campos del Sud, han ido desapareciendo rápidamente y el trabajador de todas estas comarcas ha ido abandonando su producción en corta escala por convertirse en agente de la producción en gran escala. Ese es un mal.

De él, cosa es clara que no debe responder la grande industria aclimatada de pronto en esta zona; pero como estamos exponiendo los antecedentes, y circunstancias de la crisis estacional que se está considerando como definitiva, hay necesidad de ver con claridad lo que ha sucedido, cómo ha sucedido, y porqué ha sucedido.

Lo que en la producción sucedió con la distribución de los productos. Antes de la situación establecida desde el fomento de grandes ingenios, el comercio vivía concretado al cambio nacional, a una reducida exportación y a las importaciones que podríamos llamar supletorias o complementarias, porque efectivamente no hacían otra cosa que suplir las faltas en la producción nacional o completar los consumos. Se trabajaba bastante en corta escala, se producía un poco mas de lo necesario, el exceso se cambiaba por lo que reclamaba el consumidor o no tenía el país y se vivía.

Se vivía pobremente, pero de propio fondo: el país vivía casi en absoluto de lo que producía el país. Poco trabajo le bastaba para el cultivo de los frutos menores y la crianza de sus ganados, y los mercados nacionales ofrecían copiosa fuente de consumos a la demanda pública. Contento de su pobreza, el país consumía lo que producía y nada mas.



Pero vinieron los ingenios, vino con ellos la oferta de trabajo y demanda de braceros, se hizo bracero el antiguo cultivador de breves predios, se abandonó el conuco, se descuidó la crianza de aves de corral, las pequeñas industrias agrícolas, la economía rural, cuanto por tradición o por instinto había servido para alimentar el consumo general, tanto hizo plaza al afán de ganar en pocos días el salario que sólo en semanas ganaba y aun meses de trabajo se ganaba antes, y por paradójico que parezca, el país era mas pobre cuando mas rico se hacia el Estado.

Todos hemos palpado aquí las consecuencias diarias de esa anomalía: todos hemos estado muriéndonos de hambre, literalmente muriéndonos del hambre de aquellos frutos espontáneos de las tierras tropicales, que a cada paso se han ido haciendo mas raros y por lo mismo mas costosos, y de aquellos artículos de primera necesidad que se han ido haciendo menos accesibles a medida que parecía mas fácil la adquisición del numerario.

¿Era ésta una situación favorable? ¿Es favorable situación económica la de un país en donde disminuyen los consumos en razón del aumento de productos?

No: la situación era crítica desde el momento en que se estableció esa contribución económica, que no podía presentarse sino por algún grave error.

Cuál fuera éste, lo veremos. Veamos ahora sus consecuencias. La primera fué una crisis latente, que a pocos hacia recapacitar pero que todos sentían vagamente. La última fué esta que podríamos llamar crisis sintomática, que está simplemente reducida a un abarrotamiento de nuestro único y primer mercado, que es crisis transitoria, como todas las crisis estacionales, y que no tendría ni hubiera podido tener influencia ninguna sobre los negocios del país si no hubiera venido a agravar la crisis real, la verdadera, la nacida de un progreso mal encaminado. Porque, indudablemente, ha habido un progreso que se palpa, en la aplicación de capitales a la fabricación de azúcar: eso ha sido bueno, y no se niega; pero ese progreso ha prescindido completamente de las condiciones económicas de la sociedad cuyos intereses venía a estimular, y eso es malo.

Tan malo, que a poco progresar nos hemos hallado como aquellos primeros aventureros, segundones e hidalgos de Castilla, Extremadura y Andalucía, que, alucinados por los espejismos del Descubrimiento, vinieron con Colón en su segundo viaje; con todas las exterioridades del lujo, en medio de todas las interioridades de la pobreza.

Felizmente, como vamos a ver en el examen tranquilo de esta situación, de la crisis que los temores exageran, la simple obra del tiempo ha de sacarnos pronto; y de la crisis que la confianza ciega aumentaría, la lógica y la previsión podrían sacarnos con grandes y duraderas ventajas para la República.



II

Mal procedimiento parecerá a los irreflexivos el de buscar remedio a una mala situación denunciando la existencia de dos crisis en donde se creía que había una sola. Pero la reflexión considera el mejor de los procedimientos el que, en cualquier orden de investigaciones nos lleva al conocimiento exacto de la realidad.

La realidad no es que estamos mal porque el azúcar se ha depreciado a consecuencia del exceso de azúcares, nuestra más considerable producción en el **único** mercado, o casi el único, que ella tiene o ha sabido o querido procurarse. Con reflexionar que no siempre han de ser favorables los negocios, con disminuir el costo o la cantidad de producción, con esperar a que se desahogue el mercado de Nueva York y con hacer gestiones para abrirse otros mercados, ya estaría remediado para lo futuro el mal presente.

La realidad es que la fabricación del azúcar ha absorbido casi todos los capitales y casi todo el trabajo de las comarcas en donde prevalece, dando al comercio y al consumo una dirección que violenta el orden económico.

Los médicos, si no he leído u oído mal, llaman **sintomáticas** a aquellas afecciones transitorias que indican una enfermedad más grave o más compleja que yace en estado latente. El ojo médico distingue acto continuo el carácter de mero síntoma que tiene la afección patente, y desentendiéndose de ella, se va a buscar, a encontrar, a combatir la enfermedad latente. Bien seguro está de que, combatiendo la una, matará la otra.

Así, la Economía en la crisis actual. Es doble la crisis: una que aparece, otra que está oculta, y dependiente la una de la otra. ¿Cuál de las dos es la esencial, y cual la accidental? Eso es todo lo que tiene que ponerse a averiguar la Economía. Y averiguando que la crisis verdadera es la trascendental y peligrosa, aunque esté en estado latente ¿para qué ha de ponerse a dar a la otra la importancia que no tiene, si sabe que poniendo obstáculos a la mayor, y presentando los medios de salvarla, salvará para siempre, o en todo caso disminuirá las consecuencias de la menor?

Por más esfuerzos que se haga, no se conseguirá hacer ver otra cosa que una crisis estacional en la mala situación que actualmente están sufriendo aquí los negocios. Esas crisis estacionales, como su nombre lo indica, son periódicas, y corresponden a todos los períodos que median entre producción y producción. Son los que los ingleses llaman **hard times**, lo que expresivamente es denominado **calma chicha** por los negociantes de habla castellana y lo que de un modo menos vago, definen los franceses **saison morte**. Unas veces, las crisis estacionales nacen del exceso de consumo, que ha agotado antes de tiempo la producción o de incompetencia en los centros productores, si la crisis es meramente fabril, para atender rápidamente a la demanda de un producto en un tiempo dado. Como necesariamente se resienten de estas crisis el comercio y el crédito, en donde quiera que éste no está



cimentado en instituciones sólidas, todo quebranto del crédito en una **razón social** es quebranto, más o menos intenso, en las demás.

En la situación actual de la República, lo que llaman gravedad de la crisis no depende exclusivamente más que de la dependencia en que están para la provisión de capital y para la colocación de sus productos, los hacendados de aquí de los comerciantes capitalistas y banqueros de Nueva York. Alarmados estos con el abarrotamiento de su mercado de azúcares, han puesto un óbice cualquiera al suministro o a la colocación, y como aquí no hay más crédito que el artificial que conocemos, una simple protesta de giros ha bastado para producir la alarma.

Digan los números si es real o es falso: en los bonancibles tiempos que precedieron y volverán para el azúcar de Santo Domingo, el precio sumo de cada saco de azúcar en el mercado de Nueva York, era de \$10: la producción costaba \$8.25; la ganancia líquida era de \$1.75. Vendiendo el mismo volumen a \$9, la ganancia líquida era de \$1.505 y 1.000 por saco; colocándolos a \$8, daban un producto neto de \$1.40; vendiendo a \$7, había ganancia de 1.225 y 1.000; a \$6, produce \$1.11, a \$5. 1/8, que es el precio actual, poco es, pero se gana 0.896 y 1.000.

Menos se ganaría vendiendo a \$5 el producto, pues ya no daría en Nueva York, más que 875 milésimas, que son poco más de 87 centavos de peso. A \$4 el saco, todavía habría una ganancia de 70 cents. Y la habría, cada vez menor, a \$3 y 2, puesto que al primer precio daría 52 cents, y una fracción, dando al segundo precio unos 35 cts. por saco.

Pero supongamos que haya pérdidas: si no se computan las ganancias anteriores, es indudable que la producción está en peligro, pero si se oponen las pérdidas probables de hoy a las ganancias seguras de ayer, no hay más que una pérdida negativa, es decir, una no ganancia. Y una de dos: o la situación interior de cada uno de esos ingenios es tan falsa, que no puede ninguno de ellos resistir a un momento de desequilibrio entre costos de venta y producción, o pueden. En el primer caso, la crisis no está en la depreciación estacional o temporal de los azúcares, sino en la falsa situación de los capitalistas; en el segundo caso, el tipo de ganancia que presupusieron, al emplear sus capitales, es tan arbitrario, que cualquier alteración en él es una pérdida.

Eso, no obstante, puesto que la exoneración de los derechos fiscales de exportación puede ser un estímulo para el establecimiento de nuevas haciendas y una reparación de males para las existentes, aconsejaríamos la abolición de esos derechos.

Lo aconsejaríamos por tres motivos: uno económico, otro político; el tercero de equidad.

Motivo político, provocar una reacción moral en el ánimo público, alentando a los productores de azúcar. Motivo de equidad, reparar de algún



modo los daños causados, no tanto al comercio y a la agricultura, cuanto al orden moral, por aquella irreflexiva administración de los bienes públicos que cree seriamente que es derecho suyo el gravar productos y consumos a medida que aumentan las entradas y salidas. Porque (dicho sea de paso a los que negaren la existencia de impuestos sobre los consumos, en estos países de rentas aduaneras y de contribuciones indirectas), los impuestos de importación o exportación son impuestos de consumos.

Pero aconsejar que el Estado libere de la anti-económica carga a los productos que la llevan con disgusto, no es aconsejar a los productores se atengan a ese beneficio momentáneo ni que cifren en las ventajas que el Estado puede procurarles, las esperanzas que sólo en sí mismos deben tener, y que serán fundadas, si reparan los errores que han cometido, y si, de buena fé y con la abundancia de corazón que sella la buena fe, se ponen a contribuir a que la República, salvada ya de su insignificante crisis del momento, triunfe, que será bien para todos, de su crisis capital.

Aunque sean largos los artículos nunca los serán tanto como el tema. Y para desarrollarlo, hay que examinar ahora el error económico que se ha cometido al aclimatar aquí la grande industria azucarera, ver las relaciones que tiene ese error con la crisis latente, y buscar los remedios que ésta tiene.

Se hará en artículos sucesivos.

III

El error cometido por los azucareros de Santo Domingo no es nuevo en la historia de la industria sacarina: al contrario, es tan viejo como ella. Nació con ella, y de los vicios de origen que ella trajo. Esa industria que, por eso, desde el punto de vista histórico, es abominable, se cimentó en la esclavitud. Esclavo el trabajador, —el africano—, era esclavo el trabajo; y, aun cuando malo por justa providencia de las cosas, era trabajo barato. Esclava también la propiedad, que, en vasta proporción sola al privilegiado era accesible, era también barata la base principal de producción, la tierra.

Baratos los dos agentes fundamentales de la industria, tocaba al tercer agente, el capital, la fácil tarea de monopolizar los beneficios. Y mientras pudo hacerlo, lo hizo con asombro y aplauso de todo el mundo, que es mundo siempre dispuesto a adular todos los éxitos. Pero tan pronto como cambió el régimen de las sociedades, y desapareció de Haití la esclavitud y emprendió Inglaterra su magnánima cruzada contra la trata de esclavos, y Antigua, Barbados, Jamaica, Trinidad y todas las antillas inglesas vieron abolidas la esclavitud y en 1841 prefirió con Mirabeau, la pérdida de las colonias a la pérdida de los principios, se vió la imposibilidad de seguir monopolizando la distribución de la riqueza que la fabricación de azúcar producía, y tanto la necesidad de atenerse al principio que la ciencia económica preconizaba, y los



capitalistas previsores y benévolos adoptaran el principio de la división del trabajo y separando del cultivo de la caña (que pudo quedar y quedó en manos de pequeños cultivadores) de la fabricación del azúcar (que sólo era accesible al capital), crearon las haciendas e ingenios mal llamados **Centrales**, y pudo entonces cada uno de los agentes de producción tener en la repartición, el beneficio que a cada uno de ellos correspondía proporcionalmente.

Esos ingenios centrales, o fábricas de azúcar separadas de la agricultura, obedecen a dos principios de economía, **social**, tan importante el uno como el otro; un principio, el ya expresado de la división del trabajo; otro principio, el de la limitación de los derechos del capital a la mera y simple parte que le corresponde en la repartición de los beneficios.

Ahora bien: es indudable que si el capitalista se hubiera atendido, en las empresas industriales de fabricación de azúcar a los derechos que exclusivamente le atribuye la función natural del capital en la producción económica, la producción de azúcar no habría sido nunca una especulación excepcionalmente favorable a los capitalistas, no hubieran éstos encontrado en ella el aliciente de ganancias fabulosas que el capital, siempre exigente, busca en todos sus empleos. Habría sido una empresa industrial, limitada, como todas las empresas industriales a dar proporcionalmente una renta, un salario y un tanto por ciento, a cada uno de los agentes de la producción, y la masa general de los productos al consumo.

Esa repartición, que es la conveniente al bien social, no podía parecer conveniente al bien particular de los capitalistas que arriesgaban su capital a las empresas de fabricación de azúcar, y por eso cometieron el error de exigir intereses estupendos para el capital que arriesgaban.

De ese error no se han eximido los fomentadores de haciendas de caña de la República Dominicana.

No vale decir que se ha contentado con poco. Ya se ha probado que habían ganado en los tiempos bonancibles, y que no pierden sino negativamente en estos tiempos duros. Ahora vamos a probar que el interés que han obtenido del capital empleado en sus empresas ha sido siempre excesivo y solo ha dejado de serlo en la actualidad, no porque el precio actual del azúcar sea inferior a un tipo considerable de interés, sino porque son onerosas las negociaciones a que los han obligado las circunstancias particulares en que funcionan.

Si suponemos que el término medio de la producción de las fábricas de azúcar en Santo Domingo ha sido de 15.000 sacos, vendiendo el saco

a \$ 1.75	ganaban	\$26.230
a 1.505	▪	22.575.
a 1.40	▪	21.000.



a 1.225 y 1000	"	18.375.
a 1.11	"	16.650.
a 0.896 y 1000	"	13.453.325.
a 0.875 y 1000	"	13.125.
a 0.70	"	10.500.
a 0.525 y 1000	"	7.875.
a 0.35	"	4.250.

Pues bien: \$4.250, que sería la ganancia de un ingenio de 15,000 sacos, cuando el saco se vendiera a \$2, es $4\frac{1}{4}\%$ del capital presupuesto de \$100.000. El Azucarero que venda el saco a \$3, obtiene un interés de \$7 y 5%. El que venda a \$4, gana 70c. por saco, lo que es lo mismo \$10.500, que es un interés de $10\frac{1}{2}\%$ por ciento. El que vende a \$5, gana 875 milésimas en saco, que equivalen a \$13.135, los cuales son un interés de $13\frac{1}{8}\%$ para un capital de \$100.000. Cuando se vende a \$5. $\frac{7}{8}$, que es hoy el menor precio, o a \$6, que hoy es el precio mayor, se gana respectivamente \$13.453.125, que es un interés de 13.28 y 66% y de \$16.650 que es un interés de 16.13 y 20%. Cuando el precio del saco de azúcar puesto en New York, era de \$7, el saco ganaba \$1. y 225 milésimas, que en pesos era una ganancia de \$18.375 para los \$100.000 de capital. Si se colocaba el saco de azúcar a \$8, ganaba \$1.40 cts. o se ganaban \$21.000 en la zafra, y obtenía un 21% de interés el capital invertido. Llegó a ganarse un interés de 22.23 y 40, cuando se vendía el azúcar a \$9 el saco. Y mientras se elevó el precio de cada saco de azúcar a \$1.75, el interés fue de $26\frac{1}{4}\%$ y la ganancia líquida se elevaba a \$26.250.

Por todo lo expuesto se ve:

Primero, que al precio actual del azúcar, el interés de un capital de \$100.000 es todavía considerable, puesto que es de \$13 y 16%; segundo, que al precio de \$1.75, el interés es monstruoso; tercero, que solo en el caso de venderse a \$2 el saco de azúcar queda reducido el interés del dinero a $4\frac{1}{4}\%$ que es buen interés en Londres, pero insuficiente aquí.

Ahora bien: si el capital se concretara a reclamar lo que es suyo en la distribución del producto a que concurre, en ninguna industria podría exigir más de lo que actualmente obtiene el azúcar vendido en Nueva York. Y no exigiendo más, se colocaría en las condiciones que deben circunscribir siempre a cada uno de los agentes de producción, y la producción sería cada vez mejor, y sus resultados económicos serían cada vez más bienhechores para el capital, para el trabajador, para el propietario de la tierra, y para el país. ¿Cómo, y por qué, es que, habiendo la fuerza de la crisis circunscrito en sus condiciones naturales al capital que aquí se dedica a la elaboración de azúcar, esta industria desmaya, y trascienden su desmayo y decadencia al orden general de la



sociedad, hasta el punto de que consideremos crítico este momento económico del país? Pura y sencillamente, porque se persevera en el error de pedir al capital un interés mayor que el a que tiene derecho, y se busca anti-económicamente una ganancia superior a la que es lícito esperar.

Salgamos de ese error, y entonces saldremos de callejones sin salida como el en que se ha metido en Santo Domingo la industria azucarera.

¿Cómo saldrá?

Es lo que vamos a decir con intención de bien para la industria misma y para el país.

IV

Antes de terminar estos artículos, hay que salvar un error, de imprenta o pluma, no sabemos ni importa, que nos ha hecho notar un hombre respetable, y que altera de un modo considerable la exactitud de las pruebas que hemos agrupado, al tratar de sacar a los actuales directores de la industria agrícola en Santo Domingo, del error en que creemos han incurrido.

En el tercer artículo, hablando del interés que obtuvo, obtiene y obtendría el capital aplicado aquí a la fabricación del azúcar, en las varias alternativas del precio, se dice:

Vendiendo el saco a &... Debe leerse **ganando**. La primera palabra destruye por sí sola la argumentación. La segunda es la base de la argumentación.

Entendiéndose también que la unidad de medida que atribuimos al qq. de azúcar, podemos continuar.

Como a todo el mundo, a la industria, en general, y a una industria cualquiera en particular, le sucede al establecerse en un país, que procede con exclusiva atención a su propio interés, sin cuidarse de los intereses del país, cuando no piensa vincular en él, y lo toma solamente como campo de sus explotaciones. Ese es otro error que comete, porque, por bien que vaya, siempre le iría mejor poniendo de acuerdo su interés particular con el interés general. En el segundo caso hará (explotando el símil) como el agrónomo que, conociendo específicamente la calidad de su terreno, altera los cultivos que convienen al terreno, y en esa alteración devuelve de continuo para él un cultivo lo que de continuo ha estado quitando para el otro.

¿Qué importa a un país que el capital aumente, si no aumenta para el bien de todos?

¿Y quien hay, tan irreflexivo o tan tenaz en sus errores, que, al hacerse esa reflexión, no modifique su conducta?

Ese caso de reflexión es el llegado aquí para los industriales extranjeros y



nacionales que han aplicado su capital al beneficio del azúcar. Nada importa al país que el capital aumente, porque no aumenta el bien de todos.

El bien de todos no es parcial mejoramiento de las condiciones en que está el bracero de hoy con respecto al de ayer; ese es no mas que uno de los muchos beneficios que debió producir el fomento de las haciendas de caña.

El bien de todos no es el parcial desarrollo de las rentas del Estado; ese no ha sido mas que un beneficio momentáneo. El bien de todos no es el crecimiento parcial de los negocios generales; eso ha sido un beneficio incompleto, puesto que han cesado los efectos en cuanto cesaron las causas artificiales que los motivaban.

El bien de todos está en que la industria azucarera se cimiente sobre tan sólidos cimientos, que ninguna crisis momentánea pueda conmovierla, y mucho menos quebrantarla.

El bien de todos está en que los capitalistas que han aplicado sus capitales a esa industria, encuentren en ella la multiplicación indefinida de los bienes que en el primer momento le debieron.

El bien de todos está en que el trabajo y el trabajador mejoren establemente las condiciones en que el capital recién llegado los halló.

El bien de todos está en que el comercio encuentre en el aumento de bienestar para el trabajador, una base cierta y duradera para sus operaciones.

El bien de todos está en que el Estado deba a la regularidad con que funcionen esos órganos de producción y cambio, una fuente inagotable de rentas cada vez mas seguras, porque cada vez son mas permanentes los manantiales de donde brotan.

El bien de todos está en que la producción esté en relación exacta de consumo y en que el consumo de los artículos mas de vida no disminuya por haber encarecido indeliberadamente los instrumentos de producción, la tierra, trabajo y capital; o en otros términos, porque uno de ellos, capital, haya impuesto la ley a los otros dos.

¿Se necesitan esfuerzos de Proteo para que los azucareros realicen esos bienes? Nó: se necesita pura y exclusivamente que se detengan a contemplar sus verdaderos intereses. Ellos les piden que se decidan a promover por sí mismos la inmigración de familias; a convertir sin esfuerzo en factorías centrales las haciendas en que hoy siembran la caña, la cosechan y la reducen a azúcar. Ellos les piden que vayan poco a poco extendiendo su esfera de trabajo hasta convertir sus campos, exclusivamente consagrados a la caña, en campos utilizados para todos los cultivos. Ellos les piden que hagan el ensayo de aquellas colonias agrícolas en que, reservándose el capitalista el interés legítimo que corresponde al capital, dejen al trabajador libertad de esfuerzo bastante para poder hacer de su inteligencia en el trabajo y de la clase de industria agrícola que mejor conozca, todo el partido que sepa y pueda.



Si se nos pregunta cual es el medio mas pronto de poner a los fomentadores de azúcar de Santo Domingo, en aptitud de seguir utilizando con mas ventaja su industria actual, y las varias industrias agrícolas de que hoy tienen que desentenderse, diremos que hay dos: el uno, proponerse llegar de todos modos a la colonia agrícola; el otro, hacer una operación tal, que les provea de todos los medios de que puedan carecer para el establecimiento de un Banco Agrícola.

Precisamente en estos días (se nos asegura por uno de los hombres mas peritos que tiene la industria azucarera en Santo Domingo), podría ser fácil cosa lo que en otros sería muy difícil.

Hay, según parece, capitalistas de Antillas vecinas que podrían contar con la aquiescencia de capitalistas británicos para el establecimiento de un Banco Agrícola, siempre que se pudiera conseguir, como garantía de los fondos que hubiera de aportar, la hipoteca de los ingenios que hoy funcionan, o de los que, por término medio, representaren los valores que se arriesgasen a la empresa.

No hay ninguna necesidad de hacer saber a hombres de negocios la trascendencia que para los de todos ellos tiene una institución que, acaso entre las de crédito, es la primera por la calidad de los servicios que presta. Por lo tanto, no hay tampoco necesidad de encarecer la importancia de gestionar, como les sea posible, para hacer al país y a la industria agrícola el beneficio que para ambos representaría el Banco Agrícola.

La agricultura es la industria fundamental en esta, como en todas las Antillas. Favorecerla es favorecer el desarrollo del País, y solo cuando pueda disponer de capitales que multipliquen el crédito, podrá ella tomar el carácter de estabilidad que le compete entre las bases de sociedad; ninguna tiene la fuerza de resistencia que tiene la agricultura, cuando tiene instituciones auxiliares, como la que recomendamos y nos dicen realizable, la secundan en su benéfica acción.

Si la falta de tiempo nos impide seguir tratando el tema que nos proponíamos desarrollar en toda su extensión, y que dejamos incompleto, no nos impedirá afirmar que una vez establecida una institución de crédito, consagrada en absoluto a la agricultura, la crisis real que ha subsistido aquí hasta en los momentos de más aparente bonanza industrial y comercial, desaparecería por sí misma.

Señor Redactor de **El Eco de la Opinión**.

Señor Redactor: Acostumbrado como estoy a cumplir lo que prometo, no me arredrará la falta en que ahora podría incurrir, si dejara en suspenso la promesa de continuar ocupándome en la crisis que a tantos ha alarmado.



Todos los que se hayan tomado el trabajo de esperar, pensarían que algún motivo muy perentorio me habría impedido cumplir, y me excusarían.

Pero, como además del compromiso, tengo por delante la deferencia benévola de Ud. y el atractivo mismo del estudio, voy a seguir estudiando.

Eso sí: de aquí en adelante, sin compromiso, y a medida que mis ocupaciones me den tiempo para tratar despacio de asuntos que no deben tratarse de prisa.

Ante todo, volvamos a mi propósito. Me proponía examinar las causas permanentes de la inestabilidad económica del país e indicar los que creo medios efectivos de sustituirla con una estabilidad tan cierta como la que resulta del afianzamiento del orden económico en sus verdaderas bases.

Si para eso necesité ocuparme en la influencia que en la actual situación económica de la República tiene el desarrollo de la industria sacarina, eso no quiere decir que atribuya a esta industria una fuerza constructiva o destructiva tan poderosa que de su bienestar o malestar se derive el bien o el mal económico de la sociedad.

Considero la fabricación de azúcar como uno y solo uno, y no el mejor ni el mas pequeño, de los medios de producción de riqueza en nuestras tierras; nada mas. Antes que ella, o junto a ella, la industria agrícola tiene en las Antillas un mas vasto campo de producción, y probablemente mas adecuado a nuestro estado social. ¿Por qué no se ha de hacer patente esa verdad, y por qué no inducir al capital a que explote veneros de producción que parecen inferiores al que ofrece el cultivo de la caña, cuando en realidad pueden ser superiores, y cuando, sobre todo corresponderían de un modo mas efectivo a las necesidades sociales?

Cualesquiera que sean las excelencias de la caña de azúcar sobre la remolacha, el sorgo, el maíz y otros u otros vegetales sacaríferos, es indudable que la fabricación del azúcar de caña está mucho mas atrasada que la de sus congéneres, o más bien, sus similares. Por lo tanto, desde el punto de vista económico, la caña es inferior, por el momento, a la remolacha. Claro está que no por eso han de abandonarse aquí, donde se empieza, como se han abandonado en Cuba y Puerto Rico, todos o muchos de los ingenios; pero aquí como allí ha de verse la realidad. Y como la realidad no está simplemente en efecto, esto es, en la inferioridad económica de la caña, sino en la causa, es decir, en que la caña es inferior a la remolacha porque la remolacha se produce en países de una potencia mecánica que no conocen las Antillas, reconocer esta realidad equivale a reconocer la necesidad de emplear, o mas bien, de distribuir de tal modo el capital, que, en vez de aplicarlo exclusivamente a la producción de azúcar, se aplique a producciones infinitamente más fácil y menos costosas que, aun cuando no den cada una de por sí los rendimientos que pueda dar la fabricación de azúcar, ofrezca estas dos ventajas: 1ª.— dar en conjunto, y en virtud del aforismo de Franklin, más de lo que dé el azúcar;



2ª.— indemnizar la producción y el capital, favoreciendo el empleo de todas las propiedades, grandes y pequeñas, y el empleo de todos los capitales, cuantiosos y reducidos.

Ahora bien: como que la tendencia determinada en las Antillas, no sólo en Santo Domingo, por la aplicación de grandes capitales a la agricultura, ha sido y es contraria al favorecimiento de todo capital y toda propiedad, o en otros términos, excluye de toda empresa agrícola todo capital que no sea cuantioso, y de toda producción la propiedad que no sea aplicable a la grande industria, mientras no encontremos el modo de que coexistan grandes y pequeñas propiedades, grandes y pequeños capitales, grandes y pequeñas industrias, estaremos en crisis permanente.

Quod erat demonstrandum.

Deferente S. de Ud. —**E. M. Hostos.**



CENTRO DE INMIGRACIÓN Y COLONIAS AGRÍCOLAS

I

Cuando se preparaba el país a recibir los inmigrantes judíos que desde París proponía el Gral. Luperón, sostuvimos la propuesta, como sostenemos siempre todo lo que interesa efectivamente a la República; pero sostuvimos también que era necesario, indispensable, inevitable (so pena de malograr aquel y todo proyecto de inmigración y colonización) disponerse a recibir los inmigrantes.

Hoy vamos a sostener lo mismo y con mayor urgencia todavía, porque se acaba de asegurarnos que ya ha salido de Islas Canarias para la República el primer contingente de inmigración.

Según las bases del contrato, el Gobierno de la República no va a desempeñar otro papel que el de **depositario** de esos inmigrados durante los días que pasen sin que se presente demandante. Es decir, que el gobierno se constituye en un intermediario entre los inmigrantes, que vienen en busca de trabajo, y los hacendados, que se cree serán demandantes de trabajo.

Ahora bien: ¿en dónde, cómo y con qué va el Gobierno a alojar, sustentar y hacer frente a los gastos que acarreará desde el primer momento de su llegada, ese contingente de inmigración?

Y suponiendo tan menesterosos de trabajadores a los hacendados que inmediatamente se presenten a demandar brazos, ¿podrán los hacendados disponer inmediatamente de lo necesario para albergar, sostener y distribuir en tareas adecuadas a sus aptitudes agrícolas a esos trabajadores?

A la primera pregunta, contesta la realidad: el gobierno no tiene a su disposición un lugar adecuado para alojar un solo centenar de individuos, mucho menos si vienen agrupados en familias. ¿Dónde las alojará? ¿En la Cárcel vieja? ¿En Santa Clara? ¿En la Fuerza? Basta dar esos nombres para indicar lo inadecuado de los lugares. El último, además de inapropiado, puede hasta ser indecoroso. Los otros dos, además de inútiles para ese destino provisional, nos parece que están sujetos a las cláusulas de no recordamos qué concesión.



Pero amontónese a los inmigrantes acá y allá: ¿cómo se les va a sostener durante el tiempo indefinido, largo o corto, en que carezcan de trabajo? ¿por el método de soldados? ¿por el de comunidad?

Y ¿con qué va el gobierno a arrostrar los gastos que él no debería tener que hacer? Bien se sabe que, por mucho que se exagere el mal estado del Erario público, siempre hay en él lo necesario para atender a gastos no considerables que se hacen por una sola vez; pero el caso es que los gastos que reclama el recibimiento y sostenimiento de una inmigración, cuando ésta no es un grupo aislado, sino una corriente de población que se desea normalizar, son gastos fijos, **presupuestos**, autorizados por la ley de recepción y distribución de fondos públicos.

Además, hay que tener en cuenta la gravísima responsabilidad que va a arrostrarse, y las circunstancias que todavía la hacen más grave. En estos mismos días acaba de fracasar, no sabemos por qué culpa, una tentativa de colonización, que hizo sufrir en grado sumo a los individuos que inmigraron para hacerla, y que tuvieron en su mayor parte que regresar al punto de procedencia. Si al descrédito que lleva consigo ese regreso de inmigrantes burlados en sus esperanzas, se agrega otro fracaso al corto tiempo ¿qué será de la inmigración, el problema de los problemas y el medio de los medios, porque es el **único** que puede resolverlos todos?

Y desde luego, sin vacilar, con plena tristeza de la evidencia y seguridad del vaticinio, se puede asegurar que la empresa de inmigración se frustrará, a pesar de las inteligentes precauciones del contrato y a pesar de los excelentes propósitos del Gobierno, no porque éste deje de hacer lo que sin duda hará, sino porque él no puede hacer lo que no puede.

Empresas de ese orden no son de las que somete al Estado la ciencia económica; son, al contrario, de las que la ciencia encomienda al espíritu de asociación.

Ya el gobierno ha hecho lo que podía y puede en países sin iniciativa y sin espíritu de asociación. Ahora complete su obra, desentendiéndose a tiempo de la organización y responsabilidad que él no debe arrostrar.

Para eso, constituya en Cuerpo u Oficina o centro de inmigración; o muchísimo mejor, emplee su influencia en estimular el patriotismo y la diligencia de hombres de buena fé, de inteligencia teórica y práctica en materias de inmigración y colonización, y siempre que sean responsables, déjeselos responder, que ellos responderán. No es tan difícil poner en práctica lo que tantas veces, y con tan profunda convicción y con tanta seguridad de bien para la República, ha aconsejado: E. M. Hostos.



II

Lo dicho en el artículo anterior excusa toda insistencia en la idea que él contiene. Tan de sentido común es la necesidad de prepararse a recibir los inmigrantes, que cada vez que se noticia su próxima llegada, se pregunta: “Y ¿dónde, y quién y cómo va a recibirlos?”

Dando, pues, por incontrovertible el razonamiento de que nos valimos, razonaremos ahora del empleo que debe tratar de darse a la inmigración en general, y al primer contingente de inmigrantes en particular.

Lo que ante todo interesa a la República, es poblarse y lo que sobre todo le conviene, es civilizarse. No siendo civilización efectiva la exclusivamente reducida a algunos centros de población, sino la extendida, por la misma virtud del desarrollo natural e intelectual, a todos los grupos, urbanos y rurales, en que esté distribuida una población, indudablemente no está todavía la República en las condiciones de avanzada sociabilidad que anhelan los mejores de sus hijos.

Para que llegue a ese deseado grado de desarrollo hay necesidad de aumentar la población existente, con otra que trabaje según un plan dado, y que prospere tanto y tan pronto, que, además de ser un señuelo de inmigrantes, se encariñe con el suelo hasta el punto de considerarlo patria suya.

Ese trabajo metódico y ese resultado nacional no pueden conseguirse de otro modo que con el establecimiento de colonias agrícolas. Y esas colonias agrícolas no podrán florecer sino con la exclusiva condición de que estén encaminadas y dirigidas por quienes tengan un conocimiento completo, tanto teórico como práctico, así del fin social que están llamadas a realizar, como de los medios técnicos y los procedimientos prácticos a que se debe recurrir.

El Gobierno parece que conoce en toda su profunda trascendencia la necesidad de utilizar, en y por medio de colonias agrícolas, los contingentes de trabajadores que va a suministrar la inmigración, y tenemos la gratisima convicción de que todos, empezando por el Presidente, harían y harán todo lo posible para realizar un plan que se le ha presentado. Pero, en cambio, tenemos la triste impresión de que el capital que se requiere, aunque mínimo, para la realización de ese plan, o no logrará reunirse, o impondrá al autor del proyecto intervenciones que él de seguro no aceptará.

De modo que, con una inmigración en perspectiva, con un plan realmente nacional para recibirla y utilizarla, con disposiciones hasta no más favorables por parte del Presidente y de su gabinete, con las mayores probabilidades de éxito para la más pensada y más patriótica de cuántas empresas pueden intentarse aquí, las colonias agrícolas correrían el riesgo de frustrarse si no fuera tan decidido el empeño de su promotor y tan decidida en favor de ellas la disposición del Ejecutivo.



Contando con la eficacia de esa disposición oficial y de aquel empeño individual, creemos que al fin verá la República un ensayo de colonia agrícola.

Y lo que verá después como resultado de ese primer ensayo, lo diremos en artículos sucesivos.

Las solas Repúblicas Argentina y Chile nos proveen de datos suficientes para demostrar con pruebas terminantes, que poblar es gobernar, que gobernar es civilizar, y que civilizar es hacer coherentes las sociedades que carecen de cohesión.

III

Ha fracasado el proyecto que ha acariciado y seguirá acariciando el que esto escribe; pero no sea ese un motivo para dejar de seguir exponiendo la importancia de esa obra, benéfica entre todas las que pueden imaginarse en el orden económico y para fundar en el económico el verdadero orden político de una sociedad naciente.

Ahora mismo acabamos de recibir una prueba de la excelencia del procedimiento que recomendamos. Es una carta de un venerable argentino de nacionalidad y chileno de adopción, que, después de larguísimos años de ausencia, tuvo deseos de ver como iba con las nuevas ideas y los nuevos medios de gobierno, aquella tierra argentina que él conoció desierta, desolada, triste, muerta.

He aquí lo que nos dice:

“Encontré todo aquel país asombrosamente adelantado y en febril actividad comercial y agrícola. Las provincias interiores también progresan, pero a paso mas lento. Se hallan en la labor de resolverse algunas cuestiones sociales, políticas, financieras y religiosas, sin que por eso se perturbe el orden público: toda esta evolución se está operando por los trámites constitucionales de la discusión y el debate razonado. No me aventuro a asegurarle que este estado de cosas esté exento de errores y de graves imperfecciones, no; pero, al menos, para subsanarlos o enmendarlos, no se apela ya a la espada y al fusil.”

Hace diez años, todavía la República Argentina no podía jactarse de la confianza en los medios jurídicos que demuestra esa carta; todavía no hace diez años que uno de los mas grandes ciudadanos argentinos, un verdadero grande hombre, el General Mitre, apeló a la armas, aunque felizmente para su patria y para él mismo, las fuerzas conservadoras de la paz lo vencieron.

Y ¿a qué se debe la portentosa fuerza de propulsión que ha tomado el desarrollo de la vida argentina? ¿a qué la fuerza de resistencia que el derecho ha adquirido en aquella, la tierra de los Rosas y los Quiroga? ¿a qué la definitiva preponderancia de la paz sobre la guerra, del orden sobre la anarquía, de la libertad sobre las costumbres revolucionarias?



A este hecho y a esta escuela.

El hecho: en la República Argentina entran todos los días de cada mes uno a dos vapores trasatlánticos que llevan indudablemente algunas centenas de inmigrantes, y que, en el decurso del año, desembarcan cien o más de mil trabajadores en el suelo de la República.

La escuela: todos los propietarios de tierras han aprendido a aprovechar esa inmigración, y han establecido colonias agrícolas que han dado valor a la tierra, propiedad al trabajador, renta al propietario, y un aumento de 250% a las rentas nacionales.





MONÓLOGO (27 DE FEBRERO)

¿Otra vez.....? La animación y el tumulto me dicen que están celebrando el **veinte y siete**. Cuarenta y un años han pasado desde entonces, y todavía no han aprendido mis hijos a celebrar a gusto mío mi natalicio.

Entonaciones de himnos religiosos y patrióticos, detonaciones de cañón y de entusiasmo, triunfos póstumos y apoteosis tardías para los hijos de mi dolor, recuerdos más delicados que eran antes, unanimidad un poco más cierta de la que suele reinar entre discordes, sin duda que algo es, sin duda.

Ya eso me certifica que no volverán a ponerme maniatada en manos de la madrastra que cedió mi cuna a los sombríos advenedizos de occidente; ya eso me asegura que no volverán a llevarme, de mercado en mercado, como vil esclava que, cuando ya no sirve para nada, sirve para dar a su dueño un puñado de oro en cambio de un torcedor inútil de conciencia.

Pero ¿cuándo será que, señora del suelo en que nací, o al menos, del territorio a que me redujeron los primeros defraudadores de mi vida, pueda medir con pié tranquilo la extensión en que debo desarrollar las fuerzas no quebrantadas aún por la pérdida de sangre? En el dolor soy vieja; pero soy tan infante en la vida normal y regular a que están destinadas las naciones, que aún me parece que siento aquel profético hervor de sangre que anuncia las vidas vigorosas.

¡Ah, si me dejaran...! Si me dejaran, indudablemente yo llegaría a ser algo. Aquí, en el corazón, siento las fuerzas que más pueden en el mundo material; aquí, en el cerebro, laten violentamente las ideas; aquí, en la voluntad, palpito yo.

¡Yo quiero ser! ¡Dejadme ser!...

¿Fué alucinación o apreciación exacta? Como tantas veces, he lanzado a los vientos el clamor, y el viento servil me ha devuelto mi mismo gemido de agonía... Pero ahora nó: ahora me pareció que el viento se ha poblado de clamores, que mi voz ha resonado como un trueno, que el trueno se compone de las cuatrocientas mil voces de mis hijos, que mis hijos se deciden a querer lo que quiero, que mi voluntad será ley, que yo seré.

¿A ver? Si no me engaño: de norte a sud, del oriente aún mío hasta el occidente a que he tenido que resignarme, se levanta el mismo rumor de vida.



¡Ya se vive en mi seno, Dios del mundo! Del Yaqui al Neyba, de Samaná a Bahoruco, el estrépito sordo del enjambre que tantas veces he contemplado suspirando. Ya se trabaja en mi seno, ¡oh Constructor del Universo! De Ozama a los Caballeros, de Isabel de Torres al Jura, la palabra corresponde a ideas, y las ideas a nobles fines. Ya se piensa en mi seno. Vega y Moca, ambas Macorís, Seybo e Higüey ponen hoy, en la celebración de mi aniversario, una vivacidad de sentimientos que nunca me ha parecido tan varonil y tan sincera. ¡Ya se siente aquí!

Pues si se siente, se piensa, se trabaja y se vive en mi regazo, sea éste el último suspiro de tristeza que yo exhale y aliénteme el poder de la esperanza.

Por donde ahora me llevan mis hijos, vamos bien: por ahí se va al dominio de todas las fuerzas que debe tener una nación; y con esas fuerzas se llega con seguridad a todas partes; a Jaragua, a Cubanacoa, a Borinquen, a la unión, a la resurrección de las Antillas, a la posesión completa de nuestra vida, a la dilatación del progreso, al dominio soberano de la civilización...

Así habló quien así debe hablar en 27 de Febrero.

POESÍAS DE LA SRTA. PERDOMO¹

El tomo de poesías recién publicado por la Srta. Perdomo contiene versos bastantes para entretener los ocios de cualquier cultivador de la lírica.¹ Allí romances octosílabos, allí cuartetos de la misma medida, allí endecasílabos y decasílabos, pentasílabos y alejandrinos, ora enlazados en la libre construcción de los romances, ora en la fácil forma del cuarteto o en la sextina rigurosa o en la pomposa octava real. Allí también la persuasiva seguidilla y el sáfico forzado y el cambio caprichoso o inopinado de metros y rimas.

En esos moldes que el arte de versificar ha hecho familiares a todos los hacedores de versos castellanos, la poetisa ha vaciado un corazón sencillo, tierno y benévolo, lira de nervios que sólo tiene tres notas; la que canta el generoso sentimiento de la amistad y los dulces afectos de la familia, la que entona los himnos a la patria, y la que expresa los impulsos religiosos. Esa lira de tres notas, como aquella flauta primitiva del indio aymarí, la **quena**, expresa a veces tan bien el motivo que la templa, sobre todo si es de los que en la música se expresan por medios de los **tonos menores**, la melancolía y la tristeza, que no se puede menos de celebrar la concordancia del fondo y de la forma. En ese sentido señalaré como deliciosa expresión de un sentimiento tierno, aquellas sencillísimas quintillas:

*Carmita bella, sobrina mía,
de negros ojos, de blanca tez,
tu voz es dulce cual la armonía
con que las aves cantan el día
cuando se tiñe de rosicler...*

La silva casi en todas sus partes majestuosa, que comienza con esta majestuosa invocación:

*Augusta Religión, hija del cielo,
Que de perenne resplandor vestida,
Cual astro de esperanza y de consuelo,
Para mostrar las sendas de la vida
Del seno del Creador bajaste al suelo,*

1. Josefa A. Perdomo, **Poesías**, Santo Domingo, 1885.



es también un concierto feliz entre el sentimiento y la expresión de una alma ingenua. La tercera nota de esa modesta lira, el patriotismo, vibra también con claro acento, y alguna vez, como sucede en **El Triunfo de la Patria** tiene un vigor y una seguridad de pensamiento que tanto sorprende en poetisa de tan dulce aliento, como complace por la elevada noción de patria a que corresponde.

De cuando en cuando, emite otro sonido la lira de la poetisa; si el cometa de 1882 acentúa con su brillo tenebroso las tinieblas brillantes de lo infinito, o si el huracán de 1883 despierta en ella los placenteros terrores que duermen en la vida incompleta de nuestras sociedades, la lira se convierte en arpa eólica y como ésta emite los sonidos que quiere producir la naturaleza.

Ni el tiempo ni el país están para poesía, y nada sorprendente tendrá la indiferencia que acaso reciba la poetisa; pero cualquiera que se acerque a su libro y la vea en él, no podrá menos de estimarla mucho mejor poetisa de lo que tal vez pensara y muy más amable mujer de lo que quizá creía.



MANUEL PICHARDO PATÍN

Para los así devorados en vida por los microbios de la carne, como para los lacerados por **microbios** del espíritu, morir es libertarse. Lejos, por tanto, clamar a Dios desde lo profundo, hora es de cantar a redención: la hora de libertad en el esclavo, individuo o pueblo, la ha hecho el tiempo para los hosannas, y no para los de profundis.

Por vida de Dios... nacer para enfermar, y vivir para contemplar hora tras hora la caída de la carne en el estercolero, o la caída del alma en la pocilga, y tener todavía que temer que a la muerte deseada y bienvenida la vistan de luto y la revistan de lágrimas de cristal o de papel plateado, es demasiado exigir de la mentira.

Pobre joven, imagen viva que fuiste de los pobres pueblos condenados a morir en vida por la oprobiosa esclavitud del coloniaje y por la cancerosa educación del caudillaje, ya acabó para ti la triste obligación de seguir presenciando que ni aún al desarrollo de males como el tuyo puso remedio la sociedad nacida en las Antillas, y en Centro y Sud-América, de la violencia y de la servidumbre, de la ignorancia y la apatía: en las **Antillas**, en Colombia, en las altiplanicies de los Andes y en los llanos y pampas de más allá, generaciones enteras desaparecen sacrificadas a la molicie, a la imprevisión, a la ignorancia absoluta de la higiene privada y al olvido absoluto de la higiene pública.

Como si toda la sociedad estuviera infestada del mismo mal, y para ella no hubiera más ejemplos que los que recibe de Europa, cuando ésta se digna venir a bombardear nuestros puertos y a echar a pique nuestros míseros remedos de fuerza naval, ni prevenimos sabemos para contrarrestar la barbarie de los civilizados de ultramar, ni sabemos resguardarnos de las tres horribles enfermedades que de tal modo van depauperando la población de nuestros suelos, que es buen deseo, deseo de patriota, preferir dejar de verlas, aunque sea muriendo, antes que seguir viéndolas vivir en la miseria social e individual en que viven enfangadas, emporcadas y envilecidas.



Tan enfermas ya que ni ojos tienen para ver su mal, ni son capaces del esfuerzo de caridad, impulso magnánimamente sostenido de abnegación y de cariño, que años enteros ha estado haciendo al lado de Manuel Pichardo, la humilde víctima de la caridad mundana que él ha dejado huérfana del sacrificio a que se había entregado mansamente. Triste de ella, feliz de él.



DISCURSO EN LA INVESTIDURA DE LOS SEGUNDOS MAESTROS NORMALES¹

Señor Ministro: Señoras: Señores:

¿De qué arma nos proveeremos en el mundo para defendernos del asalto de tribulaciones que es la vida?

¿De las armas de la fé o de las armas de la duda? ¿de las que manejan el dolo y la injusticia, o de las que hacen invencibles a la verdad y la justicia? ¿de las que esgrime el mal, o de las que el bien utiliza para el bien?

Tal, en sus términos extremos, es el problema de la educación, según se plantea por sí mismo ante la Sociedad, ante el Estado, ante la familia, ante el alma racional de cada humano, ora como responsabilidad colectiva, ora como incertidumbre individual, ora hecho carne y hecho espíritu en la solemne personalidad de nuestros hijos.

Tal es el problema que voy a tratar de resolver.

No voy a resolverlo con intento de defender otra vez el principio, la marcha y el término de la Normal; no tampoco para acabar de hacer patentes los recónditos beneficios de la reforma a que he dado el reposo de estos años azarosos; menos aun para arrostrar provocaciones importunas. No quiero ahora complacerme en las placenteras responsabilidades de esta obra: no quiero ahora acordarme de las vastas proporciones que tiene en mi pensamiento esta reforma: no quiero evocar los recuerdos de la lucha; no quiero combatir. Quiero tomar un momento de reposo, y antes de volver a la fatiga, pensar que yo también soy padre de familia, que yo también tengo que sondear para mis hijos el hondo problema que daba por resuelto y que presentaba resuelto a otros padres y otros hijos.

Todos tenemos, ante el corazón acongojado, una familia a cuyo presente y porvenir estamos ligados como la causa a su efecto, como la voluntad a sus

1. Fué pronunciado por el Señor Hostos, en su calidad de Director de la Escuela Normal de Santo Domingo, el 2 de febrero de 1886. Este segundo grupo de maestros normales lo componían: J. Arismendy Robiou, Jesús María Peña, Barón y Rodolfo Coiscou.



actos, como la sensibilidad a sus afectos, como la razón a las verdades que descubre, como la conciencia a sus fallos implacables.

Del bien o el mal de una familia, el padre es responsable: ¿cómo la encaminará hacia el bien? ¿cómo la amparará contra el mal que nos bloquea?

El siglo en que vivimos, como el de Jesús, como el de Sócrates, como el de Budha, como el de Confucio, es siglo de renovación; y ningún momento de renovación, en el espíritu de la Sociedad o en el de un hombre, es momento de fé: nó, por lo menos, de aquella fé ciega e ingenua como la infancia, infantil como la inocencia, inocente como la inconsciencia. Sin embargo, quiero que la fé me dé su luz, y me la dá. La fé es un servidor de multitudes y de edades. Ha servido para guiar la primera edad de las sociedades, ya fueran progresivas como la india, la china² o la griega ya estacionarias como las turanias, las africanas o las yucayas. Educador de los tiempos primitivos de toda porción de humanidad, la fé ha servido para iniciarla en el amor, en la reverencia y en el conocimiento inicial de la naturaleza, unas veces presentando en el fetiche, en el torrente, en el viento, en el fuego, el efecto palpado o la causa aparente de los fenómenos naturales; otras veces ofreciendo en la luz bienhechora de los astros, el símbolo inefable de la armonía y la providencia de las cosas.

Haciendo del hombre el objetivo supremo de la naturaleza, con el zemí de los primitivos antillanos, con los Dioses-hombres de los helenos, y con la devoción de los espíritus que la raza madre del Turan ha trasmitido a sus estacionarios descendientes instituyó en el espíritu de las gentes el símbolo sagrado de la inmortalidad. Elevándose en Brahama, en Budha y en Moisés a la concepción abstracta de la causa sin causa, dió principios y preceptos, leyes y reglas de organización completa, y encaminó por donde quiso, a la sociedad naciente del Indostán, a las sociedades de la altiplanicie del Thibet y del archipiélago del Asia, y a la sociedad que creó, modeló y uniformó en el seno mismo de la potente sociedad egipcia.

Siendo la humanidad la eterna madre de cuyo seno nos levantamos a la vida y sobre cuyo seno nos reclinamos en la muerte, toda su obra es nuestra obra, todo su pensamiento es pensamiento nuestro, todos sus afectos son nuestros afectos, todas las formas de su fé son transformaciones de la nuestra, todas sus responsabilidades son las nuestras, y debemos responder de todos sus esfuerzos por construir sobre el mundo volcánico que habita, el mundo ideal que ha concebido.

Así, cuanto más depuremos de errores la razón, cuanto más purifiquemos de torpes fanatismos la combatida voluntad, cuanto más vengamos en nuestra sensibilidad a las pasiones, cuanto más altamente dirijamos la conciencia, con tanta mayor equidad juzgaremos las creencias de la estirpe humana, y tanto más imparcialmente participaremos de las adoraciones que ha tributado a la

2. China fué progresista hasta Confucio; estacionaria después. Hostos.



naturaleza, a las fuerzas creadoras, a los espíritus intermediarios, a las causas abstrusas, al alma del mundo, al Sér Desconocido.

Entonces, lejos de mofarnos, trataremos de ponernos en el estado psicológico en que cada una de las humanidades precedentes se encontraba al crear su símbolo, y reverenciaremos como otros tantos esfuerzos del Ideal, las realidades grotescas o severas, graciosas o profundas, sólidas o deleznable a que ha dado origen en su afán de sustituir con una inmortalidad armoniosa esta vida inarmónica de un día: que así como en las tardes serenas de los trópicos, al trasponer el sol nuestro horizonte, o al trasponer nuestro hemisferio el horizonte del astro conductor, todos los vapores expelidos del seno de la tierra se transforman en nubes, celajes y arreboles que encantan la vista y enternecen el ansioso corazón, por mas que el encanto esté reducido a una ilusión de óptica y por más que la realidad esté ceñida a una refracción de moribunda luz sobre efluvios malsanos de la tierra, así en las horas tranquilas de meditación, todos los esfuerzos de la razón humana en su empeño de descubrir la causa de las causas, convergen por más divergentes que parezcan, hacia el mismo foco de atracción; y si no logran darnos la luz que nos prometen, nos dan el consuelo de despertar en nuestra alma el sentimiento de benevolencia que hemos menester para descubrir propósitos de bien en los mismos errores que amontona el mal.

Mas si la historia de la fé es un elemento de educación en cuanto es capaz de desarrollar sentimientos de justicia en nuestra alma ¿qué dogma positivo, qué organización de la fé, no habiendo ninguna que no sea exclusivista, dejará de ser perturbadora?

Y si empezamos por perturbar la razón y la conciencia de nuestros hijos ¿que fuerza tendrá esa arma, cuando la razón y la conciencia que han de emplearla son una conciencia perturbada y una razón convulsa?

Pero si así lo exige el rigor de las creencias, armemos con sus armas a nuestros hijos y precipitémoslos en el abismo de la vida.

Ella, que también es perpetua educación, solicitará con su ejemplo a los creyentes. Les ofrecerá el aliciente de todas las pasiones, el estímulo de todos los intereses, la atracción de todos los ensueños, la satisfacción de todos los apetitos, el relato de todas las virtudes impotentes, el espectáculo de la omnipotencia de los vicios, la biografía de todos los crímenes inmortalizados, la comedia de la vanidad y la envidia palmoteadas, el drama de los grandes afectos malogrados, la tragedia de los grandes deberes malpagados; aquí gimiendo la honradez menospreciada, allí llorando la honestidad sitiada, acá sollozando la inocencia perseguida, allá clamando la verdad y la justicia escarnecidas, y por todo consuelo las tinieblas interiores del espíritu, y por toda arma defensiva un dios lejano.

Ya, ya lo sé. Harto sé que cuando el pintor reproduce fielmente el paisaje más familiar a nuestra vista, desconocemos el paisaje. Es que el pintor ha



buscado y encontrado lo que nosotros no buscamos ni encontramos: él busca la exacta distribución de luz y sombras, de colores y desvanecidos, de términos, ambiente y perspectiva, en tanto que nosotros vemos mucha luz o mucha sombra iluminando o sombreando el peñasal, el pinar, el precipicio. El cuadro de la naturaleza era el mismo; pero el contemplador era distinto.

Lo que en la apreciación de la naturaleza bella, acontece en la apreciación de los cuadros de la vida. Si el contemplador no se propuso más que ver, verá un cuadro en que están compensados los males con los bienes; pero si se propuso observar, observará todos y cada uno de los pormenores de la realidad, y sabrá que el espectáculo de la vida es tan formidable, que ningún hombre de conciencia y experiencia lo propondrá a su hijo, ni a la niñez ni a la inocencia, sin antes poner en sus manos un arma menos inflexible que la fé exclusivista y menos maleable que los instintos, las pasiones y los intereses sobornables.

Arma mejor es la verdad. Ni excluye la fé, si la subordináis a ella; ni excluye las glorias y tormentos de la vida, si los subordináis al conocimiento de los bienes y males que contiene.

Mejor arma es la verdad. Armado de ella, el niño entra en la realidad al entrar en la vida, el adolescente busca el encanto de la realidad en donde antes buscara los espejismos de su propia fantasía; el joven mide la distancia que hay de la realidad al propósito de su existencia, y resta o divide, y se resigna y sigue tranquilamente su camino; la edad viril clasifica plácidamente sus proyectos hueros y sus proyectos logrados, según los buenos o malos cálculos que basó en la realidad; y la edad senil contempla el principio y medio y fin de su existencia como evoluciones necesarias que para nada tienen que turbar su tranquilo descenso hacia la tumba, siempre que, habiendo reconocido también como una realidad natural a su conciencia, no la haya inquietado y perturbado.

El arma de la verdad no lastima las creencias, como lastima la fé dogmática la conciencia imbuída en otra fé. El arma de la verdad ni hiere ni mata ni extermina como el ejemplo del mundo, cuando nos abandonamos a él sin otro guía que la fé.

La verdad es un arma, porque nos protege contra el error, nos defiende contra la duda que no nace en la razón, sino que es sugerida a la razón por la voluntad o las pasiones, y nos salva del mundo y sus insidias, y nos alienta y nos sostiene en nuestras vacilaciones y caídas.

Armados de la verdad desde temprano, contemplamos el mundo como el escenario de las fuerzas activas de la naturaleza; la vida, como una resultante de esas fuerzas; el hombre, como último miembro de una serie; la sociedad, como un medio necesario; trabajo, libertad y progreso, como leyes de nuestro desarrollo; el deber, como un fin de nuestra naturaleza; el bien, como una justificación de nuestra vida.

Así, por medio de la verdad, elevamos el nivel de nuestra especie y fortalecemos en cada uno de nosotros aquel hondo sentimiento de la dignidad



humana que coadyuva al plan de la naturaleza, pues que hace cada vez más consciente de sí mismo al sér para quien ella construyó el planeta.

Pero aun así consagrado por la educación de la verdad a la alteza natural de su destino, el hombre no es hombre si no es bueno.

Más alta que la verdad, objeto de razón, está la justicia, objeto de la conciencia. Más alto que el sabio, vive el justo; más alta que la ciencia es la moral. Si somos racionales es para que seamos responsables.

El criterio más infalible para conocer si un hombre se ha desarrollado en toda la fuerza de su razón, está en su vida; si hace el mal, no es suficientemente racional.

Cultivar la razón para aplicarla al mal es el crimen más odioso que comete el hombre; **pero es también su mayor falta de razón.** Elevarse en la escala de los seres para no tener conciencia de su altura, es demostrar lo inmerecido de la elevación. Si por algo es la historia la eterna penitenciaría de los malvados poderosos, es porque podemos acercarnos a sus celdas a preguntar a Alejandro, a Augusto, a Julio II, a Torquemada, a Felipe II, a Enrique VIII, a Luis XIV, al Duque de Alba, a Pizarro, a Napoleón primero y al segundo, qué hicieron de la razón cuando no supieron aplicarla a dirigir con ella su conciencia. Y si para algo es necesario educar tempranamente en la verdad al hombre, es para que desde temprano descubra la realidad de su conciencia y reconozca que la más alta entre todas las verdades que están al alcance de la razón humana, es que el hombre no ha sido concebido para ser instrumento del mal, sino para ser obrero concienzudo del bien.

Esta no es una afirmación del entusiasmo. Es una verdad de razonamiento y de experiencia. De razonamiento, porque todas las investigaciones que tienen por objeto el explicarnos para qué vivimos, nos llevan al reconocimiento y a la afirmación del bien. De experiencia, porque si alguna vez nos sentimos completamente felices, es porque nos hemos sentido capaces de realizar un bien.

Pero si no puede la fé, ni puede el ejemplo, ni puede la verdad, aunque son elementos de educación, educar por sí solas al sér humano ¿podrá por sí sola la moral sacar de nuestro sér lo que él en sí contiene?

¿Hay acaso una moral independiente? Independiente de todo, menos de la verdad.

La fé puede hacer buenos, y ha hecho buenos, no sólo porque cultiva un fin de la vida individual; sino porque toda creencia religiosa está subordinada a una moral. El ejemplo, aún el de las sociedades más depravadas, puede producir y ha producido individuos virtuosos; pero es porque el mismo desorden moral que los angustia, les revela el orden moral que ha zozobrado. La ciencia sin la moral, es vana ciencia. Toda ciencia es revelación de un orden parcial, todo orden parcial es anunciación de un orden universal, y el orden



no sería universal, si siendo realidad tan positiva como la de la naturaleza física la realidad de la naturaleza moral, en la más alta realidad faltara el orden que maravilla en la que está inmediatamente sometida a los sentidos.

Calumnian a la ciencia los fervorosos partidarios de ella que la circunscriben a la busca de la verdad, tanto como los enemigos de ella porque temen o afectan el temor de que nos divorcie de la moral.

La ciencia conduce al bien. Afirmación continua como es de un orden universal, porque lo vé en la realidad de la naturaleza física y moral, y no viendo en la realidad otra cosa que la envoltura y la evolución de la verdad, no puede dejar de ver que así como el propósito de la verdad es el orden, así el orden es el propósito del bien.

Intrínsecamente ligados entre sí verdad y bien, aunque la ciencia buscara sólo la verdad, encontraría el bien.

Todo ha caducado en el mundo, creencias, costumbres, gobiernos, razas, glorias históricas, tan pronto como la ciencia, penetrando en el fondo de la vida de la humanidad, le ha pedido cuenta de los fines que le ha impuesto la naturaleza. Lo único que ha sobrevivido a la investigación científica, es la moral. Y ha sobrevivido, porque el último fin de la ciencia es la moral. Y la moral es el último fin de la ciencia, porque el bien es el fin de la verdad. Así providencialmente unida al bien, la verdad es la única educación completa. Al educar la razón, educa a la conciencia: al educar la conciencia, induce al bien. Induce al bien, no por miedo, no por esperanza, no esquivando castigo, no buscando premio, no por sí, no por nadie, no por sobornar la verdad y la justicia insobornables, sino porque la más afanosa aspiración de la conciencia es la de producir hombres completos, y el hombre no empieza a ser completo, sino cuando ama el bien por ser una verdad, y ama la verdad por ser un bien.

Entonces, fuerte contra todo y contra todos, podrá oponerse victoriosamente a la educación del mal ejemplo, y adoptando la divisa de los estoicos o la de Terencio, creará o no creará, tendrá una fé positiva o no la tendrá, afirmará una creencia o no la afirmará, pero respetará profundamente como intento de bien la de los hombres todos, y a oír a su santa compañera invocar para sus hijos el nombre de Dios entonces santo, porque lo invoca la virtud para sostener a la inocencia, lejos de airarse contra Dios, se inclinará conmovido ante su nombre, y usando de él, al besar con unción la amada cabeza de sus hijos, les dirá: "Dios os bendiga", que será como decirles:

¡Hijos de mi alma! ¡Que la luz de la verdad os ilumine! ¡Que os eduque el espíritu del bien!



LA ABNEGACIÓN DE SÍ MISMO¹

Entre los padres de familia que se han distinguido ante la Escuela Normal de Santo Domingo por su ardiente devoción a la enseñanza, por su constante y benéfica influencia en el ánimo de sus hijos, por su activa cooperación a la obra redentora de la Escuela, el que con mas vehemencia cumplía con su deber, era el que había de ser recompensado con el hijo más dócil al esfuerzo combinado del hogar y de la Escuela. Era también el llamado a compartir dolor más hondo con el colaborador de sus designios generosos.

Padre y maestro han visto desvanecerse en un solo momento su esperanza.

Queda al padre el consuelo de haber cumplido como bueno; queda al maestro la convicción de su deber. Pero en toda formación espiritual hay una noble influencia; y la más activa, la más continua, la más bienhechora, y la que emana del corazón amoroso de la madre. En ella, así como en el seno de la naturaleza brotan invisibles raudales de renovación perenne en la impalpable luz, bullen inagotables torrentes de ternura en la fuerza por excelencia del mundo moral, en aquel sentimiento que hace de la madre el más delicado y el más resistente de los seres. Y el torrente de amor que se desborda del corazón de una madre dolorida ¿en qué reflexión se detiene, en qué idea del deber puede estancarse?

I

Desde que se presentó en la Escuela, José María Alejandro Pichardo, fué una esperanza para ella: desde su primera ovación escolar, fué legítimo orgullo para aquel patriotismo desinteresado que vive espiando el porvenir en la frente de las de los padres, y dió alarma; se fué de oído en oído, y esparció en las ciencias sociales y morales, la ciencia se profetizó un auxiliar: desde que se consagró maestro, la República tuvo en él un concienzudo obrero.

Desde que puso los piés en la sociedad, se malogró.

1. Escrito con motivo del suicidio del joven José María Alejandro Pichardo, del primer grupo de maestros normales. (Inserto en la edición de *El Quisqueyano* dedicada a la memoria de Pichardo. Santo Domingo, 1886).



II

Aquel demonio biforme, insana curiosidad por un lado, ignorancia malévolamente por otro, que hace el mal cuando acaso quiere el bien y que jamás conoce el mal que hace, creyó descubrir en la constitución física del malogrado adolescente, alguno de los síntomas de aquella siniestra enfermedad que mata aislando antes de matar corroyendo.

El demonio biforme comenzó su obra: se fué al corazón de los padres, y dió alarma; se fué de oído en oído, y esparció como noticia su sospecha; se fué de lengua en lengua y divulgó un rumor; voló en la mirada de los indiscretos, y llegó como dardo mortal al corazón de la criatura miseranda.

Lo mataron. Desde el momento mismo en que se vió objeto de suspicaz curiosidad, ya estaba muerto. El cuerpo tarda en morir; hasta dice la paciente observación de los fisiólogos, que no muere de repente. Pero el alma se muere de una vez, de un solo golpe.

Basta herirla en una de sus ideas fundamentales. Así, herida, suele quedarse como despojo en muchos cuerpos; más también suele airarse contra el cuerpo y destruirlo.

Pero ella deja de ser el núcleo de fuerza vital, en cuanto le falta una de las fuerzas que convergen en el núcleo; y el riesgo es tanto mayor cuanto mayor es la fuerza juvenil del cuerpo. Se cansa el fuego de carcomer el tronco hueco, y basta una chispa eléctrica para despojar de su alta cabeza a la palmera.

III

Tanto bastó: un golpe eléctrico.

Al ver o al creer que veía su sentencia de aislamiento en los ojos de indiferentes y curiosos, se aisló en sí mismo. En vano sus idólatras los padres, en vano sus deudos, en vano sus amigos, ejercían sobre él una atracción tanto más activa, cuanto más necesaria la creían: el mismo esfuerzo de ellos por atraer, la misma salvadora necesidad de ser atraído que él sentía, la misma inefable gratitud que entonces lo inundaba, eran nuevo motivo de aislamiento. Ni aún el único que probablemente se negó a creer en el presagio; o que lo rechazaba con la conciencia de oponerse a un mal que la indiferencia locuaz precipitaba, ni aún él lograba ejercer sobre el espíritu atenebrado del generoso adolescente, la atracción a que estaba acostumbrado. Se le declaraba imperativamente que no estaba enfermo, y no se vencía su retraimiento: se le imponía como en la persuasiva confianza el aliento que espontáneamente pedía antes: se le invitaba afectuosamente a compartir con sus compañeros las enseñanzas de que más ávido se había mostrado siempre, y se aislaba en su reserva: aleccionaba a sus discípulos, y se valía de una regla para establecer la incomunicación entre él y ellos: se le solicitaba con aquellas chanzas paternas



que en otro tiempo bastaban para desarrugar su rostro siempre grave, y ni aún la chanza familiar podía penetrar en su ánimo cerrado; compañero de todos hasta entonces, de nadie era compañero desde que resolvió encerrarse en su tristeza; amigo reflexivo de la sociedad, buscó la soledad: afecto a las expansiones juveniles, pareció que se prohibía la juventud.

IV

Un día se presentó a renunciar su puesto y a pedirlo para aquel de sus condiscípulos que más lo había menester como recuerdo de vida y de conducta. Iba de viaje; era un viaje bien ideado: el cambio de atmósfera iba a salvarlo. Me sonrió la esperanza y sonreí. El noble niño tuvo un momento de expansión; pero un sólo; ya había desaparecido cuando, al pasar de viaje a los pocos días, se detuvo ante mi casa a saludarme. Quise detenerle un momento con palabras de cuidado cariñoso, y lo noté impaciente. Pasó como la lluvia de aquel día, dejando impresión de frío en el corazón.

¿Por qué se manifestó contrariado? ¿por qué se mostró impaciente? Las mil explicaciones que me dí, fueron erróneas: solo ahora sé que, habiendo logrado restablecer una vez sobre su alma el ascendiente natural que había ejercido, él esquivó en aquel momento la atracción.

V

Era profundo, íntimo, concienzudamente agradecido; y sin embargo no me dirigió ni una sola carta. Una correspondencia hubiera sido una atracción: el mal seguía labrando.

Pero ¿qué mal? Del físico iba mejor: todas las noticias, dadas con júbilo y recibidas con regocijo, aseguraban una creciente mejoría. Alucinación del afecto o exacta observación, el hecho es que no podían ser más halagüeñas las noticias relativas a la salud del enfermo.

Podía ser; más la salud moral desfallecía. Estaba sólo consigo mismo. El cariñosísimo hogar en donde lo recibieron, y sus méritos propios, que le abrieron el corazón de aquella buena Macorís del Cibao, fueron por un momento un lenitivo y una distracción al dolor sordo del espíritu. Hasta llegó a sonreír alborozado a la más alta esperanza que había sido enseñado a acariciar y que su nobilísimo ánimo acariciaba con toda la fuerza de una certidumbre: llegó a esperar que podía ser útil a la dulce sociedad de la familia, y a la benevolente sociedad de la villa. Ser útil a la sociedad era un deber para él. Cumpliéndolo podía vivir, y aun vivir satisfecho de sí mismo. Y así vivió durante los días en que pudieron su ejemplo y su enseñanza utilizarse en bien de los que le rodeaban.

Pero el paterno hogar estaba lejos: la nativa sociedad de la infancia y de la adolescencia, lo llamaba en silencio; los amigos incondicionales de la primera



edad, los estudios a que anhelaba consagrar su vida, las tentaciones de la distancia, las dolorosas persuaciones de la lejanía, todo le hacía anhelar su vuelta, todo aumentaba el desierto en que su espíritu vivía.

Esos los espejismos del dolor y de la angustia: al lado y alrededor la realidad amable, y buscamos en el lejano espacio la repelente realidad de la ilusión.

VI

Dos motivos de angustia racional para su alma enferma debieron lastimar la del noble adolescente; los estudios a que pensaba dedicarse, y los medios de dedicarse a ellos.

No había otro medio que salir del país. ¿Y cómo se salía del país? Era una incógnita. ¿Y cómo se despejaba esa incógnita? Eso era un abismo. ¿Y cómo se salvaba ese abismo?

A hombres y adolescentes, a expertos e inexpertos, suele alguna vez la fatalidad de la naturaleza proponer con urgencia la opción entre dos caminos sin salida. Solo a la reflexión profunda es dado entonces apreciar en su omnimodo valor la idea de tiempo, y solo ella es capaz de aplicar victoriosamente la idea de tiempo a la indagación que se le impone. La irreflexión se precipitará; la inexperiencia, por temprano que sea el juicio que la guíe, se angustiara; tomará como motivo de impulsión las mismas razones que pudieran y debieran servirle para aguardar tranquilo el momento no llegado todavía. Hay un momento, un solo momento en cada crisis de la naturaleza o del espíritu, que decide del prevailecimiento de la razón sobre las fuerzas ciegas. De ese momento prescinde casi siempre la temeraria irreflexión; de él suele prescindir la inexperiencia generosa. Cuantas veces, en el mismo momento que subsigue al sacrificio de la inexperiencia generosa, se presenta por sí misma la salida del camino cerrado que debió escoger.

VII

Cada vez más enfermo de ánimo, cada vez más encerrado en su propia angustia, el infortunado batallador a solas creyó salir de ella venciendo por sí mismo el obstáculo que se oponía a su profético deseo. No podía alejarse para estudiar: pero podía estudiar.

Tomó ávidamente sus libros, y estudió. Estudió, con fé, esperanza y caridad: con fé en su porvenir; con esperanza de ser útil a los hombres; con caridad para aquellos a quienes hubiera de salvar. Pero estudiaba medicina, y probablemente estudió patología, y es seguro que la dolencia de su amarga predilección fué la que temía y lo aterraba.

Todo lector de descripciones patológicas está expuesto a padecer imaginariamente alguna de las dolencias que describe el libro, si teme estar

afectado o si se abandona a su imaginación. Cuando ambos motivos de zozobra y alarma concurren en el lector no preparado por estudios previos, el efecto de la lectura será probablemente otro caso patológico que nuevas descripciones de la ciencia vendrán algún día a hacer temer.

Entonces, con ayuda de la ciencia, será posible demostrar, punto por punto, cómo un principio de enfermedad temida o efectiva, va desarrollándose, larvando, precipitándose, volando, y constituyendo un caso individual del género. En ese caso individual entrarán como características todas las predisposiciones corporales del enfermo, junto con todas sus condiciones psicológicas. Cuando estas son también excepcionales, la gravedad del caso se multiplica por la casi siempre inaccesible variedad de los fenómenos, extraños en sí mismos a la dolencia, pero corroborantes de ella en el caso individual.

Torpe medicina será la que, en tal caso, intente curar una dolencia, prescindiendo de la individualidad que a ella ha dado el estado psicológico del doliente. No menos torpe, y muchas veces criminal, será el juicio que se forme de las consecuencias que puede tener una enfermedad física así complicada con una enfermedad moral, prescindiendo de las bases del juicio y afirmando insensateces malévolas. Y si la enfermedad del espíritu está sordamente aguijoneada por la preocupación social, y esta preocupación contraría un ardiente anhelo de bien para esa misma sociedad, entonces a medida que el calenturiento estudio de la enfermedad temida sirve tan solo para desarrollar sus fuerzas, el conocimiento del peligro sirve tan solo para agravar la enfermedad moral.

VIII

Eso era necesario que sucediera con el generoso adolescente cuya virtuosa abnegación no comprenderá quien no medite.

Por el hogar y por la Escuela fué formado para la noble vida, no para la vida de los torpes; fué formado para el deber, no para el placer; para el bien, no para el disimulo del mal; para hombre, no para número; para la familia, no para sí, para la sociedad, no para la saciedad de su egoísmo.

Así, educado, para el bien por el deseo del bien, para el deber por el ejemplo del deber, y dispuesto por su misma naturaleza concienzuda, por su temprana fuerza de razón y también por su carácter firme, a contemplar la vida como el cumplimiento del mismo deber y el deber como holocausto al bien, se encuentra solo ante sí mismo en el momento en que empieza su existencia activa. El quiere consagrarlo a la sociedad, y su temida dolencia lo aleja de la sociedad: él quiere consagrarse al bien, y la naturaleza le condena a ser foco del mal: él quiere luchar, y el cuerpo quiere postrarse: su espíritu está pronto, su carne está rebelde.

Empieza para él la formidable lucha. Sin duda que hubiera podido sostenerlo en ella la idea del orden universal que se le había enseñado a



contemplar con reverencia, y que él como todos podemos, podía alterar con un solo olvido momentáneo de las relaciones que nos ligan a la naturaleza: sin duda que atento a esas relaciones, el orden universal le mandaba vivir y le imponía la vida: sin duda en la soledad, en el dolor, en el mismo estercolero, puede el hombre hacer el bien de mostrar en el ejemplo la potencia nativa del espíritu. Así vivió Job en su dolor, así Dante en la soledad de su conciencia, así Leopardi en la modificación de su tristeza.

Pero no son modelos, no son reflexiones confortadoras o que busca en el primer impulso de la fuerza juvenil el noble espíritu que arde en deseos de ponerse a prueba y que es siniestramente puesto a prueba, no en la dirección y dominio de sus propias fuerzas sino en dominar el dolor y la agonía de verlas inutilizadas de repente.

Desde ese momento, ya es un muerto: el resto de su vida no será más que la busca de la muerte.

Antes de morir físicamente, ya habrá muerte en su alma, y todo lo que intente, todo lo que haga, todo lo que piense, todo lo que lea, confirmaciones serán de su sentencia de muerte.

El libro inofensivo, que el bien intencionado pensador redactó con intención de bien para proveer de recursos científicos al encargado de salvar la vida y la salud, se convertirá en manos del desdichado adolescente en veneno sutil que empapará su ser.

Y la ciencia lo dijo: no hay remedio. Hay que morir inútil para el mundo, en lenta muerte, en soledad mortal, o hay que ponerse a disimular la muerte y a buscarla en medio de los hombres, en el seno del hogar, en la intimidad de los afectos sacrosantos, intranquilizados los afectos, contaminado el hogar, inficionando a los hombres.

IX

Cierre el libro: todo camino, todo horizonte, todo porvenir está cerrado. Adiós, esperanzas de la vida. Adiós, afectos tiernos. Adiós, impulsos generosos. Adiós, juventud. Adiós, hogar paterno. Adiós, amistad. Adiós, soledad. Adiós patria.

Adiós a todo. Si hay alguna luz para este espíritu en tinieblas, no procede de fuera: ya toda comunicación estará interrumpida con el mundo. La luz surge de dentro. Intensa luz. La conciencia incontaminada la difunde. Ningún acto, ningún propósito, ninguna intención, ningún deseo han manchado en esa conciencia naciente, el ideal. Como aquella plácida luz del novilunio que aparece entre las brumas de la tarde, está un momento sonriendo al mundo, y poco después con igual paso, con la misma placidez, con la misma majestad, retrocede, se pone y se pierde en el espacio, la inocencia incontaminada no deja de iluminar porque sea corto el momento de su aparición ni porque brille



entre tinieblas al salir ni porque se filtre en tinieblas al ponerse. Es siempre luz inmaculada que ilumina talvez algún horror, pero no ha iluminado jamás a un alma impura.

Ahora ilumina el horror de una resolución aterradora.

No hay remedio para el mal que lo corroe: vulgo, ciencia, expertos, libros, indiferentes, amigos, todo lo afirman, y es preciso morir. Morir con tanta vida, con tanta robustez, con tanta fuerza, en plena adolescencia, en plena florescencia de órganos y facultades, violenta contradicción de las leyes y armonía de vida. Si al sol de cada día, que tiene una marcha regulada, que sale por oriente para poner en occidente, recorriendo un espacio determinado en tiempo fijo, lo obliga una convulsión del sistema planetario a sumergirse en mitad de su carrera, o en un momento cualquiera de su curso, qué horror, qué temor, qué pavor, para el entendimiento que pudiera observar esta catástrofe de las leyes universales de la naturaleza. Horror, temor, terror, pavor comparables a ese deben ser los de una vida que comienza y que se ve condenada a sentirse acabar sin recorrer su curso.

En ese momento, mejor que agonizar debe parecer morir; mejor que morir poco a poco, morir de una vez.

De entre dos males, el menor. ¡Ah! Pero quién sabe cuál de dos males tan extremos es menor. Quién sabe cuál de las dos violaciones de la ley de la vida altera más hondamente el orden; si la del mal que violenta el desarrollo de una existencia, o la del brazo que la corta.

Son tan hondas las tinieblas del espíritu que, en medio de la radiosa claridad del día, impiden ver. En la oscuridad del insomnio, en la risueña media-luz del alba, en la gloriosa aurora, en el radiante mediodía, en la luz persuasiva del anochecer, en la difusa luz de los astros de la noche que tanto esfuerzo hacen por restituir la paz de la razón a los mortales, en toda hora y en todo momento, palpa sus propias tinieblas el espíritu empeñado en una resolución de vida o muerte.

Brilla siempre la luz de la conciencia, fija, inmutable, inmaculada, y a ella mira y consulta la agonía. Calma benigna aquietta al espíritu agonizante: la muerte no es un mal.

Pero ¿y la muerte voluntaria?

La muerte no es un mal, porque es una condición del orden de la vida; pero la vida es el orden: lo altera quien la viola.

Pero el orden de la vida existe para fines que deben cumplirse a toda costa.

Que se cumplan.

Pero es imposible cumplirlos cuando la fuente misma de la vida está contaminada.

Mientras el alma no lo esté, nada lo está.



Lo está de incertidumbre la razón: ¿qué es lo cierto? ¿que la vida es un deber, aún siendo inútil, o que la muerte puede ser útil y convertirse en un deber?

No por filtrar entre tinieblas deja la luz de la conciencia de ser luz; pero sujeta a la ley de los medios, es como toda luz: más o menos brillante según más o menos desviada. Y qué tenebroso medio el que ha de recorrer la luz de la conciencia cuando ella misma ha de resolver si hay una situación tan excepcional, tan anormal, tan horrenda, tan congajosa, en que sea lícito y moral lo mismo que ella condena y abomina.

Si la muerte puede ser útil y convertirse en un deber..... Cuando la conciencia vacila, la voluntad estimula a la razón. “Todos los heroísmos” —urge la voluntad—, “han sido violaciones de la vida”. “No todos”, piensa conciliando la razón: “los más grandes han consistido en soportar la vida”. “Pero la vida ha sido establecida para hacer el bien”. “Por eso mismo hay que vivir”. “Pero hay que vivir con los medios necesarios para hacer el bien, y no condenando a hacer el mal”. Eso contagia, eso envenena, eso mata, eso destierra del hogar la tranquilidad, eso aleja de los otros la confianza, eso condena a soledad perpetua, a perpetua maldad o perpetua ingratitud, a paria que todo lo mancha con su aliento, o a hidrófobo que todo lo destroza para saciar su rabia. Ese vivir no es vivir. Yo no quiero ese vivir. La vida así es inútil y hace útil la muerte. La muerte voluntaria será un mal; pero el mal empieza entonces en quien lo hace, y empezará por mí. Pero ¿qué bien más a mi alcance, más incentivo para mi corazón de hijo, para mi corazón de amigo, para mi corazón de hombre, que el salvar de mí a los padres amados, a los amigos inolvidables, a los hombres mis hermanos? Si estoy condenado a no servir para nada viviendo ¿cómo he de perder la ocasión de hacer el único bien que ha puesto a mi alcance la desgracia?

Y ya no discute consigo mismo ni con nadie. Apelando ahora a un medio, ahora a otro, irá impasiblemente llevando a cabo su tenebrosa resolución, hasta que un acaso cualquiera la consume.

Llega el momento del acaso, y creyendo ir al bien, cuando va al mal, pero seguro de su designio virtuoso, pero haciendo abnegación de sí mismo en aras de la familia y de la sociedad, sonríe a la pequeñuela que le sigue, la acaricia, la despide, mira al pasar el abismo infinito del espacio, y se sumerge en él.

Como la luz del novilunio sale y se pone casi siempre entre celajes, así sale y se pone entre misterios la luz de una conciencia juvenil. Mas así como la luna sigue, después de oculta, brillando en el espacio, así la conciencia sigue brillando después del último misterio. Podrá haber error, pero no hay mal en la intención de bien.



VEINTE Y SIETE Y DIEZ Y SEIS

Nunca consideraremos separables estas dos fechas de la nacionalidad dominicana.

El 27 de febrero y el 16 de agosto son dos pasos iguales en la historia de este pueblo. El veinte y siete es primero, por que fué el primero que se dió; solo es segundo el diez y seis por haber venido tras del otro. Pero ambos afirman la misma voluntad y la misma conciencia nacional.

En vez de indagar cuál de esos dos días es más glorioso, indaguemos cuáles son los medios de dar, en la paz y en la civilización, días tan gloriosos como fueron esos en la guerra y en la lucha contra la iniquidad y la barbarie.

Ante los muertos que fabricaron la patria vieja, reverencia y gratitud eterna; ante los vivos que libraron la República nueva, imparcialidad y reconocimiento.

Ante la historia no hay hombres; no los haya ante el afecto y la gratitud de una nación.

La historia, por personalista que la hagan, al fin y al cabo se olvida de los individuos para acordarse solamente de los hechos. Imite a la historia la nación: olvídense de los individuos y acuérdense de los hechos en que ya dos veces ha tenido que fundarse para ser lo que es, para intentar lo que intenta, para llegar a donde debe, para elevarse adonde puede.

El 27 de febrero y el 16 de agosto es el mismo recuerdo glorioso de la misma hambre y sed de independencia que ha tenido siempre el pueblo dominicano. Son más que un recuerdo, una seguridad; la seguridad de que, mientras el pueblo dominicano sea lo que fué en febrero de 1844, y en agosto de 1863, producirá hombres capaces de libertarle del yugo que le haya impuesto la falacia del extranjero o la malicia de sus propios hijos.

Esa seguridad le baste, y en ella funde su orgullo nacional. Funde su tradición. Y tomando como norma del resto de su vida el odio a la esclavitud que denotan sus dos grandes hechos de independencia, fabrique tal orden interior, fundado en tal organización de sus desenlaces que nunca los días de su vida desmientan esos dos grandes días de su historia.

La *lucha Activa*, núm. 4, Santo Domingo, 28 de febrero de 1886.





DISCURSO EN LA PRIMERA INVESTIDURA DE ALUMNAS DEL INSTITUTO DE SEÑORITAS¹

¡Ahí están! En el primer momento del viacrucis, dando el primer paso en la vía de lo ideal o lo real. Vienen de lo ideal. ¡Las miserandas!...

Cada paso que den hacia lo real ha de ser un traspie en las tinieblas. La luz, para ellas, está en el fondo de ellas mismas: es la luz cenicienta de la idea, que, al reflejar la luz propia de la verdad, fulgura tenuamente en el cerebro, como fulgura en las lejanas cumbres de la Luna la devuelta luz que la Tierra irradia. En esa semiluz encantadora, resplandor persuasivo de las realidades de la naturaleza y de la vida, vida y naturaleza se presentan como deben ser en la recóndita esencia de la verdad original y eterna, no como son en la realidad tenebrosa del error.

Al dar el primer paso, seguimos el impulso del ideal que nos guiaba, y en vez de llegar a lo real, adonde nos impele nuestro destino de seres preeminentemente organizados para la verdad, caemos en la primera sima de la razón, la incertidumbre.

Esa caída la damos todos, en todos los derroteros de la vida. Somos niños que aprendemos, cayendo a caminar; somos viajeros que perdiéndonos aprendemos a orientarnos; somos barcos que brujuleando aprendemos a tomar un rumbo; somos predestinados descubridores de un nunca descubierto nuevo mundo moral, que navegamos sin norte fijo por el mar de las tinieblas.

Esa caída en la sima de la incertidumbre la daréis vosotras, ¡pobres niñas! Muy más honda, quizás, porque la dais desde más alto.

Sois las primeras representantes de vuestro sexo que venís en vuestra patria a reclamar de la sociedad el derecho de serle útil fuera del hogar, y venís preparadas por esfuerzos de la razón hacia lo verdadero, por esfuerzos de la

1. Las maestras graduadas en aquella ocasión, el 17 de abril de 1887, fueron: Leonor María Feltz, Luisa Ozema Pellerano, después fundadora del Instituto "Salomé Ureña", Mercedes Laura Aguiar, Ana Josefa Puello, Altagracia Henríquez Perdomo y Catalina Pou, discípulas de la insigne poetisa y educadora Salomé Ureña de Henríquez, directora y creadora del Instituto. (Véase el opúsculo *Instituto de Señoritas. Investidura de las primeras laureadas Maestras Normales*, Santo Domingo, 1887).



sensibilidad hacia lo bello, por esfuerzos de la voluntad hacia lo bueno, por esfuerzos de la conciencia hacia lo justo. No vais a ser la antigua institutora de la infancia, que se acomodaba a la sociedad en que vivía, y, devolviendo lo que había recibido, daba inocentemente a la pobre sociedad los mismos elementos de perturbación que siempre han sido y serán la ignorancia, la indiferencia por la verdad y la justicia, la deferencia con el mal poderoso y la complacencia con la autoridad del vicio.

Vais a ser institutrices de la verdad demostrable y demostrada, formadoras de razón sana y completa, escultoras de espíritus sinceros, educadoras de la sensibilidad, para enseñarla a sólo amar lo bello cuando es bueno; educadoras de la voluntad para fortalecerla en la lucha por el bien; educadoras de la conciencia para doctrinarla en la doctrina de la equidad y la justicia, que es la doctrina de la tolerancia y la benevolencia universal en cuanto somos hechuras del error, y la doctrina del derecho y de la libertad en cuanto somos entidades responsables. Lo que hay, de lo que vais a enseñar a lo que antes enseñaban, es abismo. Os lo repito: no os salvareis de la caída. Pero os lo repito para alentaros, no para disuadiros. Soy como el peregrino probado por la fatiga y el dolor, que, al ver caminar por su camino al inexperto. “Adelante, espíritu valeroso!” le grita alborozado; ¡“Adelante, pero trae los ojos bien abiertos, que donde quiera hay abrojos y espinas y derriscaderos y precipicios!”

Pero no soy yo, no el yo aborrendo, quien os amonesta; es la doctrina de verdad quien os aconseja, quien no puede mentiros ni engañaros, quien sabe que debe alertaros enérgicamente para hacer más pronto victoriosa la resistencia que desde el primer paso por vuestra nueva senda vais a tener que oponer. ¿Contra quién? ¿Y lo ignorais, criaturas? ¿Ignorais que la ley de los medios es tanto una ley del orden moral como es ley física? ¿Visteis alguna vez pasar sin desviarse el rayo de luz estelar o solar que llegó hasta vosotras penetrando desde el impalpable medio etéreo por el medio más denso de la atmósfera?

Pues así no vereis jamás ¡nunca, jamás! penetrar, sin sesgarse, la luz de las ideas por el densísimo medio que fatalmente les opone la atmósfera social. Y menos lo vereis, cuanto más pura sea la luz, es decir, cuanto más alta sea la idea.

¿Y hay, en el mundo de los hombres, idea más alta que la de redimir del error y del mal a los humanos? Y siendo ese el ideal de donde venís, porque ese es el ideal de la verdadera educación ¿cómo quereis que no se os sesgue el ideal? ¡Criaturas inocentes, ya está sesgado! Hasta ayer, hasta hoy, hasta este instante, brillaba en vosotras en su luz incontaminada, porque hasta ayer, hasta hoy, hasta este instante, el medio que lo recibía era igual al medio de donde procedía; pero en lo sucesivo, ya no sois cerebros y corazones sedientos: sois mujeres que formais parte integrante de una sociedad, y la luz moral e intelectual que de vosotras parta, por fuerza ha de encontrar obstáculo en el medio social que nos envuelve.



¿Y cuál es el medio? Más turbio, más denso, más espeso, no lo ofreció jamás ninguna atmósfera a ningún rayo de la luz benéfica, a ningún rayo de la electricidad restauradora. Se palpan en este medio las tinieblas. Si la razón individual busca la verdad, encuentra el error en la razón común; y el error es tiniebla intelectual: si la voluntad intenta el bien, a con el mal, que es tiniebla moral; si la sensibilidad suspira por afectos desinteresados, tropieza en el egoísmo, que es la tiniebla del corazón; si la conciencia está hambrienta de justicia, la tiniebla de la iniquidad la saciará. ¿Qué luz penetrará esas tinieblas, aunque sea luz de un alma de primera magnitud? Descomponed a la vez todos los elementos de los cuerpos, y la masa de gases deletéreos ascenderá como turbión irresistible a interponerse entre el sol y vuestra vista; descomponed los elementos de organización social, y la sociedad será una masa impenetrable a toda luz. Pues sabedlo al empezar vuestra jornada: la sociedad es refractaria a la luz de verdad y de justicia que venía a ofrecerle, porque es una sociedad desorganizada. No por su culpa, no por culpa de nadie, no por ingénita razón de su existencia, no por perversidad que le sea característica, no porque ella ame el mal ni quiera el mal ni sepa el mal, sino porque su estado sociológico es estado de mal.

Nunca tengais miedo a la verdad: si la veis, declaradla; si otro la ve por vosotras, acatadla. Por aviesa, por repulsiva, por aterradora que sea la verdad, siempre es un bien. Cuando menos, es el bien diametralmente opuesto al mal del error. Quien ve lo que es, ya está en camino de averiguar por qué es como es lo que así es. Y entonces, en vez de cerrar los ojos para no ver, dilatadlos para penetrar en el fondo de la realidad.

Entonces, en vez de esclavos del mal, sois sus señores, y podeis mandarle imperativamente: ¡“cesa, mal!” Y cesará.

Pero si tenéis miedo a la verdad, cuanto más la temais, más os dominará el mal que ella denuncia. Y si es verdad que la sociedad dominicana adolece de la desorganización universal y de la suya propia ¿por qué habeis de negarlo? ¿Tenemos miedo de pensarlo? Pues somos enemigos de la razón. ¿Tenemos miedo de decirlo? Pues somos enemigos de la verdad. El enemigo de la razón es enemigo de la especie: el enemigo de la verdad es enemigo de la dignidad, del progreso y de la vida de la especie humana; de la dignidad, porque el objeto de la razón es la verdad y la razón es la dignificación providencial del ser humano; enemigo del progreso del hombre, porque progreso no es más que desarrollo de razón; enemigo de la vida de la humanidad, porque el vivir del hombre es satisfacer su necesidad de descubrir verdades.

¡Sí! Es verdad que nuestra sociedad está desorganizada, y que en proporción de los elementos deletéreos está la incapacidad de hacer visible la luz que ha de empezar a disiparlos.

Mas no por eso es verdad que sea nuestro deber doblegarnos al imperio del mal que nos bloquea. Nuestro deber es virtud, y la virtud es fuerza, y la fuerza es lucha.



Lucha es en el fondo de un abismo, desde el cual no se dejan oír ni los gritos del combate, ni los lamentos del caído, ni los alaridos del dolor, ni los vítores del triunfo; pero así son las luchas del deber; así son los combates de conciencia: en lo hondo, en lo oscuro, en lo invisible.

Mas así como la abnegación, así es el mérito de ese hondo luchar contra el error, de ese oscuro luchar contra el mal, de ese invisible luchar contra la iniquidad. Y como tal es el destino voluntario del que consagra su vida a formar entendimientos para la verdad, voluntades para el bien, conciencias para la justicia, alborozos, que cuanto más adusto sea vuestro destino, más gloriosa será vuestra existencia.

Venís condenadas a luchar con vuestro medio social; pero nunca la luz es más gloriosa que cuando, difundiéndose pausadamente por entre masas impenetrables de vapores, después de largo combate, brilla al fin; venís condenadas a sufrir: pero vais a sufrir por alcanzar la misma gloria que alcanza la luz en sus luchas con la oscuridad, por alcanzar la gloria de enseñar el Sol. Vuestro sol sea la verdad: enseñadlo al pequeñuelo, enseñadlo a los sencillos, enseñadlo al inocente, y día llegará en que lo vean los adultos, en que con su luz se purifiquen los astutos, en que al influjo de su luz se mejore el delincuente. Entonces, aunque no hayais atendido al resultado, habreis reconstituido el cuerpo enfermo, habreis reorganizado la sociedad desorganizada, y cualesquiera que hayan sido los dolores, bendecida de vosotras será la recompensa. ¿Qué recompensa más digna de altas almas que el haber regenerado con su ejemplo y su doctrina la patria desconocida de sí misma?

Desconocida de sí misma. En el fondo de este caos, no hay más que ignorancia. Si la patria supiera de su fuerza, si supiera dirigirla, ¡qué inesperados prodigios haría en el porvenir!

Fuerzas físicas, las tiene poderosas; fuerzas morales, se las dará pujantes su encaminamiento al destino histórico que tan ciegamente ha desairado; fuerzas intelectuales, las tiene tan vivaces que, aquí, lo profundamente interesante para el observador de sociedades es descubrir como un entendimiento social tan portentoso ha podido ser o vencido, o postrado, o desarmado, por un entendimiento del mal tan minucioso como el que han revelado ante la historia atónita la mayor parte de los burladores de la inteligencia nacional.

Ignorante de sus fuerzas, la patria no puede aprovecharlas. Revelárselas ¡qué servicio! Ordenarlas ¡qué beneficio! Devolverlas ¡qué salvación! Aplicarlas a su propio fin ¡qué redención! ¿Y quién mejor que vosotras puede hacer el servicio, el beneficio, la salvación, la redención? ¿Quién mejor que vosotras, tres veces unguidas por el santo ministerio de vuestro sexo, por la sacrosanta devoción de la verdad, por el augusto sacerdocio del magisterio?

Los maestros ya formados por la nueva doctrina son el presente; su lucha, su destino, su deber y su victoria es el presente. La maestra es el porvenir. Ella



habla hoy y se le escucha mañana. El niño, de sus labios persuasivos, oye para toda la vida la revelación de su destino, y para toda la vida aprende que el destino del género humano es producir la mayor cantidad de bien, la mayor cantidad de verdad, la mayor cantidad de armonía, la mayor cantidad de justicia.

La suma de los que aprenden desde temprano a conocer los fines de la vida concluye por ser la sociedad, por ser la patria, y así es como, empezando el combate en las tinieblas, lo concluye la maestra en la luz; empezándolo en el abismo, lo termina en la cumbre; empezándolo en la desorganización, lo acaba en la reorganización; empezándolo en donde todavía no es patria, lo acaba en la patria redimida de sus propios males.

Mirad si hay motivos de aliento en la obra que emprendéis. Es para vosotras, en los horizontes del espíritu, como fué para mí en los horizontes de la vista. Viajando por el proceloso Pacífico del Sur, hubo un momento de mortal congoja. Ni adelante ni atrás. Delante, las furibundas olas que el pampero desenfundado precipitaba sobre el barco; detrás, el impasible ventisquero de la península de Penas; delante, era abismarse; detrás, era aterirse. El horror, que miraba por los ojos, veía a un lado una costa inabordable, a otro lado una sirte, arriba un caos, abajo un torbellino, en parte alguna la esperanza, en todas partes la muerte imperativa. El barco no cejó ni cedió perseverando, un formidable empujón de mar de proa lo hizo virar casi de bordo, y lo puso entre el Cabo Penas y la punta septentrional de la Isla Wellington. Aquel golpe de muerte había sido un golpe de fortuna: frente por frente estaba la entrada de los canales patagónicos, y cuando otro oleaje furioso nos arrojó por encima de las olas, nos encontrábamos en el curso apacible de aquellas aguas bienhechoras que jamás inquieta la tormenta, que siempre regocijan las secretas armonías de las selvas, y que por donde quiera ofrecen en sus islillas en formación la imagen palpable de todos los esfuerzos perseverantes. Con hojas podridas se hace una isla. ¿Quién la hace? La fuerza perseverando. Con verdades se hace un pueblo. ¿Quién lo hace? La verdad apostolando.

Ni mares, ni sirtes, ni ventisqueros, ni caos, ni torbellinos os arredren: más allá de la tempestad está la calma: ¡con hojas se hacen tierras, con verdades se hacen mundos!





LOS CUADROS DE FIALLO¹

Como no nos parece suficiente para estimularlos, lo que se ha hecho de dos jóvenes dominicanos, Fiallo el pintor, Deligne el poeta, que prometen mucho, voy a ver si logro decir de ellos lo que creo que merecen.

Empezaré por el pintor, de cuya recién establecida fotografía acabo de salir.

Lo que allí vi no fueron retratos fotográficos, sino pinturas al óleo.

La primera que atrajo mi atención fué un risueño bebedor.

Es un cuadrillo de **género**: en realidad, ni un cuadro; es un retrato, que probablemente corresponderá a alguna copia de la vida real. Pero es tan expresiva, es tan psicológica esa expresión, es tan vigoroso el dibujo, algunos pormenores acreditan de tal modo la observación del artista, que el retrato vale un cuadro.

El bebedor no es siquiera un retrato de cuerpo entero: es un simple torzo; son una cara colorada que respira satisfacción y epicurismo; un cráneo calvo cuyas raras canas se revelan del modo más natural, y unas manos sorprendentes por la fuerza de relieve y por la exactísima observación que revelan.

A primera vista, la carnación parece defectuosa en el cuadrillo. Pero basta reflexionar cuya es la copia de esa figura típica para absolver del cargo al pintor. Lo que él ha copiado no es el color de la carne en estado de salud, sino el color de carne de un borrachín rubio. De todos modos, lo que va a ser más notable en el autor de ese cuadrillo es el dibujante; y lo que dará un pintor, es el observador. Hubiera seguido contemplando al **bebedor**, si no me hubieran de pronto distraído de él unos brazos oscuros, de color cobrizo, vigorosamente dibujados, que parece que van a salirse del lienzo en que se presentan. Los brazos terminan en unas manos admirables, y manos y brazos pertenecen a un individuo que, por su actitud, su color y su traje, parece un bonzo malayo o un santón copto o marroquí en oración. El **muzlin** o budhista que representa el **estudio** es una nueva prueba de las notables aptitudes del dibujante y del espíritu de observación del joven pintor.

1. Juan Ramón Fiallo Cabral, hermano del poeta Fabio Fiallo.



Junto al **muzlin** hay otro busto o torzo que aparece en un cuadrito vecino; es excelente reproducción de un individuo de la plebe europea. Tiene facha de cualquier cosa: lo mismo puede ser un vendedor de hortalizas que un carbonero, un vendedor de leche que un escarolero. Pero es una reproducción exacta. Nadie ha estado en Europa, principalmente en la Europa media, sin encontrar en las ciudades populosas una fisonomía como esa. Lo que en el cuadrito la hace particularmente atractivas, es el escorzo. I también el arrugamiento del pómulo y sien del lado izquierdo. Sobre todo; el escorzo, que es una dificultad propuesta y vencida.

Un **San Francisco**, del mismo modelo que Bonilla copió afortunadamente, prueba las excepcionales aptitudes que el joven Sr. Fiallo tiene para el dibujo, coloración y **anatomía** de las manos. Las del santo son perfectas; son manos que se ven reunidas expresamente para orar. ¡Ojalá que ese joven, sencillo y modesto, obtenga pronto de su trabajo en la fotografía, lo que necesite para volver a Italia!

Allí le espera un porvenir: aquí le saldría al encuentro la desesperación. Entre un desesperado más y un artista verdadero, estamos por el artista. Que se vaya.

SOLEDAD

La sencilla narración en buenos versos de que se ha valido el joven poeta Gastón Deligne para decir muchas cosas a la vez, por la mucha sustancia intelectual que contiene, es digna de la atención de todos aquellos que auscultan la sociedad dominicana para decirse a si mismo cuál es, en medio de sus males y desgracias, el augurio del porvenir.¹

El joven poeta ha querido contar la historia eterna, pero en términos tales, y con tal idea, que resulta nueva la venturosa vejez de amarse donceles y doncellas.

Una, como hay cien mil, que se llama **Soledad**, y que debiera llamarse **Sociedad**, según lo pronto que se acostumbra a ella en cuanto la sacan del campo, tiene todos los instintos de su sexo cuando apenas ha llegado a la edad de los primeros ensueños. Como su abuela es una abuela al uso, que ama por sí misma más que por los nietos a quienes ama, la tiene tan consentida, que consiente en la mas temeraria temeridad a que puede avenirse una dos veces madre de una dos veces peligrosa adolescente; la deja **ponerse cola**, vestirse de largo, entrar antes de tiempo en la categoría de mujer, ostentar títulos exteriores de nubilidad, autorizarse a ser amada.

Siendo esto lo que busca **Soledad**, pronto lo encuentra. Y encuentra más de lo que merece la donosa casquivana, porque, a juzgar por su noble modo de morir por las idealidades indecisas del patriotismo, **Amando** merecía más de lo que encuentra en Soledad. Merecía, por lo menos quien lo amara por sí mismo, y no por lo que pudiera prometer, y ella es tal que, (y al fin y al cabo es natural, ¡qué diablos!) como da el corazón por dar la mano, lo que le importa es la mano, y francamente, manos vacías es feo darlas, pero es mucho mas feo recibirlas.

Así dotada de esa sabiduría social, la conquetuela descubre un porvenir en un individuo que promete: es nada menos que uno de los que llaman hombres de situación en todas o casi todas las sociedades en donde no hay hombres para otra cosa. La gentil diablilla deja a Amando y se va a Odiando,

1. El que fué notabilísimo poeta, Gastón Fernando Deligne y Figueroa, tenía entonces 26 años. (1861-1914).



como supongo que se llamaría (aunque el autor no lo declara) la antítesis viviente del primer amado de la versátil educanda de la abuela.

En esto estalla la revolución. Ese determinante demuestra que el teatro es una de estas felices sociedades en donde a cada paso se interrumpe la tarea de la vida social para atender a reclamos armados de derecho o a rechazos también armados de anarquía.

En esas tierras venturosas, la revolución es una borrasca en un cenagal; ¡qué de ambiciones, qué de codicias, qué de concupiscencias, qué de traidores programas, qué de siniestras promesas, qué maroteo de pasiones infandas, qué agudo, qué profundo, qué intenso dolor el de las pasiones generosas!

Y eso lo **pinta** el joven poeta en cuadritos diminutos cuya jugosa sobriedad les da mas realce, y con una secreta generosidad de sentimiento y una fuerza de concepto que auguran en él un poeta de reflexión.

Por supuesto, que de la revolución sale en el caso del poemita lo que sale en los casos de la vida real: unos cuantos arriba, otros tantos abajo, algunos malogrados, la patria desesperada, y **Soledad** y una amiga suya, que es figura de paramento en el poemita, viuda de corazón, ya que la guerra les llevó a sus futuros.

El cuento, sencillo como es, está contado con mucha gracia poética al principio; con mucha profundidad de intención en la parte en que el poeta se pone un antifaz para juzgar, con palabras prestadas a un personaje episódico, el hecho social que sirve de nudo a la trama, y con muchísimo menos arte y sentimiento, al fin, de lo que reclamaba, no por cierto la catástrofe de un corazón fofo como **Soledad**, sino la catástrofe del patriotismo que pudo y debió personificarse y llorarse en Amando.

Por lo mismo que nuestra literatura está en la infancia, y que es, nos dicen, un joven muy joven el autor de este poemita, hay mucho que decir de él; pero no tengo tiempo para decirlo. Basten simples menciones: la carta de la abuela, felicísima imitación del estilo del más conceptuoso de los contemporáneos españoles, Campoamor; el retrato de la chicuela, tanto más notable cuanto mas sobrio, las pinceladas críticas del observador de luchas sociales. Pero; qué lastima... Nó: más vale no poner reparos, y esperar a que ese joven siga produciendo. El papel de la crítica en los pueblos que se forman no debe consistir en retraer; consista en atraer.

¿Ese joven promete? Pues deje que dé. Cuando haya derecho para pedirle lo que deba dar, y no haya dado, entonces vendrá la crítica ceñuda, y vendrá bien. Por ahora, sonría afablemente al recién llegado.

EL FERROCARRIL¹

Esta será una ojeada general y superficial. Ni tiempo ni ocasión he tenido hasta ahora para más. No tiempo, porque aún no hace mas que dos días que salí de ahí; no ocasión, porque a mi paso por la cabecera del ferrocarril faltaban de allí los empleados superiores de la línea, y no pude reunir los datos que necesito para formar y dar idea de lo que el ferrocarril represente en cuanto esfuerzo económico, en cuanto beneficio actual para el empresario, y en cuanto esperanza de mejoramiento para la República.

Eso no obstante, y a reserva de volver atrás para ver lo que no haya podido ver, voy a empezar a decir lo que hasta ahora he visto.

El ferrocarril tiene un mal punto de partida: no es su cabecera actual la que más le convenía. **Las Cañitas** o **Sánchez** no es ni un puerto ni una ciudad ni una vida, y solo con enormes y acaso imposibles sacrificios podrá llegar a ser lo que debe ser el punto de donde arranque una vía férrea.

Sea como fuere, de allí parte la vía. I a poco recorrer el último extremo del litoral de la bahía, se sumerge materialmente en un cenagal de nueve millas de extensión longitudinal y de un área extraordinaria.

Esas primeras nueve millas son un notable esfuerzo de capital e ingeniería. No creo que todavía sea suficientemente sólida la obra, pues la movilidad del tren me daba frecuentes anuncios de que esa es obra que solo tiempo y sol y reparaciones acabarán definitivamente: el mismo acarreo de piedra caliza que ví haciendo desde las rocas de Arenoso me demuestra que son de mi misma opinión los ingenieros; pero tal como se ofrece a la vista del pasajero, la obra de la ciénaga es digna de admiración: es muy probable que esas nueve millas hayan costado por sí solas más que las restantes de la línea hoy concluída.

Durante todo el trayecto del cenagal, la línea va por un manglar espesísimo que, solo de cuando en cuando desaparece para dar lugar a juncales que abarcan extensión considerable de terreno.

1. Estas páginas, escritas en forma epistolar, en **Almacén del Yuna** (Villa Riva), el 9 de agosto de 1887, dirigidas al Director de **El Mensajero**, Don Fed. Henríquez y Carvajal, aparecieron en los núms. 13 y 14, del 28 de ag. y 15 sept. de 1887, de ese periódico.



Por entre mangles, juncos, aguacates silvestres, frutos cimarrones, y plantas de ciénega y lagunas, brilla como deletéreo resplandor de ultratumba un agua muerta que resiste a la presión de la enorme cantidad de materiales que han arrojado sobre ella para ahogarla y para terraplenar la tierra temblorosa. Allí, confiando sin duda en la perpetuidad de la marisma, y disputando al progreso y al trabajo su guarida, espían millaradas de **hicotetas**.

Mientras la vía corre por en medio de manglar, mangles o juncos es lo que absorbe la mirada, y el monte espeso de la península en el plano superior. Pero tan pronto como se sale de la ciénega, se abre un horizonte dilatado que abarca, de un lado, una porción del Yuna; del otro lado, el bosque siempre espeso que cubre el esqueleto de la península; y allá al fondo, la cordillera transversal, azul y brillante y recortada, que liga en el núcleo central del sistema antillano en esta isla, las ramas septentrionales a las meridionales de las cordilleras. Ya el descubrir ese horizonte más extenso, cesa el terreno de ser blando, y la campiña, ya seca y sana y risueña, embriaga con los efluvios de su respiración ya saludable. Es como cuando, saliendo de un aposento de moribundo, nos encontramos de pronto con una criatura bella por lo saludable y saludable en su belleza.

Allí, junto con la tierra firme y halagüena, empieza la que llamaré zona de aguas corrientes y de puentecillos. En no más de seis a nueve kilómetros hay seis u ocho puentecillos sobre otros tantos caños o afluentes del Yuna poderoso, o de afluentes del Yuna.

Arenoso es el nombre del primer punto de parada, no paradero ni estación que actualmente hacen los trenes. Y de allí a los pocos kilómetros, tres más, se entra en este Almacén del Yuna, recuerdo duradero de los nobles esfuerzos que hizo Riva por dar vida a este distrito y por obtener de la vasta corriente del Yuna el beneficio que ofrece naturalmente.

Aquí, no sé todavía por qué causa, si de suficiencia propia o de mediación entre centros de producción y conducción, se ha formado una aldea mucho más extensa de lo que me habían hecho entender y mucho menos regular de lo que gustaría que fueran las aldeas. Aquí también, para complacencia de advenedizos, vive y regocija con su inmortal jovialidad el viejo cura de aldea, el tipo familiar del cura de almas buenas y sencillas, hecho carne redonda y hombre bueno en la excelente persona del Padre Ramírez.

Aquí..... Pero lo que importa, puesto que estoy hablando del ferrocarril, es decir que Almacén es la primera estación de la línea férrea, a las veinte y una millas del punto de partida.

Hasta ahora, ni la marcha de los trenes ni la administración de la vía es suficientemente regular. Los trenes de carga, que salen todos los días hasta el extremo actual de la línea en Colón, frente a Macorís, reciben pasajeros; y los trenes de pasajeros, que salen los martes y viernes, más bien los viernes sólo, tienen por objeto principal la carga.



Esto, según me dicen, y hasta ahora, es insuficiente para el sostenimiento del ferrocarril. Y, según creo, lo será por siempre, si no cambian las condiciones existentes.

Pero de esto, en otra carta.

II

A no muchos pasos del pueblecillo, entre él y el Yuna, por allí turbio y barrancoso, está la primera estación de la vía férrea. Es una casita no grande, pero bien construída, de doble galería, con un vasto patio casi parque por detrás, solitaria, solemne y silenciosa.

Allí, gracias a la espontánea hospitalidad del jefe de Estación, que es un sobrino de Riva, pasé la mitad del tiempo que gané en el Almacén. Tiempo ganado fué el que allí pasé, porque mucho de lo que sé del ferrocarril, allí lo aprendí.

Eso no obstante, si no hubiera sido por el excelente joven que dirige aquella oficina, motivos habría tenido para disgustarme de la importuna dilación que allí sufrí.

Por fin, resonó de bosque en bosque el agudo silbido de la locomotora, y el monstruo civilizador apareció por entre el espeso follaje de la rebelde selva.

¡Y qué extraña, y qué insinuante, y qué enternecedora aparición la del dragón del progreso por en medio de la selva salvaje que siglos enteros no han podido sacar de su tenaz inercia! Ver, desde lejos, entre dos líneas cerradas de árboles tupidos, que nada dejan ver más allá del follaje espeso, aquella rígida a la vez que dúctil cadena de carros arrastrados por una máquina que vomita humo y fuego, es por sí solo un espectáculo. Y hasta diré que es un drama; y si los bárbaros me apuran mucho, hasta afirmaré que es una tragedia; que, en efecto, catástrofe de la barbarie es la aparición de la locomotora en cualquier parte. Bien lo han sabido los que salvajemente se han opuesto en el Cibao al paso del ferrocarril. Bien lo han sabido, porque la locomotora acabará con ellos. Y como con ellos, con tantas cosas acabará la locomotora, que en realidad, más que indignación debe causar asombro y hasta interés piadoso, la fuerza de resistencia y el instinto de conservación que ha demostrado la barbarie. Pero de esa lucha, interesante para la historia, la sociología y la crítica, ya tendré tiempo de ocuparme. Ahora voy viajando. Viajamos en un carro improvisado. Mr. Mac Gregor, el ingeniero que me acompaña, me dice que no se ha podido disponer de carros de pasajeros porque están en el taller, preparándose para la fiesta de inauguración.

El tren va compuesto de unos diez carros de acarreo, que llevan durmientes, rieles y algunos otros materiales para la vía: aún faltan algunos kilómetros para llegar a La Vega, y tanto por eso, cuanto por enseñarme despacio trabajos concluídos definitivamente, los por consolidar y los por hacer, el ingeniero



manda al maquinista que vaya despacio. Algunas veces, como en el paso por el puente del Yaiba, por una o dos graduantes después de él, por el paso del palmar y por los puentes de Cabuyas y Camú, no tiene que mandárselo; el maquinista va despacio, porque la máquina se niega a andar de prisa.

Yo como de costumbre, mas de prisa que conviene. Acabo de salir de la Estación del Almacén, y ya estoy con el pensamiento por el extremo de la vía.

Volvamos al punto de partida.

Salimos de Almacén en un carro de carga con un toldo de lona embreado por todo resguardo contra el sol ardiente, y sentados sobre un cuartón de madera por todo asiento. El camino hasta Barbero, la segunda Estación del ferrocarril, es con frecuencia una línea recta perfecta, larguísima y sin accidentes, que más de una vez me hubiera recordado las paralelas rectas de la ferrovía en la pampa argentina, si aquí, en vez del océano de gramíneas que es la pampa, no hubiéramos tenido como horizonte el océano de hojas que es la selva tropical.

Por ella y entre ella corre el ferrocarril hasta Barbero.²

Al llegar se han recorrido unas 35 millas desde **Indignación** o Cañitas o Villa Sánchez, y unas 15 desde el selvático patriarcado del Padre Ramírez.

Pero al llegar a Barbero se encuentra el transeúnte con el más obsequioso, deferente y popular jefe de Estación que hay en la Vía, y es necesario deferir a sus obsequios y agradecerle sus bondades. Con él y con su compatriota, el conductor de Villa Sánchez a Barbero, se tiene lo bastante para quedar contento del personal de la línea. Esos dos señores, Ayuso³ el primero, Villalba el segundo, ambos españoles, castellano aquel, andaluz el otro, son, como el telegrafista de la línea, el madrileño señor Moya, personas prontas a facilitar cuantos informes se les piden y a allanar cuantas dificultades dependa de ellos allanar.

De los empleados dominicanos de la línea, que en la misma Barbero empecé a conocer, hablaré a su tiempo. Ahora lo es de embarcarnos, que ya el tren va a salir para Colón.

A partir de Barbero empiezan los encantos del viaje, y empezaban las dificultades del camino. No consolidada todavía la obra, los trenes operaban a manera de colosales pisadores; su misma gravedad servía para afirmar los rieles en los durmientes, los durmientes en el terraplén, el terraplén en el subsuelo. Pero había puntos como el puente de Yaiba, en que era preciso andar con la mayor cautela, y el tren caminaba como reptaba la serpiente cuando, no

2. Hoy común de **Pimente**l. Entre esta Común y la de Villa Riva fué fundado entonces el pueblo de **La Ceiba**, convertido en **Distrito Municipal de Hostos**, por ley del 19 de abril de 1926.

3. Felix Ayuso, tronco de la familia dominicana Ayuso-Demorizi.



teniendo que lanzarse de un impulso, desarrolla uno por uno los anillos que constituyen su sistema de locomoción.

A invitación e imitación de Mr. Mac-Gregor, que fué un complaciente **cicerone** para mí, bajé del tren para ver el puente del Yaiba. Es el primer verdadero puente de la línea, y la primera dificultad de esa especie vencida en el ferrocarril de Samaná.

El Yaiba es un arroyo turbulento, que, a la menor creciente, rompe el vado y ataca el puente. Aunque no llovía en el llano, las no muchas lluvias de la montaña habían enfurecido la discola corriente que, arrastrando a su paso los estupendos tubos de hierro y cilindros huecos que rellenos de arena, piedra y cimientto de Portland sirven de base al puente, desvió de su lugar a uno y casi arrastró a otro.

La obra de recomposición que presenciamos era muy interesante. Desde el fondo de los dos cilindros de hierro que se habían dislocado, sacaban de cuando en cuando la cabeza los trabajadores que en el fondo de ellos, y sumergidos en el agua de que los había llenado la avenida, se ocupaban en vaciarlos de agua, fango y piedras, para poder reponerlos en su sitio.

Daba alegría ver los hijos del país al duro servicio de la obra del progreso.





LAS CAÑITAS; SÁNCHEZ, INDIGNACIÓN¹

A la extremidad occidental de la bahía de Samaná, en el rincón meridional, sobre el lomo y en la falda de un montículo de arena y de aluvión, bloqueada por las primeras estribaciones de la cordillera samanesa y amenazada de inundación por la enorme marisma que no cesa hasta diez, doce o acaso quince millas más allá, se presenta al navegante o al viajero un caserío oscuro, inatractivo, extraordinariamente irregular y no menos extraordinariamente inaccesible.

Aquello, aldea, burgo, caserío, aduar o ranchería, es el punto de partida del ferrocarril de Samaná a Santiago. El agradecimiento patriótico ha querido que aquello ostente el noble nombre de **Sánchez**, y ese es el nombre oficial de la población; pero el uso ha prevalecido sobre la gratitud, y el nombre familiar de la primera Estación de la vía férrea es **Las Cañitas**. Ninguno de esos nombres, sin embargo, explica la existencia del pueblo en el lugar que ocupa. Lugar más inadecuado, posición más incómoda, locación más insensata no hubieran podido imaginarse en el estado de razón tranquila y de ánimo sereno que se presuponen en las obras de la industria humana.

De seguro que buscándose una cabecera para la Vía, nada hubiera sido más fácil que encontrar en los extensos terrenos litorales de la bahía un punto adecuado para tal objeto. Allí, no lejos, están llamando con sus aguas profundas, con sus tierras llanas, con sus encantos pictóricos, con sus ventajas para el tráfico, tres lugares admirables para el triple objeto que ha de satisfacer el punto de partida de una ferrovía.

Entre ellos, el mejor, **Santa Capuza**, santa extraña, pero sitio magnífico. Cuantas circunstancias han de reunirse para establecer una estación central de vía férrea, tantas, a juzgar desde a bordo, reúne aquel lugar encantador. Y como aquel lugar lo conoce como nadie su afortunado propietario, el Sr. Gregorio Riva; y como el Sr. Gregorio Riva ha sido el precursor de todos y

1. Hostos escribió este previsor artículo en La Vega, el 11 de agosto de 1887. Había estado en Sánchez en esos días. Como en tantas cosas, ¡que lástima que no se atendiese al alerta de Hostos! Sánchez, fundado en Santa Capuza, uno de los más deliciosos parajes de la Isla, no habría sido lo que fué, lo que es hoy, en que los derrumbamientos de los terrenos de la villa que dan al mar, sobrepasan el vaticinio del Maestro.



cualesquiera trabajos de fomento en la bahía y en la cuenca del Yuna, tenía iniciativa suficiente e influencia natural para decidir o contribuir en punto de tanto momento para una empresa ferrocarrilera como es la locación de su estación principal. De esa iniciativa parece que usó el útil dominicano, pues los trabajos del ferrocarril empezaron en Santa Capuza: oficinas, fábricas, muelles, alcantarillas, extensión de rieles, movimiento de máquinas propulsoras, todo empezaba a convertir en un centro de industria y vida el lugar encantador, cuando el Director General de la empresa llegó al país.

Según parece, el ingeniero a quien él había confiado el comienzo de los trabajos, junto con la administración local de la empresa, había traspuesto las instrucciones recibidas, y el Director sintió y manifestó tan viva y ardiente indignación, que resolvió destruir y perder los trabajos hechos y los gastos ocasionados, trasladando a las Cañitas el material, las fábricas, las oficinas, la población.

Esta, pues, que debiera llevar el nombre del sentimiento que la produjo, es hija de un momento de indignación.

Pero sea vista la verdad: por legítima que fuera, la causa que dió origen y existencia a **Indignationville** o Sánchez o Cañitas, ha sido causa de un mal presente y de probables inconvenientes futuros para la empresa del ferrocarril.

Indignationville está situada en la vertiente de un terromontero formado de aluvión tan reciente, tan inconsistente y tan inestable, que basta un aguacero para **hacer andar el lodo**. Entre el terromontero y el caserío, o más bien, como base del suelo ocupado por el caserío, hay un cenegal apenas disimulado por una ligera capa de limo consistente; como extensión del poblado, una bajura pantanosa bajo la inmediata influencia de las vertientes samanasas: en suma, delante, en medio, detrás, alrededor, las Cañitas es una **tembladera**. Para hacerla transitable ha habido que pavimentar las calles o lo que por condescendiente eufemismo se llaman allí las calles, con un pavimento **sui generis**, que consiste en un entablamiento o línea de tablas puestas a manera de sendero; a distancia de un pie uno de otro se han colocado listones transversales, de modo que el pavimento es como una escalera firme tendida sobre el suelo para que el transeunte pueda afirmar el pié, asegurar el paso, caminar y transitar. Aun así, y aun en día de suelo seco como el que yo tuve la fortuna de encontrar, las calles de la villa de Indignación son intransitables.

Lo son, principalmente por la noche, cuando recién llegados y no apercebidos para semejante modo de locomoción urbana, se siente bajo el pié, nó el suelo firme a que él está acostumbrado, sino una línea estrecha que se cimbreaba de continuo.

Pero los felices habitantes de las Cañitas se dan hoy por muy contentos de sus calles y hasta por muy satisfechos de sí mismo cuando, gozando de su natural superioridad sobre el ignorante viajero, caminan seguros, tranquilos y risueños, mientras que el triste advenedizo camina bamboleándose.



Así íbamos unas cuantas víctimas propiciatorias de la curiosidad patriótica, en aquella noche de llegada y por aquellas calles de nueva invención, recorriendo casi a tientas la accidentada población.

Compónenla dos porciones muy distintas: la que podríamos llamar **reservada**, y la común. La porción reservada consta de unas cuantas casitas de madera muy bonitas, muy limpiecitas, muy cómodas, muy agradables de aspecto y de mansión: todas ellas están desordenadamente situadas en un como parque no muy extenso, de dos calles transversales bien enarenadas, provisto de un enverjado de madera que separa la reserva, o **Casas de la Compañía**, de la porción común del pueblo. Esta porción común es un semillero de casuchas y de cuartitos de madera, que se han ido colocando a merced de la necesidad y a capricho o conveniencia de los primeros pobladores.

Estos, que acaso pasen de 2000 se descomponen en tres grupos etnográficos, o más bien en tres grupos geográficos: en cuarto de población, dominicanos; otro cuarto, extranjeros de procedencias europeas; la mitad restante de la población, extranjeros de las Islas Vírgenes, las Turcas y Curazao.

Como se ve, si el suelo es resultado de un aluvión, la gente que lo ocupa es otro resultado de aluvión.

Y ¡qué aluvión! Cuando yo contemplaba allí a los jóvenes dominicanos que, desde Santo Domingo, Vega, Moca, Santiago, Puerto Plata, han ido allí a buscar empleo para sus aptitudes y ocupación para su deseo de trabajar, y honrosos medios de su existencia para su necesidad de vivir, no podía menos de admirarlos como nobles ejemplares de la perseverancia en el esfuerzo y de la resistencia contra todas las repulsiones que es posible encontrar en la vida urbana, si es urbana la vida de aislamiento completo en que se ven forzados a vivir.

Bueno, por otra parte, sería que acudieran de todos los centros de población de la República los jóvenes que tuvieran o tengan la noble ambición de vivir por sí mismos que tienen los que hoy se forman en la lucha con la vida repulsiva de las Cañitas. Esa es una prueba que conviene a quien quiera que sea capaz de darle.

Mas lo que, desde ese punto de vista tenga Villa Sánchez de favorable a la moral individual, lo tiene desfavorable a la Moral, a lo económica, al bien privado y público, a la conveniencia del ferrocarril. Es, como cabecera de éste lo más malo que ha podido escogerse. Es, aunque no quieran, una cabecera provisional. Eso tiene que caer. Eso tiene que cambiarse.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ANTE UN PIANO

Bastaba ver al hombre para ver el piano. El hombre se me presentó como es; modesto hasta ser humilde; concentrado como quien piensa en algo que merece ocupar una atención; silencioso como quien se aísla en una idea.

Viendo a Del Orbe, era necesario querer ver la obra de Del Orbe.¹ Y fuimos, y la vimos. Es la obra de un modesto, de un humilde, de un atento a su propio pensamiento, de un concentrado en su propósito.

El piano, que es de la forma de los llamados verticales, idéntico en eso a su tenaz autor, nada tiene en apariencia, que llame la atención. Se ve por fuera al constructor, y se encuentra un hombre, tan sencillo, que apenas parece que encierre nada en sí; se estudia al hombre, y se descubre una porción de fuerzas en otra porción de virtudes: la constancia en el esfuerzo, la perseverancia en el propósito, la resistencia contra las dificultades, el ingenio para vencerlas, la observación para indagar la razón y la explicación de los misterios de lo que se propone descubrir y realizar. El piano, visto por fuera, es una simple caja de madera de caoba, bien labrada y bien adecuada a su objeto, pero sin adornos, sin atractivos de ebanistería, sin más que lo indispensable para su propio objeto. Como el hombre que lo hizo, el piano, visto por dentro, se transforma: es la obra de las fuerzas que se manifiestan por medio de virtudes: ¡qué de esfuerzos perseverantes! ¡qué de dificultades vencidas por la atención, por la observación, por el ingenio, por la perseverancia, por el noble sentimiento de la gloria buena, por el alto patriotismo que llama a los humildes y modestos a consagrar en obras de bien su amor al suelo nativo!

Un piano lo hace en un día una fábrica de pianos: mil obreros, merced a la división del trabajo: cien oficios, merced al concurso de su especialidad, concurren a producir en el momento de un día la obra de arte e industria. El artista de los sonidos viene después; arranca un mundo de melodías al instrumento, y la obra de la industria desaparece ante la creación del artista. Pero el piano de Moca es por sí solo un mundo: de un hombre que no sabía absolutamente nada de lo que constituye el conjunto de oficios y artes

1. Don Manuel María del Orbe, padre del notable violinista dominicano Gabriel del Orbe y del escritor y político Lic. Diógenes del Orbe.



mecánicas que es un piano, hizo un obrero creador, un industrial transformador, un talento inventor.

Del Orbe no sabía más sino que quería hacer un piano. El que había visto en la hospitalaria sala del buen padre Minguez le parecía una obra tan admirable, tan profunda extrañeza le produjo ver que de aquel armazón de madera salieran sonidos tan encantadores, que se puso a pensar que era digna empresa el ponerse a hacer una tan admirable obra. Pero no tenía ninguno de los recursos industriales, ninguno tampoco de los recursos económicos que demanda una de esas obras maestras de industrias combinadas, y tal vez suspiró despidiéndose de su loco empeño.

¿Mas cómo despedirse del empeño? Cuando el Padre no estaba en su casa, y el piano, el tesoro, estaba solo, el soñador de imposibles entraba en puntillas, azorado, mirando para ver si era mirado, suspensa la respiración, agitado el pecho como el que conoce o teme que hace mal, y levantaba la tapa superior del instrumento, y miraba por allí, y se llevaba en la memoria lo que había visto, y dibujaba a duras penas lo descubierto, y se ponía a ver si era posible hacer lo que había visto.

Como el ver de quien mira absorto en la secreta razón de lo que mira es siempre un hondo ver, Del Orbe vió con la razón: es decir, analizó. Y analizando descompuso en sus partes el misterioso todo, descubrió cada uno de los integrantes que lo constituían, recompuso por esfuerzo de razón el todo que había visto, tomó una mesa cualquiera, armó en ella un aparato, cogió alambres, hizo un armazón de pedacitos de madera y de cuerdas afónicas o insonoras, y vió que no era un piano, y lo destruyó.

Y entonces lo devoraba la sed de lo imposible: había visto que era imposible hacer con sus recursos del momento lo que requería recursos de otra especie, pero vió que, con otros recursos, era posible lo imposible. Habían salido fallidos sus esfuerzos; pero no fallaron porque él no pudiera hacer lo que quería, sino porque había querido hacerlo fuera de los medios que conducen a su propósito. Los medios, pensó enérgicamente, no son los materiales: si hace falta lo que no tengo, yo lo tendré cuando haga falta: lo que ahora necesito es apoderarme por completo del secreto de ese mecanismo tentador.

Y después de tres años de reflexión, de meditación, de esfuerzos mentales, de insomnios, de lucha con la propia idea, de abandonos a la desesperación, de esperanzas reconquistadas, desalientos súbitos seguidos de prontos desalientos, se encontró un día en plena posesión de sí mismo y de su empeño. Y dueño intelectual, fué dueño material de todos los medios que guiaban a su fin, y en diez meses, en solo diez meses de trabajo material continuo, construyó el piano.

Sin duda que la obra mental fué la más admirable, y por eso he tratado de hacerla comprender; pero la obra material fué estupenda. Había que hacer todas y cada una de las innumeradas partes de que consta un piano, y no



había una sola, ni conocía uno solo de los recursos industriales que requería la obra. Tuvo que hacerlo todo y aprender prácticamente y por sí mismo a hacerlo todo. Tuvo que emplear útiles de trabajo que no tenía, y los inventó. Tuvo que hacer por sí solo, y sin saberlo, cuanto hacen juntos, sabiéndolo, los cien industriales y las cien industrias que contribuyen a la construcción de un piano; y a excepción de aquellas partes que era absolutamente inútil que intentara hacer por sí mismo, y que tuvo la fortuna de que le proporcionaran a tiempo, como las cuerdas sonoras, y creo que nada más, todo lo hizo. Todo: hasta las teclas, para lo cual utilizó huesos de reses; todo, hasta la caja del instrumento, para lo cual se hizo carpintero.

Y todo salió bien. El piano, visto de cerca, es admirable; visto por quien conozca la fabricación de pianos, debe parecer prodigioso.,

Visto por mí, el piano de Moca, como concluirá por llamarlo la tradición, cuando el tiempo le haya arrojado encima la capa de la leyenda, es un piano milagroso. Milagro del esfuerzo, milagro de la perseverancia, milagro de aquella fuerza fecunda que tiene la virtud cada vez que pone a un hombre en un camino, y un camino en la dirección de un ideal.

Así mirando íntimamente la obra, el obrero, la sociedad inconsciente de sus fuerzas en donde tales milagros del ingenio y la virtud se hacen, pasé en Moca las horas felices que se pasan cuando no se tiene por delante más que un bien ni se tiene en lontananza más propósito que el bien.

Más de una vez he pedido un museo para el piano de Del Orbe, para el órgano de Paez, para las hojas de Gómez, para las pinturas de Bonilla, para las obras todas del ingenio inculto que, semejante a nuestra tierra dominicana, produce, sin elementos de cultura, cuanto un momento de esfuerzo perseverante le pide. Pero si nunca llega para la pobre República el momento de conciencia en que se dé cuenta de lo que puede, el piano que he contemplado con asombro en cuanto obra de industria; y con referencia, en cuanto obra de virtud, tendrá un museo en toda conciencia que contemple lo que simboliza la obra del humilde, del fuerte, del bueno, del perseverante, del amigo, del renombre de su patria.

NOTA BENE.— Nunca olvide la sociedad en donde ha habido hombre capaz de tal triunfo de la iniciativa individual, que el único continuo auxiliar del gran obrero ha sido la compañera de su vida. No olvidarlo es honrar a esa digna auxiliar, y es también reconocer que, en toda obra de hombre bueno, hay oculta la inspiración de una mujer.

El Teléfono, No. 234, Santo Domingo, 18 de Sept. 1887.
Moca, 14 de agosto 1887.



PASA AÑOS

Excelente costumbre me parece la de despedir con un cañonazo el año que ha pasado; porque cada año que pasa es un cañonazo que la conciencia dispara a la atención para que atienda a lo mal que la vida va empleada.

No menos excelente costumbre es la de esperar despiertos el año nuevo que va a suceder al año viejo. Para los que nada esperan de sí mismo, cada año es un signo de interrogación, y es bueno que lo esperen para saber cómo han de vivir.

De seguro proseguirán viviendo como ya vivían. Para pueblos o individuos, si tontos o inconscientes, la vida mejor es la imitada, y esa es la misma desde que el mundo es mundo.

De la muerte de un año al nacimiento de otro, no hay lapso, ni espacio, ni transmisión, ni cambio: no hay más que formidable seguridad de seguir viviendo en donde es odiosa la existencia.

Aunque un año es demasiado corto momento para reformar una existencia, la razón popular ha reconocido la necesidad de considerar cada año para la ocasión de un esfuerzo deliberado para mejorarnos reformándonos: de ahí el proverbio: **Año nuevo, vida nueva**, mas como vivir no es más que sostener una lucha entre lo que se es y lo que se debe ser, individuos y sociedades se desentienden del proverbio y siguen viviendo los años nuevos como vivieron los años viejos de su vida. Hay, pues, que rendirse a la realidad y corregir la mentira sabida con la verdad probada, diciendo: **Año nuevo, vida vieja**.

Si obligaran a un hombre a vivir como un vegetal, de seguro no lo atormentarían tan profundamente como se atormenta al hombre de progreso que sumerjan en una sociedad estacionaria, o al hombre de bien que sofocan en una sociedad de mal. Al menos, el primero podría decir al término de cada año: He vivido. El otro, a cada año que muere, tendrá que preguntarse: **¿YO he vivido?**

¡Bienaventurados los que pasan los años como los años pasan por ellos! Ignorantes del tiempo como el tiempo está ignorante de ellos, pasan como bandada de aves migratorias: son un momento una masa o una mancha en un lugar, y después, nada.



Entre vivir como un ignorado y vivir como un malvado, cien mil veces preferible es el vivir del ignorado: que ese, al menos, no tendrá que sobornar a su conciencia para poder seguir años tras años, engañándose a sí mismo.

Juan Pablo Federico Richter, de quien no han oído hablar las nueve décimas partes de los microbios literarios que infectan con su genio o con su ingenio el mundo entero, escogió un 31 de diciembre, para meditar en la vida y en la muerte.

A ese fin, se retiró a un campo vecino del lugar en que vivía o moría, y se recostó sobre el césped y se puso a pensar y se quedó dormido. Al despertar y levantarse, viendo en el césped la huella entera de su cuerpo, cayó en una meditación tan intensa, que no salió de ella hasta que el frío de la noche lo despertó por dentro. De regreso en su casa, tomó su diario y escribió: Deseo a los hombres mis hermanos una meditación como la que he tenido hoy 31 de diciembre.

Era desearles lo que también yo les deseo para el año nuevo. ¿Qué? Juicio.



LA ASAMBLEA DEL 27

En la plataforma de la Puerta del Conde que, después de Capotillo, es el lugar más eminente de la República, anoche, a las doce en punto de la noche, se celebró un consejo de padres de la Patria.

Lo presidía Duarte. Entre los muertos, siempre el primero, es el primero. Pero a su rededor, como iguales a él en el amor al suelo que los vió nacer, o en el sacrificio por las ideas que los hermana en la historia nacional, se agrupaban Sánchez, Mella, Pina, Pérez, Imbert, Duvergé, Perdomo, Objío y cien más que nombran en sus nombres los hechos más expresivos de la Patria nueva.

A ambos lados de la presidencia, y un poco más atrás, aparecían embozadas en la penumbra, dos figuras silenciosas: Núñez de Cáceres, que fué el primero en la concepción de la idea de independendia; Sánchez Ramírez, que fué el más torpe en el modo de realizar la independendia.

Sin duda por lo simbólico de las dos figuras, o porque su inusitada presencia en el Congreso anual del patriotismo indicara la solemnidad y lo trascendental de la sesión, todas las miradas se fijaban en los dos viejos fabricantes de patria.

Alrededor de todos descansaban sobre sus propios esqueletos los centenares de héroes y mártires sin nombre que han servido de materiales vivos para el edificio sin fin que llaman patria.

Al sonar en el viejo torreón la primera campanada de las doce, una voz larga, lenta, con eco en el corazón, si no en el aire, verdadero sollozo de la tumba, pronunció:

—Se abre la sesión.

Un sordo estremecimiento de cartílagos secos en todo el recinto del Congreso anunció que el Congreso estaba atento.

Y la misma solemne voz, dijo:

—La orden del día.

Una voz menos lejana, como si la emitiera un muerto que hubiera muerto mucho tiempo después, dijo:



—El único asunto pendiente es la ley sobre deber de perdonar.

El estremecimiento de cartílagos fue tanto más estrepitoso cuanto que muchos esqueletos, al ponerse en pie, perdieron el centro de gravedad.

Cuando se hubo restablecido el silencio, no por eso cesó la agitación ni la pelea.

—¿Cuál es ésta? — clamaba una voz.

—No hemos sido llamados para eso.

—Nos reunimos para tratar de la libertad de los presos políticos —dijo con solemne entonación una voz lejana, que el concurso cubrió con una inmensa, una larga y resonante aclamación:

—Eso, eso.

—A eso venimos.

—Que se trate de eso.

—Que los pongan en libertad.

—Silencio, padres de la patria

Dijo e impuso. Era la misma solemne voz del presidente. Y continuó:

—Ni aún después de consumidos por la tumba perdemos los dominicanos nuestros hábitos. Quien sabe si, por ese turbulento modo de ser y de no ser, hacemos tanto para tan poco —y suspiró— y tan poco cuando tanto importa hacer mucho. Atended y callad. Oíd y resolved. Se trata (para eso nos hemos congregado, para eso se ha reunido ésta la más selecta y numerosa asamblea de próceres sepultos que me ha sido dado convocar), se trata de deliberar sobre un asunto de verdadero monto para el orden de la libertad en la República y para la futura organización de la patria que empezamos a organizar y que todavía se está organizando. Se trata....

El solemne asentimiento con que fueron recibidas las majestuosas palabras del Primero, se interrumpió de pronto por la voz del ugier de la asamblea, que gritó:

—El general Salcedo.

Fué un tumulto de huesos. Centenares de esqueletos rechinaron y millares de órbitas huecas se fijaron en el inesperado.

Avanzando penosamente por entre dos largas hileras de esqueletos incompletos, que le hacían paso, apareció en el recinto un cuerpo a medias descarnado, envuelto aún en su sudario, aún revestido de parte de la carne mortal que millonadas de amibas, vibraciones y microbios estaban utilizando para nuevos seres.

Parecía fatigado de su viaje: pero caminaba con aquel esfuerzo y aquella

resolución que caracteriza a los que recibieron la vida como un donativo condicional para algo bueno y la devolvieron como una condición cumplida y satisfecha.

Al llegar al hemicycle que formaban los próceres por excelencia, hizo un movimiento de afectuosa veneración, y estrechando apresuradamente con sus manos descarnadas los huesos que se le tendieron, dijo solemnemente:

—Gracias doy a quien puedo pues os veo. Duarte, Sánchez, Núñez, Mella, Perdomo, Polanco, Pina... todo el último tercio de mi vida lo consagré a desear este momento, ¡Oh nobles padres de la patria mía!...

Y sollozó.

Y como suele entre hombres de incontaminado patriotismo, que al nombre de la patria se estremecen en las más hondas raíces de sus fibras y sus nervios, el Congreso de próceres exhumados prorrumpió en sollozos.

—Vivo se necesita estar para no llorar a tu nombre, ¡oh patria amada!

Este grito no se escapa de mi pluma: fué el clamor de una boca sin labios y sin lengua. Pero fué tan persuasivo aquel clamor, que al sollozo sucedió un como alarido de indignación. Era como si las generaciones constructoras y reconstructoras de la patria, pidiendo cuenta de su legado a las generaciones vivas, las maldijeran.

Hubo entre los directores de la asamblea un leve murmullo de desaprobación, que se hizo voz con la tranquila palabra del Primero:

Hasta en la tumba irreflexivos, hasta en la tumba injustos. A cada generación toca su obra, como toca su labor a cada día. Los de hoy son días de complicada adaptación de medios múltiples al penosísimo fin de civilizarse, y en eso está, jadeando y sudando, gimiendo y llorando, la triste generación dominicana que condenais y maldecís. No a tanto os lleve el patriotismo póstumo.

Y cuando el reverente silencio del Congreso le hubo probado que habían sido escuchadas sus palabras, cambiando el tono de su voz profunda en imperativa entonación.

—A la orden del día —repitió.

—Señor: hay una cuestión previa.

Era la voz del Secretario.

—Es verdad, próceres de la patria y la asamblea: hay una cuestión previa motivada por la llegada de nuestro colega el buen Salcedo. Procedamos a ella, antes de reanudar el debate interrumpido.

Grande expectación en la asamblea al oír estas palabras y al ver adelantarse de nuevo al último recién llegado del mundo de los sacrificios al mundo de la renovación.



General Salcedo: ¿qué noticias de la patria?

—Lisonjeras, señor Presidente.

Hubo un como maroteo de huesos en el Congreso de sepultos. Las noticias que llevaba el recién llegado eran lisonjeras, y las que ellos tenían eran penosas.

—Con perdón de la asamblea que parece preparada para malas noticias, y no para las que yo traigo, me atreveré a sostener lo que es verdad.

—Muy bien —en todo el recinto.

—Sí, muy bien, general Salcedo; así, como firmes, hablan los que sacrificaron vida y felicidad a la verdad, a la patria y al derecho.

—Pues con tal aprobación, prosigo diciendo que son lisonjeras las noticias de la patria. Ya llegaron las máquinas para la explotación de las minas de Jaina Arriba... (¡Oíd, muy bien!) y el ferrocarril de Sánchez a La Vega está en activa explotación (¡Qué viva!) y se continúa hasta Moca y Santiago... (¡Hurraa!) y el tráfico entre costa e interior aumenta, y el arribo de vapores y veleros se hace más frecuente, y la siembra de cacaoales, bananales y frutos menores inicia un nuevo rumbo feliz a nuestra providente agricultura, y en La Romana y Sabana de la Mar y en Samaná se inician empresas de colonización agrícola, y en Puerto Plata se completa la obra de las haciendas de caña con las de frutos menores, y en San Cristóbal, la Capital y Macorís se sostienen los grandes Ingenios, a pesar de la crisis y sus destrozos, y se abren nuevos mercados en Holanda a nuestros frutos... (¡Hurra, mil veces hurra! ¡Viva la patria de febrero y la de agosto!) Por último, para concentrar en un progreso que vale por mil la benévola atención del auditorio: por último, ya ha llegado el telégrafo eléctrico a la Capital de la República...

Fué un estrépito inmenso; todos los esqueletos se pusieron en pie y millares de manos descarnadas se agitaron en transportes de entusiasmo.

—Y por último, compañeros y hermanos, (loada sea la verdad, bendita sea la civilización...) por último, el cable submarino está ya tendido entre la República y el mundo, y ya no somos un jalón en el océano.

Horrisono el estruendo, pero profundamente majestuosa y patética fué la invisible escena: todos los esqueletos cayeron de rodillas. Y adoraron a la patria y bendijeron la civilización y entonaron, sin voces ni sonidos, un himno a la gloria y al progreso.

El Primero fué el único que se puso en pie.

—Ya veis, clamó, que erais injustos con la generación que nos hereda.

Pero el efecto producido por sus palabras, fué contrario a sus deseos. Una parte del concurso se irguió como si obedeciera a un resorte, y bramó:

—¿Y lo de la frontera de Haití?



Al grito de los héroes y mártires de la primera Independencia contestó el vocerío de los héroes y mártires de la segunda Independencia, que poniéndose en pie con el estrépido de un ejército prosternado al levantarse:

—¿Y eso de los iberoamericanos más españoles que Buceta? —preguntaron.

—¿Y lo del comercio fronterizo? Preguntaron en antifona los del Número.

—¿Y los de los melindros para defender a nuestros compañeros de Palo Hincado?

—Y sobre todo —prorrumpió una voz como un trueno, que parecía la suma de todas las voces del concurso—; Y sobre todo ¿con qué civilización o qué progreso conviene lo de tantos presos políticos?...

...jaron continuar. Hubo un estallido como de tumbas que se levantan que se hunden bajo el peso de la aflicción, y cuantas bocas había, aron con sus voces sepulcrales:

...presos políticos, los presos...

...la orden del día —dijo serenando a la asamblea su presidente—. Cuando, habló así:

...s proscriptos de la vida, que un tiempo fuisteis proscriptos o del o del derecho común o de las dulces delicias del hogar o de los honores que multiplican los estímulos del vivir humano: Nobles s a la patria que, en muerte como en vida, seguís afanándoos por su prosperidad y por su buena fama: a todos eternidad feliz, y a s por el pronto obedecer a la convocatoria que para esta suprema dirigió. Todos sabéis que el objeto de la asamblea no puede ser

...nias patriótico, y por eso estais todos aquí, todos, hasta los dos próceres siempre traídos que, por voluntad propia o por ingratitud ajena, se retraen generalmente de todo concierto o convención con los que venimos detrás de ellos a hacer lo que ellos quisieron antes que nosotros... (Hum, hum, murmuraron los de Capotillo, señalando con el gesto a Sánchez Ramírez.) No interrumpais, señores: el mismo noble hijo de la patria a quien mostráis no reconocer, por la patria hizo lo que hizo, y paso primero en la Independencia qué lo hecho por él. Y no lo hubiera sido, y todavía su presencia entre nosotros, en esta noche solemne, abonaría su patriotismo. (Muy bien, muy bien.) Decía que estamos aquí por patriotismo, porque él nos exige que veamos por la patria, por su libertad y su derecho, por su tranquilidad y su decoro, y la noticia de la indefinida prisión de compatriotas nuestros que yacen por motivos políticos en las prisiones de la Capital nos ha afectado como nueva triste, conflictiva y contraria al orden, al reposo, a la organización y a la normalidad de nuestra patria. Ligados en la muerte como lo estuvimos en la vida por el mismo empeño de servir desinteresadamente a la tierra en que nacimos y sufrimos, todos estamos aquí para concertar el medio de hacer efectivo nuestro deseo



de que el amanecer de nuestro día de febrero sea el amanecer de la alegría en los hogares desiertos y en el corazón de los privados de su hogar... (Muy bien, muy bien.) A ese fin os propongo la siguiente resolución de la asamblea:

Y leyó:

La asamblea de próceres sepultos reunida en la plataforma de la Puerta de febrero en la primera hora del 27 del mes dominicano, resuelve: Comunicar al Presidente de la República Dominicana su deseo de que, haciendo uso del augusto derecho de devolver la libertad, la devuelva a los ciudadanos que yacen por motivos de Estado o de política en las prisiones de la Capital de la República.

Puesta a votación, la asamblea en masa, y por estruendosa aclamación, la hizo suya.

Y antes de que la luz del día delatara aquella majestuosa asamblea de habitantes del sepulcro que salían de él por asociarse a los sentimientos generosos de la patria, la procesión de sepultos comenzó.

Es fama que, al leer el mensaje de los muertos por la patria, ya el Presidente de la República Dominicana no vaciló. Al alborear el 27, el voto de los mártires muertos se ha cumplido. Ya no hay presos políticos en las cárceles de la República; ya no puede contrastar con la luz de este día la oscuridad de esos hogares desiertos.

Será fama en los sucesivos días de la patria, que al festejarla con progreso de tanto monto como la inauguración del telégrafo terrestre y el marítimo, el primer uso que se hizo de la electricidad fué para comunicar a la República y al mundo que los presos políticos habían sido devueltos a la actividad de su vida cotidiana.

Para que no se ignore el beneficio que se debe a nuestros grandes muertos, he copiado la sesión del 27.



QUISQUEYA, SU SOCIEDAD Y ALGUNOS DE SUS HIJOS¹

De aquí a tres meses, el 12 de octubre, habrá cumplido cuatro siglos de historia positiva el Nuevo Mundo; de aquí a cinco, en 6 de diciembre, tendrá cuatro siglos de pruebas y dolores la isla que más amó el que dió un Mundo Nuevo al Viejo Mundo.

Para que cuando llegue el día del homenaje que América y Europa se aprestan a tributar al varón fuerte a quien debe la humanidad uno de los servicios más fecundos que en toda la serie de los siglos se le han hecho, podamos tener del escenario en que se consumó ese beneficio una idea un poco más viva y penetrante que las dadas por la geografía impasible y por la historia casi siempre desdeñosa de las vidas oscuras, voy a intentar el retrato de la tierra y de la sociedad a quienes Colón dió nacimiento histórico y a quienes la providente justicia ha confiado las cenizas del civilizador por excelencia.

I

En la mañana del 6 de diciembre de 1492, doblando Colón el cabo que forma la extremidad norte de la especie de plataforma en que Cuba comienza por el este, distinguió a simple vista, hacia el oriente, un promontorio que al principio tomó por una de las salientes de la isla que recorría; pero que, a poco andar, reconoció como una isla distinta. Era **Bohío**, como él y su gente habían entendido a los indígenas de Guanahaní y Cuba que se llamaba Haití.

Haití, así por sus habitantes llamada a causa de sus montañas, y por sus vecinos designada con el nombre de Bohío (casa, por extensión y figuradamente familia) para expresar su numerosa población, era una isla digna de la admiración que por ella demostraban los demás lucayos (pues las Lucayas y las grandes Antillas estaban pobladas por la gran familia de ese nombre), y merecía también el entusiasmo con que llenó el pecho de Colón.

1. Esta serie de artículos fué publicada en el periódico **La Patria**, de Valparaíso, Chile, entre agosto y octubre de 1892, y reproducida en el periódico de Santo Domingo, **El Eco de la Opinión**, en noviembre del mismo año.



Tan pronto como se acercó al promontorio de Marién, que él llamó cabo de San Nicolás, por ser el santo del día, empezó el himno de bendición y admiración que el enajenado Descubridor entonó, desde aquél hasta el momento de la muerte, a su tierra predilecta.

“A la entrada de él —dice Las Casas en el extracto del diario— carta de Colón —se maravilló de su hermosura y bondad. Y aunque tiene mucho alabados los puertos de Cuba, pero sin duda, dice él que no es menos éste, y antes los sobrepuja, y ninguno le es semejante”.

Y tenía mucha razón en admirarlo, porque ensemamiento de agua en más bella tierra, y disposición más pintoresca del terreno para enseñar las aguas, probablemente no hay que sorprenda, asombre y entusiasme tanto al capaz de apreciar las bellezas de la naturaleza.

Cuatro días después, habiendo desembarcado en otro puerto, “vieron las mejores tierras del mundo”.

Al día siguiente, navegando por el canal que separa de Haití a la isleta de Tortuga, dice contemplando desde a bordo a la primera, “que es la más hermosa cosa del mundo”.

Medio arrepentido de haber comparado aquella hermosísima tierra a la de Castilla (por lo cual había llamado Española a la isla), dice en el diario del 13 de diciembre: “Dijeron también (los enviados por Colón a tierra) que ninguna comparación tienen las de Castilla, las mejores, en hermosura y en bondad, y el Almirante así lo veía por las que ha visto y por las que tenía presentes, y decíanle que las que veía ninguna comparación tenían con aquellas de aquel valle, ni la campiña de Córdoba llegaba a aquella con tanta diferencia como tiene el día de la noche”.

En la mañana del 15, buscando y encontrando por mar el acceso del valle que tanto lo había ponderado, llega a él y exclama que “otra cosa más hermosa no había visto por medio del cual valle viene el río”.

Al día siguiente, ya no se contenta con alabanzas comparativas, sino con esta expresión absoluta de la maravilla: “tierra es la mejor que lengua pueda decir”.

En ese mismo diario del 16 de diciembre, queriendo el buen Las Casas, que también amó con entusiasmo aquella isla, alabarla con las mismas palabras de Colón, no se satisface con extractos, y copia del diario-carta lo que Colón decía a los reyes de Castilla y Aragón: “Crean vuestras altezas que estas tierras son en tanta cantidad buenas y fértiles, y en especial esta de la Isla Española, que no hay persona que lo sepa decir, y nadie lo puede creer sino viese”.

Cuando llega a la bahía de Acul, cree necesario excusarse de su admiración siempre creciente, diciendo “que ha loado tanto los pasados que no sabe como lo encarecer, y que teme que sea juzgado por magnificador excesivo más de lo



que es la verdad”, y pone por testigos de la verdad de sus aseveraciones a los marineros antiguos que consigo lleva, “y estos dicen y dirán lo mismo, y todos cuantos andan en la mar; conviene a saber, todas las alabanzas que ha dicho de los puertos pasados ser verdad, y ser éste muy mejor que todo, ser así mismo verdad”.

Después, en su segundo viaje, cuando penetrando de la costa en el interior, y en dirección inversa, desde el este al oeste, empezó a conocer la selva virgen, y sin saberlo, fué acercándose por las fragosidades de la cordillera del Cibao a aquel viaje longitudinal de la Isla, que es probablemente el más hermoso remedo del Continente que la naturaleza ha hecho en “tierra rodeada de agua por todas partes”, o la más bella prueba geológica de que las Antillas son un continente sumergido o un pedazo arrancado de la tierra continental, quedó mudo de admiración ante lo que al recobrar la palabra, llamó con mal nombre Vega Real, olvidando que la naturaleza se apoca, disminuye y desvirtúa cuando la hacen servir para perpetuar superioridades ficticias.

Aunque el objeto de su expedición al interior de Haití no era su admiración al admirable suelo que aun espera moradores capaces de consagrarlo a la faena de la civilización, al llegar al llamado Santo Cerro, mirador sin igual desde donde se abarca de una ojeada todo el valle central de la Isla, prorrumpió en exclamaciones de alegría que los ecos de la historia han ido transformando en maldiciones, porque desde aquella hora, feliz para Colón, infeliz para Quisqueya, quedó decretada la muerte de la inocente familia que pobló la Isla.

No fué Colón quien decretó esa muerte: él, cuanto amó a la tierra, tanto amó a sus moradores.

En el momento mismo en que empieza a conocerlos, empieza a alabarlos.

Si la tierra le parece la más “llena de hermosura y bondad que lengua puede decir”, el habitante le pareció “la mejor gente del mundo y más mansa”.

Al ponerse en comunicación con el primer hombre notable de la tierra que se le acercó, la natural distinción de su persona le hizo creer que era rey, y dice: “Este rey y todos los otros andaban desnudos.... Y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hubieron hallado”, aunque pocos días antes, oyendo las ponderaciones de los que habían saltado a tierra, había dicho que no sabía cómo había de ser gente mejor que la de Guanahani y Cuba, siendo éstas tan buenas y tan bellas.

Cuando el 17 de diciembre, estando en Puerto de Paz vino el jefe de la población que hoy es **Gros Morne** a visitarlo se empeña en comunicar a los reyes de su impresión favorable, y les dice: “sin duda parecería bien a vuestras altezas su estado (presencia y continente) y acatamiento que todos le tienen”.

Más adelante, en el mismo diario, al relatar las recíprocas muestras de consideración que se dieron el **nitayno** y él, se capta Colón las simpatías de cuantos lo ven tan a la altura del papel de civilizador que era digno de



representar y que fué sombrío destino suyo trocar después por el de primer conquistador.

Cuando del que es hoy pueblo de Acul, vecino al puerto de este nombre, vinieron hacia las carabelas —“tantas que cubrían la tierra”, dice Las Casas— pondera Colón la liberalidad de los indígenas, diciendo: “Y no se diga que porque lo que daban liberalmente, porque lo mismo hacían y tan liberalmente, los que daban pedazos de oro como los que daban la calabaza del agua; y fácil cosa de cognoscer cuando se da una cosa con muy deseoso corazón de dar”. Después, juzgando, agrega: “Finalmente, no puedo creer que hombre haya visto gente de tan buenos corazones y francos para dar”.

En el diario del 24 de diciembre, navegando hacia el Guarico, escribe a los reyes: “qué más mejor gente ni tierra puede ser, y la tierra y la gente en tanta cantidad, que yo no sé ya como lo escriba: porque ya he hablado en superlativo grado la gente y la tierra de la Juana, a que ellos llaman Cuba; mas hay tanta diferencia de ellos y de ella en ésta como del día a la noche, ni creo que otro ninguno que esto hubiere visto, hubiese dicho ni dijese menos de lo que yo haya dicho, y digo que es verdad que maravilla, —y todos de muy singularísimo trato amoroso y habla dulce, y de buena estatura hombres y mujeres”. Y hablando del señorío natural de los nitaynos, o personas en ejercicio de autoridad que ha visto: “todos estos señores son de pocas palabras y muy lindas costumbres: su mando es lo más con hacer señas con la mano”.

En la Navidad, con ocasión de la pérdida de la nao, “Santa María”, que él mandaba, recibió de Guacanagarí, el cacique de Marién, en la vecindad de cuya mansión zozobró el buque, tales tan espontáneos y tan delicados servicios, que Colón certifica, dice Las Casas, “que en ninguna parte de Castilla tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner fin faltar una agujeta”. Y si no son expresión figurada del agradecimiento de Colón, sino correspondencia de la palabra con el hecho, las que el Almirante emplea, “el cual como lo supo (el naufragio) dicen que lloró”, alma bien delicada hubo de ser aquel, predestinado a víctima de sencillez de corazón.

Las Casas extracta las siguientes palabras de la primera entrevista de Guacanagarí y Colón: “Hoy al salir del sol vino el rey de aquella tierra que estaba en aquel lugar, a la carabela, “Niña”, donde estaba el Almirante, y casi llorando le dijo que no tuviese pena, que él le daría cuanto tenía, y que había dado a los cristianos que estaban en tierra dos muy buenas casas, y que más les daría si fuese menester, y cuantas canoas pudiesen cargar y descargar la nao y poner en tierra cuanto gente quisiese, y que así lo había hecho ayer, sin que faltara una migaja de pan”.

Esta hospitalidad de corazón entenece al Descubridor hasta el punto de darle la palabra que caracteriza al admirable semi-bárbaro...” Tanto son fieles y sin codicia de lo ajeno, y así era sobre todos aquel rey virtuoso”.



Aunque el relato del recibimiento hecho en la corte por Guacanagarí a Colón es un extracto desairado, causa encanto y delicia ver a través de él la delicadeza, bondad y sencillez del indígena lucayo: “Salió el Almirante en tierra y parecióle que el rey lo había visto cuando iba en la barca, el cual se entró presto en su casa disimulando, y envió a su hermano que recibiese al almirante, y llevólo a una de las casas que tenía dadas a la gente del Almirante, la cual era la mayor y mejor de aquella villa. En ella le tenían aparejado un estrado de camisas de palma, donde le hicieron asentar. Después el hermano envió un escudero suyo a decir al rey que el Almirante estaba allí, como que el rey no sabía que era venido, puesto que el almirante creía que lo disimulaba por hacerle mucha más honra. Como el escudero se le dijo dió el cacique dice que a correr para el Almirante, y púsole al pescuezo una gran plasta de oro que traía en la mano”.

Salió, en la mañana del 2 de enero de 1493, “para ser despedido del rey Guacanagarí”. Hízole y recibió presentes, le recomendó a Diego de Arana, uno de sus pocos fieles, a quien dejaba como jefe de la guarnición del fuerte de la Navidad; dispuso una escaramuza con la gente de los navíos armada, mandó disparar bombardas para que con este aparato de guerra “tuviese (el cacique) por amigos a los cristianos que dejaba” y el buen Guacanagarí “mostró mucho amor al Almirante, y gran sentimiento en la partida, mayormente cuando lo vió ir a embarcarse”.

Estos hombres, que fueron buenos desde el primero hasta el último instante de su rápido paso por la historia, ocupaban en gran número, y divididos en cinco cacicatos o gobiernos, la hermosísima isla de Haití.

Uno de esos cacicatos señoreaba la porción del territorio que hoy constituye la provincia capital de la República Dominicana.

Como los indígenas llamaban Quisqueya esa comarca, los dominicanos se complacen en dar a la República ese nombre, que suena eufónicamente al corazón y los oídos cuando lo invoca un poeta delicado:²

*Si dulce es el reclamo
Que en el oculto ramo
De la floresta umbría,
La enamorada esposa, en blanco nido,
Dirije al ruiñeñor, dulce a mi oído
Suena tu nombre más, Quisqueya mía.*

2. Emilio Prud'homme, autor de la letra del Himno dominicano.



II

Quisqueya, o la República Dominicana, ocupa las cuatro quintas partes del territorio de la isla: Haití es dueña del quinto restante.³

Aquella se extiende desde el comienzo de la isla, al este; la república negra hasta el extremo de la isla, hacia el oeste: la separa una línea divisoria constituida en casi toda su extensión por dos ríos que aproximadamente corren de norte a sur, o con más precisión, que trazan juntos los límites de ambas nacioncitas en la dirección norte-sur del territorio.⁴

La isla tiene unas 7,500 leguas cuadradas de superficie, está en casi el centro del archipiélago, en medio de Cuba, al oeste y de Puerto Rico, al este, separada de ésta por el Canal de Amona, de aquélla por el de los Vientos, y constituye probablemente el nudo central del sistema antillano, aunque es general el atribuir ese centro orográfico al Yunque, la montaña más alta del sistema, en Cuba.⁵

Aunque está en plena zona tórrida, sólo el litoral es caluroso. Tan pronto como se empieza a subir por las montañas, la temperatura se va modificando y no hay necesidad de elevarse a más de 400 metros sobre el nivel del mar para encontrarse en un verdadero clima templado.

Las tres cordilleras, al norte, al centro y al sur del territorio, erizan el plano hasta el extremo de que en el centro de la isla, en la confluencia de la Hilerá Central o cordillera del centro, y del Cibao o cordillera septentrional, los montes Caos constituyen un verdadero laberinto de montañas.

Hay tres grandes valles en la misma dirección este-oeste de las cordilleras, y multitud de vallejos, vallezuelos, talwegs y alti-planicies que diversifican la temperatura, las producciones y el aspecto físico del suelo. Tanto como él es hermoso en su belleza hacia los senos de las cordilleras, tanto es gentil y risueño en las vertientes, en las faldas de las montañas y en los llanos de la costa.

Los altos valles son especialmente imponentes por su graciosa sublimidad; pero las sabanas son particularmente encantadoras por la fuerza de luz y de colores con que resplandecen.

Todo aquel suelo está admirablemente regado; y con tal arte dispuesto por la naturaleza el sistema de corrientes que lo bañan, fecundan y mantienen en verdura perdurable, que sus cuatro grandes ríos forman dos como diámetros intersectantes que distribuyen las aguas principales y afluentes hacia los cuatro puntos cardinales.

3. Sería más exacto decir 2/3 y 1/3 partes.

4. El río Pedernales corre de Norte a Sur; el Masacre de Sur a Norte.

5. Ya es cosa cierta que el núcleo del Sistema Antillano está en la Cordillera Central de Santo Domingo.



El corte de su litoral está con tan sabia predestinación dispuesto, que, al nordeste, mirando hacia el Viejo Mundo, tiene la pasmosa bahía de Samaná, en la República Dominicana; y al sudoeste, mirando hacia el Titán, tiene la hermosísima ensenada de Gonaive en la República Haitiana. El corte, aquí produce la extensa península de Jaragua: allí la de Samaná.

Cortes menos profundos, pero casi continuos, dan origen a puertos magníficos entre los cuales los tan admirados por Colón al noroeste, y el semillero de puertos que al sur constituye la ensenada esplendorosa de Ocoa.⁶

Colón, que no conoció más que una parte de la isla, en el litoral, y que del interior no conoció sino una parte del valle central que, con el nombre de Vega Real, admiró tan entusiastamente, se habría declarado descubridor del Paraíso, si hubiera podido explorar la isla que ahí mismo, después de cuatro siglos, yace casi inexplorada.

Las tierras que el Descubridor declaró excelentes para la agricultura, lo son tanto, en efecto, que dan sin trabajo lo que se les pide, han empezado a dar más con trabajo de lo que éste les pide y pueden dar cuanto es posible pedir a un territorio. Si los terrenos del nivel del mar son capaces de producir cuanto brinda la zona tórrida, los del nivel de la montaña podrían dar cuanto produce la zona templada.

Lo que pueden dar por su espontánea gracia, ya lo dan. Así, desde 300 metros de elevación, empieza la zona forestal de los pinos, que contiene pinares ilimitados, y ejemplares de coníferas que avergüenzan a los países de la zona templada.

Cuando desde el seno de esos pinares, en plena zona templada por el clima y los productos, se tiende la vista hacia las llanuras y se las ve pobladas de palmeras, cocotales, pinares, ceibales, caobales y otros cien tipos prósperos del trópico, enseñoreándose en un mundo de cafetales y cañaverales, se duda de la realidad de aquella conjunción de climas y productos tan distintos, y se duda también de la racionalidad del hombre, que, en cuatrosiglos de posesión de tanto bien, sólo en hacer mal los ha empleado.

Porque si ha habido tierra consagrada por el hombre al mal, es la de esas tierras venturosas, y especialmente aquella a quien la independencia ha

6. Este nombre a tanta distancia sorprende gratamente a los que procuramos que el secreto de la antehistoria americana está en el estudio comparado de los restos de lenguas indígenas que han quedado; pero más gratamente me sorprendió y me agitó a mí, cuando, recién llegado, vi una fotografía que representaba "el palmar de Ocoa".

El nombre, la circunstancia de ser la Ocoa dominicana una comarca de palmares portentosos, y el hecho mismo de ser las palmas de aquella comarca las más semejantes a las que todavía hermocean algunas campiñas de Chile, me hizo entrar apresuradamente a la fotografía; pero al ir a preguntar cómo había llegado a Chile aquel recuerdo de las Antillas, recordé que Chile tiene también su Ocoa, que ella es también el lugar de los palmares, y que, para no suspirar por los nativos campos, lo mejor es no dejarlos.— Hostos.



devuelto una de las venturas de que el hombre, aunque también lo ha intentado, no ha podido despojarla.

La isla estaba poblada cuando la descubrió Colón por una población tan numerosa, que sus historiadores la hacen pasar de dos millones de habitantes, aunque generalmente se supone que sería de un millón. De esa muchedumbre, los trabajos, los contagios, la emigración y el horror a los conquistadores no dejaron en quince años, Herrera dice que en seis, más que unos cien mil. Tal vez Herrera tenga razón, porque Ovando, el gobernador con quien subrepticamente sustituyó Fernando el Católico a Colón, tenía que hacer plagiar de las islas Yucayas o Lucayas los 40,000 hombres de trabajo, y mitad con quienes llenó el cómputo que parece le impusieron, y Ovando llegó a la isla a los seis años de descubierta.

Lo patente es que, a principios del siglo XVI, cuando Diego Colón consiguió temporalmente la devolución de los bienes, títulos, prerrogativas y dominios que por las capitulaciones de su padre con los reyes de Aragón y Castilla le tocaban, y fué de virrey a la Española, el alzamiento del último de los lucayos, el nobilísimo Guarocuya, hubiera podido devolver la libertad a los indígenas, si hubiera habido indígenas; pero ya no quedaban sino unos cuantos centenares de familias al ceder Enriquillo o Guarocuya.

Aun antes de consumarse el mal de la despoblación, se había consumado el de las guerras civiles entre los conquistadores; tres hubo en los cuatro primeros años del descubrimiento.

Después vino la lucha con los filibusteros, con razón empeñados en utilizar para la agricultura y el comercio la fértil tierra que sus poseedores mantenían despoblada e improductiva, lucha en la cual concluyeron los aventureros de mar por apoderarse de todo el occidente de la isla, que pusieron bajo el patrocinio de Francia, hasta que un tratado la convirtió en colonia francesa.

No bien aposentados en su conquista los filibusteros, sobrevino la lucha realmente portentosa de los negros de Haití, encabezados por Toussaint Louverture, y la lucha de los dominicanos con los franceses, con objeto de volver a la dependencia de España.

Apenas conseguido este extraño objeto, el primero de los dominicanos, el que primero personificó la independencia y la república, realizó sin lucha la independencia y sentó la confederación de la Gran Colombia, ya artificial, pero gloriosamente concluida por Bolívar.

Mas apenas Núñez de Cáceres hubo obtenido su propósito, cuando los negros ya independientes de la parte occidental de la isla, se abalanzaron sobre lo que ellos llaman todavía "la partie de l' Est", y sorprendiéndola desprevenida e inerme, la sojuzgaron.

Veintidós años bajo el yugo habían pasado los dominicanos, cuando, por fin, un gran patriota, Duarte, y dos grandes discípulos suyos, Sánchez y Mella,

arrebataron de las garras del haitiano la presa que habían desgarrado, desangrado y desorganizado.

Esto sucedió en 1844, y todavía en 1856 estaban guerreando las dos vecinas.

Y bien fuera la guerra con los enemigos, si también no dividiera a los hermanos; pero cada lucha nacional incubaba una lucha civil, y así llegaron a 1861, en que, por segunda vez, intentaron los malos hijos de su patria reesclavizarla a España.

La anexión a España y la sangrienta guerra de independencia que inmediatamente subsiguió a aquella debilidad de Santana, el Presidente de la República, y a aquel error de O'Donnell, primer Ministro de Isabel II, llenó otros cuatro años de aquella vida social tan luctuosa.

Al fin, Quisqueya volvió a ser señora de sí misma.

Mas no para curarse de los males de la guerra, sino para recomenzar la obra de destrucción.

III

Durante el coloniaje, Santo Domingo, como concluyó para los colonos españoles por llamarse la Isla con tantos nombres conocida, no progresó. Ella, como las Antillas hermanas, vivió en abandono casi total de la metrópoli., Pero, al menos, la población que logró arraigarse en ella, pudo ir formando poco a poco una sociedad bastante homogénea en que prevalecía la raza conquistadora, así en influencia social, como en relativa cultura y en número.

Habían desaparecido los indígenas, que el doloroso error de Las Casas y los intereses siempre sordos a la justicia, habían sustituido con esclavos negros.

Estos componían la casta abyecta; los blancos eran la clase privilegiada.

Mas como, por una parte, los restos de la colonización española, que, al principio de los descubrimientos, principalmente en el segundo viaje de Colón y en la expedición de Ovando, había sido muy selecta, constaban de una considerable porción de familias hidalgas; y como, por otra parte, la falta de estímulos había reducido la producción industrial del país al espontáneo crecer de greyes y rebaños en los hatos, y a la siembra y cosecha de algunas plantas de alimentación, y el trabajo de los esclavos era blando, las dos clases sociales vivían en recíproca estimación, contenta del buen trato de la blanca la clase esclava, contentos de los servicios humildes de los negros, sus señores.

La vida semi-pastoral, la uniformidad de días sin sucesos, la regularidad de faenas en los campos y de hábitos en las pocas poblaciones, que, con el nombre pretencioso de villas y ciudades, reunían en centros uniformes a una porción de los habitantes de la colonia; la indisputada autoridad de los españoles, ante quienes todos se rendían, y la aun más indisputada autoridad del clero seglar, que no era numeroso, y del clero regular, que, por adaptación,



se había hecho querido e influyente, modelaron de modo aquella sociedad, que parecía una gran familia muy conforme, con su suerte, con sus jefes, con sus servidores, con su régimen y con sus costumbres.

Pero cuando los franceses obtuvieron a principios del siglo, en 1801, la cesión de la colonia, aquella asociación de buenas gentes empezó a romperse. Muchas familias, por no dejar a España, dejaron su patria, y se fueron a Puerto Rico, a *Costa Firme* (Venezuela), a Cuba.

A este primer quebranto de la sociedad dominicana subsiguio otro más hondo, y cuando Toussaint y Dessalines penetraron desde la que iba a dejar de ser colonia francesa a la que había dejado de ser española, la emigración de familias solariegas fué tan general, que si algunas no hubieran regresado a su patria, acaso no habría habido embrión caucásico de donde derivar la porción blanca que en la población actual de la República Dominicana lucha por reivindicar sus antiguos fueros y primacías.

Aquella, que fué una verdadera disociación, semejante en sus efectos a la que en la Acadia canadiense produjo el traspaso del Canadá francés a Inglaterra, disolvió casi todos los vínculos sociales, como disolvió la relación política y jurídica de las clases que habían formado la antigua sociedad de la colonia.

La oleada africana barrió bienhechoramente con la esclavitud, con los privilegios de casta y con los de origen, y mantuvo de tal modo en suspensión los elementos caucásicos que pudieron resistirla, ya resguardándose del contacto, ya transigiendo, ya aceptándola como un hecho consumado, que el imperio durante veintidós años, de los haitianos sobre los dominicanos, se puede mejor considerar como un hecho social que como un suceso político.

Mucho daño hizo a la sociedad civil ese predominio, por que era predominio de los bárbaros, durante el cual padecieron hondo mal la constitución de la familia y de la propiedad, el progreso de las ideas y el curso de la civilización; pero a la sociedad política hizo el inestimable beneficio de democratizarla y de igualarla hasta el punto de borrar de la idea y de las costumbres la noción de autoridad privilegiada y la diferencia de castas.

Así gracias a eso, pudo, cuando sonó la hora de expulsar a los haitianos, constituirse en Gobierno de iguales, para blancos, negros, y mestizos, sin que los blancos disputaran a los mestizos o a los negros, su elevación política y social, y sin que los mestizos y los negros se descontentaran de obedecer como jefe a hombres blancos.

Desgraciadamente la tentativa de anexión a España y la formidable lucha que provocó, acaso más íntima y furiosa entre los dominicanos de uno y otro bando que entre los españoles y los dominicanos, se efectuó en un momento social que, bien aprovechado, hubiera favorecido la formación de una sociedad modesta y oscura, pero fuerte y viva; y que, mal aprovechado como fué por los que creyeron necesario llamar en su auxilio a España, interrumpió con la



anexión el desarrollo normal, y con la guerra provocó la mezcla de los peores con los mejores elementos sociales, determinando el prevalecimiento de los peores.

Todo lo que la triste dominación haitiana había servido para desmoralizar la sociedad, sirvió la guerra contra la anexión para facilitar la demagogia.

En tanto que el estado de debilidad en que quedó la República ha ido sirviendo para el régimen político más irregular, circunstancias excepcionales de las Antillas vecinas y las fuerzas de la sociedad que han quedado intactas, empezaron a determinar un renacimiento. De Cuba y Puerto Rico, durante los 10 años en que la primera estuvo en lucha con España y en que la segunda estuvo pendiente de esa lucha, emigraron a Quisqueya muchos centenares de familias que llevaron el ejemplo de hábitos, costumbres, necesidades y modo de satisfacerlas, industrias y procedimientos económicos, que no tardó en ser seguido por aquel pueblo tan dócil al buen ejemplo.⁷

Aunque una revolución muy principalmente encaminada contra aquella emigración ejemplar dió por triste resultado la dispersión de los que la componían, no tardó en ser sustituida por una inmigración de capitales, que, huyendo de la ruina que los amenazó un momento en Cuba y Puerto Rico, fueron a aprovechar la ventaja que les ofrecían la concesión gratuita de terrenos y la excelencia de éstos.

Eso bastó para que, en sólo cuatro años, aquella fecundísima tierra produjera uno de los cambios económicos más pasmosos, aunque perfectamente natural, que ha sido dado producir en estos tiempos.

Ese mismo brevísimo plazo de cuatro años sirvió para, en otro campo de experimentación social, probar las aptitudes de la sociedad dominicana.

El ensayo de organización de la instrucción pública que empezó en 1880, dió ya en 1884 los primeros frutos: la enseñanza secundaria y la profesional produjeron maestros normalistas, bachilleres y abogados que inmediatamente se pusieron al servicio de las ideas en que acababan de educarse, y que contribuyeron a la formación de nuevos auxiliares de la verdad, la libertad y la civilización.⁸

Durante diez años los esfuerzos de la Escuela Normal, del Instituto Profesional, de la Escuela Preparatoria, del colegio en que el presbítero Billini⁹ acogió y secundó la reforma, dieron resultados tan satisfactorios que era necesario ser indiferentes a la vida y progresos de una sociedad juvenil, para no alborozarse con ella y no presagiar bien de suelo y

7. Entre esos emigrantes estaba Hostos, que llegó a Santo Domingo a raíz de la paz del Zanjón.

8. El autor de esa reforma fué el propio Hostos.

9. Al principio, el P. Billini combatió la reforma educacional.



entendimiento nacional en donde tan corto tiempo de trabajo bastaba para tan pingües resultados.

Como si se hubiera abarcado en toda su generalidad la influencia del cultivo del campo y de la cultura del entendimiento público, junto al establecimiento de fincas de caña para la producción del azúcar, se instaló el de grandes cacaotales y el aprovechamiento de algunos productos agrícolas, el banano, por ejemplo, como materia prima para productos fabriles o como artículos de exportación antes no intentada.

Haciéndose lo mismo en la esfera de la cultura intelectual, se aplicó a la educación de la mujer la misma reforma que había fecundado el entendimiento de la juventud masculina, y dos establecimientos de educación femenil, uno de los cuales, el Instituto de Señoritas, entró de lleno en la reforma, dieron al progreso el empuje que le falta cuando el primer iniciado en sus ventajas no es la mujer.

Este vivo sentimiento del deber de civilización no se centralizaba en la capital, Santo Domingo, sino que se manifestaba en casi todas las capitales de provincia; y, para inspirar más confianza, aparecía acalorado por las municipalidades.

De este modo, la misma sociedad que, a juzgarla como ludibrio de los gobiernos que consiente, se presentaba como desorganizada, juzgada por las fuerzas que estaba y está desarrollando la formación de una clase culta, de municipalidades activas y de un orden económico basado en la propiedad rural, ofrece el grato espectáculo de una organización fundamental bien entendida, seguida con tesón y mantenida con esfuerzo contra la acción disociadora del poder público.

El mal actual de esa organización está en que los propietarios del suelo no tienen con la sociedad dominicana más vínculo que el del suelo. Son capitalistas extranjeros, que, a lo sumo, se interesan por aquellos agentes del progreso que van relacionados con los intereses materiales, pero que no tienen ninguno de los incentivos sociales que reclama en todos los grupos de la sociedad una reconstrucción.

Mal de ella es también que los municipios son demasiado pobres para hacer de sus municipalidades el gobierno entero e independiente del Ejecutivo que pudieran y a veces quisieran ser.

Y mal, por último, es que, en realidad, la tarea de organización descansa en los hombres de la juventud, o abandonada a sí misma, o no bastante sostenida por los hombres de otra edad.

Con frecuencia, ya dos veces lo han hecho en el corto transcurso de seis años, los jóvenes hambrientos de libertad y creyendo su deber el vengar con hechos de armas los ultrajes que el personalismo demagógico hace a la dignidad de la República, se alistan con pronto y generoso corazón en empresas

revolucionarias no suficientemente preparadas para el éxito, y abandonan la tarea de reconstrucción que, por las circunstancias excepcionales de la sociedad, depende de ellos.

A excepción de algunos varones profundamente patriotas, que se han formado a sí mismos como voluntad para resistir al mal gobierno, y como entendimientos ansiosos de verdad; y a excepción de los jóvenes formados en el norte de la República por hombres tan notables como Peña y Reinoso; y en el sur por Meriño, Baldorioty de Castro, Billini, los Henríquez, los Castillo, Prudhomme, Nouel, Arvelo, Alfonseca, Rodríguez, y los discípulos de la Escuela Normal y del Instituto Profesional; a excepción de esos jóvenes y de las señoritas formadas en el colegio e instituto que antes mencioné; y algunos y algunas de los y las cuales tienen una cultura intelectual muy superior a su medio social, y una cultura moral muy superior a la del tiempo, la sociedad dominicana vive aún la misma vida de la colonia.

IV

A pesar de que la gente es positivamente buena por inclinación, y acaso por falta de necesidades sociales, el miedo a la crítica lugareña, que es el cáncer de todos los pueblos dormidos, había impedido que las poblaciones de la República se ofrecieran a sí mismas y al forastero en los paseos públicos. Así es que, antes de que los cubanos emigrados en Puerto Plata establecieran por su cuenta y riesgo esa costumbre, la única diversión de las ciudades dominicanas eran las fiestas de iglesias, muy abundantes en la capital, llena de iglesias, y en Santiago de los Caballeros, donde hay dos, pero no en los demás valles y ciudades, que se contentan con un solo templo católico, cuando no tienen, como Puerto Plata, Samaná y Santo Domingo un templo protestante.

Los domingos y los días de fiesta, que eran los días de distracciones religiosas, eran esperados como esperanza, desahogo y rompimiento de uniformidad, por los días restantes, tranquilos, iguales, regulares, pero fastidiosos, monótonos e invariables.

Durante ellos, toda la República se levantaba y sigue levantándose ahora no tan temprano como pide aquel clima, aquellos espectáculos encantadores de la mañana y aquel dulce ambiente de la aurora, que valen por sí solos más que todas las distracciones en que tan poco inteligente e inventiva se muestra la civilización moderna.

El trabajo del día, que ni aún en los campos se interrumpe en las horas fuertes de los trópicos, ocupa ocho o diez horas.

Eso no quiere decir que se trabaje mucho ni aún bastante. Desgraciadamente no quiere decir eso, pues si pudiera decirse, tal es la potencia productiva de aquella tierra casi virgen que, aún con su escasa población relativa (83 h. por legua cuadrada, suponiendo una población absoluta de 500.000 almas) bastaría



para llenar de afanes el día entero, y de productos los mercados. Pero, en las fincas de caña, y durante las cosechas en todos los predios rústicos, y durante la estación comercial en los muelles y almacenes, el trabajo es de luz a luz, diez horas por término medio.

De esas horas, las de la mañana y las de la tarde son las de mayor actividad. Las del medio día son regularmente pasivas, silenciosas y solemnes. Aunque no se sesteaa, como aun es uso en algunas poblaciones mediterráneas de la América latina, el tráfico y tráfico se suspenden o disminuyen en campos y ciudades, y los campos parecen paraísos abandonados, y las ciudades parecen desiertos.

Las tardes, en las villas y ciudades, ofrecen el encanto de la tertulia al aire libre. Son muchos los mercaderes, boticarios e industriales que se aposentan con sus clientes y contertulios en la calzada de sus casas, y así animan las calles, ya de suyo animadas a esas horas por el volver de los trabajadores a su hogar.

Las noches, principalmente las de luna, convierten las calzadas y balcones en antesalas, donde las familias reciben las visitas, o donde se convierten en visitantes obligados los amigos que pasan o los conocidos a quienes se pregunta las siempre viejas novedades de la política o de la crónica cotidiana.

Algunas veces se convierten de pronto en cierra-puertas esas tertulias: o el Gobierno ha mandado prender, **vivo o muerto**, o algún enemigo del orden público, o algún altercado ha degenerado en tiroteo, o algún **fandango** ha llevado de las extremidades al centro sus oleadas de escándalo y desorden.

Cuando la política está en calma y las querellas personales no pasan de palabras y no es sábado, que es la noche especialmente consagrada en campos y ciudades al fandango, las visitas, tertulias y corrillos al aire libre facilitan la comunicación entre las gentes, que es poco dada a las formas regulares de la vida de relación urbana; y en ese sentido desempeñan un papel importante en la sociabilidad; su trato no es la única distracción inocente de las poblaciones, sino el único medio de reunión.

Cierto que, careciéndose de estímulos intelectuales y morales para dar nobles vuelos a las ideas y los sentimientos, esas reuniones no son distracciones tan inocentes como dije, porque el tiempo es plomo para los ociosos, y el modo más fácil de aligerarlo que conocen es la crítica despiadada y perversa, de donde, a veces, entre risotadas y aplausos, salen acechanzas feroces a la tranquilidad de los hogares; pero no todo el mundo es malo en aquella buena tierra de Colón y esas comunicaciones de la gente con la gente empiezan y acaban casi siempre entre risas inocentes y saludos cariñosos.

No siempre tienen ese carácter antediluviano las relaciones sociales. Algunas veces llega de Cuba o de Puerto Rico una compañía de comedia y drama o de zarzuela que da la vuelta a las ciudades litorales y suele hasta internarse en Santiago de los Caballeros.



Es entonces de ver, principalmente en las primas noches, cómo se llenan teatros generalmente improvisados que les proporciona algún almacén alquilado o alguna desierta casa de Dios convertida en templo de las Musas.

El dominicano, que para ser muy sociable, no necesitaría más que la sombra de reunirse; y, para ser muy perito en la crítica dramática y musical, necesita más que de espectáculos teatrales muy frecuentes, asiste con respeto al teatro y presencia con entusiasmo las obras dramáticas o líricas que someten a su juicio. No siempre, por supuesto, con juicio muy dependiente las juzga, pues caso hay de que, en la misma capital de la República, bastara el interés de uno de varios para convertir en ruidosísima ovación, que llegó hasta el desenganche de caballos y el enganche de hombres en un coche, para arrastrar a una pobre **prima donna** que, si no era prima despreciaron la ovación, nunca fué doña, o dueña o donna del teatro y la calumniaron.¹⁰

Los desvíos del buen criterio, generalmente lo usan muy buenos gustos y censuras; y de seguro que, si algún día llega aquel buen gusto a un buen gobierno, y éste siendo bueno, atiende a la cultura y procura la formación de espectáculos educadores del gusto de las costumbres, no serán los quisqueyanos los últimos hijos de la cultura lo tocante a gusto artístico.

Ellos mucho que ganar con las dos diversiones populares, que se celebran en las ferias y conciertos nacionales.

Una es de los sábados, por la noche; la otra es de los domingos por el día.

La primera es el **fandango**; la otra son las galleras. El fandango es un baile que es una mezcla del modo más extravagante del antiguo baile español que le da nombre, y el tamborileo de los negros africanos, que en otras Antillas se llama el baile de **bomba**.

Los instrumentos músicos son también el concierto y maridaje de un instrumento de la civilización, el acordeón, y de un instrumento del salvajismo, el tambor o bomba o tambor de un solo parche (atabal).

Este instrumento, que representa el principal papel es un barril, cubierto con una de sus bocas por una panza curtida de ternero. El que lo maneja tiende horizontalmente el barril, se sienta a horcajadas sobre él, en dirección al parche, con ambas manos da sobre éste, produciendo un ruido, no sin armonizarlo cuando lo oye a distancia el que de noche camina por los bosques. El acordeón acompaña al tambor, y completa el concierto la voz del tamborero, coreada en

¹⁰ Esto fué rigurosamente cierto. La **prima donna** a que se alude llamábase Ana María, americana, artista de segundo orden, pero bella y coqueta. Al grupo de jóvenes actores de este escándalo galante se le llamó desde entonces **los postillones**.



ciertos pasajes por el unísono de los concurrentes, e interrumpido con frecuencia por gritos, aclamaciones y verdaderos alaridos, que conmueven la soledad de los bosques y los suburbios de las poblaciones, porque es seguro que, en la noche del sábado, se baila fandango en todas partes.

Así como ese baile singular es una diversión que degenera en vicio, así la **gallera** es un vicio que degenera en diversión.

La **gallera** es lo que aquí llamamos **cancha de gallos**; pero aquí, y creo que en toda la América de origen español, es una simple diversión, al paso que en la República Dominicana, lo mismo que en Puerto Rico y Cuba, es una pasión nacional. Es la pasión del juego con todos sus neurotismos, con todos sus extravíos, con todos sus furoros.

En la República Dominicana es diversión de los domingos. Una sola vez he asistido a ella, en un campo, cuyos encantos me hizo odiosos: tan viva y tan enérgica fué la repulsión que me causó el ver convertido un noble, valeroso y arrogante animalito en bárbaro pretexto de la codicia y la furia de los hombres.

Las peleas de gallos y los fandangos, que son las únicas distracciones sociales del trabajador de campos y de ciudades, son dos sostenedores de barbarie. Mientras subsistan las galleras no se deberá considerar como dado el primer paso de aquel pueblo hacia la civilización.

V

A las galleras van sin recatarse, junto con los más humildes y más bajos, los más soberbios y más altos; pero, a los fandangos y ciertos, allí y en Puerto Rico, llamados bailes de empresas, mala empresa y bailes malos, no va “la gente decente”.

Esta, de cuando en cuando, se reúne en saraos muy alegres y bulliciosos, pero muy hermosos, que en toda la República demuestran las aptitudes de los dominicanos y las dominicanas para la sociabilidad culta y refinada.

Aunque felizmente no son el lujo y la ostentación los móviles de esas reuniones placenteras, no por eso es menos vivo en ellas el placer. Los antillanos todos lo sienten en el baile, que es una loca pasión para todos ellos, y los dominicanos saben demasiado bien el puesto central que ocupan en el Archipiélago para no ser antillanos “en donde más largamente se contiene” el antillanismo.

Una o dos veces, y escogiendo muy mal las ocasiones, se ha intentado en la capital de la República dar a esas reuniones el carácter de estirada solemnidad que se disimula con la locución “baile de etiqueta”. Si el estiramiento anduvo en las manos aprisionadas por el guante, la familiaridad cariñosa no tardó en desestirarse.

Y con ello dió muestras de sentido recto, porque no hay contrasentido



es chocante que el trasplante de urbanidades y afectaciones fabricadas a d
c para producir los efectos de la sociabilidad respetuosa, allí donde ella es
cordial por naturaleza, y donde el respeto es hijo legítimo de la modestia
a sencillez de las costumbres.

Ni modestia ni sencillez obstan a la cultura, que es connatural en la América
na a las gentes de algún trato social, y que es particularmente graciosa y
ontánea entre venezolanos y antillanos.

De ahí la grave impresión que producen los saraos en las ciudades y villas
la República, que uno se siente tentado a considerar de antemano como
uniones de semibárbaros que remedan los hábitos de la civilización, y que
parecen, en cuanto las presencia o se asocia al contento que las preside,
pectáculo de aquella entre toda la mejor civilización la que hermana la
n el arte de ser amable.

procede aquella natural distinción de maneras y aquel modesto
las actualidades de la buena urbanidad que ha ido
idose en **buen tono** a medida que la cordialidad y hasta la
van desamparando, qué sé yo; pero el hecho es que en aquel
do de Carreño, el gran legislador venezolano de urbanidad y
os he visto regentando con blandura y con firmeza las relaciones

e me llamó mucho la atención y me dió esperanzas de mejores
lla pobre sociedad: no es sólo entre la gente educada por el roce
n la que he descubierto las delicadezas de la buena urbanidad,
e la gente que los latinoamericanos usamos llamar “de medio

bien sea por las costumbres ultra democráticas que estableció a la fuerza
por tal dominación haitiana, bien por benéfica influencia del régimen de
aldad política y civil, bien por las repentinas ascensiones sociales y políticas
e los trances de la revolución favorecen, hay una especie de secreto respeto
sí mismo que en todos impone, y a veces exige la consideración para todos.

A éste ha concurrido con su enseñanza práctica de la fraternidad una
titución que reina allí sin oposición, después de haber tenido que reñir
ras batallas con sus hostilizadores naturales. No hay necesidad de decir que
olo de la masonería, la cual reuniendo y asociando en su seno a individuos
todas las procedencias y condiciones sociales, no sólo porque la práctica de
más dulce y benéfica de las virtudes los disciplina, sino que a sus propios
s los eleva, poniéndolos al mismo nivel de los deberes comunes que a todos
pone, y compeliéndolos a la dignidad de las relaciones del deber.

Cuando se contemplan las instituciones como se debe desde el punto de
ca de su influencia en la organización social y de su aptitud para concurrir
lla y mantenerla, no hay perjuicio filosófico ni prevención sectaria que



disminuya el mérito social de instituciones cualesquiera, políticas, filosóficas, religiosas, económicas, que cumplan el fin de disciplinar al hombre por medio del deber.

Así, no es posible desconocer la sana influencia que la masonería ha ejercido y ejerce en aquella sociedad abandonada a sus propios instintos de organización y orden.

Miembros de esa institución ricos y pobres, desvalidos de siempre o poderosos de un día, altos y bajos, jóvenes y viejos, y compelidos, primero por los compromisos que con la asociación masónica contraen, y después, por sus propios hábitos, hacen de las logias un centro de reunión tanto más frecuente cuanto que, además de las relaciones, prácticas y deberes que a ellas los llaman, muchos son profesores en las escuelas nocturnas y gratuitas que todos los centros masónicos tienen, y casi todos intervienen en su administración, sostenimiento y vigilancia.

De este frecuente trato y del carácter que él sostiene, resulta una general apreciación exacta de los deberes de la vida urbana y un acto manifiesto en la conducta social.

Contribuye también a generalizar los procedimientos de la vida urbana la cooperación que todos, indistintamente, son llamados a prestar a la comunidad en el gobierno y los servicios municipales.

Aunque municipios dependientes por la fuerza de las circunstancias político-sociales del país, la intervención del Ejecutivo en las elecciones municipales es mucho menos coactiva y efectiva que en las restantes, y aun ella está subordinada a la condición tácita de que los electos del Ejecutivo reúnan cualidades que los hagan aceptos a la localidad. Así, aunque casi siempre salen victoriosas las listas amañadas por el Ejecutivo, que nunca deja de tener oposición viva y ardiente en las elecciones concejiles, siempre indirectamente triunfa en ellas, de algún modo, la opinión general, llevando a las municipalidades, por la mano del Ejecutivo, hombres que la comunidad estima.

Y como la comunidad, para estimarlos, no les pide ésta o la otra posición social, ésta o aquella renta, éste o aquel mérito discutible, sino la notoriedad de su amor al municipio, el gobierno de la sociedad municipal da cortísimo acceso a individuos de todas las extracciones, que en él adquieren o en él completan su educación civil.

Pero el centro de esta cultura por irradiación y asimilación, son las sociedades particulares que ya con un fin, ya con otro, casi siempre con el fin complementario de la enseñanza mutua, existen y subsisten de antiguo con maravilla y parabién de los que, sabiendo lo que son las instituciones complementarias de la república, no atinan a explicarse cómo han podido nacer, crecer, y mantenerse esas asociaciones favorecedoras de la proeza de iniciativa, en un medio social tan débil y un medio político tan violento.



No consta la razón del hecho; pero el hecho consta. Aquel pobre país, con tan poca iniciativa nacional, en donde no hay fuerza alguna que no cohíba deliberada o indeliberadamente la iniciativa individual, en donde la iniciativa social está de continuo abarrerada por la voluntad discrecional del manejador del poder público tiene un espíritu de asociación que ha sobrevivido a todas las coacciones.

No recuerdo de una sola población importante de la República en donde no haya una institución privada, ya con fines benéficos, ya educacionales, ya de fomento local, ya de mera sociabilidad.

Todas ellas, cualquiera que sea su fin social, reúnen periódicamente a sus socios, y una vez al año, cuando menos celebran una reunión pública y solemne a que invitan y concurren las familias.

Estas tertulias extraordinarias, que tanto sirven para animar la mortecina uniformidad de la vida en aquellas tristes poblaciones, sirven también para fortalecer los lazos sociales de los miembros de esas instituciones, y acaso también para darles la fuerza y el sostén de las simpatías locales.

El hecho es que viven. Y algunas, como la de **Amigos del País**, en la capital de la República, a fuerza de resistir a la muerte y de insistir en la vida, concluyen por tener una influencia muy benéfica en la cultura social e intelectual, y hasta una cierta personalidad representativa, como la que a justo título asumió en la discusión internacional acerca de los restos de Colón, contribuyendo a elucidar la cuestión.

Esta sociedad de fomento y enseñanza, y la de la **Prensa Asociada**, han sido y la primera aun es, las que más han contribuido a los solaces sociales de la capital.

La una celebra reuniones públicas en que los socios leen o discurren ante el concurso de personas de ambos sexos que de buen grado responde al llamamiento de la sociedad.

La otra celebraba sus “veladas de la prensa”, en que, además de lecturas y discursos, se estimaba el talento de los jóvenes y las jóvenes que se dedicaban al canto o a la música.

VI

Aunque las asociaciones políticas, ni en su forma regular de partidos políticos ni en la a veces peligrosa de clubs permanentes, que pueden degenerar en asambleas perturbadoras de la acción natural del Estado, son posibles allí porque rudimentarios aún el Estado y la Sociedad, el Estado es siempre un **Yo**, y la sociedad es siempre la expresión política de un **contra-yo**. Quisqueya, ha tenido dos asociaciones de ese género, y las dos influyen decisivamente en la marcha de los negocios públicos de su tiempo.



Una de ellas fué la **Sociedad Republicana**, que poco a poco se fué transformando, de política en cultural, y que aún existe como sostenedora del único teatro que tiene la capital de la República.

Y para que se vea de qué arbitrios tienen que valerse en los pueblos nuevos los que algún interés sienten o muestran por la cultura general, diré en dos palabras la historia del teatro.

Había entre los edificios abandonados o ruinosos, que tan solemne tristeza difunden todavía por la ciudad, un templo de los jesuitas, macizo en su construcción de piedras de sillería, canto sobre canto, obra de simple esfuerzo material, sin más arte que unas pilastras gigantescas en el frontis, que más le dan el aspecto de fábrica militar que religiosa. De la parte interior de aquella casa se apoderó, por concesión o acaso por simple ocupación, una de las logias masónicas, expresando con este hecho no sé qué evolución de ideas sociales; y de la que fué nave del templo se posesionó, por prescripción y concesión, la **Sociedad Republicana**. Allí, sin mucho cambio y con no mucho arreglo, estableció el teatro, en donde se representó la obra original de uno de los socios y uno de los mejores ciudadanos y escritores de la república, Federico Henríquez y Carvajal, y en donde, con alguna frecuencia, se presentan esas compañías viajeras de zarzuelas o drama que hoy hacen por mar, de isla en isla y aún de continente en continente, los viajes de “la legua” que Lope de Rueda y sus sucesores iniciaron en España.

La otra asociación política, cuyo recuerdo se liga a uno de los más notables esfuerzos y a uno de los más tristes fracasos de aquella pobre sociedad dominicana, fué la **Liga de la paz**, que efectivamente tuvo por objeto inicial el establecimiento de la paz pública en los verdaderos cimientos, el trabajo, la organización de las industrias, y el orden resultante de las instituciones de la libertad, pero que acabó por ser el alma de una revolución tan noblemente movida, que tomó el nombre de evolución, pero que aún llevando al gobierno al hombre más digno del ejercicio del poder que ha tenido la República¹¹ echó por tierra uno de los dos gobiernos tolerables que ha tenido la nación.

Como es natural que acontezca en todas partes, las asociaciones más pujantes son allí las que mejor conciertan con algún fin de vida general que todos comprenden instintivamente y que en todos solicita su misma necesidad de iniciativa.

Tales son las asociaciones de festejos religiosos y de recreo social.

Las primeras, que, so color de devociones parroquiales, son verdaderos pretextos para la emulación de los habitantes de los distintos barrios de las ciudades del Ozama y del Yaque, río aquel a cuya margen derecha está la capital; y el otro, en cuya orilla derecha está Santiago de los Caballeros, son

11. Ulises Francisco Espaillat.



asociaciones muy vivaces, precisamente por lo cambiante y movable del personal que las compone y por el objeto estimulante que las crea.

Ganosos los vecinos de cada barrio, cuando llega el día de las fiestas parroquiales, de que el nombre del santo y del vecindario “quede bien puesto”, anuncian que las fiestas del barrio han de ser más lucidas que las de la parroquia que ya tuvo animada a la ciudad. Y como son varias las parroquias, y en cada una de ellas hay individuos y familias que, por espíritu de localidad, aspiran a los mayores honores de la crónica, y aguzan el ingenio y apuran el peculio, la parte más animada del año, y los días en que más huelga la ciudad y en que mas plácidamente sonrío el extranjero al ver aquella infantil veneración de tiempos coloniales, son aquellos en que un santo es pretexto de todo para todos.

Yo recuerdo haberme complacido siempre en aquellas bulliciosas alegrías, que contemplaba desde lejos, en que daba mi óbolo como vecino, y en que una vez me hice maldecir a grito herido por no haber querido suscribirme a una fiesta de toros con que mis convecinos querían coronar el esplendor del barrio en aquel año.

En las fiestas de otro año, en otro barrio, me dejaron pasmado el ingenio, el gusto y la fecundidad de motivos de diversión que desplegaron los vecinos de la parroquia de Santa Bárbara.¹²

Así, como, en el seno de los hogares, ningún júbilo de familias es más halagüeño que aquel en que esfuerzos propios y recursos pobres saben suplir, y a veces superar las felicidades compradas con dinero, así aquellas alegrías de los barrios de la capital dominicana, ofrecen casi siempre el indecible encanto de los grandes efectos obtenidos con pequeñas causas.

Alguien¹³ solía entonces enfadarse, sobre todo en y desde la cátedra de Economía política, por el despilfarro de tiempo, de actividad y de salarios que significan en la economía de la ciudad aquellas fiestas; pero no tenía razón: el cambio de valores, en esos días, compensa de sobra el atraso momentáneo y parcial del trabajo.

Por otra parte, las diversiones son suficientemente honestas, la sobriedad de la gente tan notable, que comparada con la innoble intemperancia de otros pueblos vecinos y lejanos, puede citarse como ejemplar. Y como los pueblos tienen necesidad de distracción ya que el Estado moderno es tan ciego que, aun reservándose el carácter de docente, no sabe que la educación incluye la voluntad y el salvamento público, tanto como la razón común, preciso es que la multitud busque su diversión donde la encuentre.

12. En la Capital de la República.

13. Hostos alude a sí mismo, catedrático entonces de varias materias en el **Instituto Profesional**.



Al fin, viendo tan inocentes aquellas fiestas parroquiales, y descubriendo en ellas el carácter educativo que inconscientemente les daban el esfuerzo de los vecindarios por sobresalir, la gracia y la belleza de algunas ornamentaciones de calles con sencillísimo arte y poco gasto convertidas de día en arcadas de papeles pintados y en alamedas de árboles alegres y brillando por la noche con la iluminación de las calles y las casas y con la alegría de los rostros, el economista pensó sedudamente que tanto vale la economía moral de los pueblos como la economía política, y que una de las pruebas de la superioridad de nuestros pueblos nacientes, si comparados con sus gobiernos, las da, sobre todo en los pueblos de índole benévola, el arte que ellos manifiestan en sacar partido de pretextos para instituir las fiestas públicas que sus gerentes no han sabido elevar, como debieran, a la categoría de instituciones de costumbres públicas.

Claro que el gobierno dominicano está a mil leguas de esa idea, cuando ni siquiera ha sabido sacar partido de la existencia consuetudinaria de las fiestas patrias de febrero, para educar, guiar, y hacer fructífero el sentimiento de autonomía nacional, que vibra en los aniversarios de la lucha victoriosa contra los haitianos.

Para dar a esas fechas su trascendencia natural era necesario, unas veces que la Escuela Normal tomara la iniciativa, y que el Ayuntamiento la aplaudiera y secundara; otras veces, que la **Prensa Asociada** tomara a su cargo la dirección de la fiesta, y una vez fué preciso que en ese día de exaltación patriótica se repatriaran los restos del fundador de la República, Duarte, para que la conmemoración fuera, como convenía al pueblo pobre y humilde que la hacía, a la vez modesta y solemne, sencilla y severa, sincera y ejemplar.

Como nunca falta en los últimos rincones del Continente algún soñador de cosas buenas, recuerdo que, entre los símbolos de aquel día, apareció en manos de los normalistas un trofeo que, hermanando las banderas de Chile, Perú, y Bolivia, condenaba sin gritos la triste guerra de aquel tiempo.¹⁴

En esos días de fiesta para el patriotismo, como en la bien entendida fiesta del 10 de septiembre, instituida por el Ayuntamiento de la capital con objeto de conmemorar el hallazgo de los restos de Colón, y para habituar al pueblo a reivindicar como suyas las reliquias del Descubridor, aparecían en las procesiones de escuelas y en las bellísimas iluminaciones de la noche, consagraciones enternecedoras a la unión de los pueblos americanos del mismo origen.

Pobre sociedad recién nacida..... tan capaz de dejarse guiar a nobles fines, y tan inicua y guiada casi siempre a rumbos de corrupción y de barbarie.

14. El propio Hostos fué quien dispuso tal alegoría de la paz, entonces turbada por las tres naciones del sur.

VII

En esas diversiones parroquiales, lo mismo que en las del carnaval, que allí tiene la particularidad de durar casi todo el año, no sé si por la índole festiva de la gente o por el afán que las tristezas crónicas, en pueblos e individuos, tienen de enloquecer para curarse, es verdaderamente interesante el espectáculo.

Es, como pensaba quien pensaba al contemplarlo, el espectáculo que da la embriología comparada a quien la estudia. Al mismo tiempo se presentaban a la vista las representaciones vivientes de un pueblo sin tipo étnico definido y sin tipo de civilización determinada, que trata de romper, y está rompiendo, el molde de las organizaciones inferiores para amoldarse a modelos superiores.

Todas las variedades del cruzamiento entre el etíope y el caucásico, juntas a los representantes más bellos de la familia caucásica y a los más feos de la familia etíopica; todas las ingenuas alegrías de la gente primitiva, que ni en las Antillas, ni en la Hotentosa fué nunca feroz, son, al contrario, dulce, ingenua y halagüeña; todos los matices de la inteligencia, así la que es sutil como la que es capaz de celebrar la sutileza; todas las exterioridades de todas las formas de cultura; la del bárbaro, que empieza a vestir su desnudez a la vista con colorines; la del semibárbaro, que completa su vestidura con su armamento, y que en calles, como en caminos, anda armado de todas armas, con machete, revólver, cuchillo y a veces fusil; la del semicivilizado, que no atina a adecuar el traje a la persona y concluye por parecer mono vestido, antes que vestido para no ser mono; la del civilizado o imitador de los civilizados, que con su persona contrasta casi tanto como en su actitud y en el género reservado de la alegría con la muchedumbre circunstante. Todo, todo es parte, elemento y componente del espectáculo de una evolución embriológica, que tanto atrae al que piensa, como distrae al que imagina, abstrae al que siente y retrae al que se disgusta de todo lo que no es indicio o apariencia de civilización.

Mas, para aquellos que se interesan en todo lo que es realmente interesante, difícilmente hay en nuestros países un espectáculo más divertido, e instructivo, que el de esas fiestas parroquiales en que el pobre pueblo de la capital y las ciudades quisqueyanas se olvida de la tristeza a que le tienen sojuzgado sus pésimos gobiernos.

Parecen escenas del coloniaje. A excepción de la prédica, que en estos últimos años versaba infaliblemente sobre los peligros de la nueva dirección de las ideas, todo lo demás era colonia; el paseo de la calle por la orquesta, el tiroteo continuo de triquitraques y cohetes, el repique frecuente de las campanas parroquiales, las carreras de caballos en apuesta, el toro con cuerda o emplazado, la gritería de niños, los fuegos artificiales, los globos, que allí llaman *máquinas*, expresando sapientísimamente en ese extraño nombre un concepto tan eminentemente primitivo, que parece la voz de un entendimiento sorprendido por un objeto maravilloso, nunca, hasta el momento de verlo concebido.



Con el centelleo del globo al inflamarse, con el trueno del último cohete volador, con el estallido de la última carcajada del concurso al celebrar algún dicho picaresco, termina cada día, durante los nueve o diez a que la hacen llegar, la fiesta de aquellos tranquilos barrios, que vuelven en seguida al silencio y a la invariable tranquilidad del resto del año.

En donde empiezan y acaban esas fiestas, ahí empieza y acaba la única iniciativa social de aquel pueblo.

Fuera de ésa, no toma jamás ninguna otra. Un poco por la heterogeneidad de la población, otro poco por el clima, mucho por la educación, mucho más por la tradición, muchísimo más por el hábito de someterse a los mandatos de la fuerza bruta, y acaso más que por nada, por la misma fatalidad de su estado social, no hace nada por salir de su marasmo.

Así y todo, tal es la influencia de la libertad, aunque sólo sea efectiva la libertad nacional, la independencia, el aire libre de la República Dominicana es tan bienhechora para pulmones, habituados o contrahechos por la esclavitud, que todos los que huyendo de ella van allí, concluyen por preferir aquella vida monótona como una comedia sin episodios, a la aparentemente más civilizada, en que los sentidos malos jueces, gozan a expensas de la dignidad humana.

Allí, al menos, cuando un centinela detiene con su “¡quien vive!” al transeúnte nocturno, este responde a voz en cuello: “¡Dominicano libre!” y dice la verdad y afirma un hecho; ciudadano, es esclavo; pero nacional, es libre.

Y eso basta para que exprese con indolencia tropical el advenimiento de una época que con razón espera, porque todo pueblo independiente está seguro de que, en definitiva de él depende la fábrica o conquista de su libertad política.

Naturalmente, no sea capaz de conquistarla hasta que no sea capaz de apreciarla.

Por ahora, como la única de que tiene la viva noción que da el instinto es la libertad individual, la cuida y la resguarda con un cuidado, con una cautela y un ardid que ha concluido por producir el más extravagante resultado.

En todos los países de sociabilidad organizada, ya sean civilizados, ya aprendices de civilizados, el hombre que no vive en los burgos y ciudades busca las orillas de los caminos públicos para sus caseríos aislados, porque vivir a la vista del camino es vivir en mayor seguridad, en comunicación frecuente, en mayor posibilidad de satisfacer sus necesidades materiales.

El campesino quisqueyano no lo entiende así.

Cuando uno viaja por los caminos públicos de la República, que son probablemente las mismas sendas abiertas por los aborígenes, que ellos también comerciaban y traficaban de una a otra cancha y de uno a otro extremo de la



isla, se maravilla de la soledad que le rodea.¹⁵ Sólo, de vez en cuando, descubre algún campo desarbolado para dar lugar a algún **conuco**, que es como allí, tomada de antiguos esclavos africanos la palabra, se llama el cultivo en pequeño que aquí se llama **chácara**; generalmente, no siempre, se ve entonces en el fondo del terruño en cultivo un campo, y acaso una figura humana inclinada sobre el suelo trabajando o discurriendo por la heredad en busca de algún fruto o atisbando con curiosidad y con recelo el paso del viandante.

La mayor parte de las veces transita el viajero largas leguas por entre monumentales alamedas naturales que se pierden de vista a lo largo y a lo alto, sin encontrar más que de paso algún hombre desnudo de medio cuerpo para arriba que de un seno de la selva pasa y desaparece en otro seno de la selva.

Del fondo de ellas, suelen, como si salieran de un abismo, oirse voces de conversaciones que el oído no percibe claramente y que efectivamente son conversaciones de los habitantes de la comarca.

¿Por qué huyen de la vista de los hombres y fabrican sus **bohíos** (ranchos) en el fondo del bosque? Porque las turbulencias continuas en que viven los jefezuelos del país, serían imposibles, si los habitantes del campo no proveyeran la “carne de cañón”, que allí es “carne de rémington”, porque el cañón no se usa en las descomunales batallas en que dos ejércitos de a 400 o 500 hombres por banda, deciden a cada paso de la suerte de la República.

Para huir de esa contribución de sangre, que allí se cobra a culatazos en cacerías de hombres por los bosques y los riscos, los campesinos se sumergen en el fondo de los bosques, de donde siempre los arrear, como carneros, a la lucha, pero de donde cada vez se hace más difícil sacarlos.

Así se ven solitarios aquellos hermosos campos, especialmente en las cercanías de las ciudades, y así, de bosques, praderas, colinas y sabanas que convidan a gratisísima mansión, ha hecho la guerra civil un desierto triste, silencioso e improductivo.

Improductivo, hasta el punto de que, en las mismas cercanías de la capital, hay mucha gente del campo que, en los meses de lluvia que son los de espera, tienen que alimentarse de una especie silvestre de la yuca, llamada **guáyiga**, para no morir de hambre.

¿Hambre en pleno trópico, con las tierras más feraces por naturaleza y las más dotadas de potencia vegetativa por el descanso en que yacen? Sí, hambre, en medio de la prodigalidad de la naturaleza, y con una población que reducida toda entera a la vida de un solo cantón urbano, no ocuparía un área de dos leguas cuadradas.

15. En la actualidad todo el país está cruzado por muy buenas carreteras.



Pero tal es la falta de trabajo asiduo, tal la indolencia, tal la falta de estímulos, tal la incapacidad de los erigidos en guías sociales, que la población de los campos, abandonada a sí misma o perseguida, ha vuelto poco a poco a la vida semisalvaje, y sufre las consecuencias del estado de semisalvajismo a que la han reducido.

Y, sin embargo, se puede recorrer desarmado toda la República, sin que molesten, ni amenacen, ni dañen aquellos hambrientos. Y eso, que los crímenes contra las personas o la propiedad que cometieran, casi de seguro, quedarían impunes. Pero no los cometen. ¿Por nativa bondad? ¿por indolencia? ¿por simple falta de hábito para ese género de crímenes? Probablemente por las tres causas a la vez; pero indudablemente debe prevalecer la primera, porque el dominicano, que es pronto y vehemente en sus pasiones y que lleva su ignorancia del precio de la vida humana casi tan allá como el roto chileno, podría matar por hambre, o por codicia o por envidia, como mata por una palabra o una mirada, y entre los muchísimos crímenes contra las personas que ensangrientan los anales judiciales del país, apenas hay dos o tres en cada año que se hayan cometido por robo a mano armada.

¡Y cuidado que son ladrones! Tal hay que, a fuer de ladrón ha llegado a ladrador; pero son sus latrocinios los característicos de la vida salvaje y los en todas partes puestos de moda por el personalismo en el gobierno. Así como casi todos van al gobierno para robar, así casi todos los habitantes de campos y suburbios van al conuco ajeno o al patio vecino a hurtar. De donde ni la ratería, ni el abijeato parecen delitos, por más que las leyes los castiguen.

VIII

Por lo demás, ya se ha dicho, buena gente: como ésta, como la otra y como la de más allá.

Esto de la bondad social, es como lo de la civilización: no hay que tener mucha confianza en la fiera: en cuanto se la suelta, se desprende de los arreos y aparece el animal.

Así es como los mismos préstamos de la civilización sirven en todos los pueblos, tanto mejor cuanto más próximos ellos al estado primitivo, para los más brutales extravíos de la barbarie.

Así es como el uso de las armas de fuego perfeccionadas, que el ingenio mecánico de la civilización ha perfeccionado con el preciso objeto de hacer más temible su uso y más respetada la vida humana, ha llegado entre aquella buena gente hasta donde llega entre la gente buena el desconocimiento del precio de la vida.

Armados de todas armas para andar por campos y caminos; siempre con el revólver al cinto, cuando van por las ciudades; en campos, caminos y ciudades tienen a cada paso un motivo para atentar contra la vida de otro



hombre. Son allí los impulsos de la cólera o los arrebatos de una dignidad ineducada o las vehemencias del sentimiento del derecho personal, no la crueldad ni el estímulo del crimen, no el instinto felino de la sangre, lo que arma el brazo; pero está siempre pronto a descargar el golpe, y es increíble el sinnúmero de existencias que anualmente siega la barbarie armada con las armas de la civilización.

Una palabra, un gesto, una mirada; un desaire, una carcajada provocativa, un agravio; disputar por un centavo, por un alimento, por una golosina; un alarde de valor, una envidia incubada, un rencor inmotivado o motivado, los pretextos más pueriles, los movimientos de ánimo más imprevistos, todo es causa y ocasión de obras brutales de la fuerza y de pérdidas de vidas.

Hay, pues, que ser muy cauto en cualesquiera relaciones sociales que el curso habitual de la vida imponga con la ignorancia armada.

Allí, como en el resto de la parte española del Continente, el gobierno municipal es extraordinariamente pobre, y los subsidios que le presta el Gobierno nacional son tan menguados como conviene al que se llama “gobierno supremo”. De ahí que la policía de seguridad sea siempre insuficiente en las ciudades, y ninguna en los campos: la impunidad de los delitos y los crímenes es, por lo tanto, un activo fomentador de unos y otros, y el capaz de cometerlos en un verdadero señor de vidas.

De ahí por lo que hace a la vida aislada de los caseríos y los predios rústicos, la inseguridad personal que aleja de las faenas agrícolas a todo el que, no disponiendo de capital suficiente para el establecimiento de una finca rural en grande escala, refiera las odiosas competencias del comercio de aldea, burgos y ciudades, a la producción de la valiosa materia prima con que la industria agrícola recompensa allí del modo más generoso al que le consagra su trabajo, su inteligencia y su pequeño capital.

Pero si uno arrostra los riesgos de la inseguridad, mil retroceden ante ella; y la pequeña industria rural que poco a poco y con seguro paso, debería ir constituyendo la base material más sólida que tiene la organización social en todas partes, lejos de formar individuos de iniciativa y familias poderosas por el ahorro, sólo sirve para arrinconar en las poblaciones a los que de tanto servirían en el trabajo de los campos, y de tan poco sirven en las ciudades.

¿Pero hay ciudades en Quisqueya? Mejor sería conservar el vocablo colonial, que aun es de uso común en las Antillas, y decir que hay “poblaciones”.

La palabra “ciudad” compromete a mucho: a un trazado regular, a calles empedradas y calzadas, a plazas y parques bien embellecidos y cuidados, a un sistema de riego para las inmundicias, otro para el polvo; agua potable para las necesidades urbanas y para la población vegetal que ha de mantenerse con tanto esmero como la misma población humana; a casas sólidas y graciosas, a edificios públicos bien adecuados a los destinos, a instituciones docentes,



beneficentes, culturales, recreativas, económicas que tengan su expresión de cal y canto, o de madera y zinc, en edificios expresamente contruados.

La pobre República Dominicana no ha tenido tiempo para ponerse a fabricar ciudades, y se ha contentado con las poblaciones contruadas por la colonia.

Eso no impide que allí se una el consabido distintivo entre “pueblos” y “ciudades”, que establece diferencias jerárquicas, a usanza colonial, entre entidades colectivas e incapaces de apreciar la diferencia, como el régimen de la desigualdad las establecía entre las entidades individuales.

Fuera del nombre, con nada o poco difieren pueblos y ciudades. Alguna mayor cantidad de habitantes en las últimas, algún mejor edificio público, una que otra habitación particular de aspecto y comodidad superiores, una iglesia de mampostería, y principalmente la capitalidad de provincia o de distrito y la residencia de las autoridades.

Aun así, hay simples pueblos, como todavía Baní, y hasta ha poco Moca, que tiene aquél y tenía éste, cuantas verdaderas características de una ciudad deban tomarse en cuenta.

Pero existe la diferencia, y Baní no es todavía ciudad, y Moca ya lo es.

Hablemos de las dos.

Baní es una población a muy poca distancia de la costa sur de la República, muy poco regularmente trazada, con muchos ranchos y bohíos, algunos muy pintorescos cuando su techumbre es de palmaguano, con bastantes edificios sólidos, elegantes y ostentosos, con la generalidad de casas de madera muy ligeras, graciosas y alegres, con una iglesia (como debieran ser todas las iglesias) contruada por la fe popular, con el óbolo de todos y con el trabajo de todos, ancianos y niños, mujeres y hombres, porque yo mismo he visto a la gente humilde y a la alta, a las señoras y a las mujeres, a las señoritas y a las criadas, a las viejas de todas categorías, a los hombres y mancebos de todas clases, acarrear en sus hombros de una cantera no distante del pueblo los materiales sobre que poco a poco fué levantándose la iglesia, hija de la iniciativa individual, de la asociación fructuosa; de la voluntad omnipotente de un municipio en extremo pobre.

Aquel noble pueblecito habitado por gente muy buena, muy hospitalaria, muy sencilla y muchísimo más urbana que otras poblaciones y cien ciudades de ambos mundos, llamaba la atención de los españoles, cuando estuvieron allí en su empresa de anexión, por la blancura casi total de sus habitantes y llamó la mía por su cultura.

Moca, admirablemente situada en una de las sinuosidades del valle central, señora de uno de los más hermosos paisajes que domina población en este mundo, no ha tenido que cambiar de aspecto para ser ciudad: le ha bastado llegar a ser la capital de la provincia no ha mucho erigida con su nombre.



Sus habitantes, especialmente dos que valían por cien, Riva, un hombre notabilísimo por su espíritu de empresa, y Rojas,¹⁶ que ama a su pueblo como amaría a sus padres, han puesto de su parte cuanto puede producir el esfuerzo individual en una sociedad pobre, y han conseguido fabricar una población agradable por la rectitud y limpieza de las calles, por un parque de iniciativa individual, cuyos planteles de flores son obra del vecindario, a cuyo cuidado están; por su caserío limpio, ligero y adecuado al clima, frecuentemente realizado por construcciones de mampostería muy sólidas, muy buenas, y muy cómodas.

El día, que al fin y al cabo llegará, en que la triste Quisqueya sea gobernada por hombres un poco superiores a su estado social, Moca no tendrá que hacer esfuerzos más considerables para ser una ciudad de primer orden: para serlo tiene ya dos condiciones esenciales: la situación y el carácter vivo y difusivo de su gente.

La de los campos vecinos a la ciudad, tal como la he visto yo reunida en la iglesia y en el mercado del domingo, es, si no me engaño, la que mejor conserva el tipo característico: más parecen jíbaros (campesinos) de la Isla de Puerto Rico, que población rural de Quisqueya.

En el mismo llano, a no mucha distancia de Moca, están dos de las ciudades más antiguas de la República y de la América colonizada por europeos: La Vega, al sur, Santiago de los Caballeros, al norte.

Esta última es particularmente digna de consideración por su espíritu cívico que, en tiempos mejores para ella y la República, la hacía el centro de todas las protestas contra el mal gobierno y le daba una iniciativa política tan incontrastable que, cuando se veía proceder de allí un movimiento armado, se le conceptuaba victorioso.

La Vega, que en la revolución del 86¹⁷ desempeñó el primer papel, sufre hoy las consecuencias de ciudad vencida. Triste y empobrecida, sólo deberá su renacimiento al hecho de ser el término del ferrocarril de Samaná. En la hermosa bahía de este nombre se improvisó no ha mucho una población construída temerariamente sobre una de las tembladeras del terreno de aquel golfo.¹⁸ Por eso y por ser la hechura de las necesidades del ferrocarril, que de allí parte para La Vega, es una población muy singular.

Cerca está la población capital de aquel distrito marítimo, con el nombre mismo de la bahía.

16. Gregorio Riva y Carlos María Rojas, éste último de la misma familia dominicana a que pertenecen los Rojas de Venezuela, entre los cuales se cuenta el gran escritor Aristides Rojas.

17. Revolución capitaneada por Cro. N. de Moya. Secretario General, C. Armando Rodríguez.

18. Sánchez.



Al norte de la República hay una ciudad puerto de mar, llamada Puerto Plata, con vista a uno de los pedazos más lindos del Atlántico y resguardada por uno de los picos más hermosos, el Isabel de Torres, que hay en todo el sistema orográfico de las Antillas.

IX

Pero hay un pueblecito y una ciudad que pueden citarse como los tipos actuales de esas dos diferentes formas de sociedades urbanas: el uno es Jarabacoa, y el otro es la “Ciudad Antigua”.

Empecemos por lo más, para probar involuntariamente que muchas veces lo más vale menos en realidad que lo que tiene a menos.

La “Ciudad Antigua”, como, con jactancia justificada por la historia llama a su ciudad nativa un quisqueyano inteligente, culto y estimado, es efectivamente la ciudad más antigua entre todas las fundadas por europeos en América. De Isabela que pudo ser la más antigua, ni vestigios ha encontrado el norteamericano que recientemente estuvo en la isla, comisionado por el comité directivo de la Exposición de Chicago para hacer investigaciones en el lugar que ocupó la primera población española.¹⁹ De La Vega Vieja, segundo asiento de la población conquistadora, quedan aún, a poco más de legua y media de La Vega actual, las mismas ruinas, extraordinariamente pintorescas, por la decoración vegetal que las embellece, y que fueron respetadas por el terremoto que derrumbó la ciudad.

La de Santo Domingo, como aun se llama la capital de Quisqueya, nació de un fuerte o fortaleza erigida por Bartolomé Colón a la margen izquierda, al extremo y desembocadura del río Ozama, en el mar de las Antillas.

Alrededor de la torrecilla, que aun da nombre a aquella punta de tierra, llamada Punta de la Torrecilla, cuyas ruinas existen todavía, se formó un villorrio. El Adelantado (Bartolomé Colón, fué el primero que en América llevó este nombre, cargo y recuerdo militar de las guerras moriscas de España) le puso el nombre de Santo Domingo, por ser domingo el día en que allí llegó a ese islote.

La que había de llegar a ser capital de la colonia y de la nación fué arrancada de cuajo por el formidable huracán que Colón predijo en su tercer viaje, cuando Ovando le negó la entrada en el puerto. Aun quedan en la escueta costa de aquella punta, como doble emblema de la flema del huracán y de las fuerzas

¹⁹. Después de escribir esto he leído en un periódico de la República Dominicana que una comisión compuesta de varios caballeros respetables de Puerto Plata, bajo la dirección del ingeniero civil don Federico Llinás, español muy estimado y muy fructuosamente dedicado a la enseñanza secundaria, ha descubierto el emplazamiento de los cuatro edificios de mampostería que la historia dice construidos por los colonos de la Isabela. (Nota de Hostos).



con que resisten las obras de la naturaleza a los golpes que echan por tierra las del hombre, unos cuantos cocoteros encorvados en la misma dirección que corresponde al cuadrante de donde proceden los huracanes en el mar de las Antillas.

Ovando, que deseaba perpetuar su memoria así en obras de bien, como de mal, pensó que la ciudad estaría más segura a la otra margen del Ozama, y resolvió trasladarla a su actual asiento.

Hizo amurallar el recinto a costa de vida de indios; trazó calles bastante rectas de este a oeste y de norte a sur, fortificó el recinto con bastiones y baluartes que hasta no mucho eran imponentes para los ejércitos que por allá se usan; dió extensísimos solares a los frailes franciscanos, dominicos y mercedarios, y a las monjas Claras, para que edificaran las iglesias que aún existen después de restauradas de sus ruinas y para fabricar conventos y monasterios que ya han desaparecido; construyó él mismo un hospital y capilla bajo la advocación del santo de su nombre, San Nicolás; puso coto al mar bravío con un tajamar²⁰ extraordinariamente sólido, y cuando, mal de su grado y el de Fernando el Católico, dejó su puesto al primogénito de Colón, Diego, que, gracias a su casamiento con la sobrina del duque de Alba, don Fadrique de Toledo, primer favorito del rey, pudo obtener una mezquina parte de los derechos, títulos y prerrogativas concedidos a su padre por las capitulaciones de abril de 1492 y llegar a la capital de la Primada de las Indias a mediados de 1509, encontró, como dice Abad, “una obra verdaderamente colosal” para aquellos tiempos, y que, aun en los actuales, sorprende al que la ve por primera vez.

Ciertamente: lo que se conserva en pie, y las ruinas frecuentemente utilizables que aun quedan de la ciudad antigua, prueban que ésta debió ser una población mejor trazada, más higiénica, más elegante, más suntuosa y agradable y cómoda que la mayor parte de las ciudades españolas de su tiempo.

En los primeros días de la ciudad, la explotación de las vecinas minas de oro, a orillas del pintoresco Jaina, tan dulcemente descrito por una pluma anónima, había atraído y avecindado en la Capital a una porción de los conquistadores y colonos enriquecidos por el trabajo y por el juego, a quienes plugo hacer demostración de sus riquezas en mansiones que aun hoy, cuando el arte las restaura, ofrecen el maridaje de la solidez y la comodidad.

Después, cuando Diego Colón llevó a la ciudad la corte virreinal en que numerosas familias de caballeros y considerable número de damas pobres, pero de alto linaje, que iban en pos de matrimonios opulentos, trasplantaron a la población recién nacida la ostentación, el lujo y las apariencias cortesanas, aumentó el deseo de embellecer con habitaciones monumentales aquellas calles y plazas por donde discurrían en animada muchedumbre los cien busca-

20. Refiérese a los batiportes, para la artillería.



aventuras y los mil busca vidas que de allí salieron para Puerto Rico, Cuba, México, Florida, Darién, los unos como héroes de la conquista, los otros como cómplices curiosos, pero activos, de aquella carnicería en grande escala que mancilló, pero aseguró la posesión de casi todo un hemisferio.

Para que aquellos aventureros resueltos se pasearan jubilosos por en medio de aquella selva esplendorosa que por todas partes asediaba y superaba a la ciudad naciente, algún incentivo más poderoso que los encantos de la naturaleza encantadora de los trópicos habían de tener. A excepción de Las Casas, que paseaba por aquella soledad tumultuosa su sed ardiente de justicia, a excepción de Vasco Núñez de Balboa, que soñaba con algún descubrimiento digno de su alma generosa; a excepción también de Hernán Cortés, que quizá por momentos buscara en el campo algún sosiego a la persecución de acreedores incapaces de descubrir en él al muy próximo acreedor al pasmo de España, tal vez no había entonces en la primera ciudad del Nuevo Mundo, un solo individuo que fuera capaz de acudir a ella a no estar seguro de encontrar allí el oro o la empresa productora de oro tras que andaba.

Para dar alojamiento, entretenimientos y sustentos a aquella muchedumbre de busca vidas, la ciudad Primada, tenía, junto a las casas palaciegas que a todos admiraban, casuchas, sucuchos, hosterías, posadas, de donde incesantemente salía la multitud ociosa que arruina las ciudades.

Por la puerta del Conde, hacia el oeste, entraban con frecuencia las recuas cargadas de los veneros de oro de Jaina y los cargamentos de azúcar de los trapiches de Nizao. Por la puerta de Atarazanas, hacia el este, salían con dirección a los fustes, carabelas y carracas surtos en el puerto, las expediciones para Cuba, Borinquen o Puerto Rico, Costa Firme, Darién.

Desde los espaciosos balcones del palacio del gobernador, que dominaban la desembocadura del Ozama, y el desagüe de sus corrientes en el mar, Ovando y Diego Colón pudieron ver entrar las flotas y flotillas procedentes de España con acarreo de aventureros entre los cuales venían siempre los **presidarios** y galeotes que una temprana real cédula de los reyes católicos autorizaba a venir a encomendar el alma de los indios al cielo; pudieron ver salir para España más de un galeón cargado de oro, y después, cuando en el segundo gobierno de Diego Colón, la explotación del oro había cedido el puesto a la de la caña de azúcar, los cargamentos de azúcar que iban a beneficiar a la corona de España.

Más tarde, cuando Diego Colón construyó la casa-palacio que, a dos pasos de la muralla y cuatro del muelle existe aún, ruinosa que es muy fácil restaurar, desde los balcones que dan al río pudo ver la salida de Velázquez, la de Grijalba y otros cien que, enviados por él a su destino, iban a Cuba, a Florida, a Guatemala, a donde quiera que el vellocino de oro atrajera con sus promesas y sus espejismos.

Esos dos palacios, el de Colón y el del Gobernador, ambos en ruinas; la



torre del Homenaje, también ruinoso; la Catedral, que empezó a construirse en el año 14 y no se terminó hasta el año 40 del siglo XVI, intacta aún y especialmente célebre desde el 10 de septiembre de 1877 en que se descubrieron en ella los verdaderos restos de Colón, ofrecían a la vista de los expedicionarios que por allí pasaban a avituallar sus naves o a refrendar sus autorizaciones para nuevos descubrimientos, una de las ciudades más lindas y mejor construídas que hubieran visto.

Después, a consecuencia del decaimiento de la colonia, del afán de oro que arrastraba hacia el Continente a los que no se contentaban con las prosperidades de la agricultura, y al abandono en que España dejó la isla, fué la ciudad cayendo en ruinas.

Pero como no hay ruinas que aquella fecunda zona no convierta en belleza deleitosa, la ciudad de Santo Domingo era extraordinariamente atractiva por el singular concierto de muerte y de vida que ofrecían los edificios derruídos, los pórticos mutilados, los claustros derrumbados, las arcadas demolidas, las paredes caídas, las viviendas arruinadas, circunscritas, coronadas, y culminadas por la arquitectura vegetal de los trópicos, mil veces más bella, más viva que eran en el momento de salir de manos del artista las construcciones que hoy adorna.

Desde el punto de vista del progreso, la ciudad de los Colón ha ganado mucho y sigue ganando a medida que se restauran las viejas construcciones, se reedifican las ruinas y se levantan de sus mismos escombros los edificios remozados por el hombre, que el tiempo y el abandono destruyeron.

Es prueba de que la ciudad recobra vida, que la población aumenta, que el bienestar se extiende, que el capital recobra la iniciativa que tuvo en aquellos primeros días en que de la noche a la mañana fabricó en medio de la selva virgen una ciudad notable.

Pero desde el punto de vista del arte y de la historia, era más bella la ciudad en ruinas.

Cuando, saliendo por la puerta del Conde a las afueras, el viajero se ponía a bordear el murallón enorme que contorna por oeste, norte y este de la ciudad, pareciale que aquellas piedras ennegrecidas, musgosas y casi creía que lacrimosas, antes que piedras superpuestas eran los cadáveres apilados de los millares de indígenas que sucumbieron en aquella obra, así monumental por su estructura, cuanto por el dolor que la erigió.

Por encima de uno de los ángulos de la muralla se levantaban las ruinas de un convento que abarcaba una extensión considerable, y del fondo de cuyos claustros, por la hendidura de cuyas paredes, de en medio de cuyos escombros, arcos, portalones, clarabollas, surgía potente, risueña, saludable, como la visión de la vida surge del seno de los cementerios, la flora entera de las Antillas, árboles, arbustos, yerbas, parásitos, enredaderas, trepadoras, brindando con sus colores, sus olores, su gracia, su elegancia, su belleza.



En una de las extremidades de la muralla, en el ángulo sudoeste, y desde la alta plataforma del baluarte de San Gil, la ciudad del Ozama aparecía a la vez en su recinto y en sus alrededores, si bello aquél por la solemnidad que dan las ruinas a los lugares habitados, mucho más bellos los otros por los esplendores de aquel cielo, aquel mar y aquellos campos, el viandante no podía menos de confesarse que era una bella ciudad la capaz de ofrecer, en un solo golpe de vista, espectáculos tan opuestos entre sí.

X

Una de las peculiaridades de la capital de Quisqueya, es el diverso aspecto que ofrece al que llega a ella por el mar, y penetra después en ella por la puerta de San Diego.

Desde el mar, parece una ranchería; desde la puerta que recuerda a Diego Colón, parece una ciudad milenaria.

Desde el mar no se divisa más que el hacinamiento de bohíos destartados que ocupa todo el lado merional de la ciudad. Desde el muelle se tiene al frente la ruinosa, pero elegantísima casa-palacio de Diego Colón; un paso más hacia la izquierda el palacio de los gobernadores, en la misma dirección, el Homenaje; y al fondo, las torres macizas, de las iglesias principales y el cuerpo imponente de la catedral.

Cuando se llega a ésta se está en el corazón de la ciudad. Allí está la plaza, cerrada por aquel edificio extraordinario, por la actual casa de gobierno, obra de la dominación haitiana, que no carece de elegancia; por la municipalidad que es una restauración agradable y ostentosa de los últimos años; la cárcel vieja, simbólicamente construída al lado de la casa de gobierno y de cuyas ruinas acaba de hacer su asiento y biblioteca pública la **Sociedad de los Amigos del País**, y por algunas casas particulares que no ha mucho eran ruinas lastimosas.

En el medio de la plaza, que a duras penas se ha ido convirtiendo en parque, se levanta la estatua de Colón, en la misma actitud, “con índice profético señalando el Nuevo Mundo”, en que lo presenta un libro.

La estatua, que es obra del escultor francés Gilbert, y que ofrece, entre otras bellezas, la originalidad de presentar a América simbolizada en una india, escribiendo en el zócalo el nombre del Descubridor; la Catedral, cuya fachada es un capricho arquitectónico del género más extraordinario; la Casa Municipal, la del Gobierno, la de los Amigos del País, edificios de exterioridad decorativa, hacen de aquella plaza que nunca acaba de ser parque, uno de los lugares más sugestivos de tristeza y de esperanza que puede contemplar en todo el Continente un reflexivo. Allí, de una mirada, junto con la tristeza del pasado, puede columbrar las esperanzas del porvenir. Algo hay que esperar de la ciudad que así se levanta de sus ruinas, rindiendo homenaje de gratitud al que tanto

amó a la isla; conservando cariñosamente en la Catedral los restos que le compró el gran Infortunado, dando tranquila mansión a su poder más efectivo en el mismo lugar en donde durante veintidós años dominó el poder extranjero; alojando suntuosamente a su poder municipal; convirtiendo una cárcel de oprobio en un recinto del saber de las Edades; y todo eso, a fuerza de esfuerzos, sin recursos, luchando a brazo partido con la estupidez y la voracidad de sus gobernantes; ellos detrás, en la oscuridad infernal del caudillaje, ella delante, en la gloriosa luz de un renacimiento solicitado con afán.

Acá y allá, discurriendo penosamente por las calles, cuyas aceras desiguales y desniveladas,²¹ unas más altas que otras y tan irregularmente pavimentadas con ladrillos o con cantos rodados, que maceran los pies y lastiman los pulmones, se ven algunas casas de construcción moderna entre antiguas mansiones coloniales, cuyas fuertísimas paredes, amplios balcones, zaguanes espaciosos y patios extensos, les conservan el sello del pasado, que con tanto cariño reconoce el que desde la infancia lo retiene en la retina.

Aunque un paseo por la ciudad de Bartolomé Colón y Ovando es hoy un paseo por una ciudad que resurge de sus ruinas, y la callada lucha entre el pasado muerto y el presente vivo da curso suficiente a reflexiones que bastan para hacer fructífero el paseo, no me extrañaría que, entre los que llegaron a tiempo para contemplar en la solemnidad de sus ruinas a la ciudad antigua, hubiera quien la prefiriera como se presentaba entonces a los ojos del viajero.

A la verdad, entre un decaimiento llevado con decoro, y una exaltación ostentada con descoco, el decaimiento es preferible.

Y si he de decir lo que pienso, pensando a la vez en la ciudad de Santo Domingo y en muchas de nuestras sociedades, se va en ellas tan pronto con la pobreza la honradez, y tan pronto viene en ella la corrupción con el bienestar material, que cuando yo preguntaba a la ciudad del Ozama de donde salían de la noche a la mañana, la mayor parte de aquellas restauraciones ostentosas de ruinas y aquel aire de renacimiento material y de remozamiento urbano, la respuesta que me daban los hechos vergonzosos de cada día me obligaba a mirar con pena la desaparición de las ruinas, que era, en cierto modo, la desaparición de la pobreza honrada.

Si es que es honrada la pobreza; porque lo que allí, y en donde quiera, he visto yo honrada, agasajada y lisonjeada es la riqueza, salga de donde salga, pues como decía un vagabundo de por allá, hecho personaje por su egregia pillería, “qué hemos de hacer más que dejarnos querer”.

Es verdad que la funesta interpretación que la filosofía moral ha dado a la filosofía natural, tomando el principio de evolución como una pantalla de todos los delitos penables y no penables que se cometen so color de lucha por

²¹. Recuérdese que esto fué escrito en 1892. Santo Domingo, que desde 1936 se llama Ciudad Trujillo, es hoy una ciudad moderna.



la vida, ha llegado tan pronto a todas partes, que hasta en aquellos rincones apartados ha servido para hacer repulsivos a la moral los mejoramientos materiales.

Mas como al fin y al cabo, de ese progreso exterior es de el que más y mejor juzga el vulgo, el aspecto actual de la ciudad del Ozama es mucho más placentero a la vista que el que ofrecía pocos años ha.

Ya han desaparecido casi todas las ruinas de edificios privados y muchas de edificios públicos; ya se ha mejorado la exterioridad; ya se cuida de la limpieza de la calle; ya la población que ha ido aumentando, ha ido también convirtiendo en calles algunas extensiones de terreno urbano; que antes, no siendo calles ni paseos, sino tristes descampados, aumentaba la tristeza del que contemplaba tanta ruina.

Y como la ciudad de Diego Colón está en el centro del mismo paraje encantador en que estuvo al fundarse y al pasar por las vicisitudes que ha pasado cuando se quiere saber del hombre para entrar en la naturaleza, no hay más que subirse a una azotea y contemplar la pintura de los campos y las aguas, o salir por la Puerta del Conde y recorrer los alrededores pintorescos.

XI

Nos falta ver a Jarabacoa para saber lo que es el lugarejo quisqueyano.

No es una aldea como el hogar campestre y pastoril de los aldeanos europeos ni el **little township** del agricultor yankee, ni el burgo medio rural y medio urbano que dió origen a los municipios, ni el sórdido villorio que trastorna la vista y el corazón en los caminos carreteros de alguna comarca de Francia, España e Inglaterra, ni es el lugarejo en la acepción que tiene en las naciones viejas, sino el “lugarejo”, en un sentido especial, como disminución graciosa de “lugar”.

En un descanso que hace el terreno al elevarse desde el valle central (la Vega Real, como decía Colón) hasta las cumbres del Yaque y del Tina, se forma un vallejuelo a la extremidad de un pinar maravilloso.

El vallejuelo, que no tendrá una legua de superficie, se ha dado trazas para tener dos secciones, una que corre a modo de talveg por la senda de las vertientes; otra que se arrincona a manera de ángulo curvilíneo en la falda de la cordillera que le sirve de regazo. Aquel es el valle de Jarabacoa. En el talveg está el lugarejo y en la rinconada del vallejuelo elegido, la propiedad comunal del lugarejo.

Cuando desde el pinar, que es el camino, se penetra en el recinto de Jarabacoa, dos sensaciones mágicas suspenden; junto con entrar en el recinto del vallejuelo se percibe todo él; y junto con percibirlo, desaparecen de la vista el camino y la entrada del lugarejo.



Todo entero lo contempla una mirada. Es una plaza todo él; plaza grande, desmesurada, desigual, que tiene, parece, las montañas vecinas por paredes.

En un ángulo de la plaza hay, si todavía no la han sustituido con la que pensaban construir, una iglesia de mala muerte, que es un elemento pictórico de buena vista. El resto de la plaza, una pradera; cerrando por los cuatro costados la pradera, cuatro líneas de casas. Algo como cuatro calles no completamente cerradas por viviendas sino, más bien, indicadas por una que otra vivienda en la misma línea, continúan y por no largo trecho prolongan las calles que comienzan en la plaza.

La casa del cura en el ángulo frontero a la iglesia; la del sacristán en la esquina frontera a la del cura; una tienda de todo, mercería y víveres, licores y quincalla, en el ángulo estratégico en donde coinciden la línea del talveg y la del caserío que se amontona en dirección a la confluencia de dos ríos; la comandancia de armas, que es un simple rancho comparada con la casa de la tienda, que es la mejor del lugarejo, y es efectivamente una buena casa de madera; otras dos o tres habitaciones un poco menos mal fachadas que los pobres bohíos del contorno, eso es todo el lugarejo. Población, tal vez no seiscientas almas; caserío, quizá no el conjunto de cien casas, mediaguas y ranchos; pero paseos como no los tienen París ni Nueva York; aguas como no las tienen las Altai ni los Himalayas ni los Andes; cielo, como el de "Turei", espectáculos, como los más entretenidos y más atractivos de la civilización.

Y eso que la civilización, tal como ella se difunde de los países cultos a los incultos y de las ciudades a los lugarejos, estaba allí, como donde quiera, sólidamente representada por media docena de egoístas que prosperaban a expensas del medio millar de lugareños y a costa de los conuqueros o chacareros del contorno.

Pero, en cambio, la barbarie primitiva de las Antillas, aquella ignorancia benévola y hospitalaria de los aborígenes que halló Colón en las Antillas, estaba todavía viviente en el sencillo corazón de los vallejanos, merecedores de mejor guía social.

El vallejuelo es pobre, pero las aguas del Jimenoa y del Yaque que grandiosamente confluyen en su término, en su fuerza mecánica arrastran a cada minuto una riqueza industrial que podría aprovecharse económicamente, si los fecundísimos faldeos de las colinas circunstantes y una prudente explotación del pinar circunvecino pudieran aprovechar aquella fuerza desperdiciada.

Si mientras errores, engaños, debilidades y espejismos desvían de su objetivo natural al hombre de bien y lo alejan del centro natural de acción, que es aquel en que el bien se puede realizar, persevera en su obra y en su empeño, aplicando a ellos su fuerza, ni las aguas confluentes del Jimenoa y el Yaque seguirían desperdiciándose para las industrias que hubieran podido ya hacer de Jarabacoa un coeficiente precioso de civilización, ni vidas capaces de



dar fruto estarían gastándose inútilmente en imitar sin querer a aquellas aguas que corren sin utilidad hacia su muerte, allá en el mar, y sin más empleo de sus fuerzas que el chocar con las piedras de su cauce, que es como chocar con la dureza del intelecto o de corazón o de dignidad entre los hombres.

Pero ¡qué hacer! El pobre pueblecito que en el seno de la cordillera no buscada por la industria humana sugiere ideas y proyectos de progreso al transeúnte, tal vez se esté bien, como se está, lejano, arrinconado y solitario.

Mil y más veces preferible ese destino al de pueblos y hombres que, en cada uno de sus cambios pierden algo de lo que es esencial a la dignidad de la naturaleza humana.

XII

DUARTE

En el seno de esa sociedad embrionaria, mucho más embrionaria todavía, cuando la dominaban los haitianos y estuvieron a punto de absorberla, nació el primer dominicano.

Llamábase Duarte, y tenía nombres bautismales, buena alcurnia, antecedentes de familia y cuanto la biografía aprovecha para enaltecer la personalidad que ensalza.

A nosotros baste el apellido: con él basta, porque ese es el nombre que ilustró el primer patriota quisqueyano, y ése el con que la historia de su triste patria lo conoce.

Duarte, enviado a España por sus padres, se educó y adquirió allí la tenacidad de propósitos de que dió ejemplo hasta el momento de su muerte.

Viendo esclava de esclavos emancipados a Quisqueya, antes de volver a su seno había resuelto, y al volver llevó a cabo, la independencia del vergonzoso yugo.

Solo al principio, no muy acompañado nunca, pero acompañado en las horas de la propaganda y de la acción por un grupo de discípulos suyos en patriotismo, empezó por organizar el grupo en una asociación que llamó la Trinitaria, porque tres fueron con él los hombres de su derecho y su deber que asumieron la formidable responsabilidad de personificar la dignidad de la nación esclava.

Esos tres, reuniéndose en secreto, trabajando en silencio, burlando vigilancias y celadas, no tardaron en llegar a diez.²² Cada uno de los diez se obligó a formar y concluyó por formar tantos grupos de diez cuantos eran

²² El grupo **primario** de la Trinitaria era de 9 miembros, cada uno de los cuales constituía una base de 3 nuevos miembros, y así sucesivamente.



ellos, y cada uno de ellos fué el jefe del grupo que formó. El grupo no conocía más que a su jefe particular, aunque el instinto por una parte, y por otra parte la conocida actitud rebelde de Duarte insinuaba a todos que él era el alma y el jefe de la rebelión a que todos cooperaban.

Merced a este seccionamiento de los revolucionarios, lograron por algún tiempo sustraerse a la persecución de que fueron objeto en cuanto las autoridades haitianas tuvieron noticia de la formación de aquel grupo de desafectos.

Formación de grupos de desafectos, se dice, porque, aunque el gobernador haitiano de Santo Domingo sabía que todos los dominicanos eran desafectos, hasta entonces no se habían constituido en un cuerpo tangible y coercible; y para que hubiera tomado un cuerpo la desafección, era preciso que hubiera un alma.

Harto se supo, desde el regreso de Duarte a su patria, por la contenida expresión de encono en su fisonomía, por las medias palabras que alguna vez se le escapaban, por la simpatía que despertó en la juventud, por la vehemencia con que desde el primer día se dedicó a la instrucción de cuantos querían recibirla, que él era el alma capaz de animar y sostener aquel cuerpo de rebeldes. Harto por experiencia se sabía también que ningún otro que él había antes sido capaz de dar el alma que necesitaba un grupo de revolucionarios organizados para la acción.

En consecuencia, contra Duarte se apuraron todas las astucias de la policía secreta, todas las acechanzas del espionaje y todo el celo criminal que despliegan los servidores de un gobierno impuesto por la violencia.

Así era como el generoso patriota se veía continuamente interrumpido en su tarea de educador, y vivía en continuo sobresalto burlando con una conducta pública llena de reserva, la vigilancia al principio, la acechanza después, la persecución al fin.

El fin llegó en 1844. Pocos días antes del 27 de febrero de aquel año, que era el día convenido por los conspiradores, Duarte fué preso y expulsado del país.²³

Mas como ya estaba hecho todo lo que había que hacerse, dos discípulos del primer quisqueyano, Sánchez, el segundo hombre de la revolución de la independencia contra Haití, y el tercer hombre de esa revolución, Mella, no faltaron al puesto que se les había designado, y a prima noche del 27 de febrero, se apoderaron, con algunos compañeros fieles, del baluarte del Conde, de donde merced a la rapidísima adhesión armada de todos los habitantes del contorno rural, pudieron al día siguiente imponer una capitulación al

23. No fué preso, pudo librarse de sus perseguidores embarcándose para el extranjero el 2 de ag. de 1843.



gobernador de la plaza, demostrando la rapidez y la felicidad de aquella hazaña, que no costó una gota de sangre, hasta qué punto carecía de raíces la ignominiosa dominación que había durado 22 años.

Es verdad que la lucha que así empezó, después se hizo cruenta y duró hasta 1856, pero ya no fué una lucha de emancipación, sino una guerra internacional.

Para entonces ya había vuelto Duarte al país; mas como acontece con hombres consagrados con desinterés y buena fe a la obra a que dan cima, otros más ambiciosos lo suplantaron, y no contentos con suplantarlo, lo persiguieron como enemigo, y tuvo que expatriarse.

Expatriado vivía en Venezuela, cuando en 1865 se divulgó por el mundo la noticia de la forzada anexión de Quisqueya a España.

Duarte no vaciló, y se presentó de nuevo en la patria de donde lo había desterrado la ambición.

Aquí fué un nuevo sacrificio, aún más doloroso que el de la expatriación. Los hombres nuevos que se habían puesto a la cabeza de los restauradores del orden nacional trastornados por la anexión, temerosos también de que Duarte les hiciera sombra, le hicieron tan dura su generosa participación en los azares de la lucha, que, no bien terminada felizmente para la patria de nuevo redimida, se volvió a Venezuela.²⁴

Allí prefirió todas las tristezas de la soledad, del trabajo no bien recompensado, de la desconsideración de los indiferentes, de la miseria y del abandono de propios y extraños, antes que volver a ser calumniado entre los suyos.

Allí murió en indigencia tan completa, que a veces, dicen, tenía que sumergirse en el fondo de los bosques venezolanos para disimular su falta de sustento o acaso para pedir a las plantas lo que ellas dan generosamente a los hambrientos.

Cuando a nadie podía hacer sombra, Duarte fué repatriado a la patria que él fué el primero en querer libre; pero ya no era más que un poco de polvo.

XIII

SANCHEZ-MELLA

Para que se vea hasta qué punto es bestial en nuestros pueblos lo que llamamos la **política**, empezaré este croquis con la figura de Sánchez, el segundo de Duarte en la devoción a la independencia de su patria, y el primero

²⁴. Duarte salió antes de terminarse la guerra en una misión diplomática del gobierno restaurador.

en la acción de esa misma independencia, diciendo que uno de los grandes premios que le dieron fué deportarlo a Suecia o a Noruega,²⁵ de donde salió vivo por el calor, sin duda, de su patriótico corazón; pero a donde sin duda lo mandaron a morir, y con la intención de que muriera.

¿Y quien lo mandó? ¿los haitianos? Ya no tenían dominio sobre él. Había Sánchez sido el primero que en la noche del 27 de Febrero de 1844 había desnudado la espada de la Independencia, y ante ella huyeron los haitianos.

Nada podían contra él. Los que podían, y aun a riesgo de abochornarse, raro bochorno en tales hombres de perseguir a uno de los beneméritos de la patria dominicana, pudieron poner en él su airada mano, fueron los mismos a quienes él había dado el ejemplo del valor cívico y del denuedo militar.

Pero ellos eran unos astutos ambiciosos de poder, y él era uno de esos grandes pobres diablos que de todos se ocupan, menos de sí mismos, en las horas de abnegación y patriotismo.

Pero como ese desinterés patriótico era razón de sobra para que los interesados desconfiaran de él, todavía no estaba terminada la guerra a que él dió feliz comienzo, cuando ya lo alejaban de su ardiente suelo a las nieves casi polares de Europa.

No le estaba destinada la muerte del destierro. Moriría moralmente en él, como mueren todos los que lo sufren; pero materialmente no murió sino en su propia patria, por mano de sus propios compatriotas, en el momento en que debía ser su vida más sagrada, y cuando con más noble lógica iba a consagrarla a la segunda Independencia.

Ese horrible sacrificio, uno de los más patéticos que ha presentado esta pobre América nuestra, tan dada a sacrificar hombres al Moloch que la domina, lo presencié la triste Quisqueya el mismo día 4 de julio que la historia moderna consagra al recuerdo del natalicio de la libertad entera, sin andaderas, fórmulas, precauciones, tanteos ni transacciones.

Sánchez, expatriado años hacía, oyó en el destierro hablar de una anexión de su República a España, y tuvo noticia del disgusto nacional. Creyó que era la hora de una nueva lucha por la Independencia, se embarcó secretamente, secretamente apareció en un pueblo escondido de la banda sur de la República; arrastró tras sí a un cortísimo número de patriotas verdaderos o de fascinados por el brillo de su nombre y por la fuerza de su palabra, y llegó al Cercado, lugar donde fué sorprendido por una de las avanzadas españolas que ya estaban en campaña.

El jefe español ante quien fué llevado tuvo la virtud que se necesitaba para respetar en aquel noble patriota la adhesión ardiente a las ideas a que

25. Nó, fué enviado a Liverpool. Naufragó cerca de Dublin.



había consagrado su vida, y lo trató con bondad y con respeto. Como esos actos de noble humanidad son tan raros, no es extraño que se haya olvidado a la tradición el nombre de aquel buen español.²⁶

Lo que la tradición no olvida en la República Dominicana, es que, gobernándola a nombre de España el general Santana, por sobrenombre odioso el **Anexionista**, éste quiso probar su incondicional adhesión al gobierno español, mandando fusilar a Francisco del Rosario Sánchez, el hombre del 27 de febrero.

Sánchez fusilado, la anexión queda asegurada.

Y con efecto, dos años después ya no había anexión, y la República Dominicana, consagrada por la sangre de Sánchez y otros mártires, volvió a ser la República Dominicana.

II

Por ella, y para constituir en República la que dominaban los haitianos con el nombre de "Partie de l'Est", la trabajó como de los mejores entre buenos el general Mella, una de esas figuras simpáticas de la Independencia en todo el continente que, además de las cualidades internas que reclaman las grandes acciones, tenía los atractivos personales que seducen a las multitudes y los méritos sociales que atraen a la porción más culta de una sociedad.

Mella, además de ser un patriota, era un joven bello, instruido, y de prosapia hidalga. En el movimiento inicial de febrero de 1844, representaba aquella gente linajuda del Cibao, que aun queda, como restos de la estirpe de segundones de Castilla que llevaron a Isabela, Jaragua, y Santiago de los Caballeros, junto con su horror al trabajo personal, su hábito del decoro, la dignidad externa de la buena sociedad, y su profundo sentimiento de los derechos de casta.

Mella no fué mucho más feliz que su maestro en patriotismo, Duarte, y su compañero de nobles acciones, Sánchez; pero las especiales circunstancias de su carácter, unidas a las consideraciones de familia, que tanto influjo han tenido en la política de los pueblos latinoamericanos, le valieron indulgencias y amnistía que, alguna vez, como poco antes de la anexión, habían llegado hasta el extraño extremo de hacer de él su representante diplomático de la República en España.

Si recuerdo bien, en ese puesto estaba en los días en que empezaba a susurrar el rumor de la anexión, y me parece haber leído la nota dirigida por él al Gobierno de la República en que, con el don profético que tiene el patriotismo, expuso con extraordinaria lucidez las razones que entonces objetaban y siempre objetarán el cambio de la Independencia por la dependencia.

²⁶. Llamábase Antonio Luzón, Comandante del batallón de La Corona.



Siendo incompatible con sus creencias firmes aquel puesto, lo dejó a tiempo para no llevar a la tumba ni aún la sombra de la complicidad en aquella indignidad.

XIV

LUPERON

La segunda guerra de la independencia dominicana tuvo muchos guerreros y patricios dignos de la empresa que la dignidad de la nación encomendó al patriotismo de sus hijos. Pero, entre ellos, no hubo ninguno que personificara con más ardor que el general Luperón, el deseo de reconquistar la autonomía nacional.

Obedeciendo a sus propios impulsos y operando como jefe de cuerpos francos más bien que como comandante de tropas regulares, hizo tales prodigios de actividad, y de tal modo espoleó el egoísmo de los pasivos, que a la vez inspiró terror y admiración, cobrando una de esas famas legendarias que bastan por sí solas para hacer atractiva una personalidad en los días de lucha y de zozobra, y que, después, en las horas de la paz y en las tradiciones del hogar, prolongan para el héroe el triunfo que conquistó en los campos de batalla, dándole triunfos no menores, y acaso más trascendentales en la vida normal de la nación.

El Cibao, que es la cuna de aquel prócer de la segunda independencia, conservó durante tantos años tan viva en la memoria la figura del patriota-guerrero recorriendo los campos y las breñas en busca de defensores de la patria, compeliendo a los tardos, despertando a los dormidos, imponiendo como una obligación onerosa el deber del patriotismo, que, cuando a la tarea de reconstituir por medio de las armas la nacionalidad sucedió la de gobernar la nación por medio del derecho escrito, Luperón fué uno de los triunvirov impuestos por la gratitud popular al régimen unipersonal de la república moderna.

Ni tres ni veinte varones hubieran bastado para ordenar el caos social, político, económico y administrativo que dejó en recuerdo la anexión, y de la noche a la mañana pasó el gobierno a manos de uno de los que no sólo no hicieron nada por su patria en las angustias pasadas, sino que positivamente había contribuido al mal, aceptando del gobierno español una distinción.²⁷

Entonces el caudillo tuvo que expatriarse, aprovechando el destierro entre el estudio y el afanoso conspirar.

Del estudio salió hecho un hombre de ideas elevadas; y del conspirar salió hecho jefe de aquella revolución que llegó a ser crónica, y que, unas veces en

27. Refiérese a Buenaventura Báez, que fué mariscal de campo español, cinco veces Presidente de la Rep. Dominicana.



el mar, otras veces en las fronteras de Haití, mantuvo en jaque al Gobierno de la República.

El Gobierno cayó a los seis años, en el de 1874, no por el esfuerzo de Luperón y de los suyos, sino por uno de los lugar-tenientes del Presidente de la República, en la provincia Puerto Plata, en donde era omnipotente el recuerdo de Luperón.

Este vivió con el buen tiempo, y dió un excelente ejemplo de moral pública, desentendiéndose de los negocios del Estado y consagrándose al trabajo y a la formación de un patrimonio para sus hijos.

En esa empresa lo conocí yo, y confieso que no dejó de parecerme extraordinario el encontrarme detrás del mostrador de una mercería al hombre que en la guerra nacional y en la civil había deslumbrado tantas fantasías. Pero allí, y así, lo conocí en 1875, puesto en contacto con él por su maestro, guía y amigo, el noble y primer ciudadano de Puerto Rico, el siempre desterrado doctor Betances.

Como nunca se pierde la esperanza honrada en voluntad benévola, se hicieron esfuerzos, no hay para que negar que esfuerzos insensatos, sobre todo, cuando quien lo afirma tiene la creencia de que la insensatez hecha a sabianda es un sacrificio del amor propio al deber; se hicieron esfuerzos insensatos para poner en movimiento a Puerto Rico, esperanzados en la ayuda del adalid de la independencia dominicana.

Pero los tiempos, aun turbios, eran entonces profundísimamente sombríos. En vez de una revolución de independencia, hubo que atender a una revolución de impertinencia.

El Presidente de la República, que había debido auxilio, y hasta parece que auxiliares, a la población cubana emigrada en Puerto Plata, de donde él comenzó la reacción libertadora contra el Gobierno que tiranizaba al país, creyó que los cubanos y puertorriqueños asilados, aún en Puerto Plata, conspiraban con Luperón y a beneficio del caudillo popular.

Se equivocaba, pero con su equivocación aparentemente autorizada por la parte exclusivamente doctrinal que en las reuniones de **La Liga de la Paz** tomaban algunos proscritos, y por el temor que inspiraba esa asociación, decretó la prisión del jefe de la Liga en Santiago, y la del que en Puerto Plata la animaba con su influencia legendaria.

Aquella mal aconsejada violencia (si alguna vez puede llamarse bien aconsejada la violencia política), fué la señal del estallido revolucionario que en Quisqueya se ha parecido más a un movimiento de doctrinas.

Luperón se negó a obedecer la orden arbitraria. El gobernador, un escritor notable, por cierto, resolvió usar de la fuerza para cumplir la orden del Gobierno, y el caudillo popular resolvió repeler la fuerza con la fuerza.



Desde su casa, y acompañado por corto número de amigos, se defendió tan denodadamente, que no sólo rechazó con buen éxito la fuerza armada que intentó penetrar en su hogar, sino que armó a sus parciales de la ciudad y del contorno, que se presentaban organizados en cuerpos a defenderlo y después se organizaron en cantón en las inmediaciones de Puerto Plata.

La chispa que allí y en Santiago inflamó el ánimo de los pocos que deseaban fundar gobiernos de derecho y de los muchos que buscaban lo que nunca los descontentos o los ambiciosos en las revueltas civiles, concluyó por producir una revolución victoriosa.

Salió victorioso, entre otros enemigos del caudillaje; y aunque Luperón acababa de coronar su gloria de caudillo nacional con la de caudillo civil, cedió el primer puesto a un hombre completamente extraño a las revoluciones, a las armas y muy de antiguo consagrado a aquella noble, oscura y benéfica propaganda del bien y del derecho que, en parte alguna, y menos en aquella sociedad, conturbada de continuo, lleva hombres al poder.

Sin embargo, a ese patriota inofensivo, fué a quien Luperón y sus consejeros, en Puerto Plata, Peña y sus secuaces en Santiago, designaron para jefe del nuevo gobierno y a él eligió el voto popular, que creo fué efectivamente popular en aquellas elecciones.

No contento con no tener mezquinas ambiciones, Luperón asintió a fortalecer el nuevo Gobierno, tomando en él una cartera que desempeñó **por fórmula**.

La conducta del caudillo en todo este momento de la historia política de su país, lo acreditaba de hombre y de miras elevadas, de patriotismo generoso y de aspiraciones altas. Procedió como los que aman la gloria por la gloria misma, que es el modo de amarla que impone más sacrificios.

Pero como Luperón no es un Cincinato, tan pronto como aquel ensayo del gobierno civil, ejercido por hombres virtuosos, fué revolucionariamente destruído, procedió con otros a la revolución que había de echar por tierra al reciente gobierno de reacción, y entre todos dieron con él en el suelo, pero dieron por inesperado resultado la vuelta al poder del mismo que, durante seis años, había enfrentado a la revolución.

Pero esta vez no fue por mucho tiempo. En 1879 ya había caído a impulso de una revolución que presentó en la escena un nuevo caudillo de contiendas civiles.

Un año después, ya otra contienda había devuelto el poder a los **azules**. Jefe de ellos, Luperón ejerció el gobierno durante varios meses, y no desde el asiento oficial de los poderes públicos de la República, sino desde Puerto Plata.

Su conducta fué la de un político inteligente, bien intencionado y conocedor de la necesidad de la buena administración.



Hubiera convenido al país que él continuara en el Gobierno y acaso hubiera bastado su presencia en él para impedir nuevos atentados contra el orden público; pero, por motivos cualesquiera, que desgraciadamente no fueran motivos patrióticos, pues entonces le mandaba el patriotismo ser Gobierno, dejó los cuidados a otros y se abandonó tan por completo al astuto alter-ego²⁸ de quien se había estado valiendo como brazo armado y de quien siguió valiéndose como hechura, que éste, al fin y al cabo, usó de la pobre República como de un feudo.

Y ahora, y después de haberse conducido torpemente en la revolución de 1886, que debió poner en armas a todos los hombres de bien, porque ya no se trataba de una lucha de ambiciosos contra ambiciosos, sino de honrados contra pícaros, Luperón anda errante por las Antillas menores, culpando tal vez a su país, pobre víctima de todos, cuando debería culparse a sí mismo, que tanto con su inercia egoísta ha contribuido a la villana situación actual de Quisqueya.

II²⁹

Luperón no se contentó con ser una de las más enérgicas encarnaciones que ha tenido en el siglo XIX el patriotismo, y fué también el más ardoroso representante que el antillanismo tenía en la Antilla-centro.

Hoy, cuando la conducta oficial de todos estos pueblos anula ante la conciencia de ellos mismos sus ineficaces platonismos, es un deber levantar en alto la figura del patriota entero. Así, vista de abajo para arriba, que es el único modo de mirar respetuoso que tienen las muchedumbres, el prócer de la Segunda Independencia de Quisqueya aparece tan grande, tan completo como era.

Antes que prócer, era hombre, y cometió mil yerros; así sea. Yo no voy a juzgar al hombre de todos los días sino al quisqueyano de un momento solemne de la patria y al antillano de una hora patética de la historia de las Antillas.

Si hubiera de juzgarlo como hombre, levantaría con orgullo la cabeza para declarar que fué uno de los hombres a quienes más altas prendas conocí, por lo cual fué uno de los hombres a quienes más he estimado.

En los días de la Restauración, que fueron días de pruebas para el carácter, Luperón se presenta a la historia de su patria como comparece Gambetta en la historia de la defensa nacional de Francia.

A éste, por más conocido el escenario, lo ve todo el mundo en el momento del apogeo de su patriotismo, cuando recorría las provincia, apellidando patria, apostrofando a irresolutos, enardeciendo a tibios.

28. Alude a Ulises Heureaux, Lilié, el dictador dominicano.

29. Esta segunda parte del artículo titulado Luperón fué escrita cinco años después de la primera, en ocasión de la muerte del prócer, en 1897.



A Luperón nos lo representa nuestro amor a la Independencia, derecho tan alto y tan sagrado en Quisqueya como en Francia, en el momento culminante de su heroico patriotismo, cuando, según la tradición, perseguía a planazos a los irresolutos y tibios con la patria.

Estatua por estatua, si seductora de buenos es la actitud de Gambetta, más seductora de fieles al bien y a la justicia es la de Luperón: el francés se erigía su estatua con actos que el mundo contemplaba, que la expectativa del mundo estimulaba, que la admiración del mundo hacía fáciles y placenteros: el quisqueyano no sabía siquiera que se le estaba estatuyendo en la historia de su patria, cuando, desentendiéndose del mundo, sin más testigos de su heroísmo que los testigos de él, realizaba en el fondo oscuro de las selvas, en desconocidos lugarejos de un país desconocido, los prodigios de actividad movilidad, entusiasmo y convicción que dieron a luz la segunda República Dominicana.

En Gambetta, la gloria era un estímulo de todos los días, de cada hora, de cada despacho telegráfico, de cada salutación, de cada aclamación, de cada ovación que recibía.

Al pobre sostenedor del derecho de Quisqueya ¿qué ovación lo recibía, qué aclamación, siquiera, lo estimulaba; qué salutación al menos, lo enardecía? El apodo que da la fuerza escandalizada al derecho que la escandaliza: **bandolero**.

Bandolero, bandido, salteador de caminos, como siempre lo fueron los libertadores para los usurpadores de vida en las colonias; como lo fué Miranda, como lo fué Hidalgo, como Bolívar, Morazán, Mariño, Gamarra, Santa Cruz, O'Higgins, San Martín, Artigas, como lo fué Narciso López, como lo fué Céspedes, como lo está siendo Máximo Gómez, no tuvo Luperón más incentivo que la resuelta resolución de no consentir amos en su tierra.

Pero, no es esa en absoluto la verdad: como todos los hombres, en cualquier estado de cultura, en cualquier mundo social, en cualquiera rudimentaria noción de principios directivos de grandes acciones, Luperón tenía el incentivo de la gloria: hasta se puede asegurar, (y bien existe ahí talento que a tiempo se cercioró de esa gran pasión del libertador en jefe), hasta se puede asegurar que ésa fué la debilidad de Luperón.

Mas también su fuerza.

Aquel sólido amor a las libertades constitucionales, de que dió muestras, a pesar de sus resabios de jefe de facciones; aquel ardoroso sentimiento de progreso, que lo deslumbraba en los días del goce de poder, aquel mismo desinterés del poder, que pueden atribuir a móviles egoístas los que desconozcan en las acciones humanas la influencia de factores más eficaces; aquel laudabilísimo afán de distinguirse por acciones que merecían alabanzas; el entusiasmo, a la vez impetuoso y refrenado que no pudimos menos de admirar los que en Puerto Plata fuimos testigos de aquella **evolución**, tan



bien concebida y preparada por Peña y Reinoso en la ciudad de los caballeros y los ciudadanos; con tan soberano empuje lanzada por Luperón a su objetivo; y con tan infantil, candoroso y alegre pasmo aclamada por todos los pueblos del Cibao en aquellas escuelas de civismo que se llamaron **Liga de la Paz**; aquel su rápido percibir el punto luminoso de una opinión extraña; su prontitud al consejo, si era bueno, todas eran fuerzas que él sumaba en la cuidadosa adición de hechos concebidos por él para su gloria.

La prueba de que este estímulo tenía en él los caracteres más elevados, están en el definitivo propósito y en la premeditada dirección final que le dió; el propósito definitivo y la dirección final que dió a su gloria. Si he de juzgar por elocuentes cartas suyas de la última hora de su expatriación y penúltima de su vida, era el **antillanismo**, la hermosa quimera que los puertorriqueños hemos concebido; que con el ánimo y el brazo de Luperón habríamos realizado; que con ánimos y brazos como el del héroe muerto llegaríamos al fin a realizar. No es más que la unión de las Antillas en las libertades del derecho; en los adelantos de la riqueza y el bienestar de la Antillas; en el progreso de la verdad, hecho conocimiento útil; del bien, hecho virtud económica, social e individual. La fuerza de las cosas es tan avasalladora, que ese programa sencillísimo de vida para las Antillas, tendrá que ser el programa de uno de los partidos políticos que la lógica espontánea hará nacer.

Luperón fué el primer jefe intencional de ese partido no nacido, al menos, si nacido en el espíritu de algunos, no en el medio natural en que tendrá algún día que desplegar su actividad.

Es indudable que en él, como en el ya considerable número de quisqueyanos que son antillanistas o partidarios de la Confederación de las Antillas, entraba por bastante el sentimiento, perfectamente legítimo, del interés nacional; pero no menos cierto es que lo emocionaba la previsión de gloria y la previsión de alabanzas históricas que tocaría a los que hubieran de llegar a tan alta meta.

Héroe en la lucha por la patria, fundador entre los más efectivos de la República, ambicioso de la gloria de hermanar en una sola nación las que han de acompañar a Quisqueya en la realización de los fines que Geografía e Historia reservan a las Antillas, Luperón es digno del llanto que ha llamado a los ojos de la patria, a los ojos de sus amigos, a los ojos de los íntimamente ligados a él por altísimos propósitos y fines.



LOS RESTOS DE COLÓN¹

El Presbítero Billini, disgustado de que la Iglesia metropolitana de su patria, Santo Domingo, no ofreciera el hermoso golpe de vista que esperaba habría de producir, si se hacía desaparecer el coro catedral que, construido en el medio de la nave central, interrumpía efectivamente la visual, consiguió al fin que la autoridad eclesiástica le diera permiso para proceder a la obra de refacción que tanto anhelaba acometer.

I

Otorgado el permiso a principios de 1877, ya en Abril de aquel año habían empezado los trabajos.

Entre ellos, pareció de los más urgentes al director de la obra, la prolongación y repavimentación de la Capilla Mayor, cuyo presbiterio se quería agrandar.

Un día, el 14 de Mayo, trabajándose por abrir de nuevo una puerta, mamposteada, tapeada o condenada, que en otro tiempo hubo de comunicar la Capilla Mayor, cerca del presbiterio, con la sacristía que quedaba a la derecha, se hundió bajo el peso de un trozo de mampostería, una parte del pavimento a la izquierda de la puerta que se estaba intentando rehabilitar.

Los obreros, al separar el escombro, distinguieron un hueco y algo que en parte lo ocupaba y que, al parecer, relumbraba en el fondo.

Quizás creyeron que era una parte de los tesoros que la conseja declaraba enterrados en la Catedral, y se apresuraron de tal modo a sacar aquel objeto relumbrante, que no repararon en un pié de andamio que para su trabajo

1. El 10 de septiembre de 1892, ante la *Societé Scientifique du Chili*, en Santiago de Chile, pronunció Hostos una conferencia sobre el debatido asunto de los restos de Colón. Así conmemoraba el ilustre antillano el XV aniversario del hallazgo de los restos del Descubridor. Durante su conferencia, Hostos utilizó una linterna mágica que proyectaba en un lienzo los dibujos de los lugares, objetos e inscripciones a que iba refiriéndose. La revista *Letras y Ciencias* (Santo Domingo, 31 dic. 1892 y 14 enero 1893) reprodujo parte de las extensas e interesantes reseñas de la conferencia de Hostos, publicadas en periódicos de Chile. El presente trabajo es de la misma época.



habían colocado ellos mismos sobre aquel punto, y violentaron de tal modo la extracción de aquel objeto, que casi lo despedazaron. Cuando lo hubieron tenido a la vista reconocieron una caja de plomo, de donde por la violencia hecha, había vuelto a caer al fondo del hueco u hoyo en donde había yacido, una porción de restos humanos.

Bien fuera en aquel momento, bien cuando, como él mismo lo cuenta en una carta pública, examinó la caja Don Carlos Nouel, autorizado para ello por el director de las obras de reparación, se descubrió en una de las planchas que habían formado la caja, una inscripción que decía: **El Almirante D. Luis Colón, Duque de Veraguas, Marqués de.....**

Los puntos suspensivos corresponden a un vacío en la inscripción, producido, según dice en su referida carta el Señor Nouel, por haberse grabado el título del marquesado “sobre uno de los clavos achatados que unían esa parte que supongo delantera de la caja, con una de sus cabezas, y el tiempo había corroído esa misma parte, dejando un vacío”.

El descubrimiento de estos restos del nieto de Colón, y la ubicación de la bóveda en que aparecieron a la izquierda del presbiterio, del lado de la tribuna de la Epístola, despertó una tradición dormida, según la cual no habían salido de la Catedral de Santo Domingo los restos de Cristóbal Colón, por más que así lo hubieran creído los españoles que creyeron exhumarlos; la Historia, que daba fé del hecho; y los dominicanos conocedores de la Historia, que, en nombre de ella, declaraban absurda la tradición.

Pero ¿y si no era absurda? ¿Qué trabajo costaba rebuscar un poco, aprovechando la ocasión que acaso no volvería a presentarse, de estar reparándose la Catedral?

El Presbítero Billini, que había concluído por dar asenso al rumor tradicional; D. Carlos Nouel, que, nó como un rumor, sino como una terminante afirmación, la había oído de labios de su suegro D. Tomás Bobadilla, uno de los restos del procerato colonial y una de las más grandes influencias políticas y sociales de la República, cuyos más altos puestos, menos el de presidente, había ocupado con frecuencia; D. Miguel Pou, Cónsul de Alemania; D. Luis Cambiasso, Cónsul de Italia, y muchos en quienes se despertó la curiosidad histórica, junto quizá con aquel sentimiento de la gloria nacional que estimula al patriotismo, se empeñaron en tener un registro en forma de la parte del presbiterio en donde se sabía que habían escavado y descubierto los españoles los restos que en 1795 habían exhumado y llevado a la Habana. Aunque, para conseguir que se hiciera el registro, se exhibió el texto histórico del acta de exhumación en 1795, acta en la cual no se afirma que lo desenterrado por los españoles sean los verdaderos restos de Colón, pues solo dice que son “restos de un difunto”; aunque constaba a los conocedores de la historia patria que en el presbiterio de la Iglesia Metropolitana yacían los restos de tres Colonos, y sabiéndose positivamente por el descubrimiento de aquellos días que los del



lado de la Epístola eran los del tercer Almirante, D. Luis, y que los del lado del Evangelio exhumados en 1795 podían no haber sido los del primer Almirante, puesto que el acta no hablaba de él, sino de “un difunto”, nada venció la indiferencia o la indolencia de los que debían ponerse al frente de aquel movimiento de opinión, y pasaron meses hasta el de Septiembre en que se tuvo el buen acuerdo de declarar por medio de un acta oficial, levantada con todas las solemnidades del caso, el descubrimiento de los restos de D. Luis Colón, y la autenticidad de aquellos restos.

Poco días después de este reconocimiento oficial, y haciéndose cada vez más apremiante la excitación de los que deseaban resolver el problema histórico que cada día se hacía más incitante, el Presbítero Billini, tomó, bajo su responsabilidad, la determinación de hacer escavar en la parte del presbiterio en que la tradición aseguraba que yacían las cenizas del descubridor: “...del lado de la tribuna del Evangelio, y debajo del solio arzobispal”, eran las señas.

Allí se cavó, y allí se encontró una bóveda cineraria. Pero estaba vacía.

Si estaba vacía, era claro que los exhumados de 1795 habían acertado; era cierto que lo encontrado por ellos y llevado a la Habana habían sido los restos de Colón, y era falsa tradición de que consideraba depositados todavía en la Iglesia Primada de América los restos del Descubridor.

Desalentado el buen Presbítero, que, como se verá después, desempeñó en este asunto un nobilísimo papel, iba ya a abandonar la esperanza patriótica que había acariciado, cuando felizmente para la Historia, para la justicia y para él mismo, o recordó o se le hizo recordar que la bóveda vacía y la vaciada en 14 de Mayo de aquel año no eran más que dos bóvedas y que, pues eran tres los Colones enterrados en el presbiterio, tres debían ser las bóvedas o criptas.

Poseído de la exactitud de este razonamiento, ya fuera propio, ya le fuera sugerido, acometió con redoblado ardor nuevas pesquisas, y faltándole tiempo y luz en aquella tarde de sábado, porque era el Sábado 8 de Septiembre de 1877, obtuvo del Arzobispo, la autorización para seguir haciéndolas al día siguiente, aunque nó de trabajo.

Como ni en la cripta recién abierta ni en la ocupada por los restos de D. Luis Colón se había encontrado lápida, inscripción conmemoratoria ni indicio alguno de que aquellas fueran sepulturas, el registro se hacía a ciegas, y hubo de abandonarse la tarea del Domingo, bien por desmayo del ardor primero, bien por los llamamientos que los días feriados hacen al descanso y la pereza.

Pero durante todo el día siguiente, Lunes 10 de Septiembre de 1877, que en la historia del porvenir, y en la economía social y religiosa de los nuevos tiempos, será considerado como uno de los **días colombianos**, se trabajó con afán y sin descanso; pero en vano, hasta que a las cuatro de la tarde, un barretazo afortunado desmoronó un pedazo de piedra, dejando un agujero



por donde la barreta se deslizó. Fueron a ver, y vieron lo que habían visto en el hallazgo de los restos del tercer Almirante:

Un hueco; y en el fondo un objeto reluciente.

Intenso debió ser en aquel instante el sentimiento de responsabilidad que sobrecogiera al Presbítero Billini, porque no se atrevió a arrostrarla solo, y mandó suspender el trabajo y llamar al Ministro de lo Interior y al Arzobispo. Presentáronse a poco los llamados y se resolvió no proseguir antes de que se presentaran el Cuerpo Municipal y el Consular, a quienes se mandó a invitar, y apostados centinelas a las puertas, así para contener la invasión de los curiosos, cuanto por aquella infantil vanidad que, en todas partes, y principalmente en los centros sociales muy reducidos, reviste de tanta solemnidad a los que de pronto se encuentran comprometidos en un hecho que va a resonar en la Historia, procedieron los presentes a presenciar el desenlace.

El Cónsul Español, que también estaba allí, describe del ingenuo modo siguiente la escena de aquel momento que algún día será uno de los momentos solemnes de la Historia:

“Reunidos y colocados sobre el espacio los invitados oficialmente para presenciar y garantizar con sus firmas la legalidad del acto, y ya ocupadas las naves por expectadores particulares, ordenó Su Ilustrísima la continuación de las excavaciones y a los pocos minutos extrajo por sí mismo la caja, descifró las inscripciones que se hallan sembradas en sus costados y tapas, (esto lo efectuó con auxilio de algunos testigos oficiales), y elevándola al espacio manifestó al público que su contenido consistía en los verdaderos restos mortales pertenecientes al Descubridor del Nuevo Mundo”.²

Con más o menos pormenores y con anteposición o posposición de las mismas circunstancias, esa fué la solemne escena histórica que la Catedral de Santo Domingo, Capital de la República Dominicana, ofreció en la tarde y prima noche del 10 de Septiembre.

El señor Emiliano Tejera, modestísimo, pero cultísimo dominicano, cuya contribución al esclarecimiento de este hecho histórico reveló en él un talento crítico de primera fuerza (**Los Restos de Colón en Santo Domingo; “Los dos restos de Cristóbal Colón exhumados de la Catedral de Santo Domingo en 1795 y 1877”**) narra y describe, en el primero de estos trabajos:

El día 9, que era Domingo, se trabajó en la mañana con permiso del Señor Obispo. Excavose junto a la pared que se había encontrado el día antes, pero

2. DO EXISTEN DEPOSITADAS LAS CENIZAS DE CRISTOBAL COLON? **Apuntes al caso en defensa de su conducta oficial**, por D. José Manuel de Echeverry, Consul de España (Ex Cónsul debió decir, pues ya lo habían depuesto) en la República Dominicana. Santander, Imprenta de Solinis y Cimiana. Arcillero I. 1878. Hostos.



del otro lado de ella, bajo el dosel arzobispal, y precisamente en el sitio en que la tradición decía que habían estado los restos de Colón. A poco hojar, se descubrió una piedra de sillería y quitada se encontró una pequeña bóveda (la que hemos descrito como segunda) pero completamente vacía. El Canónigo Billini creyó fundadamente que de esa bóveda era de la que se habían extraído los restos llevados a la Habana, y que, por consiguiente, sus investigaciones no iban a servir sino para comprobar la verdad de lo dicho en el acta de 1795. Hoyóse después en el espacio que hay entre la bóveda encontrada y la peana del Altar mayor. No se descubrió nada nuevo; y el trabajo se dejó para el día siguiente, más con la esperanza de hallar algo relativo a D. Diego que con la de encontrar los restos de Colón, que se supuso habían sido exhumados de la bóveda descubierta en ese día.

“El 10 se continuaron las excavaciones. Presenciábalas el Canónigo Billini, y estaban además con él el sacristán mayor de la Catedral, Señor Jesús Ma. Troncoso, y los dos peones que cavaban. Hoyóse en el espacio que hay entre la bóveda encontrada el día anterior y la pared lateral del presbiterio, y a poco se vieron señales de existir otra bóveda allí. Rompióse un pedazo de una piedra grande,³ que se había descubierto en parte, y por el hoyo formado se vió que había en efecto una bóveda, y que en ella se encontraba un objeto que parecía una caja cuadrada”.

“El sacristán mayor pasó inmediatamente a dar parte de lo ocurrido al Itmo. Sr. Obispo; se hizo llamar al Sr. D. Luis Cambiaso, (Cónsul de Italia) y se mandó aviso al Sr. Ministro de lo Interior, para que, si le era posible, se llegase enseguida a la Santa Iglesia Catedral. El Canónigo Billini se quedó junto con los trabajadores y el Ingeniero Civil Sr. Jesús Ma. Castillo, que había llegado pocos momentos después de descubierta la bóveda, custodiando el precioso depósito.

“S. Ilma. y el Sr. Cambiaso llegaron instantes después, y en presencia de ellos todos, se amplió más la boca del hoyo y entonces se pudo ver distintamente que lo que había en la bóveda era una caja de metal, colocada sobre dos ladrillos. El polvo y los fragmentos de cascajo que durante tantos años se había desprendido de las hendiduras del techo, cubrían la tapa de la caja. Se pudo, no obstante, después de un rato de penoso exámen, descubrir que había una inscripción en la parte superior de ella, y aún se creyó ver escrito: **Primer Almirante.**

“Todo se dejó entonces en el mismo estado en que se encontraba; se cerraron las puertas del templo y se confiaron las llaves al Canónigo Billini. La

3. El acta dice **una lápida**; pero esto es inexacto, si se entiende por lápida una piedra lisa en la que hay una inscripción sepulcral. Lo que se quitó fué una piedra ordinaria mal labrada. La piedra está en poder del Canónigo Billini, pues los que iban a ver la bóveda de Colón se llevaban pedazos de ella, y fué preciso quitarla de donde estaba para que no la acabaran enteramente. (Nota de **Los restos de Colón en Santo Domingo**, por Emiliano Tejera.)



autoridad civil hizo poner poco después guardias en las puertas de la Catedral, y por toda la ciudad circulaba la noticia del hallazgo, pero desfigurada, pues uno de los peones, al oír exclamar al Sr. Obispo y a los demás: ¡Oh, qué tesoro!, creyó que la caja contenía centenares de onzas, y así lo dijo al salir del templo a muchos, llegando después hasta el extremo de afirmar que había visto el oro por sus propios ojos.

Después de esta escena entre pocos, vino la escena entre muchos que nos ha relatado en su opúsculo el desventurado Echeverry.

La noticia del descubrimiento de un tesoro y el llamamiento hecho a todas las autoridades reunieron en los alrededores de la Catedral a toda la ciudad, y dentro de las naves del templo a todas las autoridades civiles, municipales y militares, al Cuerpo Consular en masa, a muchos caballeros de distinción, y a una considerable muchedumbre que fué imposible contener.

“El acta del 10 de Septiembre dice lo demás”, continúa el Sr. Tejera. “La bóveda fué abierta no quitándole la piedra que le servía de boca, sino la que primeramente se había roto al hacer el hoyo y que quedaba en uno de los costados de la bóveda, el más próximo al fondo del Presbiterio.

“Se extrajo la caja en presencia de las autoridades civiles, eclesiásticas y militares residentes en la Capital, del Cuerpo Consular y de gran número de nacionales y extranjeros. Hasta se hizo a la ligera un exámen de los huesos, probablemente imperfecto, pues no es posible que hubiese exactitud en aquellos momentos”.

“Para todos era evidente el hecho. Colón estaba en Santo Domingo. No había quien dudase de ello”.

II

Tan evidente era, que a nadie podía ocurrirle negar lo que está viendo con sus ojos. Tan no hubo quien dudara de ello, que aquellos a quienes se pudo creer interesados en negar el hecho que iba a quitar a Cuba la gloriosa guarda de los restos de Colón, y a España la satisfacción de mostrarse agradecida y que mostró al llevarse consigo los que creyó los restos verdaderos del Descubridor, lejos de negar, afirmaron.

Y nó con pasiva afirmación, sino del modo más fehaciente, los unos, firmando el acta del hallazgo y el libro de declaraciones que se presenta a cuantos visitan los restos hallados en 10 de Septiembre; el otro como, el Cónsul Echeverry, sufriendo persecuciones por la verdad.

Entre los que firmaron el acto del 10 de Septiembre están D. Jesús Ma. Castillo, Ingeniero Civil a cuyo cargo estuvieron las reparaciones de la metropolitana: era cubano, y lejos de negar, firmó siempre con profunda convicción su fé en la autenticidad de los restos; D. Jaime Ratto, comerciante español, que siempre ha manifestado igual fé.



Entre los firmantes del libro de declaraciones y adhesiones que la Municipalidad de la Capital, por feliz inspiración de su ilustrado y rectísimo Secretario el Sr. D. José Ma. Pichardo B., hizo poner y hace poner a la vista de los visitantes de los restos, hay multitud de caballeros cubanos ya residentes, ya transeuntes, que han declarado su convicción de que los vistos por ellos son efectivamente los verdaderos restos del Descubridor.

En cuanto al buen español que desempeñaba en 10 de Septiembre de 1877 la representación comercial de España, no se contentó con firmar el acta del 10 de Septiembre, sino que explicó en el folleto a que antes aludimos el por qué de su creencia. He aquí lo que, con encantadora honradez, dice en el folleto mencionado:

“Poseído mi ánimo de la honda pena que me originaba la contemplación y comparación de aquella caja” (la que contiene los restos) “sobre cuya tapa, exterior e interiormente, costados y frente, existían inscripciones por las que su fácil descifre nos revelaba que el contenido pertenecía a **Cristóbal Colón, Descubridor de las Américas, Ilustre y Exclarecido Varón, primer Almirante**, con los datos hallados en 1795, consistentes en: **El 20 de diciembre de 1795 se abrió una bóveda que estaba sobre el presbiterio al lado del evangelio pared principal y peana del Altar Mayor, que tiene una vara cúbica, y se encontraron unas planchas como de tercia de largo, de plomo, indicante de haber habido caja de dicho metal y pedazos de huesos de canillas y otras varias partes de algún difunto que se recogieron en una salvilla y toda la tierra que con ellas había y que por los fragmentos con que estaba mezclada se conocía ser despojos de aquel cadáver, concluí por reconocer y acatar aquellas preciosas reliquias, como pertenecientes al inmortal héroe genovés”.**

III

El acta del 10 de Septiembre a que ya tres veces se ha aludido, dice así:

“En la ciudad de Santo Domingo a diez de Setiembre del año mil ochocientos setenta i siete. Siendo las cuatro de la tarde, previa convocatoria dirigida por el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Doctor Frai Roque Cocchia, Obispo de Oropé, Vicario i Delegado Apostólico de la Santa Sede en las Repúblicas de Santo Domingo, Venezuela i Haití, asistido del Presbítero Frai Bernardino d’Emilia, Secretario del Obispado; del Señor Canónigo Penitenciario honorario, Rector i Fundador del Colejio “San Luis Gonzaga” i de la casa de Beneficencia, Misionero Apostólico, Presbítero Don Francisco Javier Billini, Cura interino de la Santa Iglesia Catedral, i del Presbítero Don Eliseo J’Andoly, teniente cura de la misma, se reunieron en la Santa Iglesia Catedral, los señores Jeneral Don Marcos A. Cabral, Ministro de lo Interior i Policía; Licenciado Don Felipe Dávila Fernández de Castro, Ministro de Relaciones Exteriores; Don Joaquín Montolío,



Ministro de Justicia e Instrucción Pública; Jeneral Don Manuel A. Cáceres, Ministro de Hacienda i Comercio, i Jral. Don Valentín Ramírez Baez, Ministro de Guerra i Marina; los ciudadanos Jeneral Don Braulio Alvarez, Gobernador Civil i Militar de la Provincia Capital, asistido de su Secretario Don Pedro M. Gautier; los Honorables miembros del Ilustre Ayuntamiento de esta Capital Ciudadano Juan de la C. Alfonseca, Presidente, i Ciudadanos Don Félix Baez, Don Juan Bautista Paradas, don Pedro Mota, Don Manuel María Cabral i Don José María Bonetti, Rejidores; el Ciudadano General Don Francisco Ungría Chala, Comandante de Armas de esta Capital; los Ciudadanos Don Félix Mariano Lluveres, Presidente de la Cámara Legislativa, i Don Francisco Javier Machado, Diputado a la misma Cámara; los Miembros del Cuerpo Consular acreditado en la República, Señores Don Miguel Pou Cónsul de S. M. el Emperador de Alemania, Don Luis Cambiaso, Cónsul de S. M. el Rei de Italia, Don José Manuel Echeverri, Cónsul de S. M. Católica el Rei de España, Monsieur Aubin Defoujerais, Cónsul de la República Francesa, Mister Paul Jones, Cónsul de la República de los Estados Unidos de Norte América, Don José Martín Leyba, Cónsul de S. M. el Rei de los Países Bajos, i Don David Coen, Cónsul de S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña; los Ciudadanos Licenciados en medicina i cirugía, Don Marcos Antonio Gómez i Don José de Jesús Brenes; el Injeniero civil, Don Jesús Ma. Castillo Director de los trabajos de dicha Catedral, el Sacristan Mayor de la misma, Don Jesús Ma. Troncoso, i los Infrascritos Notarios Públicos, Don Pedro Nolasco Polanco, Don Mariano Montolío i Don Leonardo Delmonte i Aponte, siendo a la vez el primer interino de la Curia, i el segundo titular del Ayuntamiento de esta Capital. El ilustrísimo Señor Obispo en presencia de los Señores arriba designados, i de una numerosa concurrencia espuso: que hallándose en reparación la Santa Iglesia Catedral, bajo la dirección del Reverendo Canónigo Don Francisco Javier Billini, i habiendo llegado a su noticia que segun la tradición, y no obstante lo que aparece de documentos públicos sobre la traslación de los restos del Almirante Don Cristobal Colón a la ciudad de la Habana, en el año de mil setecientos noventa i cinco, dichos restos podían existir en el lugar donde habian sido depositados, señalándose como tal el lado derecho del presbiterio, debajo del sitio ocupado por la silla episcopal; deseando esclarecer los hechos que la tradición había llevado hasta él autorizó al Reverendo Canónigo Billini, por su pedimento, para que hiciese las exploraciones del caso; i practicándolo así en la mañana de este dia con dos trabajadores descubrió a la profundidad de dos palmos, poco más o menos, un principio de bóveda que permitió ver una parte de una caja de metal: que inmediatamente el referido señor canónigo Billini mandó al sacristán mayor, D. Jesús Ma. Troncoso, que pasase al Palacio Arzobispal a dar conocimiento a SS. Ilustrísima del resultado de las investigaciones, al mismo tiempo que lo participaba al Señor Ministro de lo Interior, suplicándole su asistencia sin pérdida de tiempo: que acto continuo SS. Ilustrísima se trasladó a la Santa Iglesia Catedral, donde encontró a los Srs. D. Jesús Ma. Castillo, ingeniero civil, encargado de las reparaciones de este templo, i a los dos trabajadores que custodiaban, en compañía del Canónigo Billini, la pequeña escavacion que se



había practicado, al mismo tiempo que llegaba el Señor Don Luis Cambiaso que había sido llamado por el citado canónigo Billini: que cerciorado personalmente de la existencia de la bóveda, así como de que contenía una caja a que se refería el canónigo Billini, i descubriéndose una inscripción en la parte superior de lo que parecía ser la tapa, dispuso dejar las cosas en el estado en que se encontraban, i cerrar las puertas del templo confiando las llaves al Reverendo Canónigo Billini; proponiéndose invitar, como lo hizo, a S. E. el Gran Ciudadano Presidente de la República, Jral. D. Buenaventura Baez, su Ministerio, el Cuerpo Consular i demas autoridades civiles i militares espresadas en cabeza de este acto, con el fin de proceder con toda la solemnidad debida a la estraccion de la caja i dar toda la autenticidad requerida al resultado de la investigación; i habiendo dado aviso a la autoridad por orden de esta se pusieron guardias municipales a cada una de las puertas cerradas del templo.

“Su Señoría Ilustrísima, colocado en el presbiterio, junto a la escavación principiada, i rodeado de las autoridades arriba mencionadas i de un concurso numerosísimo, compuesto de personas de todas condiciones, abiertas todas las puertas del templo, hizo continuar la escavación quitándose una lápida que permitió estraer la caja, que tomada i presentada por su Señoría Ilustrísima, resulto ser de plomo. Dicha caja se exhibió a las autoridades convocadas, i luego se llevó procesionalmente en el interior del templo mostrándola al pueblo”.

“Ocupada la cátedra de la nave izquierda del templo por Su Señoría Ilustrísima; el Reverendo Canónigo Billini portador de la caja, el Ministro de lo Interior, el Presidente del Ayuntamiento i dos de los notarios públicos signatarios de este acto: Su Señoría Ilustrísima abrió la caja i exhibió al pueblo parte de los restos que encierra; así mismo dió lectura a las diversas inscripciones que existen en ella, i que comprueban de un modo irrecusable que son real y efectivamente los restos del Ilustre Jenovés, el Grande Almirante Don Cristóbal Colon, Descubridor de la América. Adquirida de una manera incontestable la veracidad del hecho, una salva de veinte i un cañonazos disparados por la Artillería de la Plaza, un repique jeneral de campanas, los acordes de la banda de música militar anunciaron a la ciudad tan fausto y memorable acontecimiento”.

“Seguidamente las autoridades convocadas se reunieron en la Sacristía del templo i procedieron en presencia de los infrascritos Notarios Públicos que dan fé, al exámen i reconocimiento pericial de la caja i de su contenido: resultando de este exámen, que dicha caja es de plomo, está con goznes, i mide cuarenta i dos centímetros de largo, veinte i un cents. de profundidad i veinte i medio de ancho; conteniendo las inscripciones siguientes: en la parte exterior de la tapa **D. de la A. Per. Ate.** En la cabeza izquierda **C.** En el costado delantero **C.** En la cabeza derecha **A.** Levantando la tapa se encontró en la parte interior de la misma tapa en caracteres góticos alemanes, cincelada la inscripción siguiente: **Illtre. y Esdo Varon Dn Cristóbal Colon,** i dentro de la referida caja los restos humanos, que examinados por el Ldo. en



Medicina i cirugía D. Marcos Antonio Gómez, asistido por el de igual clase, Señor Don José de Jesus Brenes, resultan ser: Un Fémur deteriorado en la parte superior del cuello o sea entre el gran trocánter y su cabeza. Un peroné en su estado natural. Un rádio también completo. Una clavícula completa. Un cúbito. Cinco costillas completas y tres incompletas. El hueso sacro en mal estado. El cóxis. Dos vértebras lumbares. Una cervical y tres dorsales. Dos calcáneos. Un hueso del metacarpo. Otro del metatarso. Un fragmento del frontal o coronal, conteniendo la mitad de una cavidad orbitaria Un tercio medio de la tibia. Dos fragmentos más de tibia. Dos astrágalos. Una cabeza de homóplato. Un fragmento de la mandíbula inferior. Media cabeza de húmero, constituyendo el todo trece fragmentos pequeños i veinte i ocho grandes, existiendo otros reducidos a polvo.

“Además se encontró una bala de plomo del peso de una onza poco más o menos i dos pequeños tornillos de la misma caja”.

“Terminado el exámen de que se ha hecho mención, las autoridades eclesiásticas, civiles y el Ilustre Ayuntamiento determinaron cerrarla y sellarla con los sellos respectivos y depositarla en el santuario de Regina Angelorum, bajo la responsabilidad del referido Señor Canónigo Penitenciario Don Francisco Javier Billini, hasta que otra cosa se determine: procediéndose enseguida a poner dichos sellos por Su Señoría Ilustrísima, los Señores Ministros, los Señores Cónsules, i los infrascritos notarios; i en última, determinaron llevar dicha caja a la mencionada Iglesia de Regina Angelorum triunfalmente acompañada de las tropas veteranas de la Capital, baterías de Artillería, música i cuanto podía dar realce y esplendor a tan solemne acto, para lo que se hallaba preparada la población, como se notaba del gran jentío que llenaba el templo y la plaza de la Catedral, de lo que damos fé, lo mismo que de haber sido firmada la presente por los Señores que arriba se espresan y otras personas notables.

“**Frai Roque Cocchia**, de la Orden de Capuchinos, Obispo de Orope, Delegado Apostólico de Santo Domingo,— Haití y Venezuela, Vicario Apostólico de Santo Domingo,—**P. Frai Bernardino d’ Emilia**, Capuchino, Secretario del Esclentísimo Delegado y Vicario Apostólico—. **Francisco X. Billini**.— **Eliseo J’andoli**, teniente Cura de Catedral—. **Marcos A. Cabral**, Ministro de Estado en los despachos de lo Interior y Policía—. **Felipe Dávila Fernández de Castro**, Ministro de Estado en los despachos de Relaciones Exteriores.— **Joaquín Montolio**, Ministro de Justicia e Instrucción Pública.— **M. A. Cáceres**, Ministro de Estado en los despachos de Hacienda y Comercio.— **Valentin Ramirez Báez**, Ministro de Guerra y Marina.— **Braulio Alvarez**, Gobernador de la Provincia.— **Pedro Ma. Gautier**, Secretario.— **Juan de la C. Alfonseca**, Presidente del Ayuntamiento.— Rejidores, **Félix Baez**— **Juan Bautista Paradas**— **Manuel Ma. Cabral B.** — **P. Mota**— **José M. Bonetti**— **Francisco Ungría Chala**, Comandante de Armas.— **Félix Mariano Lluveres**, Presidente de la Cámara Legislativa.— **Francisco Javier**



Machado, Diputado a la Cámara Legislativa.— El Cónsul de España, **José Manuel Echeverri**.— **Luigi Cambiaso**, R. Console de S. M. il Re d' Italia.— **Miguel Pou**, Dir Konsol des Deutscher Reiches.— **Paul Jones**, United States Consul.— **D. Coen**, British Vice-Consul.— **J. M. Leyba**, Cónsul Nerlandes.— **AlAubin Defougerais**, Vice Cónsul de France.— **Jesus Ma. Castillo**, Ingeniero Civil.— El Licenciado en medicina y cirugía, **M. A. Gómez**.— El Licenciado en medicina y cirugía, **J. J. Brenes**.— El Sacristan mayor, **Jesús Ma. Tronco**.— **A. Licairac**.— **M. M. Santamaría**.— **Domingo Rodríguez**.— **Manuel de Jesús García**.— **Enrique Peinado**.— **Federico Polanco**.— **Lugardis Olivo**.— **P. Mr. Consuegra**.— **Eugenio de Marchena**.— **Valentín Ramírez hijo**.— **F. Perdomo**.— **Joaquín Ramírez Morales**.— **Amable Damirón**.— **Jaime Ratto**.— **Pedro N. Polanco**, Notario público.— **Leonardo Delmonte** i **Aponte**, Notario público.— **Mariano Montolío**, Notario Público”.

IV

El acta que nosotros acabamos de leer con emoción quizá, pero con tranquila reflexión, fué redactada, firmada, leída y aclamada entre frenéticos transportes de alegría, aclamaciones de entusiasmo y vítores de gloria, que partiendo de la sacristía resonaban en las naves, se repetían en el atrio, repercutían en la plaza, y de eco en eco iban resonando en todos los rincones de la ciudad.

Los que tuvieron la suerte de encontrarse en la ciudad del Ozama en aquella noche, porque ya era de noche cuando el acto consignaba la propiedad de las reliquias de Colón por la República Dominicana, cuenta aún siendo extranjeros a grandes espectáculos históricos en los Estados Unidos de América y en los Estados de Europa, que era un espectáculo grandioso el que ofrecía la apática ciudad de las ruinas, agolpada a los contornos de su catedral o divagando ansiosa por las calles en espera de no se sabía qué fiesta, comentando a voz en grito el suceso portentoso, comunicándolo entre explosiones de entusiasmo a los que ya iban llegando de los campos circunvecinos o desahogando la emoción en vivas al muerto o aplaudiendo con frenesí los globos alegóricos que el patriotismo, el entusiasmo y el ingenio habían aprestado, o aplaudiendo los pasa-calles de la banda de música que llegaba, o el pelotón de tropa que pasaba o la insólita aparición de las baterías que indicaban algún suceso extraordinario como complemento del extraordinario acontecimiento de aquel día.

Dicen que, cuando resuelto en el interior de la Catedral que fuera llevada a la iglesia de Regina la urna bajo la cual se habían encerrado con todas las precauciones que agradecerá la Historia, los restos humanos que más hondamente han conmovido a un pueblo, y apareció en la puerta del templo la procesión triunfal que, entre repiques de todas las campanas de las iglesias y estallidos de triquitraques y cohetes y descargas de artillería y vibrantes sonoridades de la música militar, la muchedumbre que no siguió



procesionalmente el traslado de la urna, lo presenció desde los balcones y azoteas de las casas, iluminadas y engalanadas como en sus más grandes días, y derramando sobre la urna un diluvio de flores que acababan de alegrar aquella noche alegre como no lo fué ninguna.

Así recorrieron buena porción de la ciudad y entraron a ser guardados en el templo de Regina, los últimos restos del varón magnánimo que prefirió salir encadenado de aquella misma tierra que él había dado a la humanidad, antes que autorizar con solo un acto de defensa personal las calumnias que lo acusaban de proyectos ambiciosos.

V

Pero ¿efectivamente eran aquellos los restos de Colón?

Para los españoles que sostienen a España en Cuba y Puerto Rico, hacer la pregunta era dar una rotunda negativa.

Limpiando de insultos su argumentación, el argumento en mil formas repetido era el hecho de la exhumación de mil setecientos noventa y cinco.

El hecho y el acta histórica en que constaba el hecho, demostraba la imposibilidad del hallazgo.

Y sin embargo, una de las pruebas de la posibilidad del hallazgo de 1877 es el acta de exhumación de 1795.

He aquí esa acta en la parte que sirve a nuestro intento:

“En 20 de Diciembre de 1795 se abrió una bóveda que estaba sobre el presbiterio, al lado del Evangelio, pared principal y peana del Altar mayor, que tiene como una vara cúbica, y en ella se encontraron unas planchas como de tercia de largo, de plomo, indicante de haber habido caja de dicho metal, y pedazos de huesos de canillas y otras varias partes de algún difunto, que se recogieron en una salvilla y toda la tierra que con ellos había, que, por los fragmentos con que estaba mezclada se conocía ser despojos de aquel cadáver”.

Como se vé, el Escribano de la Real Audiencia, D. José F. Hidalgo, que redactó el acta, no da fé sino de polvo y huesos de **algún difunto**; de unas planchas de plomo, indicantes “de haber habido caja de dicho metal”; y de la tierra y fragmentos que se recogieron por hallarse mezclados con los despojos de **aquel cadáver**.

En las planchas de plomo no se dice que hubiera inscripción ninguna; en la cobertura de la bóveda no se dice que hubiera un epitafio; en la bóveda no se dice que hubiera indicio alguno de que aquellos fueron los restos de Colón.

Lo único que hacía probable para los exhumadores de 1795 la autenticidad de aquellos restos, fué lo mismo que en 1877 guió a los investigadores que en esta última fecha encontraron los verdaderos restos; la tradición constante,



más fresca en 1795 que en 1877, según la cual descansaban los despojos mortales de Colón al lado derecho del presbiterio, bajo el solio arzobispal.

Pero en 1877 se tenía presente un hecho que se había olvidado en 1795; el de que, en el presbiterio de la Catedral, había tres bóvedas sepulcrales y en ellas descansaban tres Colones.

El conocimiento de este hecho, junto con “la tradición de antiguos” que aseguraban que los restos verdaderos de Colón no habían salido de la Catedral promovió la esperanza de los directores de la obra de reparación del presbiterio. Al encontrarse con los restos de Don Luis Colón, registraron hacia el lugar en donde se sabía por tradición que habían registrado los exhumadores de 1795, y dieron con la bóveda vacía. Entonces, creyendo que efectivamente habían sido desenterrados los de Colón, pero que los de su hermano Don Bartolomé o los de Don Diego, el primogénito de Colón, debían descansar todavía en una bóveda hasta entonces no hallada, se pusieron a buscarla, y encontraron los verdaderos restos.

VI

¿Cómo pudieron equivocarse en 1795 los españoles, encontrando lo que no buscaban y cómo pudieron los dominicanos de 1877 tener la fortuna que tuvieron, hallando lo que habían perdido la esperanza de hallar?

Porque cuando, en 1795 el General de Marina Aristizábal, movido de generoso patriotismo, pidió al Capitán General de Santo Domingo, que le dejara trasladar a Cuba los restos de Colón, antes de que los franceses, en virtud del tratado de Basilea, ocuparan la colonia que España les había cedido, no había más dato positivo para conocer el lugar de descanso del Descubridor, que el suministrado doce años antes por tres dignidades eclesiásticas de la Catedral.

Eran el Deán, D. José Núñez de Cáceres; el Chantre D. Manuel Sánchez, y el Maestrescuela D. Pedro de Gálvez, a quienes, en 1783, y por complacer los deseos de un naturalista y publicista francés de aquella época, Moreau de Saint Méry, el entonces Capitán General Don Isidoro Peralta, había rogado en 1783 que informaran acerca de ese punto.

Los tres Canónigos certificaron por escrito, que “habiendo sido derribado el santuario de esta Santa Iglesia Catedral Metropolitana, en 30 de Enero último, para construirlo de nuevo, se ha encontrado del lado de la tribuna en donde se canta el Evangelio, y cerca de la puerta por donde se sube a la escalera de la Sala Capitular, un cofre de piedra, hueco, de forma cúbica y de cerca de una vara de alto, en el cual se halla como urna de plomo, un poco añada, que contenía varios huesos humanos. Hace algunos años que por una causa igual, lo que certifico, se encontró del lado de la Epístola otra caja de piedra semejante; y según la tradición comunicada por los viejos de país, y un capítulo del Sínodo de esta Santa Iglesia Catedral, la caja del lado del Evangelio se considera que



contiene los huesos del Almirante Don Cristóbal Colón, y la del lado de la Epístola los de su hermano, sin que se haya podido verificar si son los de su hermano Don Bartolomé o los de Don Diego Colón, hijo del Almirante”.

Como los indicios parecían inequívocos, los exhumadores de 1795 buscaron del lado del Evangelio, y encontraron los restos que se llevaron a Cuba.

Los exhumadores de 1877, guiándose por los mismos indicios, dieron con el mismo “cofre de piedra hueco de forma cúbica”, y lo hallaron vacío, puesto que lo habían vaciado a fines del siglo pasado. Pero como ellos sabían lo que los otros habían ignorado, buscando otro Colón, encontraron al inmortal.

Pero ¿cómo fué que los Canónigos certificantes no vieron más bóveda que esa, siendo así que se estaba derribando el presbiterio para construirlo de nuevo? Simple y sencillamente porque no hubo tal derribamiento, como lo prueba el hecho atestiguado por el Deán, cuyo es el certificado que copiamos, de que “hace años, por una causa igual”, se dió con la sepultura del que se creyó Don Bartolomé Colón, el hermano o Don Diego, el hijo del Descubridor.

Si fué **causa igual** la que años antes de 1783, en que certificaba Núñez de Cáceres, hizo descubrir la bóveda del lado de la Epístola, ni entonces ni en 1783 se derribó el presbiterio, pues entonces se hubieran descubierto también las tres bóvedas, y solo se descubrió una, y en 1783 se hubiera vuelto a ver la del lado de la Epístola y solo se vió la del lado del Evangelio. Lo que parece que hubo en ambas fechas fué una reparación parcial del pavimento del presbiterio, y nada más.

VII

Ahora bien, el presbiterio de la Catedral de Santo Domingo no ha sido siempre el mismo. Ha habido tres; uno, el primero, que ocupaba aproximadamente la mitad de la Capilla Mayor, cuando la Iglesia no era todavía metropolitana, y que fué el puesto en uso desde 1540, año en que se terminó la iglesia; el segundo, que Cocchia, Tejera y otros, en sus respectivos estudios de este asunto, creen construído en el siglo XVIII y que nosotros creemos que fué prolongado en 1549, fecha en la cual se erigió en Iglesia Metropolitana la Primada de las Indias, y en la que su primer Arzobispo, Don Alonso de Fuenmayor, ocupó el solio arzobispal. El tercer presbiterio, no ya prolongado, sino efectivamente construído, puesto que ha tomado toda la Capilla Mayor y una parte de la nave central del templo, fué el que en 1877 dió ocasión a la justicia histórica que presenta los restos de Colón en el suelo de la tierra que tanto amó y en donde quiso que sus restos reposaran.

VIII

Es necesario saber a punto fijo cómo eran los dos primeros presbiterios y cómo es el último, para acabar de comprender la imposibilidad en que se

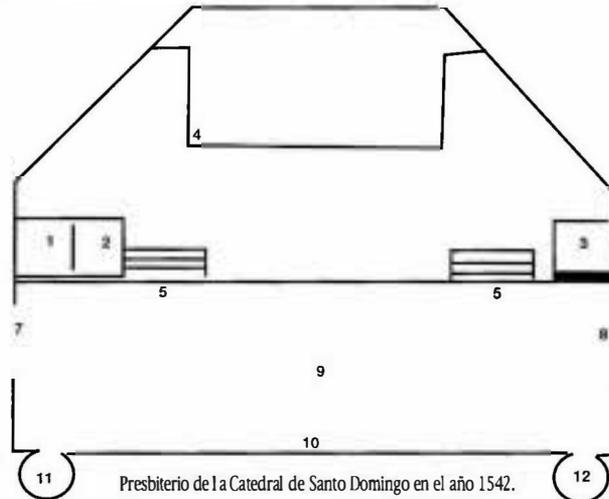


estuvo de averiguar el lugar preciso de la cripta descubierta en 1877, en tanto que se ignoró la existencia de tres sepulturas para tres Colones.

Vamos a ponerlos a la vista del lector; pero antes y para que se sepa de qué modo se ha podido hacer fidedignos los planos de los dos primitivos presbiterios, se dirá que el sustituido con el actual era el que existía en 1795: por tanto, ese, ya lo construyeran en el siglo XVIII, ya en el mismo siglo XVI, es el segundo. Ese segundo presbiterio fué fabricado sobre el primero, de modo que cubrió el pavimento, las bóvedas y las escalerillas que, a izquierda y derecha, conducían desde la nave central del templo a la capilla mayor. Así, cuando, al construir el tercer presbiterio de 1877, que se quiso fuera el mismo del principio, pero más extenso, hubo que destruir el segundo y quedó a la vista el primero con sus dos escalerillas, con el realce en donde terminaba, y con tres bóvedas, dos a la derecha y una a la izquierda.

IX

El primer presbiterio es, como se vé en el plano:



- | | |
|--|--|
| 1. Bóveda de D. Cristóbal Colón. | 7. Parte de la Capilla Mayor no ocupada por el Presbiterio |
| 2. Bóveda abierta por los españoles en 1795. | 8. Puerta que conducía a la Sacristía. |
| *3. Bóveda de D. Luis Colón. | 9. Puerta que llevaba a la Sala Capitular. |
| 4. Angulo de la peana del Altar Mayor. | 10. Término de la Capilla Mayor. |
| 5-5 Escaleritas para subir al Presbiterio. | 11. Tribuna del Evangelio. |
| 6. Pared remate del Presbiterio; tiene de 82 a 83 centímetros de alto sobre el piso del resto de la Capilla Mayor. | 12. Tribuna de la Epístola. |

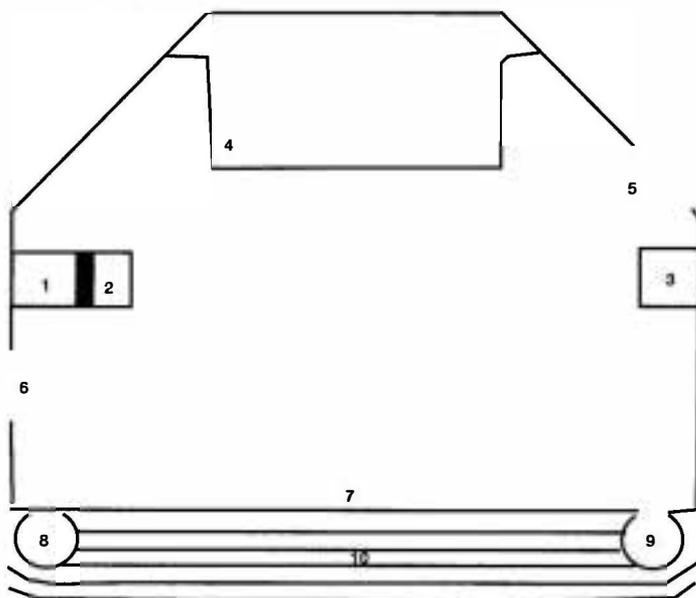
*Lugar donde después se hizo la bóveda de Don Luis Colón.

(Este grabado, así como los demás que figuran en este libro, han sido tomados de la obra de D. Emiliano Tejera, *Los restos de Colón en Santo Domingo*, S. D., Imp. García, 1928. Edición preparada por el Lic. C. Armando Rodríguez).



un pentágono dividido en dos partes desiguales por una recta que corre en el sentido de la base. Esa recta, No. 6, es el realce del piso de la capilla mayor en donde efectivamente empieza el presbiterio de 1540. Los Nos. 5 son las dos escalerillas que dan acceso a él. Los Nos. 1, 2, 3, las tres criptas; No. 1, la que contenía los restos de Colón, los hallados en 1877; No. 2, la depositaria de los restos de Don Diego, exhumados en 1795; No. 3, la que contenía los restos de Don Luis, descubiertos en 20 de Mayo de 1877. El No. 4 es el ángulo de la peana del altar mayor.

En el recinto exterior de ese presbiterio, y en la parte restante de la Capilla Mayor, No. 7, hay dos vacíos laterales; el señalado con el No. 8 es la puerta que se destapó y cuyos escombros hicieron descubrir la sepultura del tercer



Presbiterio de la Catedral en 1795. Proporción: 1 centímetro = 1 metro

- | | |
|--|---|
| 1. Bóveda de D. Cristóbal Colón. | 6. Puerta que llevaba a la Sala Capitular. |
| 2. Bóveda abierta por los españoles en 1795. | 7. Término de la Capilla Mayor. |
| 3. Bóveda de D. Luis Colón. | 8. Tribuna del Evangelio. |
| 4. Angulo de la peana del Altar Mayor. | 9. Tribuna de la Epístola. |
| 5. Puerta que conducía a la Sacristía. | 10. Escalera del Presbiterio. —Los escalones tenían 22 centímetros de alto i 31'5 de ancho. |

Almirante; el vacío No. 9 es la puerta que en 1540 llevaba a la Sala Capitular. En el No. 10 termina la Capilla Mayor. Los Nos. 11 y 12, los lugares de las tribunas; la del Evangelio, el 11; la de la Epístola el 12.



X

Para construir el segundo presbiterio, se levantó el suelo del primero cubriéndolo por completo, de modo que desaparecían de la vista las criptas, expresamente señaladas en el plano con el objeto de que se vea la posición que ocupaban, y cómo, no teniéndolas a la vista y no guardándose por otro indicio que el dado por los Canónigos de 1783, era posible que se descubriera la de Don Diego, y nó la de su padre, separada de la otra por una pared indicada en el plano.

Este segundo presbiterio que insistimos en creer fué construído en 1549, o poco después, por ser natural que el nuevo destino de la Iglesia requiriera mayor extensión en el lugar destinado a las funciones arzobispales, solo se distingue del anterior en cuanto a su apariencia exterior, en su mayor extensión; en el No. 5, que es ahora la puerta de la sacristía, y en el No. 10, que es la escalera del presbiterio, requerida ahora por elevarse éste sobre el piso del templo que antes tenía a su mismo nivel el piso de la Capilla Mayor.

Antes, la Capilla Mayor estaba dividida en dos partes; la ocupada por el presbiterio, y el recinto restante; ahora, en este segundo presbiterio, él y la Capilla Mayor son el mismo espacio.

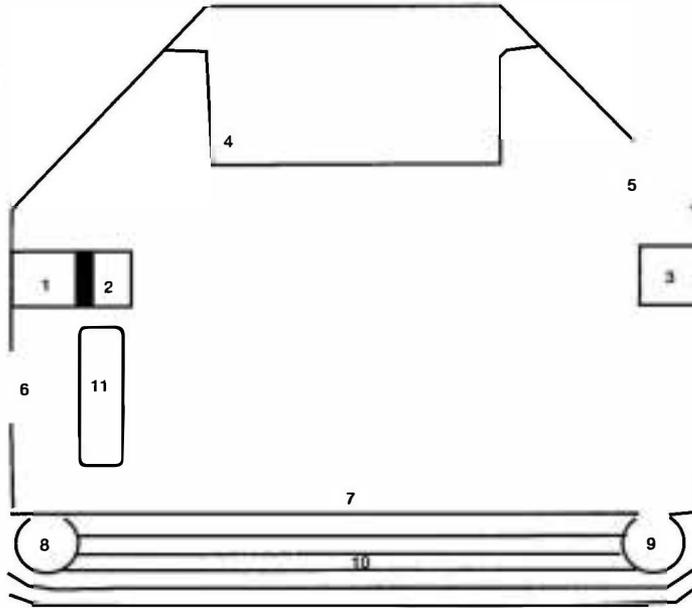
Los cambios operados para construir sobre el presbiterio de 1540 el que duró hasta 1795 y 1877 son de suma importancia para la explicación de los hechos a que han dado origen.

En primer lugar, hicieron desaparecer el pavimento primitivo que ofrecía a la vista las bóvedas sepulcrales de los tres Colones, y esto contribuyó a hacer olvidar el número de sepulturas y de sepultados; en segundo lugar, concretó a un solo punto, el lugar del solio arzobispal, el recuerdo de la tradición; en tercer lugar, y con el cambio de la puerta de comunicación con la sacristía, extravió la memoria de la ubicación de la cripta de Don Luis, de modo que su casual descubrimiento en el siglo XVIII, doce años antes del de la cripta que se creyó de Colón, fué una sorpresa para los Canónigos de 1783, que no solo no sabían que era la del tercero y último Almirante de las Indias, sino que vacilantemente la indicaban como de Don Bartolomé, el hermano, o de Don Diego, el hijo del Descubridor.

XI

El último presbiterio; el actual; el construído en 1877 en hora feliz para la justicia histórica; el llamado a convertir en obra de reparación moral la obra de reparación material, acariciada y llevada a cabo por el buen Presbítero Billini, que con el título de **Presbítero**, que él prefería al de **Canónigo**, será conocido en la historia de su patria, es el representado en este plano:





Presbiterio de la Catedral en Sbre. de 1877.

Proporción: 1 centímetro = 1 metro.

- | | |
|--|--|
| 1. Bóveda de D. Cristóbal Colón. | 7. Término de la Capilla Mayor. |
| 2. Bóveda abierta por los españoles en 1795. | 8. Tribuna del Evangelio. |
| 3. Bóveda de D. Luis Colón. | 9. Tribuna de la Epístola. |
| 4. Angulo de la peana del Altar Mayor. | 10. Escalera del Presbiterio. —Los escalones tenían 22 centímetros de alto i 31'5 de ancho. |
| 5. Puerta que conducía a la Sacristía. | 11. Sepultura de D. Juan Sánchez Ramírez. En este mismo lugar estuvo enterrado D. Isidoro Peralta. |
| 6. Puerta que llevaba a la Sala Capitular | |

Este presbiterio ha extendido hasta fuera de la Capilla Mayor el lugar de los oficios en que interviene el Arzobispo.

Se diferencia del anterior, en la extensión y en el polígono cuadrangular que, a la izquierda, aparece delante del No. 6, puerta de comunicación a la Sala Capitular, y debajo de los No. 1, cripta de Colón, descubierta en 1877, y No. 2, cripta de Don Diego, descubierta y vaciada en 1795 por los españoles.

El nivel es el mismo del presbiterio primitivo de 1540: por lo tanto, es más bajo que el de 1549, 1795 y 1877, antes de la reparación, por lo tanto, deja a la vista lo que ocultaba el anterior.

La extensión es mayor, puesto que el presbiterio de 1549, el segundo, que otros creen construido en el siglo XVIII, y que es improbable que se construyera tan tarde, porque entonces no se hubiera ignorado tan absolutamente la



ubicación y el número de criptas, solo llegaba hasta el remate de la Capilla Mayor, y el nuevo presbiterio toma una parte de la nave central del templo.

El polígono cuadrangular es una sepultura propiamente tal. En ella descansó el cadáver de Don Isidoro Peralta, Capitán General de la Colonia hasta Septiembre de 1786 en que murió; y en ella vino a substituirlo el cuerpo de Don Juan Sánchez Ramírez, el dominicano que se levantó contra la dominación de los franceses y le puso término.

Importa tener presente la colocación de esa sepultura, fuera del recinto del presbiterio viejo, exclusivamente ocupado por los Colones, según la cédula otorgada de 1540. Importa tenerlo presente, porque uno de los argumentos baldíos, pero tenaces, con que se ha intentado objetar la autenticidad del descubrimiento de 10 de Septiembre de 1877, es el de que el presbiterio era un como osario, afirmación terminantemente desmentida por el hecho de no haberse encontrado en el emplazamiento del presbiterio primitivo otras bóvedas sepulcrales que las de Don Cristóbal, primer Almirante; Don Diego, segundo Almirante, y Don Luis, último Almirante de las Indias. Importa también, porque el hecho de no haber tampoco inscripción o epitafio alguno en esta sepultura, arguye verdad en favor de la suposición de la Academia de la Historia, en Madrid, que al hacer suyo el Informe de su honorable miembro el Señor Colmeiro, ha adoptado la ingeniosa suposición de éste para explicar la falta de inscripciones en las bóvedas de los Colones. Arguyendo con la historia de los siglos XVI y XVII en las Antillas, el Señor Colmeiro dice con razón que el estado de inseguridad de aquellas Islas, especialmente la de Santo Domingo, a consecuencia de las invasiones de los filibusteros de la Isla Tortuga, pudo dictar la prudente orden de borrar epitafios e inscripciones que hubieran podido producir la profanación de las tumbas.

Esta inducción del Académico de la Historia española se ha confirmado con la exhibición de un mandato escrito del Arzobispo de la Primada en 1655, en vísperas de la invasión no ya de los filibusteros de la Tortuga, sino de la escuadra inglesa comandada por el Almirante Venables. El Arzobispo pío, temeroso de que los ingleses pusieran a saco la ciudad y penetraran en la Catedral, manda que se quite de las bóvedas en que reposan los restos de los Colones los indicios que hubieran podido darlas a conocer.

Este prudente deseo de ocultar por prudencia y reverencia el lugar de sepultación de los Colones, pudo convertirse en costumbre de la Iglesia para aquellas sepulturas que ocuparan el presbiterio, y que solo eran la mencionada de Sánchez Ramírez, antes de Don Isidoro Peralta, y la de un niño.

Estas dos sepulturas estaban en la parte agregada en 1549 al presbiterio viejo, no en el antiguo, cuyo recinto no fué nunca ocupado más que por los restos de los Colones, pues que la sepultura del Obispo Geraldino, que ocupó el presbiterio viejo antes de la llegada de los restos de Cristóbal Colón y de su hijo mayor, fué retirada de allí por expresa exigencia de Don Luis.



Este último hecho y el de la sepultación de dos Jefes de la Colonia (porque el vencedor dominicano de los franceses fué hecho Gobernador y Capitán General de Santo Domingo) en el presbiterio, pero fuera del recinto ocupado por los Colones, patentiza que se hizo siempre efectivo el privilegio otorgado por Carlos V al Almirante viejo y a su descendencia.

XII

En vista de todos estos hechos era imposible dudar de la autenticidad de los restos descubiertos en 1877.

Por una parte, los antecedentes demostraban la probabilidad del error cometido en 1795 al exhumar como restos del primer Almirante los del segundo.

Por otra parte, la caja de plomo en que indudablemente estuvieron, según el acta de 1795, los restos llevados a la Habana, se halló reducida a unas planchas de plomo que o no contenían inscripción alguna, o, lo que es más probable, no se tuvo la cautela de descifrar.

En cambio, la caja en que se hallaron, y aún están, los restos hallados en 1877, es una caja de plomo bien conservada, pero tosca, vieja, con todos los indicios de una larga mansión en lugar no húmedo, pero sí de aire capaz de producir el sub-óxido de plomo, influencia a la vez destructora y conservadora de ese metal. La influencia conservadora se muestra en el estado perfecto de la caja; la destructora, en la sustitución del color plomizo por el indefinible del sub-óxido.

Cerrada, la caja ofrece a la vista estos caracteres en la tapa: **D. de la A. Per. Ate.** Al costado izquierdo tiene una **C.** En el lado del frente tiene otra **C.** En el costado de la derecha una **A.**

La interpretación de la inscripción de la tapa y de las letras de los costados, es obvia, y ha sido unánime: cualquiera lee lo que dice: Descubridor de la América. Primer Almirante.

La letra **C.**, del costado izquierdo, Cristóbal; la **C.**, del frente, Colón; la **A.**, del costado derecho, Almirante. A muchos ha ocurrido, entre los que han objetado la autenticidad, discutirlo todo; pero a nadie ha ocurrido que una de las pruebas terminantes de la autenticidad de la caja, y por consecuencia, de los restos contenidos en ella es esa **A.**

Almirante fué el título más preciado de Colón. Dos veces, por no ceder, estuvo a punto de abandonar sus gestiones en España, y una vez las abandonó en Portugal. Cuando hubo triunfado de todos los obstáculos, su título de Almirante era el único que le halagaba, de que hacía complaciente ostentación por el que se hacía llamar, y el que en su testamento imponía como deber tan perentorio a su descendencia, que mandaba a su primer heredero y a los que después de él usufructuaran su nombre y su gloria que se firmaran **El Almirante.**



Esto que hoy es familiar a cuantos se interesan por la gloria justísima del gran mártir de la ingratitud humana, fué siendo menos familiar a las gentes, a medida que se alejaban del hombre y de sus hechos. Por lo tanto, es improbable, ya que imposible no sea, que se apelara a la designación del título preciado de Colón, y a la inicial del título, para designar y confirmar cuyos eran los despojos mortales contenidos en la caja de plomo, si no es tiempo muy próximo a su traslación de Valladolid a Sevilla, y por persona para quien el título y la inicial del título tuvieran el valor comprobatorio que había de tener para los que, en la posteridad, pudieran, conociendo la vida de Colón, saber hasta qué punto era valedera y fidedigna esa prueba de autenticidad.

XIII

Cuando se abre la caja que contiene los restos auténticos, aparece en el interior de la tapa otra inscripción: **Illtre, y Esdo. Varón Dn. Cristóval Colon.**

Era tan difícil negar la autenticidad de restos tan precisamente designados, que se apeló a argucias. Entre otras, el carácter de letra de esta última inscripción dió aún más vado a la duda interesada que el de la otra: el de la primera inscripción, es, dicen, demasiado moderno; el de la segunda es una letra gótica no bastante antigua. Y sin embargo, es un gótico alemán que lo mismo puede ser del siglo XVII, como piensa Belgrano, el Secretario de la Sociedad ligure de Historia patria, en Génova, y cuantos creen que las inscripciones fueron hechas en 1655 para salvar de olvido y confusión los restos que se intentaba salvar de la invasión inglesa, como del siglo XV y XVI, según cree aquí mismo un Profesor alemán dedicado al estudio de la paleología.

Tres profesores famosos de paleografía en Italia, Andrés Gloria, César Paoli e Isidoro Cariñi han atestiguado por escrito, en el mismo tiempo, el primero desde Padua, el segundo desde Florencia, el tercero desde Palermo, que las inscripciones son del siglo XVII.

Dando a estos ilustres peritos en la materia la preferencia en la decisión, aunque el argumento antes aducido respecto a la significación histórica de la palabra **Almirante** en la inscripción nos induce a tenerla por más antigua, resulta que la inscripción es del siglo XVII.

¿Ya había en el siglo XVII quien quisiera usurpar a España la gloria de poseer los restos de Colón?

XIV

Este largo artículo que violenta el carácter de su asunto porque ha intentado encerrar en columnas de papel periódico lo que solo cabe en las de un libro, sería todavía más largo de lo que va ya siendo, si tomara en cuenta las objeciones opuestas a la autenticidad de los restos de Colón que casualmente se hallaron



en la tarde del 10 de Septiembre de 1877 en el lado derecho del presbiterio de la Catedral de Santo Domingo.

Por lo demás, no hay una sola de esas objeciones que tenga en sí misma un valor histórico o siquiera demostrativo o meramente discursivo, con fuerza bastante para hacer dudar un solo instante a los que con nuestros propios ojos hemos visto la Catedral de Santo Domingo, el presbiterio, las bóvedas, la caja de plomo, los restos venerandos.

XV

Pero aún podría haber tenido algún valor la duda, si un hecho extraordinario feliz para los que estamos del lado de la verdad, no hubiera venido a matar todas las dudas.

Aunque no se puede negar que los dominicanos que hicieron el hallazgo lo revistieron de toda la formalidad que convenía a la solemnidad histórica de aquel grandísimo momento, no se debe negar tampoco que anduvieron tan precipitados como suele andar el entusiasmo en nuestra raza y educación latinas.

No registraron bastante, y no encontraron la última prueba de autenticidad, pero esta vez, como otras mil, la buena fé quedó a salvo por su misma confianza en sí propia.

Hecha el acta del 10, precitada, sellada por sendos sellos, cerrada y llevada a la Iglesia de Regina, la urna de los restos quedó en poder y bajo la fiel custodia del presbitero Billini, hasta que en 2 de Enero de 1888, cediendo el Gobierno dominicano a solicitudes del Gobierno español hechas por su Cónsul en Santo Domingo, convocó a una reunión de autoridades civiles, políticas, militares y eclesiásticas, para, en unión del Cónsul español y del Cuerpo Consular, se procediera a abrir la urna en donde se había encerrado la caja, y la caja de plomo que contenía y contiene los restos de Colón.

En el nuevo examen que se hizo, uno de los médicos que rebuscaba en el fondo de la caja para sacar fragmentos de huesos, dió con una planchita o lámina de plata que, por su anverso, tenía esta inscripción: Ua. Pte. de los rtos. del pmer. Alte. D. Cristoval Colon Des. En el reverso se leía y se lee: Ua. p Cristoval Colon.

Ua. pte. de los rtos.
 O del pmer. Alte. D. Cristoval Colon Des.



Traducción de la primera, que es la escritura que necesita traducción: Última parte de los restos del primer Almirante D. Cristóbal Colón.

¿Se habrá puesto allí la plancha de plata para consumir lo que los españoles no han titubeado en llamar **superchería**?

XVI

Como a las pasiones se las amansa, pero no se les hace la injusticia de discutir las, no se discutirá aquí la vehemente pasión que ha dominado a los sostenedores de la autenticidad de los restos que están en la Habana. Pero se reconocerá que si los medios que emplean son malos, porque toda guerra a la verdad es guerra a la razón humana, el propósito es honroso. Se proponen de ese modo manifestar el valor que para España tiene la posesión de los restos de Colón, y el dolor nacional que ha empezado a ver la probabilidad de que los verdaderos restos del taumaturgo genovés son los descubiertos en la Capital de la República Dominicana.

XVII

Esta es la opinión, no decisiva en todos, pero muy tranquila, imparcial y honradamente manifestada por cuantos se han ocupado de este asunto.

Se ocupó de él Harisse, el erudito norteamericano, noble émulo de su gran compatriota Washington Irving, en el estudio de las antigüedades americanas y de la vida de Colón, y ya, desde 1878 declaraba en **Los restos de Cristóbal Colón**: “No hay prueba plena, hasta ahora, de que los restos recogidos en 1795 en Santo Domingo, y colocados al año siguiente en la Catedral de la Habana, sean verdaderamente los de Cristóbal Colón. Se indicó a Don Gabriel de Aristizábal, D. Joaquín García y al Arzobispo, una bóveda anónima, de la cual extrajeron fragmentos sin señales, y que ningún indicio auténtico, ninguna prueba documental permitía indentificar de una manera incontestable. Al parecer, únicamente fueron guiados por una tradición y por ciertas afirmaciones que no tuvieron tiempo de comprobar. Esto no es bastante. No es, pues, imposible que los restos exhumados en 1795 y transportados a la Habana sean los de Don Diego, el segundo Almirante, como empiezan a sostener ciertos papeles dominicanos”.

A consecuencia de las gestiones hechas por el Cónsul de Italia en Santo Domingo, Don Luis Cambiaso, en un viaje hecho a su patria, consiguió que la sociedad ligure de Historia patria, residente en Génova, se ocupara seriamente de este apunte. La Sociedad encargó a su Secretario, L. T Belgrano, que estudiara los antecedentes, documentos y pruebas que se había puesto a disposición de la sociedad, y el mencionado Secretario leyó en 21 de Julio de 1878 ante sus consocios un informe muy concienzudo, y para algunas de cuyas afirmaciones había solicitado expresamente y obtenido la ayuda de eruditos especialistas.



Este informe contiene la sobria declaración siguiente:

“En el estado presente de los conocimientos se han de tener como verdaderos huesos de Cristóbal Colón, los que fueron descubiertos en la Catedral de Santo Domingo el 10 de Septiembre de 1877; nó los otros que fueron trasladados a la Habana en Diciembre de 1795. No es necesario ningún esfuerzo del entendimiento y del ingenio para convencerse de la realidad de los hechos como vienen referidos. No ha habido dolo de parte de los dominicanos, ni tampoco los españoles fueron conscientemente víctimas de ninguna sorpresa: sufrieron una equivocación, y nada más”.

La Sociedad de Historia patria de Génova, poseída de la verdad demostrada en el Informe de su Secretario, asintió unánimemente del Profesor Juan Bautista Brignardello, quien “observó” (dice el acta) “que para que el Informe pueda tener toda la autoridad que en este caso se desearía atribuirle, y sea verdaderamente considerado como la expresión del juicio que este Instituto se ha formado relativamente al descubrimiento de que se trata, debe obtenerse la sanción de la asamblea; y al efecto, deseo de ella formal proposición”.

“El Presidente interrogó a la Sociedad si era de parecer que el informe del caballero Belgrano debería aprobarse en el sentido enunciado y la Asamblea se pronunció por unanimidad en sentido favorable, absteniéndose de votar el Informante”.

“El Señor Francisco Potestá propuso que fuese publicado en las **Actas** de la Sociedad el Informe. Puesta a votación la moción, fué también aprobada por unanimidad, absteniéndose el caballero Belgrano”.

No teniendo a la mano otras declaraciones colectivas de que tengo noticias, me abstengo de mencionarlas de memoria.

Pero hay una declaración en favor de la autenticidad de los restos de 1877 que se acaba de poner en mis manos y que, por la resonancia que parece está teniendo en Europa y en América el libro que la contiene, así como por descansar la declaración en un examen personal de los restos y de los lugares que se han de tener para poder tener la evidencia de todos los que los hemos visto, pesa mucho.

El libro es: América, historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los modernos, por Rodolfo Cronau. Obra dedicada a solemnizar el cuarto centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón.

El libro que se me ha proporcionado es una traducción castellana, hecha y publicada este mismo año en Barcelona, España.

Al terminar, consagra un capítulo entero a **los restos de Colón**, en el cual, ilustra con excelentes grabados la materia del Capítulo, expone rigurosamente, discute con imparcialidad y emite concienzudamente su opinión.



He aquí los términos en que la emite:

“Una opinión concluyente y concreta acerca de este problema, que puso otras muchas plumas en movimiento, no ha sido tomada aún al presente, a causa sin duda de que los problemáticos restos que se guardan en Santo Domingo están a bastante distancia de las grandes vías de comunicación del mundo, y no han sido hasta ahora reconocidos por nadie que fuera completamente imparcial”.

“Cuando el autor de este libro emprendió su viaje, en el otoño de 1890, al través de las Indias Occidentales y América Central, para recoger en aquellos lugares material para los grabados de la presente obra, había incluido en su programa el punto referente a la investigación de este problema. Gracias a mis cartas de recomendación del Gobierno alemán, pude obtener permiso para ver los restos y reconocerlos minuciosamente. Este reconocimiento tuvo lugar el Domingo 11 de Enero de 1891 por la mañana, en la Catedral de Santo Domingo, en presencia de la comunidad” (querrá decir el clero)⁵ “y empleados del Ministerio de lo Interior de la República de Santo Domingo, así como de los diferentes cónsules representantes de las naciones extranjeras. También estaba presente Emiliano Tejera, autor de algunas de las obras mencionadas anteriormente”.

“Mis apreciaciones son las siguientes: Las dos pequeñas cámaras sepulcrales cuya situación se ve en el plano, así como el grabado que representa el santuario, ocupa todo el espacio que media entre la escalera C. y el muro, y solo están separadas una de otra por la pared de diez y seis centímetros de espesor de que ya hemos hablado. Ambas criptas están revestidas de una especie de argamasa cementosa y su interior puede verse perfectamente desde arriba, pues están situadas al propósito para ello. Los dos departamentos, bastantes pequeños, están vacíos, puesto que el contenido de la cripta. No. 2 se halla en la Habana, mientras que el ataud de plomo encontrado en la cripta No. 1 se halla muy bien guardado en un aposento que está detrás de la primera de las capillas laterales, a mano izquierda, de la Catedral. La puerta de este aposento se abre con tres diferentes llaves, una de las cuales se halla en poder del Arzobispo, y las otras dos las guarda el Gobierno. Siguiendo las órdenes establecidas, solo puede entrarse en este aposento en compañía de un empleado de la Iglesia y dos del Ministerio. Raras veces se consiente la entrada en él, y sobre cada visita que se hace, se firma un protocolo”.

“En medio de la habitación hay un arca bastante grande, que se abre también por medio de diferentes llaves, y que guarda el discutido ataud de plomo. Este está a su vez dentro de otro de cristal, sujeto por gruesos travezaños de madera y adornados con asas de plata. Para abrirlo son necesarias también tres llaves. Para impedir que pudiera abrirse, en cuanto depositaron los restos en él, rodeándole bastantes veces con una ancha cinta de seda blanca, y

5. El Clero nó; el Ayuntamiento, cuyos concejales estaban presentes.



selláronla después con los sellos del gobierno de Santo Domingo, de la iglesia y de los consulados de España, Italia, Alemania, Inglaterra, Francia, Holanda y la Unión”.

“Desde que se depositaron los restos no había vuelto a tener lugar otra apertura, por lo cual, tanto estos como el féretro, se hallaban en el mismo estado que cuando fueron encontrados”.

“Después que en el mencionado 11 de Enero de 1891, y en presencia de los citados testigos, se abrió la puerta del aposento, así como el arca, sacaron de ésta el ataud de cristal con su contenido, depositándolo en la nave lateral de la Catedral sobre una mesa cubierta de paño de brocado de oro de modo que pudiera facilitarse la vista de los restos”.

Después de describir minuciosamente lo que ya hemos descrito nosotros, termina el autor con estos dos párrafos que copiamos literalmente con el objeto principal de tomar nota del asentimiento del autor a la creencia de cuantos hemos visto los verdaderos restos de Colón y para consignar con él la delicada reverencia de los dominicanos con los preciosos despojos que posee. Las palabras que mencionan la enternecedora delicadeza de los dominicanos, las subrayamos:

“Cuando terminé el reconocimiento del ataud y de los restos, que duró cerca de tres horas, pusieron las cenizas que había en la vasija de cristal en una cajita de plata guarnecida de oro, metiéndola también en el ataud. Después que éste fué guardado en el de cristal se cerró cuidadosamente, atándolo con una cinta encarnada, blanca y azul, que son los colores nacionales de la República de Santo Domingo, sellándola después con los sellos del Gobierno, de la iglesia y de los diferentes consulados. Terminado esto leyó el notario que estaba presente, el acta que había levantado, guardándose otra vez el ataud en su aposento, hecho lo cual se dispersaron los que presenciaron este memorable acto”.

“Tanto el autor de esta como los testigos, fuéronse con el convencimiento de que los respetables restos del gran descubridor reposan, ahora como antes, en la Catedral de Santo Domingo.

Reposan para bien de la triste república antillana.

Quando un pueblo, fuerte ó débil, oscuro o preclaro, modesto o deslumbrante, tiene la suerte de servir para una reparación de la justicia, y muestra el sentimiento de la dignidad del fin para que sirve, es muy probable que, a medida que vaya identificándose con el bien cuyo medio e instrumento está siendo, irá enaltecándose a sus propios ojos y esforzándose por ser cada día más digno del interés histórico y de la simpatía coetánea que inspirará a cuantos sean capaces de amar la justicia.

Ese enaltecimiento del pobre pueblo quisqueyano resultará al fin y al cabo, de la dignidad que revista ya a los ojos de la Historia el guardián de los restos de uno de los hombres que pueden llamarse Santos de la Humanidad.



INDICE DE NOMBRES

A

Abad 271
Adolfo 31, 42
Adolfo José 38
Agassiz 114
Agramonte 75
Aguar, Mercedes Laura 26
Aguilera 34, 35, 75
Alba, Duque de 271
Alcibiades 69
Alejandro 70
Alfonseca 253, 298
Alfonseca, Juan de la C. 296
Alfonso V 86
Alvarez Pina, Virgilio 25
Alvarez, Braulio 296, 298
Ana Josefa Joaquina 30
Anacaona 49
Andoly, Eliseo J. 295
Andújar 136
Angulo 303
Aníbal 70
Arana, Diego de 245
Aranda, Catalina 30
Aristizábal, Gabriel de 311
Aristófanos 147
Aristóteles 69, 70, 87, 89, 162
Armas, Josefa de 30
Artigas 287
Arvelo 167, 253
Atila 70
Augusto 197
Ayala, Belinda Otilia de 36

Ayala, Carlos Filipo 44
Ayala, Filipo Carlos de 36
Aybar Delgado, Luis E. 26
Aybar, Luis Emilio 26
Ayuso, Felix 222
Ayuso-Demorizi 222

B

Báez, Buenaventura 283
Baez, Félix 296
Baldorioty de Castro 253
Balmaceda, José Ml. 39
Bautista Brignardello, Juan 312
Bautista Paradas, Juan 296, 298
Bayoán 37
Bayoán y Adolfo 39
Berlani, Ana 255
Betances, Ramón Emeterio 34
Billini 136, 251, 253, 290, 291, 292,
293, 295, 297, 298, 305, 310
Billini, F. X. 38
Billini, Francisco Javier 296
Billini, Presbítero 251, 289
Blanco, Enrique T. 29
Blanco, María 31
Bobadilla, Tomás 290
Bolívar 248, 287
Bonetti, José M. 298
Bonetti, José María 296
Bonilla y Cintrón, Hilaria de 31, 32
Bonilla, Caridad de 31
Bonilla, Francisco Javier de 31
Brea Vda. Marchena, Ana Zulema 27



Brenes, J. J. 299
 Brenes, José de Jesus 296, 298
 Bry 83, 85
 Budha 194

C

Cabral, Manuel Ma. 298
 Cabral, Manuel María 296
 Cabral, Marcos A. 295, 298
 Cáceres, M. A. 298
 Cáceres, Manuel A. 296
 Cambiaso 293
 Cambiaso, Luis 293, 296, 297, 311
 Cambiasso, Luis 290
 Campoamor 218
 Capriolo 83, 84, 85
 Cariñi, Isidoro 309
 Carlos 31
 Carlos V 308
 Carreño 257
 Carreras, Eduardo 123
 Caso, Antonio 38, 155
 Castellanos 59
 Castillo y Aranda, María Josefa del
 30
 Castillo, Jesús Ma. 293, 294, 296,
 299
 Castillo, José del 30
 Castro 57
 Céspedes 75, 287
 Cheops 69
 Cincinato 285
 Cintrón, Antonia 31
 Ciro 69
 Cocchia 302
 Cocchia, Frai Roque 295, 298
 Coen, David 296
 Coiscou, Barón 38
 Coiscou, Pedro Barón 25
 Coiscou, Rodolfo 43
 Coiscou, Rodolfo 193
 Colmeiro 307
 Colón 37, 39, 47, 49, 63, 72, 79, 80,
 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89,

90, 91, 92, 93, 170, 220, 222,
 241, 242, 243, 244, 245, 247,
 248, 249, 254, 259, 262, 270,
 271, 272, 273, 274, 276, 277,
 289, 290, 291, 292, 293, 294,
 296, 299, 300, 301, 302, 303,
 304, 305, 306, 308, 309, 310,
 311, 312, 314
 Colón, Bartolomé 270, 275, 302
 Colón, Cristóbal 290, 292, 295, 302,
 303, 304, 306, 307, 311, 312
 Colón, Diego 248, 271, 272, 274, 302
 Colón, Luis 290, 291, 301, 303, 304
 Comenio 162
 Condorcet 159
 Confucio 81, 162, 194
 Consuegra, P. Mr. 299
 Copérnico 88
 Copley, García 58
 Cordero 108
 Correoso, Benítez 57
 Cortés, Hernán 272
 Cosa, Juan de la 84
 Cromwel 144
 Cronau, Rodolfo 312
 Cruz Ayala, H. 25
 Cuvier 159

D

Daireaux, Max 44
 Damiron, Amable 299
 Darío 69
 Dávila Fernández de Castro, Felipe
 295, 298
 De Peña y Reynoso, Manuel de Js. 35
 de Peña y Reynoso, Manuel de Js. 42
 Defougerais, Aubin 299
 Del Orbe 229, 230, 231
 Deline 215
 Deline, Gastón 217
 Deline, Gastón Fernando 217
 Delmonte i Aponte, Leonardo 296,
 299
 Dessalines 250



Díaz Ordoñez, V. 27
 Díaz Ordoñez, Virgilio 25
 Dolores 31
 Dracón 70
 Duarte 36, 127, 128, 129, 130, 137,
 235, 237, 248, 262, 278, 279,
 280, 282
 Duarte, Filipo Luis 39
 Duque de Alba 197
 Duvergé 135, 235

E

Echenique, Mercedes M. 26
 Echeverri, José Manuel 296, 299
 Eladia 31
 Emilia, Frai Bernardino d' 295
 Engracia 31
 Enrique 86
 Enrique VIII 197
 Enriquillo 135, 248
 Epaminondas 70
 Erickson 114
 Espailat, Ulises Francisco 261
 Estrabón 87
 Eugenio Carlos 36, 39

F

Favre, Familia 39
 Felenón 162
 Felipe 31
 Felipe II 70, 197
 Feltz, Leonor M. 38
 Feltz, Leonor María 209
 Fernandez, Agustín 38, 155
 Fernando 90
 Fernando el Católico 248, 271
 Fiallo, Fabio 26
 Fiallo, Viriato A. 26
 Filipo 42
 Filopemen 70
 Fonseca 82
 Froebel 162
 Fuenmayor, Alonso de 302

G

Galvez, Pedro de 301
 Gamarra 287
 García de Ostos, Alfonso 29
 García de Ricart, Matilde 27
 García hijo 58
 García Mella, Aristides 44
 García, B. 59
 García, Joaquín 311
 García, José Gabriel 71
 García, Manuel de Jesús 299
 Garrido 59
 Gautier, Pedro M. 296
 Gautier, Pedro Ma. 298
 Gengiskan 70
 Gibbes, Lucas T. 38, 155
 Gilbert 274
 Giovio 84
 Giovio, Pablo 84
 Gloria, Andrés 309
 Gómez de Soto Mayor, Jerónimo 31
 Gómez Moya, Ml. Ubaldo 26
 Gómez, Marcos Antonio 296, 298
 Gómez, Máximo 38, 43, 75, 76, 118,
 287
 González Vda. Peynado, Carmen 26
 Grijalba 272
 Grullón, Arturo 26, 27, 38, 43, 155
 Grullón, Rosendo 26
 Guacanagarí 244, 245
 Guaroa 135
 Guarocuya 248
 Gustavo Adolfo 70

H

Harisse 311
 Henna, J. J. 41
 Henríquez García, Enriquillo 26
 Henríquez García, Luz 27
 Henríquez Perdomo, Altagracia 38,
 209
 Henríquez Ureña, P. 44
 Henríquez Vda. Coiscou, Altagracia
 26



- Henríquez y Carvajal, Federico 25,
 26, 28, 34, 41, 43, 44, 260
 Henríquez y Carvajal, Francisco 41,
 43
 Henríquez, Enrique 25
 Herodoto 69
 Herrera 248
 Hesiodo 70
 Heureaux, Ulises 286
 Hidalgo 287
 Hidalgo, José F. 300
 Hill 162
 Hiparco 87
 Homero 70
 Hostos y Ayala, Luisa Amelia de 37,
 39, 44
 Hostos y Ayala, Rosa Inda de 44
 Hostos y de Bonilla, Eugenio María
 de 30, 31, 43, 44
 Hostos y de Bonilla, Rosa de 31
 Hostos y Rodríguez, Eugenio de 31
 Hostos, Juan José de 31
 Humboldt 85
- I**
- Imbert 59, 235
 Imbert, Segundo 34, 36
 Irving, Washington 90, 311
 Isabel II 31, 249
- J**
- Jesús 194
 Jesús del Christo 135, 137, 138
 Jiménez, Ramón Emilio 25
 Job 83
 Jones, Paul 296, 299
 Joubert, Emilio C. 26
- L**
- Larrazábal Blanco, C. 26, 27
 Larrazábal Blanco, Carlos 25
 Las Casas 242, 244, 249, 272
 Learcio, Diógenes 70
- Leopardi 138
 Leyba, J. M. 299
 Leyba, José Martín 296
 Licairac, A. 299
 Licurgo 70
 Llinás, Federico 270
 Lluveres, Félix Mariano 296, 298
 Lockyer 162
 Lope de Rueda 260
 López, Narciso 287
 Louverture, Toussaint 248
 Lovatón 59
 Luis XIV 71, 197
 Luperón 34, 35, 111, 112, 113, 152,
 181, 283, 284, 285, 286, 287,
 288
 Luzón, Antonio 282
- M**
- Mac Gregor 221
 Mac Kinley 41
 Macabeos 69
 Maceo, Antonio 36
 Machado, Francisco Javier 296
 Macho, Victorio 44
 Marchena, Eugenio de 299
 Marco Polo 87, 189
 María Angelina 40
 Marino 89
 Martí 43
 Mejía, Félix Evaristo 25, 26, 27, 37,
 44, 155
 Mella 235, 237, 248, 279, 280, 282
 Mena, Presbítero 59
 Mencio 162
 Mendez de Sotomayor, Pedro 29
 Meriño 37, 120, 135, 253
 Milciades 69
 Mirabeau 173
 Miranda 287
 Mitre, General 184
 Moeris 69
 Moisés 194
 Montero 136

Montolío, Joaquín 295, 298
 Montolío, Mariano 296, 299
 Morazán 287
 Moreau de Saint Méry 301
 Moreno 136
 Moscoso, Rafael A. 26
 Mota, Pedro 296
 Moya 222
 Moya, Cro. N. de 269

N

Napoleón 70, 71, 197
 Nepote, Cornelio 70
 Nerón 70
 Nolasco Polanco, Pedro 296, 299
 Nolasco, Sócrates 26
 Nouel 253, 290
 Nouel, Carlos 290
 Núñez de Balboa, Vasco 272
 Núñez de Cáceres 235, 248, 302
 Núñez de Cáceres, José 301

O

Objío 151, 235
 ODonnell 249
 OHiggins 287
 Olivo, Lugardis 299
 Oller 58, 59
 Orbe, Diógenes del 229
 Orbe, Gabriel del 229
 Orbe, Manuel María del 229
 Ortega Frier, Julio 25
 Ostos de Zayas y Torres, Pedro 29
 Ostos y del Castillo, Juan Jose de 30
 Ostos y del Valle, Eugenio de 30
 Ostos, Antón de 29
 Ostos, Juan de 30
 Ostos, Juan Diego de 30
 Ostos, Juan José de 31
 Ostos, Pedro de 29
 Ovando 248, 249, 270, 271, 272, 275
 Ovidio 138
 Ozema Pellerano, Luisa 38, 209

P

Paez 231
 Paoli, César 309
 Pedreira, A. S. 44
 Pedro Antonio 30
 Peinado, Enrique 299
 Pellerano Castro, Eva María 26
 Pellerano Sardá, Arturo 25
 Pellerano, J. F. 81
 Pelópidas 70
 Peña y Reinoso 253, 288
 Peña, Jesús María 38, 193
 Peralta, Isidoro 301, 306, 307
 Perdomo 151
 Perdomo, F. 299
 Pérez 108
 Pérez, José Joaquín 123
 Pericles 69
 Pestalozzi 162
 Peynado, Francisco José 37, 155
 Peynado, Jacinto B. 26
 Peynado, Julio F. 25, 26
 Pichardo Patin, Manuel 191
 Pichardo, José María Alejandro 38,
 155, 199
 Pichardo, Manuel 192
 Pigmalión 159
 Pina 108, 235, 237
 Pindaro 70
 Pinzón 85
 Pío, Arzobispo 307
 Pitágoras 87
 Pizarro 197
 Platón 70
 Plutarco 70
 Polanco 237
 Polanco, Federico 299
 Ponte, Monseñor 36
 Potestá, Francisco 312
 Pou, Catalina 38
 Pou, Miguel 290, 296, 299
 Prats Ramírez, Fco. 26
 Proteo 177
 Prudhomme, Emilio 41, 245, 253
 Puello, Ana Josefa 26, 38, 209



Q

Quintana, Guadalupe 36
Quiroga 184

R

Rafaela, Doña 31
Ramírez 136
Ramírez Baez, Valentín 296
Ramírez hijo, Valentín 299
Ramírez Morales, Joaquín 299
Ratto, Jaime 294, 299
Ravelo, José de J. 25
Reynoso 108
Richter 138
Richter, Juan Pablo Federico 234
Riva 131, 220, 221
Riva, Gregorio 131, 132, 225, 269
Robiou, J. Arismendy 38, 193
Rodríguez 253
Rodríguez Demorizi, Emilio 25, 28
Rodríguez y Velasco, María Altagracia 30, 31
Rodríguez, C. Armando 25, 26, 269, 303
Rodríguez, Cayetano Armando 43
Rodríguez, Domingo 299
Rodríguez, José Manuel 30
Rojas 269
Rojas, Arístides 269
Rojas, Carlos María 269
Rosas 184
Rújula, Félix de 30

S

Safo 70
Saint-Simon, Duque de 71
Salcedo 236, 237, 238
San Martín 287
Sánchez 127, 128, 129, 130, 137, 151, 225, 226, 235, 237, 248, 269, 279, 280, 281, 282
Sánchez de Ostos, Pedro 29
Sánchez Ostos, Suero 29

Sánchez Ramírez, Juan 235, 306, 307
Sánchez, Francisco del Rosario 129, 282
Sánchez, Manuel 301
Santa Cruz 29
Santamaría, M. M. 299
Santisteban y Castilla, de Nava y de Ostos, Diego de 30
Sardanápalo 69
Saviñón, Mario A. 25
Séneca 89
Sesostris 69
Silva 57, 59
Sócrates 70, 81, 147, 162, 194
Soler, Eduardo R. 25
Solón 70

T

Tejera 294, 302
Tejera, Emiliano 292, 293, 303, 313
Temístocles 69
Terencio 198
Thiers 71
Tiberio 70
Tiro, Marin de 89
Tirteo 70
Todd, Roberto H. 41
Toledo, Fadrique de 271
Torquemada 197
Toscanelli 87, 89
Toussaint 250
Troncoso de la Concha, M. de J. 25, 26, 27
Troncoso de la Concha, Parmenio 25
Troncoso, Jesús Ma. 293, 296
Tyndall 162

U

Ungría Chala, Francisco 296, 298
Ureña de Henríquez, Salomé 38, 209



V

Valle y Ortiz, María del 30
 Varona 58
 Velasco de Rodríguez, María de Belén
 31
 Velasco, Domingo 30
 Velasco, María de Belén 30
 Velez Sársfield, Doctor 62
 Venables 307

Vico 70
 Villalba 222
 Voltaire 71

Z

Zafra, Carlos A. 26
 Zeno Gandía 41
 Zimmermann 138





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIÓFILOS INC.
COLECCIÓN DE CULTURA DOMINICANA

1. La República Dominicana: Directorio y Guía General
Enrique Deschamps.
2. Lira de Quisqueya: Poesías Dominicanas*
José Castellanos.
3. Vida y Viajes de Cristóbal Colón*
Washington Irving.
4. Santo Domingo: Su Pasado y Presente* *Tomos I - II*
Samuel Hazard.
5. La Isla de la Tortuga*
Manuel Arturo Peña Batlle.
6. Historia de la Dominación y Última Guerra de España en Santo Domingo*
Ramón González Tablas.
7. Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos* *Tomos I - II - III*
Gregorio Luperón.
8. La Sangre: Una Vida Bajo la Tiranía*
Tulio M. Cestero.
9. Anexión y Guerra de Santo Domingo* *Tomos I - II*
José De la Gándara.
10. Al Amor del Bohío: Tradiciones y Costumbres Dominicanas
Ramón Emilio Jiménez.
11. Indigenismos* *Tomos I - II*
Emilio Tejera.
12. La Segunda Campaña de Santo Domingo*
J.B. Lemonnier - Delafosse.

Edición agotada.



13. Gregorio Luperón e Historia de la Restauración* *Tomos I - II*
Manuel Rodríguez Objío.
14. Reconocimiento de los Recursos Naturales de la República Dominicana*
Carlos E. Chardón.
15. Descripción de la Parte Española de Santo Domingo*
M. L. Moreau de Saint-Méry.
16. Folklore de la República Dominicana*
Manuel José Andrade.
17. Diario Histórico*
Gilbert Guillermin.
18. Estado Actual de las Colonias Españolas* *Tomos I - II*
William Walton.
19. Bosquejo Histórico del Descubrimiento y Conquista de la Isla de Santo Domingo* *Tomos I - II - III*
Casimiro N. De Moya.
20. Los Estados Unidos y Santo Domingo*
Charles Callan Tansill.
21. Frey Nicolás de Ovando*
Úrsula Lamb.
22. Los Yanquis en Santo Domingo*
Max Henríquez Ureña.
23. Santo Domingo, un País con Futuro*
Otto Schoenrich.
24. Narraciones Dominicanas
Manuel de Jesús Troncoso de la Concha.
25. Santo Domingo, Pinceladas y Apuntes de un Viaje*
Randolph Keim.
26. Historia de la Isla Española o de Santo Domingo* *Tomos I - II*
P.F. Xavier De Charlevoix.
27. Santo Domingo, Estudio y Solución Nueva de la Cuestión Haitiana*
Tomos I - II
M.R. Lepelletier De Saint-Remmy.



28. Episodios Imperialistas*
Enrique Apolinar Henríquez.
29. Diario de una Misión Secreta a Santo Domingo*
David Dixon Porter.
30. Compendio de la Historia de Santo Domingo*
José Gabriel García.
31. Manual de Historia de Haití*
Jean Crisostome Dorsainvil.
32. Los Piratas de América*
Alexander Oliver Exquemelin.
33. Historia Eclesiástica* Tomos I - II - III
Carlos Nouel.
34. Obras Completas* Tomos I - II - III - IV
Fabio Fiallo.
35. La Vida en los Trópicos*
Warren Fabens.
36. Folklore Infantil de Santo Domingo
Edna Garrido de Boggs.
37. La Ciudad de Santo Domingo*
Luis E. Alemar.
38. Los Americanos en Santo Domingo*
Melvin M. Knight.
39. La Patria en la Canción*
Ramón Emilio Jiménez.
40. Estudios Mineralógicos en la República Dominicana*
Willy Lengweiler.
41. La Novela de la Caña:* Cañas y Bueyes: *F.E. Moscoso Puello.*
Over: *Ramón Marrero Aristy.*
El Terrateniente: *Manuel A. Amiama.*
42. Episodios Dominicanos*
Max Henríquez Ureña.
43. Trilogía Patriótica*
Federico García Godoy.



44. Vibraciones en el Tiempo y Días de la Colonia*
Flérida de Nolasco.
45. Reliquias Históricas de la Española*
Bernardo Pichardo.
46. Historia de los Caciques de Haití*
Emilio Nau.
47. Resumen de la Historia de Santo Domingo*
Manuel Ubaldo Gómez.
48. Un Reconocimiento Geológico de la República Dominicana*
*T.W. Vaughan; Wythe Cooke; D.D. Condit; C.P. Ross;
W. P. Woodring y F.C. Calkins*
49. Historia de la Restauración*
Pedro M. Archambault.
50. Segunda Reincorporación de Santo Domingo a España* *Tomos I -
II - III*
Adriano López Morillo.
51. Merengues*
Luis Alberti.
52. Antología de la Poesía Dominicana*
Vicente Llorens.
53. Monumentos Arquitectónicos de la Española
Erwin Walter Palm.
54. La Nación Haitiana*
Dantes Bellegarde.
55. Hombres Dominicanos*
Rufino Martínez.
56. Gallos y Galleros*
José M. Pichardo.
57. Episodios Nacionales*
Casimiro N. De Moya.
58. El Pueblo Haitiano*
James Leyburn.



59. Medina del Mar Caribe*
Eduardo Capo Bonnafous.
60. Los Restos de Colón en Santo Domingo*
Emiliano Tejera.
61. Historia de las Indias* *Tomos I - II - III*
Bartolomé De las Casas.
62. Antología de la Prosa Dominicana*
Vicente Llorens.
63. Las Finanzas de Santo Domingo y el Control Americano
Antonio De la Rosa.
64. Escritos
Ulises Francisco Espaillat.
65. Historia de la Cuestión Fronteriza Domínico-Haitiana*
Manuel Arturo Peña Baille.
66. Obra Dominicana
Pedro Henríquez Ureña.
67. Décadas* *Tomos I - II*
Pedro Mártir De Anglería.
68. Obras Lexicográficas*
Manuel A. Patín Maceo.
69. El País de las Familias Multicolores
Arthur J. Burks.
70. La Cuestión de Santo Domingo*
Dexter Perkins.
71. La Historia del Nuevo Mundo*
M. Girolamo Benzoni.
72. Reseña General, Geográfico Estadística*
José Ramón Abad.
73. Historia de la División Territorial (1492-1943)*
Vicente Tolentino Rojas.
74. En la Estela de Colón*
Frederick Ober.



75. De Lilís a Trujillo
Luis F. Mejía.
76. Descubrimiento y Dominación Española del Caribe*
Carl Ortwin Sauer.
77. Ramón Lacay Polanco. Antología*
Ramón Lacay Polanco.
78. Antología de la Oratoria en Santo Domingo*
Diógenes Céspedes.
79. Antología de Cuentos
J.M. Sanz Lajara.
80. La República de Haití y la República Dominicana
Dr. Jean Price Mars.
81. Un Estudio sobre Psicología y Educación Dominicanas*
Fernando Sainz.
82. Viacrucis de un Pueblo*
Félix A. Mejía.
83. Sangre en las Calles
Albert Hicks.
84. La República Dominicana y sus Relaciones Exteriores
Charles Christian Hauch.
85. La República Dominicana - 1906
José Ramón López.

COLECCIÓN

BIBLIOFILOS 2000

1. La Dictadura de Trujillo*
Lauro Capdevila.
2. Navarajo
Dr. Francisco E. Moscoso Puello.
3. Ideas de Bien Patrio
Ulises Francisco Espaillat.



4. Historia de la Provincia Y Especialmente de la Ciudad de San Pedro de Macorís
Manuel Leopoldo Richiez.
5. Antología de la Flora y Fauna Dominicanas en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)
Carlos Esteban Deive.
6. Obras Completas
Alfredo Fernández Simó.
7. La Imprenta y los Primeros Periódicos de Santo Domingo
Emilio Rodríguez Demorizi.
8. Una Gestapo en América
Juan Isidro Jimenes-Grullón.
9. El Viaje
Manuel A. Amiama.
10. La Ficción Montonera
Bruno Rosario Candelier.
11. Hostos en Santo Domingo (Volumen 1 y 2)
Emilio Rodríguez Demorizi

COLECCIÓN
CLÁSICOS BIBLIOFILOS

1. Trilogía patriótica*
Federico García Godoy.
2. Narraciones Dominicanas*
Manuel de Js. Troncoso de la Concha.
3. La República de Haití y la República Dominicana
Jean Price-Mars.
4. Al Amor del Bohío
Ramón Emilio Jiménez.
5. Monumentos Arquitectónicos de la Española
Erwin Walter Palm.
6. La República Dominicana-Directorio y Guía General
Enrique Deschamps.
7. De Lili a Trujillo
Luis F. Mejía.
8. Folklore Infantil de Santo Domingo
Edna Garrido de Boggs.





EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI

Nació en Sánchez, municipio de la provincia de Samaná, el 14 de abril de 1904. Realizó estudios primarios en escuelas de su ciudad natal y los estudios secundarios en el Colegio Padre Fantino Falco de La Vega.

Obtuvo el título de abogado en la Universidad de Santo Domingo. En 1939 fue director del Archivo General de la Nación, cargo que ocupó en tres ocasiones. Entre los años 1947 y 1965 ocupó varios cargos diplomáticos en América y Europa. En 1958, fue Rector de la Universidad de Santo Domingo. En 1961 ocupó el cargo de Secretario de Educación.

Ha sido uno de los escritores que más ha contribuido al enriquecimiento bibliográfico de la República Dominicana. Entre sus principales obras se encuentran: “Duarte Romántico”; “Apuntes de Rosa Duarte”; “La Constitución de San Cristóbal 1844-1854”; “Del Vocabulario Dominicano” “Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas” “Música y Baile en Santo Domingo”; “Papeles de Buenaventura Báez” y otras obras de gran importancia. Fue miembro de número de instituciones científicas y culturales de América Latina, España y República Dominicana, entre ellas La Real Academia Española. Fundador de la Sociedad Dominicana de Geografía y presidente de la Academia Dominicana de la Historia.

Está considerado como uno de los padres de la historia dominicana contemporánea. Falleció en la ciudad de Santo Domingo, el 26 de junio de 1986, a la edad de 84 años.

ISBN: 99934-906-2-8